

EL QUIJOTE

DE

BENJUMEA

INTRODUCCION

INTENTO DE PSICOANALISIS
DE CERVANTES

POR
FREDO ARIAS DE LA CANAL



EDICIONES RONDAS
BARCELONA
1986

EL QUIJOTE

DE
BENJUMEA

INTRODUCCION

INTENTO DE PSICOANALISIS
DE CERVANTES
POR
FREDO ARIAS DE LA CANAL



EDICIONES RONDAS
BARCELONA
1986

**EDICION PATROCINADA POR
FRENTE DE AFIRMACION HISPANISTA**

© de «Intento de Psicoanálisis de Cervantes»:

FREDO ARIAS DE LA CANAL

Reservados todos los derechos

Primera Edición: Enero 1986

D.L.: B-12947-85

Imprime:

Gráficas Fomento. C. Peligro, 8. 08012 Barcelona
(Impreso en España - Printed in Spain)

**INTENTO
DE
PSICOANALISIS
DE
CERVANTES**

Por
Fredo Arias De La Canal

MEXICO
1986

Entonces comprendí que no por sabiduría escriben los poetas poesía, sino por una especie de genio e inspiración; ellos son como los adivinadores y profetas quienes además dicen muchas sabias cosas, pero que no entienden el significado de ellas.

Sócrates. **Apología**

Puede decirse que el Dr. Edmund Bergler fue, después de Freud, el más connotado analista de nuestros tiempos. Alumno destacado del padre del psicoanálisis, trabajó en la Clínica Freud de Viena durante diez años hasta 1937, pasando después a Nueva York en donde murió en 1961. Dejó escritos más de veinte libros y doscientos sesenta artículos científicos sobre la teoría y terapia de la neurosis. Su aportación básica al psicoanálisis fue el descubrimiento y aplicación que hizo de la neurosis básica o masoquismo psíquico como la defensa del yo-inconsciente que convierte la tortura de las acusaciones del superyo en placer inconsciente.

En su Psicoanálisis del escritor nos demuestra cómo todo escritor o poeta sufre de una neurosis pre-edípica, o sea un temor básico a la imagen de la más temprana madre, y al escribir es llevado por un impulso de autarquía al demostrarle a esa malévola imagen materna que él es capaz de obtener placer oral a través de bellas palabras e ideas, sin necesitarla a ella para nada.

Cervantes mencionó este poema:

Madre, la mi madre
guardas me ponéis
que si yo no me guardo
no me guardaréis.

Asegura Bergler que todo escritor o poeta: «bajo la presión de sus sentimientos inconscientes de culpabilidad le da expresión a su defensa inconsciente contra estos deseos y fantasías». Dicho de otra forma el escritor por lo general es un neurótico que está tratando de resolver un conflicto interior por medio de sus escritos o poemas.

La conciencia o el super-yo de un individuo está dividida en yo-ideal y daimonion¹. El yo-ideal es lo que el individuo pretendió ser en la vida, además de los preceptos religiosos, familiares o cívicos que haya asimilado en su educación. Y el daimonion es un tirano que está reprochándole al yo el hecho de no ser lo que pretendió, comparando lo que es con lo que debió ser, el yo con el yo-ideal. Este no cumplir con el yo-ideal es lo que le da armas al instinto de la muerte sobre el de la vida, o sea, le da una superioridad más a Tánatos sobre Eros.

Una de las defensas del yo amenazado contra el yo-ideal que se vuelve insopportable, consiste en una agresión que se le puede denominar: ironía o humor. Y cuando, como en el caso del escritor o poeta, se tiene un deseo masoquista de ser pasivo, el daimonion tiene un arma constante para estar reprochando al desdichado yo, que encuentra alivio momentáneo a través del humor o de la escritura. El escritor humorista que ridiculiza a la autoridad,² burlándose de ella en forma indirecta o simbólica, cuando rebaja a sus representantes a la calidad de tontos, nunca lo hace de frente porque teme un reproche de su daimonion, por el gusto de ser rechazado por dicha autoridad; ya que como masoquista goza en el desplacer de sentirse rechazado por la imagen de su primera autoridad: su madre.

Es menester aclarar que el bebé al creer que es rechazado por su madre, su narcisismo le hace pensar que es él quien desea ser rechazado: he aquí cómo nace el masoquismo psíquico. Este bebé cuando se hace adulto trata en forma activa a la imagen de su más temprana madre, entre otras: su mujer, de la misma forma en la que él se sintió pasivamente tratado por ella. Pero esta repetición no es más que una defensa inconsciente de la acusación de que goza de ser pasivamente maltratado por dicha imagen.

Estudiaremos en este ensayo la personalidad de un hombre que sufrió de un masoquismo psíquico muy profundo en contraste con una personalidad ultraindividualista y ambiciosa, y cuyas defensas inconscientes en forma de escritos y poemas revelan su afanosa búsqueda de los secretos de la mente humana.

MIGUEL DE CERVANTES

Cervantes se queja siempre de ingratitud.

Benjumea

Hay varias razones para creer que Cervantes sufrió de masoquismo psíquico durante toda su vida, no porque nos lo haya dicho explícitamente alguno de sus biógrafos, sino porque encontramos a través de la historia de su vida ciertos indicios que nos lo demuestran plenamente.

SU REGRESIÓN ORAL

Es un hecho significativo que cuando niño, Cervantes no perdonara ni los papeles rotos de las calles: Tal era su ansia de lectura. La psicología moderna ha demostrado la similitud que existe entre el fluir de la leche materna y el de las palabras. El niño Cervantes demostraba con su actitud un deseo de autarquía, todavía pasivo, de obtener placer a través de bellas palabras e ideas, las cuales materialmente devoraba cuando le caía algún papel impreso. Esa actitud era una defensa de su yo contra el reproche inconsciente de su daimonion, de que deseaba ser pasivo, ser rechazado por la imagen de su más temprana madre. Su defensa era: No deseo ser pasivo, ser rechazado (la leche) por mi madre, al contrario mirad cómo bebo leche, leo palabras.

Es evidente que cuando bebé, Cervantes sufrió alguno de los siete temores básicos hacia su madre. El más probable: Muerte por hambre. En el Quijote, leemos:

...hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes... (XI, 1a.).

También nos encontramos con el hecho chusco de que al Gobernador Panza le quitaban los manjares nada más probarlos, lo que tiene una gran similitud con los sueños de los neuróticos que cuando bebés tuvieron el temor de: Muerte por hambre.

«...pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando, con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad...» (XLVII, 2da.).

Una de las virtudes del psicoanálisis del escritor por el estudio de sus obras es que se le puede llegar a conocer más a fondo que por su biografía. A Shakespeare se le ha comprobado su bisexualidad a través de un soneto. A Goethe se le descubre su pronunciado instinto de muerte en su Werther.

SUS FANTASIAS DE RESCATE

En psicología berglerista se le llama gesto mágico al hecho de querer tratar a otra persona tan bien como hubiera uno querido que lo tratara su propia madre, o la imagen materna transferida a otra persona: «Tú ves qué bueno soy, aunque mi madre fue tan cruel conmigo».

Hay varios casos donde Cervantes demuestra un gesto mágico. Uno en la vida real al haber tomado a su cargo el cuidado de una niña abandonada, que se supone fue su hija natural, la joven doña Isabel, que vivía en su compañía, y que durante su infancia estuvo encomendada a un mesonero de Valdeastillas. Otro, en su novela La Ilustre Fregona, crea la figura de un caballero: Don Diego, que se enamora de una mujer muy bella que la hacía de fregona en una posada. Aquí se describen claramente las fantasías de rescate del autor, así como las de su yo-ideal al desarrollar la novela en el sentido de que la fregona se descubre señora de alcurnia para casarse con el héroe.

SU MASOQUISMO

Cuando el daimonion lanza una acusación inconsciente al yo de ser pasivo y masoquista, éste responde por lo general con una pseudo-agresión, provocación que busca un rechazo que inconscientemente es recibido con deleite.

Allá por 1569 pretendía Cervantes a una dama: doña Catalina, que pertenecía a una familia de más abolengo que la de Cervantes. Un primo de dicha señora: Antonio Sigura, le reprochó sus intenciones y fue herido por el escritor, por lo que la autoridad le manda prender.

Aquí vemos que Cervantes provoca una situación para ser rechazado, al pretender algo que en aquella España era imposible, a una señora de alcurnia. Cuando el primo le reprocha su actitud, su daimonion también le reprocha su deseo de ser rechazado por la imagen materna: doña Catalina; y él responde con una pseudo-agresión, como quien dice: «Tan no deseo ser masoquista que me batí con su primo, y acepto este crimen menor mas no el mayor de ser pasivo». Sin embargo, el tener líos con la autoridad por este motivo, le causa un deleite inconsciente de ser rechazado por la imagen de su primera autoridad: su madre.

Un hecho que también nos demuestra el deseo masoquista de ser rechazado en Cervantes, es el de haber repartido elogios a todos

sus amigos en el canto de Caliope en La Galatea, que fue, según Benjumea:

«una de las imprudencias o defectos de su condición, que le crearon muchos enemigos».

Dice el cura en el *Quijote*:

Muchos años ha que es grande amigo mío, ese Cervantes, y se que es más versado en desdichas que en versos. (VI, 1a.).

SU IRONIA

Es notable en Cervantes el desdén que siempre tiene para con toda autoridad a través de su fina ironía. En el Quijote se burló de todas las autoridades, desde los simples cuadrilleros:

«¿Qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se pongan delante?» (XLV, 1a.).

Y simbólicamente hasta de la misma Inquisición:

«El daño estuvo (...) en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepelices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo» (XIX, 1a.).

Cervantes ironiza en realidad la imagen de su más temprana autoridad: su madre. Y al mismo tiempo trata de apaciguar los ataques de su daimonion, que le acusa de ser pasivo y masoquista. Nos da un ejemplo Bergler: «A mí me castigan por criminal, pero ustedes los verdugos no son mejores que yo». Qué similitud tiene esto con el pasaje en que don Quijote libera a los encadenados porque le parecían más inocentes que la justicia que los envió a galeras.

«...y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido la causa de vuestra perdición...» (XXII, 1a.).

Es evidente que por su propio masoquismo el escritor no se atrevió a enfrentarse a su yo-ideal sino en forma indirecta e irónica.

Mucho se habla de la envidia que le tuvo el dominico Blanco de Paz a Cervantes, por las relevantes cualidades que había demostrado nuestro escritor ante todos los compañeros de infortunio

en Argel, lo que provocó quizá la delación que dicho Paz hizo al rey Asan de los proyectos de evasión de nuestro héroe junto con otros catorce. Y lo peor de todo; el informe que a guisa de libelo envió dicho dominico a la Santa Inquisición sobre Cervantes, lo que le acarreó problemas toda su vida. Las preguntas que hay que hacerse son: ¿No provocó el mismo Cervantes este rechazo por parte de aquella autoridad eclesiástica? ¿No provocó él mismo su censura y excomunión cuando se atrevió a embargar el trigo de las fábricas de Ecija, años después?

Todas las peticiones que hace a Felipe II, pidiéndole cargos o mercedes son denegadas por el monarca, porque Cervantes era amigo de Mateo Vázquez, allegado de Juan de Austria, a quien parece haber mandado envenenar el propio Felipe. ¿Cómo iba Felipe a ayudar a un ex-protégido de su hermano rival? Sin embargo, Cervantes pedía lo imposible para ser rechazado por la autoridad real.

SU PSEUDOAGRESION

Es significativo que durante toda su vida Cervantes haya tratado de demostrar su agresividad, ora en sus duelos madrileños, ora peleando con calenturas en Lepanto, ora tramando fugas en Argel. Tal parece que no le tenía miedo a la muerte.³ Esto se explica psicológicamente de la siguiente forma: A través de la lectura de los intrépidos conquistadores de aquel siglo, Cervantes se formó un ideal de lo que él quería ser: «Caballero andante, y irse con sus armas y caballo a buscar las aventuras». Con este yo-ideal como muestra lo atormentaba su daimonion, diciéndole: Conque ibas a ser un famoso caballero andante y sin embargo deseas ser despreciado por doña Catalina. Conque viniste a buscar la gloria en esta batalla de Lepanto, y ahora estás enfermo o pasivo como a ti te gusta. Conque te quieres fugar de Argel con tus compañeros para adquirir fama, cuando en realidad deseas ser descubierto.

Estas terribles acusaciones de no cumplir con el yo-ideal daban armas al instinto de la muerte sobre el de la vida. Por eso no es de extrañarse que se batiera contra Antonio Sigura, ni que se expusiera como lo hizo en Lepanto, ni tampoco que despreciara la muerte con tal serenidad ante el temible verdugo Azan.

Observemos algunos de los testimonios descubiertos en 1808 en el Archivo General de Indias, por Cean Bermúdez a instancias de Navarrete, y que fueron publicados en 1819 por la Academia Española en su edición del Quijote:

9.^o Iten, si saben ó han oido decir como llegados los turcos y moros á la cueva y entrando por fuerza en ella, viéndose dicho Miguel de Cervantes que eran descubiertos, dijo á sus compañeros que todos le echasen á él la culpa, prometiéndoles de condenarse él solo, con deseo que tenia de salvarlos á todos, y asi en tanto que los moros los maniataban, el dicho Miguel de Cervantes dijo en voz alta, que los turcos y moros le oyeron: **ninguno de estos cristianos que aqui estan tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor dél, y el que los ha inducido á que se huyesen:** en lo cual manifiestamente se puso á peligro de muerte, porque el rey Azan era tan cruel que por solo huirse un cristiano é porque alguno le encubriese ó favoresciese en la huida, mandaba ahorcar un hombre, é por lo mismo cortarle las orejas y las narices; y ansi los dichos turcos, avisando luego con un hombre á caballo de todo lo que pasaba al rey, y de lo que el dicho Miguel de Cervantes decia que era el autor de aquella emboscada y huida, mandó el rey que á él solo trujesen, como le trujeron, maniatado y á pie, haciendo por el camino los moros y turcos muchas injurias y afrentas: digan &c.

10.^o Iten, si saben ó han oido decir como presentado asi maniatado ante el rey Azan, solo sin sus compañeros, el dicho rey con amenazas de muerte y tormentos, queriendo saber dél cómo pasaba aquel negocio, **él con mucha constancia le dijo que él era el autor de todo aquel negocio, y que suplicaba al Su Alteza si había de castigar á algunos, fuese á él solo pues él solo tenía la culpa de todo;** y por muchas preguntas que le hizo nunca quiso nombrar ni culpar á ningun cristiano, en lo cual es cierto que libró á muchos de la muerte, que le habian dado favor y ayuda, y á otros de grandísimos trabajos, á quienes el rey echaba la culpa, y particularmente fue causa como el M. R. P. Fr. Jorje de Olivar, que entonces estaba en Argel redentor de la órden de nuestra Señora de la Merced, el rey no le hiciese mal, como deseaba, persuadido que él había dado calor y ayudado é este negocio: digan &c.

11. Iten, si saben ó han oido decir que despues, habiéndole el rey mandado meter en su baño, cargado de cadenas y hierros, con intencion todavia de castigarle, al cabo de cinco meses el dicho Miguel de Cervantes, con el mesmo zelo del servicio de Dios é de S. M. y de hacer bien á cristianos, estando ansi encerrado envió un moro á Oran secretamente con carta al señor marques D. Martin Córdoba, general de Oran y de sus fuerzas, y á otras personas principales, sus amigos y conocidos de Oran, para que le enviasen alguna espia ó espías y personas de fiar que con el dicho moro viniesen á Argel, y le llevasen á él y á otros tres caballeros principales que el rey en su baño tenía &c.

12. Iten, si saben ó han oido decir que el dicho moro llevando las dichas cartas á Oran fue tomado de otros moros á la entrada de Oran, y sospechando dél mal, por las cartas que le

hallaron, le prendieron y le trajeron a este Argel á Azan-bajá, el cual vistos las cartas, y viendo la firma y nombre del dicho Miguel de Cervantes, á el moro mandó empalar, el cual murió con mucha constancia sin manifestar cosa alguna, y al dicho Miguel de Cervantes mandó dar dos mil palos: digan &c.

Nos dice Erasmo en su Elogio a la locura:

Y bien, he aquí una cosa asombrosa: el ejemplo de mis locos demuestra no solamente que los reyes reciben con alegría la verdad, sino hasta las injurias directas. Esa palabra, que en boca de un sabio habriáse castigado con la muerte, en profiriéndola un loco causa un placer inefable.

Cuando el daimonion llega acorralar de reproches a un yo que ya no puede defenderse, éste puede volver la agresión en contra de sí mismo y provocar su autodestrucción: suicidio. Es por eso que la osadía de Cervantes era una defensa pseudoagresiva contra las despiadadas comparaciones de su conciencia. Por boca de don Quijote dijo:

...Que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste, que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo no solamente a la Santa Hermandad, que dices y temes, sino a los hermanos de las doce tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Cástor y a Pólux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. (XVIII, 1a.).

En el mismo Quijote puso Cervantes en tela de juicio en forma simbólica la muerte de don Juan de Austria, cuyo cuerpo (el del caballero) lo llevaban once sacerdotes y un bachiller. Cuando don Quijote pregunta: «Y, ¿quién lo mató?» Le contesta el bachiller. «Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron». (Dudosa muerte del príncipe). Este simbolismo fue visto por Benjumea, quien al hacer la historia crítica de Cervantes, dice del escritor:

«...en todas partes, en Argel como en Madrid, en Madrid como en Valladolid y en Valladolid como en Nápoles, se extendía la red de sus invisibles perseguidores».

Toda agresión neurótica no es más que una pseudo-agresión. No es una agresividad normal del individuo. La pseudoagresión tiene dos funciones: La primera como una defensa contra un ataque inconsciente, por la que se acepta la culpa del «crimen menor».

La segunda como una provocación que busca el placer masoquista de ser rechazado.

En el Quijote se nota inmediatamente la pseudoagresividad del Caballero. Comparémosla con una lista de nueve casos típicos formulada por Edmund Bergler en su libro: Counterfeit Sex.

1. — *Usada indistintamente, cuando un patrón infantil se repite con una persona inocente.*

...sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo harriero... (IV, 1a.).

2. — *El objeto de la agresión es un enemigo fantástico o creado artificialmente.*

...porque ves allí amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes... (VIII, 1a.).

3. — *El sentimiento de culpabilidad siempre está presente.*

...has de decir a nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello... (XXIII, 1a.).

4. — *Dosis: Contra una provocación ligera una agresión enorme.*

¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la de estas inclitas señoras...? (XLVI, 1a.).

5. — *La pseudoagresividad frecuentemente se usa para provocar placer masoquista esperado de la reacción del enemigo.*

¿Qué diablos de venganza hemos de tomar —respondió Sancho— si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, ¡y aun quizá no somos ni uno y medio!

¡Yo valgo por ciento! —replicó don Quijote.

Y sin hacer más discursos, echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses... (XV, 1a.).

6. — *Tiempo: Incapacidad de esperar, ya que la pseudoagresividad es usada como un mecanismo de defensa en contra de un reproche inconsciente de masoquismo psíquico.*

Y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primer fraile... (IX, 1a.).

7. — *De fácil provocación.*

Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto así tenía,
y dio con él al cabrero en todo el rostro (LII, 1a.).

8. — *Elementos de juego infantil presentes, combinados con excitación masoquista-sádica, usualmente reprimida.*

No quiero yo decir ni me pasa por el pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el de encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin duda, es más trabajoso, y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso... (XIII, 1a.).

9. — *La derrota inconscientemente esperada.*

...y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio en que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla (VIII, 1a.).

SU AUTODAÑO

¿Por qué la mayoría de los escritores viven en la pobreza? La razón está en su masoquismo. El escritor por lo general es un neurótico que no tiene tiempo más que para defenderse de sus acusaciones inconscientes y que en el fondo disfruta al sentir lástima de sí mismo.

Nos dice Cervantes en La Gitanilla:

Que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjejar la que no tiene.

El Dr. Bergler nos dice que de todos los neuróticos que trató en su vida: «los más deprimidos y desdichados han sido los escritores».

Cuando Cervantes entra en tratos con la Cía. Rodrigo Osorio para la composición de unas comedias, firma un contrato leonino en favor del empresario:

...y si aviendo representado cada comedia paresciere que no es una de las mejores que se han representado en España no sois obligado de me pagar por tal comedia cosa alguna...

Más tarde se le ocurre a nuestro poeta ser fiador de un tal

Simón Freire, mercader limeño, y al faltar éste a sus compromisos metieron a Cervantes a la cárcel de Sevilla. También cuentan que visitó la de Argamasilla en La Mancha y otras por diversas agresiones. Es claro su deseo inconsciente de autodestrucción. Erasmo en su Elogio de la locura, observó:

En ellos este amor propio es innato y de tal modo, que antes renunciarían a su patrimonio que a su genio.

La respuesta que don Quijote dio al Eclesiástico:

Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros, por el de la adulación servil y baja; otros, por el de la hipocresía engañosa, y algunos, por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra (XXXII, 2da.).

Juana Inés de Asbaje (1648-1695), máxima exponente de las letras novohispanas, exhibe en el siguiente soneto su preferencia por el intangible estético:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi pensamiento
que no mi pensamiento en las riquezas.

Y no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida,

teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

SUS AMORES

Poco se sabe de la vida amorosa de Cervantes, sino el lance que tuvo con Sigura por pretender a doña Catalina; su matrimonio con otra Catalina, con la que no tuvo descendencia, y de quien, se deduce, vivió separado durante veinte años. Sus amores vulgares con una tal Ana Franca de Rojas, supuesta madre de su hija Isabel.

Y el amor platónico que tuvo por una monja cantora del convento de Santa Paula en Sevilla. Habla don Quijote:

«Yo hago juramento... de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan a manteles, ni con su mujer folgar.» (X, 1a.).

El cuadro psicológico masoquista de Cervantes nos hace pensar en su deseo de crearse problemas y rechazos en su vida amorosa. En el Curioso Impertinente, nos da un indicio el autor de su problema inconsciente. Anselmo es un hombre que desea ser rechazado por Camila. Y siente una compulsión de probar la fidelidad de su mujer con su mejor amigo a quien le pide el favor que la enamore. Lotario acaba por enamorarse de verdad y Camila por rechazar a Anselmo, con lo cual goza éste intensamente en forma inconsciente. Conscientemente sufre hasta el suicidio, y en sus últimas palabras reconoce el deseo que lo llevó a la muerte:

Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaran a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciera; y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para que... (XXXVI, 1a.).

Cuando se refiere Erasmo a las clases de demencia, dice:

Aunque comparta su esposa con los amigos, la sigue considerando una Penélope y no cesa de alabar su ventura. En el mundo no será suficiente esto para que le llamen loco. Su caso es muy común. ¡Hay tantos maridos que hacen igual!

Nos dice Bergler:

Los escritores y poetas han consistentemente, a través de los siglos, mal interpretado el problema del amor, y han creado una imagen exagerada del amor romántico (...) y producen un cuadro exagerado del amor simplemente para encubrir su incapacidad de amar. Lo que pueden obtener del amor es un deseo masoquista inconsciente de que los maltraten. La defensa inconsciente es: ¡No es verdad que sea incapaz de amar; el amor real es muy poco para mí!

En La Galatea, en la disputa entablada entre los filósofos y Pellico Tirsí y Lenio, se habla de varios conceptos platónicos sobre el amor; «la belleza ideal, incorpórea, que divide en virtudes

y ciencias del ánimo, y que contemplan sólo los ojos del entendimiento...» *Es de notarse la propensión que tenía Cervantes a elucubrar sobre amores irreales.*

En el Quijote le confiesa el Caballero a Sancho sobre Dulcinea:

...mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que un honesto mirar (XXV, 1a.).

Es evidente que Cervantes no pudo amar a Catalina, su mujer. Sin embargo tuvo una hija con una mujer vulgar que le representaba la imagen cruel de su madre, y que muy probablemente lo hacía sufrir al rechazarlo por otros hombres, lo que aparentemente provocaba un placer a nuestro escritor.

En La Gitanilla, Preciosa coquetea con Clemente haciendo sufrir a Andrés su prometido, quien se siente morir de celos:

¡Ah, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener más de un rendido! Y si esto es así, acábame a mí primero...

El hecho de que Cervantes se haya enamorado de la monja cantora, nos sigue dando una idea del platonismo o irrealismo de su amor. Amar a un imposible para poder ser rechazado por el cruel destino.

En su novela El amante liberal, nos hace un recuento de los desdenes que le hace Leonisa a Ricardo, aumentando su sufrimiento cuando ambos son capturados por el turco Yzuf quien tenía la intención de casarse con la cristiana, frustrándose su intento al naufragar su galeote con la desdichada doncella. Ya cautivo en Chipre, Ricardo nos demuestra su desesperación:

...que haré yo para caer en desgracia de mi amo y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que, siendo aborrecido de él y de ellos, los unos y los otros me maltraten y persigan de suerte que, añadiendo dolor a dolor y pena a pena, alcance con brevedad lo que deseo que es acabar la vida.

Aquí nos define Cervantes sus propios sentimientos cuando provocaba al verdugo Azan en Argel para que lo mandara matar.

Luego termina la novela con una defensa contra los reproches inconscientes de gozo en la pasividad, al encontrarse Ricardo a «su cruel y amada» como esclava de un judío, que la vende al amo

de un amigo suyo quien por fin prepara la escapatoria feliz a España. Tomemos este soneto del Quijote, llamado De Gardenio a Fili:

O le falta al Amor conocimiento.
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual a la ocasión que me condena
Al género más duro de tormento.
Pero si Amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razón muy buena
Que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto;
Que al mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

BENJUMEA Y BERGLER

Benjumea, gran biógrafo de Cervantes, es un hombre que intuyó el masoquismo psíquico del escritor, y esto lo resume él como «La filosofía de la adversidad»:

El fue —Cervantes— el primer modelo de su inmortal y desventurado héroe, y su corazón el primer libro de su enseñanza, porque el gran secreto que levanta las almas privilegiadas de los genios a esa altura en que parecen **participar de lo divino**, a esas creaciones especie de protestas que llenan a la posteridad de asombro, no son más que las grandes pasiones y las grandes injusticias. El heroísmo acrisolado por el infortunio, el mérito resignado en lucha con la adversidad, produce siempre ese acento divino que escucha con respeto el hombre al través de los siglos, porque ese es el eterno drama de la humanidad.

Sobre la inspiración literaria han dado muchos genios sus puntos de vista: Goethe le decía a Eckerman:

El hombre debe considerarla como un inesperado **regalo del cielo**.

Nietzsche lo describe en Ecce Homo:

Todo ocurre involuntariamente, como una tempestuosa erupción de libertad, de lo absoluto, de poder y de **divinidad**.

La contribución de Freud hacia la comprensión de la inspiración artística la formuló de la siguiente forma:

El artista expresa en su trabajo sus fantasías inconscientes y sus sueños de día.

Sin embargo Bergler llegó a la conclusión, de que:

El escritor en su trabajo, no simplemente expresa sus deseos y fantasías inconscientes, pero que, bajo la presión de sus sentimientos de culpabilidad inconscientes, le da expresión a sus defensas inconscientes contra estos deseos y fantasías.

Benjumea no le da todo el crédito al supuesto de que la inspiración literaria es divina, sino que «parece participar de lo divino». E intuye el pensamiento bergleriano sobre la expresión artística como defensa inconsciente, cuando dice:

...esas creaciones especie de protestas que llenan a la posteridad de asombro, no son más que las grandes pasiones y las grandes injusticias.

Bergler acaba por convencerse que el masoquismo psíquico es un mal de extensión universal. Y Benjumea al abundar en conceptos sobre la «Filosofía de la Adversidad» expresó el mismo pensamiento hace cien años:

El heroísmo acrisolado por el infortunio, el mérito resignado en la lucha con la adversidad, produce siempre ese acento divino que escucha con respeto el hombre a través de los siglos, porque ese es el eterno drama de la humanidad.

Benjumea captó el masoquismo psíquico que se destila en el Quijote. Es claro cuando expresa:

Quien crea que el Quijote fue escrito y concebido en la Mancha por un pique o resentimiento para ridiculizar ínfulas de hidalguía y libros caballerescos, no sabe del sublime misterio del dolor y la adversidad en los seres privilegiados y sensibles.

Bergler considera a los escritores seres desdichados, víctimas de una neurosis de regresión oral, que:

Inconscientemente están alternando sus quejas de un mundo frío y cruel (en sentido profundo, la madre), y provocando situaciones en las que puedan frustrarse.

Nos dice don Nicolás Díaz de Benjumea que:

Tras una larga ausencia volvió a la Corte —Cervantes— pobre, más pobre que salió, en bienes de fortuna; pero rico cual ninguno, porque traía en sus manos un libro, una protesta del genio, una amarga sátira en una sonrisa, la deuda en fin con que debía pagar a la humanidad las altas dotes que le concedió la naturaleza (...) Por esto he afirmado que el Quijote fue el pensamiento de toda su vida: en lo formal y serio de las ilusiones del caballero [yo-ideal] porque son los anales de su infancia y de su juventud; en lo cómico y burlesco de sus caídas y desventuras [agresión contra el yo-ideal] porque son los anales de su penosa existencia (...). Y tantas esperanzas defraudadas, y tantas empresas destruidas, y tantos proyectos frustrados y tantos nobles deseos estorbados, y tantos golpes de la adversa suerte [masoquismo psíquico]. ¿No eran capaces de haber inspirado en Cervantes la idea de un Quijote?

Nos dice Bergler:

En mi opinión, un escritor es una persona que trata de resolver un conflicto interior a través del medio sublime de escribir. (...) Un verdadero escritor debe ser capaz de descubrir los sentimientos humanos que en situaciones de (ficción, drama, lírica, sátira) corresponden en sus implicaciones inconscientes a reacciones interiores de gente real.

El fondo psicológico masoquista del Quijote lo recoge Benjumea en estas palabras:

Un soldado inválido, un ingenio lego sueña un pobre hidalgo de un mísero lugar de la Mancha. Le arma de una visera de papélón, de una lanza y un escudo tomados de orín y llenos de moho, le sube sobre un rocín flaco, le hace seguir de un rústico sin sal en la mollera, caballero sobre un rucio, y le pone en el campo de Montiel en la madrugada de un día caluroso del mes de julio, para que marche a la aventura, a donde quiera su caballo, sueltas las riendas y dueño de su voluntad. Va en busca de aventuras, y sus aventuras son dormir a cortinas verdes o en fementidos lechos de ventas en despoblado, topar con arrieros, pelear con yangüeses por culpa de Rocinante, medir la tierra con su cuerpo a cada instante, pasar hambre y sed, sufrir calor y frío, ser apedreado por galeotes, apuñeados por cuadrilleros y cabreros, colgado por damiselas, enjaulado por sus vecinos, y derribado, en fin, por bachilleres o amigos disfrazados. Ama a una aldeana a quien nunca ve, sueña imperios y batallas y palmas y laureles y sin embargo, muere pobre y melancólico en el lecho de su casa de la aldea. Esta es la historia, ni más ni menos.

Aquí se ve claramente cómo Cervantes transfiere su masoquismo a don Quijote, y al mismo tiempo simboliza al hidalgo con su propio yo-ideal tratando de ridiculizarlo con su ironía como una defensa de su yo contra los despiadados ataques de un daimonion que lo acusa de ser pasivo.⁴

Bergler nos dice: «...el humorista es un masoquista psíquico, un individuo que se queja de sus desgracias y las goza inconscientemente al mismo tiempo». Considera que: «el yo es agresivo con el yo-ideal en el humor» pero sólo para calmar por unos instantes los persistentes ataques del daimonion. Observemos la manera en que Erasmo ridiculiza al ser humano:

Ahora bien, del mismo modo que el caballo no es desgraciado porque ignora gramática, así el hombre no lo es porque sea loco, dado que la locura está acorde con su naturaleza.

OPINIONES SOBRE EL QUIJOTE

Giovanni Papini (1881-1956), en su libro *Don Quijote. Figuras humanas. Retratos*, advirtió:

...un poco de masoquismo espiritual y corporal: el confuso deseo de encontrarse en medio de desastres, pero sin consecuencias graves. (...) Acepta con naturalidad las derrotas y sólo se lamenta de las costillas rotas y de los desmayos, inconvenientes inevitables, calderilla con la que paga los gastos de su insólito pasatiempo.

Y como escritor se identifica con la neurosis de Cervantes al decir:

Pero don Quijote había nacido para ser hermano mío hasta lo último; primero según la letra; ahora, según el espíritu. El y yo nos entendemos.

Sigmund Freud (1856-1939), en una carta que le escribió a su mujer el 23 de agosto de 1883, le da su opinión de *el Quijote*:

Aquí se arroja la luz más adecuada sobre Don Quijote, pues se prescinde para ridiculizarlo de medios tan crudos como las palizas y los malos tratos físicos, acudiendo meramente a la superioridad de las personas situadas en el panorama de la existencia real. Al mismo tiempo, a medida que se desarrolla la trama, resalta lo trágico del personaje por su impotencia.

José Ortega y Gasset (1883-1955), en *Temas de viaje* (1922) de *El espectador IV*, dijo:

Para quien desdeña la vida, detenerse a degustarla es una falta de seriedad y de hombría. Es curioso que nuestro pueblo ha medido siempre los grados de hombría en los individuos no tanto por lo que éstos son capaces de hacer, sino por lo que son capaces de dejar de hacer, de sufrir, de renunciar. Casi le enoja el triunfo, porque en él suele comenzar la orgía. Por eso nuestra literatura se acostumbró a preferir los héroes en derrota. El primer poema hispanolatino, *La Farsalia*, de Lucano, canta a un

vencido, y nuestro libro simbólico, el **Quijote**, es la triste epopeya de los lomos apaleados, donde la vida se define como naufragio irremisible y esencial derrota. Parejo origen tiene el extraño fenómeno de que en España las masas populares quedan remisas y suspicaces ante todo hombre público que traiga además triunfante, creador y gozador. Por el contrario, siente enigmático entusiasmo hacia personajes cuya virtud consiste en simples renuncias.

Ramón Menéndez Pidal (1869-1967), en el capítulo *Individualismo* de su libro *Los españoles en la Historia* (1959), expresó:

La generosa estima pudiera personificarse en Cervantes, en cuyo ánimo **todos los reveses de la vida, todas las injusticias del acaso no despiertan ningún resentido rencor**, sino inagotable optimismo, benévola ironía, la nunca desfalleciente abnegación de don Quijote, la bondadosa socarronería de Sancho, que hasta en el infierno quiere encontrar gente buena.

Américo Castro (1885-1972), en su libro *Cómo veo ahora el Quijote* (1971), señaló:

Las embestidas del Caballero son, a veces, unidimensionales y, en el fondo, simples; sospechamos que el autor las concibió para dejar bien afirmada la condición demencial y risible de su figura. Un molino de viento lo hecha por los aires, los pastores de las ovejas agredidas le rompen las muelas a pedradas. (...) Visto a la ligera, don Quijote parece caricatura de un misionero, incapaz de remediar los errores y herejías que pretendía corregir. Contemplando con más calma, comienza a asombrarnos cómo fue posible lanzar al orbe de las letras **una figura novelística cuyos rasgos iban magnificándose en razón inversa de sus fracasos**.

Pablo Le Riverend, poeta cubano, en su libro *Donde sudan mis labios*, plasmó el sentido profundo de *el Quijote*:

Inocente campeón,
furioso Don Quijote contra todos,
organicé a conciencia mis derrotas
en sangrientas vanguardias de holocausto
e ingratitudes crónicas;
con pagos de moneda falsa,
engaños y traiciones.
Rebelde,
alzado sobre mí, siempre más alto,
en competencia con mi luz.
Abanderado joven

—pablo en la cruz—,
viví tan peligrosamente
que he perdido la cuenta
de cárceles, torturas y maltratos,
del robo de mi mundo
y el terror de la estrella que aún me mata...

COLOFON

Es don Quijote la representación de la mente de Cervantes. En su humanismo y altas miras simboliza el yo-ideal; en su filosofía existencialista una defensa agresiva de su yo; en su ironía contra toda autoridad una agresión velada del yo contra el yo-ideal; en la historia de su vida, una profunda regresión oral causada por su masoquismo psíquico. Quizá ahora comprendamos un tanto más las palabras de Ortega de que el Quijote es el libro que «...mayor cúmulo de alusiones simbólicas hace al sentido universal de la vida».

Como el masoquismo psíquico tiene ese carácter universal, el Quijote es una obra que establece un contacto inconsciente entre el lector y el autor, siendo ésta la razón por la que esta obra es de las clásicas de la literatura, ya que su lectura les ha dado el mismo alivio a millones de personas que el que experimentó Cervantes al escribirla.

Pretendo demostrar con este ensayo que además de ser Cervantes el padre de la Filosofía Existencialista⁵, también intuye los fundamentos de la psicología masoquista, que Benjumea capta para llamarle la Filosofía de la Adversidad, y de la que Bergler ha creado una ciencia que ha revolucionado la psiquiatría.

NOTAS

- 1 Sócrates decía que todo ser humano llevaba dentro un espíritu que le reprochaba mas no le decía lo que tenía que hacer.
- 2 Freud. *El chiste y su relación con el inconsciente*, p. 602.
- 3 Actitud típica de los masoquistas psíquicos cuando se encuentran en graves peligros provocados por ellos mismos. Bergler.
- 4 Por pasividad se entiende el hecho de colocarse en una situación en donde uno pueda ser lastimado y no lograr hacer una defensa efectiva para resolver dicha situación. Dr. Jacobo Datshkovsky.
- 5 Ver *La filosofía dinámica de Cervantes a Ortega* (1969). Fredo Arias de la Canal.

OBRAS ESENCIALES CONSULTADAS

Dr. Edmund Bergler

THE WRITER AND PSYCHOANALYSIS. Robert Brunner. 1954

COUNTERFEIT SEX. Grune & Stratton. 1958

THE SUPEREGO. Grune & Stratton. 1952

SELECTED PAPERS: Grune & Stratton. 1969:

A Clinical Contribution to the Psychogenesis of Humor

Psychoanalysis of Writers and of Literary Productivity

The Relation of the Artist to Society

Nicolás Díaz de Benjumea

LA VERDAD SOBRE EL QUIJOTE. Gaspar Editores. 1878

LA ESTAFETA DE URGANDA. Wertheimer y Cia. 1861

Miguel de Cervantes

NOVELAS EJEMPLARES

LA GALATEA

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

GASPAR, EDITORES, MADRID.

LA VERDAD
SOBRE
EL QUIJOTE.

NOVISIMA HISTORIA CRITICA DE LA VIDA

DE

CERVANTES

POR

DON NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA



MADRID

IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES,

CALLE DEL PRÍNCIPE NÚM. 4.

—
1878.



Prólogo

Desde la publicación de la vida de Cervantes hecha por la Real Academia Española, en 1819, y debida al juicioso crítico don Martín Fernández de Navarrete, muchos e interesantes son los nuevos datos adquiridos por diligentes investigadores, respecto a períodos y sucesos de la vida de nuestro escritor insigne que en diferentes épocas han venido a ilustrar las reseñas biográficas puestas al frente de ediciones más o menos completas de las obras. Casi puede decirse que cada una ha ofrecido su novedad, así en lo relativo a documentos como a opiniones de los biógrafos; pero la misma abundancia de estos materiales reclamaba una historia crítica, que ajustándose al más exacto concepto que de día en día se va formando del carácter de nuestro ilustre novelista, les diese cierta unidad y marcase el respectivo valor de cada uno de ellos, desechando al mismo tiempo los todos, apreciaciones o tradiciones que no cuadran con la idea que debemos formar de su figura.

No se echarán de menos novedades en la biografía o mejor dicho historia crítica que de Cervantes hoy al público ofrecemos, pues no consisten aquéllas exclusivamente en la publicación de documentos hallados en archivos o bibliotecas. **Hay otro archivo importantísimo que nunca se investiga en vano y son las obras mismas del escritor famoso.** En esta parte podemos presentar a la consideración de los lectores variedad de juicios, que fundados en una recta interpretación de pasajes e indicaciones de sus obras, corrigen errores, desvanecen dudas o establecen conjeturas aceptables aun a los ojos de los críticos más intransigentes. Este valor si de otros méritos va desacompañada nuestra historia, nos mueve a confiar en

que el presente trabajo hallará la favorable acogida y el justo aprecio que, entre los españoles en general y especialmente entre los cervantistas, merecen siempre todos los que se dirigen a extender el conocimiento de la vida y la inteligencia de las obras de los grandes genios. Estímese cuando menos el haber dado nuevo interés a materias que se suponían ya exhaustas, y el encaminar la atención que ya divagaba en las esferas de lo pueril y aun lo ridículo, hacia asuntos y temas para la crítica de incontestable importancia y trascendencia no sólo en la historia literaria sino en la religiosa y política de nuestra Península.

Resta advertir a nuestros lectores, que como el principal objeto en esta biografía es indicar las relaciones y puntos de contacto entre el carácter y hechos de Cervantes y el de la figura nobilísima de su poema, ha sido necesario prestar mayor atención al **Quijote** que a otras composiciones de su ingenio, dignas de toda consideración por parte de la crítica, y sobre las cuales publicaremos en su día trabajos especiales. Aun siendo el **Quijote** el centro de atracción, en esta obra, su índole y dimensiones no permiten la extensión que fuera de desear, ha quedado mucho, por lo cual referimos a los lectores a las siguientes obras: **Estafeta de Urganda, Correo de Alquife, Mensaje de Merlín, Discurso acerca del Palmerín de Inglaterra**, artículos en la **Revista Contemporánea** y principalmente en la **Revista de España**, con el título de **Progreso en la crítica del Quijote** que verá la luz en estos momentos.

NOVISIMA HISTORIA CRITICA
de la
VIDA DE CERVANTES

CAPITULO I

Patria y familia de Cervantes. — Profecías cumplidas. — Disputa entre Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan. — Su infancia. — Su temprana lectura de libros de caballería. — Influjo de estos libros en su imaginación. — Su encuentro y conocimiento con el representante Lope de Rueda.

Cuantos han tratado de escribir la vida de este hombre insigne en letras y en armas, deben haber advertido, que en variedad de pasajes de sus obras quiso dejarnos, ora visibles ora encubiertos bajo algún disfraz, muchos de los materiales importantes para la formación de su biografía; pero habrán al mismo tiempo observado, que lo más fácil para este autor, así como lo más importante para escribir su vida, que es el dar cuenta de su patria y de su familia, no quiso dejarlo consignado; es más, tuvo deliberado propósito de hacerlo así, por un motivo, nobilísimo ciertamente, que cuadra con la elevación, y permítase la frase, hasta con el orgullo del genio. El motivo es, y no puede ser otro, que no habiendo sido favorecido por la fortuna y viniendo al mundo de padres, honrados e hidalgos sí, pero de estrecha y cortísima fortuna, no quiso que de su nacimiento y familia se supiese, hasta que por sus hechos famosos, encumbrarse su linaje con la nobleza envidiable de la gloria. Y de ser esto así, nos da testimonio en dos pasajes referentes a personajes en los que se ven muchos rasgos y lineamientos propios suyos. Todos recordarán cómo finaliza la historia de Quijano el Bueno, diciendo: «este fin tuvo el **Ingenioso Hidalgo de la Mancha**, cuyo lugar **no quiso** poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de

Grecia por Homero.» Bien se echa de ver por este pasaje, que aunque Cervantes habla aquí aparentemente en tono burlesco de su héroe y tal vez sospechando hubiese eruditos que se quemassen las cejas por averiguar de qué aldea de la Mancha fue natural Don Quijote, lo natural es, que si alguna racional contienda pudiera suscitarse en la posteridad, sería por el autor y no por los personajes de su creación: lo que confirma su mismo ejemplo, pues los griegos contendieron por Homero autor, no por personajes de sus obras. Esta idea que aquí se vislumbra de su designio de ocultar su patria, aparece mucho más clara en el principio de la novela de Vidriera, personaje cuyo carácter y sucesos de su juventud tienen grande analogía con los de Cervantes, pues preguntándole por su patria, responde: «ni el (nombre) de ella ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella», y esta honra pensaba alcanzar con sus estudios, haciéndose por ellos famoso.

Como el suceso ha venido a corresponder con esta declaración, especie de profecía, no tengo reparo en considerar las dichas palabras, como unas de tantas alusivas a sí mismo y que han tenido en la posteridad entero cumplimiento. Y aún se puede decir más sobre la idea de haber escogido Cervantes un autor arábigo para historiar las hazañas del caballero, pues realmente la primera noticia que de nuestro autor se tuvo, fue por decirlo así arábiga; esto es, escrita en Argel, y por estos datos de Argel, en donde se hizo famoso y digno de honrar cualquier nación y linaje, se comenzaron las investigaciones acerca de su patria por el Padre Fray Sarmiento. Estas hazañas fueron como el primer cuerpo de su biografía, de modo que, según el pasaje que he transcritto, se vino a saber de la patria y de los padres de nuestro autor, cuando ya pudo honrarlos **a ellos y a ella**. También se cumplió la otra a modo de profecía de contender, no por el hidalgo fingido sino por el historiador verdadero, pues unos, con Lope de Vega, le dieron por patria a Madrid; otros, con Nicolás Antonio, a Sevilla; otros, con Nasarre, a Consuegra; otros, con Sarmiento, a Alcalá de Henares; otros, con Mayans, a Lucena; éstos a Esquivias, aquellos a Toledo, y estos otros a Alcázar de San Juan.

En 1819, con la publicación que hizo Navarrete de su **Vida de Cervantes** acompañada de documentos ilustrativos, se fijó

la opinión, fallándose definitivamente, al parecer, que Alcalá de Henares era la verdadera patria de nuestro ingenio: así que, desde aquella fecha hasta hace poco, ha venido Alcalá disfrutando de esta honra, no obstante que a la partida de bautismo allí encontrada de Miguel de Cervantes, se oponían tradiciones y otra partida de Miguel de Cervantes Saavedra hallada en Alcázar de San Juan. Pero, **on recule pour mieux s'arrêter**. Estos documentos existían en toda su fuerza y vigor. El triunfo de Alcalá de Henares no había anulado los derechos de Alcázar de San Juan; antes bien, la aparente derrota había concentrado las fuerzas de sus defensores, animándolos a oponer una nueva y formidable exégesis y entrar con mayor fuerza en batalla con Castilla, vencedora de la Mancha.

Así fue: apenas hecha en 1858 la declaración pública oficial y **solemne** de la patria de Cervantes, apareció una protesta, y recientemente un libro, en el que se pretende probar con variedad de datos y argumentos la legitimidad del derecho de Alcázar de San Juan a llamarse patria de Miguel de Cervantes, a despecho de Alcalá de Henares. Tal pretensión, por cierto que maravilla; y mucho más si pasando la vista por el círculo de alegaciones en que se apoya, se ve que hay no corto número de ellas muy atendibles. Las principales son tener una partida de bautismo de un Miguel de Cervantes, en la que se menciona el segundo apellido de Saavedra, para él tan predilecto, y varias tradiciones muy arraigadas en el pueblo, que parecen fidedignas y en mayor número que las conservadas en la villa complutense.

No obstante, por ahora habrá de resignarse Alcázar de San Juan, hasta probar su derecho de modo que destruya datos tan auténticos como los de las partidas de rescate, la relación de Haedo, la información de Argel y otros documentos que dan al cautivo de Asan por patria la famosa ciudad de Henares, en cuya iglesia magistral de San Justo y Pastor fue bautizado con el nombre tan famoso por el orbe de Miguel de Cervantes (1).

(1) He aquí la partida de bautismo:

«Domingo nueve días del mes de Octubre, año del Señor de mil é quinientos é cuarenta y siete años fue baptizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes é su mujer D.^a Leonor: fueron sus compadres Juan Pardo, baptizóle el reverendo Sr. Br. Serrano, cura de nuestra Señora: testigos Baltasar Vazquez Sacristán, é yo que le bapticé é firmé de mi nombre. B. Serrano (al fol. 192 v.)»

Fue hijo de don Rodrigo y doña Leonor de Cortinas, hijo aquél de don Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, de familia noble, oriunda de Galicia y luego avecindada en Castilla, cuyo apellido se menciona con honra, así en los anales de las guerras contra los moros en España, como en los de las conquistas del Nuevo Mundo. Doña Leonor, por su parte, pertenecía también a una familia noble de la población de Barajas, según los genealogistas, con lo cual quedan satisfechos los que ante todo cuidan de buscar altezas de linajes a los ingenios elevados, como si éstos no fuesen por sí fundadores de nobleza para descendientes y ascendientes.

La extraña circunstancia de ser **Cortinas** el apellido de la madre del Cervantes de Alcalá, y **Saavedra** el que reza en la partida de Alcázar, ha hecho dudar a muchos, y aún sigue esta cuestión fatigando las prensas. Mas aparte de la Información de Argel, que es un testimonio irrecusable, el Cervantes de Alcázar, nacido en 1558, no podría ser el soldado de Lepanto en 1571, ni el rescatado del cautiverio en 1580. Esto en lo que toca a lo físico. En lo moral se nos pinta al Cervantes alcazareño como **mozo de muchos amos**, o lo que es lo mismo, sujeto a muchos vicios y autor de hechos más propios de un rufián que de un héroe. Creo yo que tales disputas sobre la patria de tan grande hombre son hoy ociosas, por no decir ridículas. Poco o nada se adelanta con saber que tales terribles o recinto fueron la patria del genio que todas las naciones pretenden ahijarse espiritualmente, puesto que de su hacienda espiritual participan todas. Además, ¿qué hizo Alcalá de Henares en vida de nuestro genio en favor suyo? Con ese afán intempestivo, semejan los pueblos a los buitres, aficionados a carne muerta, pues abandonan a sus hijos cuando vivos, y luego se disputan sus cadáveres.

De la infancia de Cervantes nada se sabe. Déjase entender que ya en escuela pública, ya en privada, ya de los labios mismos de sus padres, oyó las primeras enseñanzas, que desde muy tierna edad desarrollaron su instintiva afición a la poesía, poniéndole con la lectura en comunicación con el mundo invisible del espíritu. Al decir Cervantes en su **Viaje del Parnaso**, que desde sus tiernos años amó el arte de la poesía, bien puede creerse que, como otros genios, diese, aun de muy niño, muestras de su afición; pues la memoria de que en aquella

edad no perdonaba ni los papeles rotos que veía en las calles, denota que la vocación de Cervantes para las letras, hubo de manifestarse por otros actos antes de llegar a éste, que ciertamente le es peculiar y le caracteriza entre las grandes figuras literarias, y supone una gran pasión que había de romper por infinidad de análogas inclinaciones. Tal vez en otra época se hubiesen conservado estas estrenas de su imaginación infantil, como se conservan y se admirán hoy las obras que Mozart compuso desde la edad de cuatro años, y conociéramos por ellas, gracias a su espontaneidad, qué suerte de impresiones y qué linaje de sentimientos fueron en él generadores de ese carácter originalísimo estampado en todas sus obras.

No obstante la falta de noticias que tenemos de este período de su vida, es indudable que el sesgo y espíritu que había tomado la literatura española a mediados del siglo XVI, influyeron notablemente en la imaginación y entendimiento infantiles de nuestro Cervantes, que venía al mundo en la época del mayor desbordamiento de aquel mar de historias prodigiosas. En efecto, si todos los grandes genios hubiesen escrito su vida, pocos habrían dejado de notar la eficaz y dura-dera impresión del primer libro que cayó en sus manos, de aquellos momentos en que su inteligencia, puesta en contacto con la de otros seres apartados por el lugar y el tiempo, entraña por vez primera en el inmenso invisible mundo de la inteligencia. Miss Edwards, en su cuento de Cervantes, no olvida de poner en la casa de sus padres una biblioteca caballeresca, y con mucho acierto; porque no sabemos que el hidalgo don Rodrigo fuese una excepción de la regla, y pues todos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, se daban al alimento que con tanta profusión ofrecía aquella época, bien se puede asegurar que en la casa de Cervantes no faltarían por lo menos un Don Amadís, un Palmerín de Inglaterra, que en aquella sazón salía al público de las prensas de Toledo, y algunos más libros de caballería. Con igual fundamento ha de creerse, que la afición temprana de Miguel de Cervantes a la lectura, se desahogase principalmente en estos libros, muy propios para mantenerla y estimularla por su índole especial, y que los primeros ensayos de que hemos hecho mérito, fueran cuentos caballerescos llenos de los prodigios y maravillas que leía. La autora citada, se atreve a poner como primera

composición de Cervantes una escena o romance caballeresco; su posición muy aceptable, así como es creíble que los juegos de su infancia fuesen parodiar al caballero andante con morriones, petos y escudos de cartón, lanzas y espadas de palo. La celada de papelón de Quijano, tal vez es reminiscencia de su niñez, cuando vemos que en todos tiempos los muchachos imitan en sus juegos aquellas profesiones y costumbres que más en boca están, o prestan aliciente por sus trajes y uniformes. Así como se ha jugado a los soldados, a los frailes y a los toros, debió ser muy común en aquella época **jugar al caballero andante**, vestir sus armas contrahechas y representar pasos y escenas caballerescas que tan presentes estaban en la imaginación de todos, que tan bien se avenían con las fiestas, aún no abandonadas en las cortes, de justas y torneos, y que casi al vivo representaban los españoles, esparcidos con armas y caballos por todos los ámbitos de la tierra en **busca de aventuras**.

El torneo que casi en su vejez presenció y describió Cervantes, celebrado en San Juan de Aznalfarache, se compuso de hombres graves vestidos con armaduras de papel y espadas de palo. Si esto hacían los hombres ya maduros, ¿qué no harían en sus verdes años?

A nuestra atención, pues, no debe pasar inadvertido el influjo que esta clase de obras pudo ejercer sobre la imaginación precoz de Cervantes, puesto de buenas a primeras en contacto con un mundo fascinador de princesas hermosísimas, sabios de misteriosa ciencia y héroes de extremado valor, aventureros, enamorados, que vivían por la belleza, que amaban los peligros y odiaban el mal y los malvados. La ciencia del mago, la belleza de la dama y la virtud del caballero, no hay duda que pronto debieron tener por aficionado el corazón de un poeta, amándolos tanto más, cuanto mayor era el odio concebido hacia el gigante, siempre malicioso, siempre repugnante y perverso. Los que creen que estos libros eran vanos, y perjudiciales a la república, no dejarán de confesar que, por lo menos, ese pintar el mundo con tan bellos colores, dando tanto poderío al valor, al amor y a la hermosura y forjando una máquina tan complicada de quimeras, debió influir poderosamente en la fantasía de Cervantes, niño, predisponiéndole a correr en pos de un ideal, a confiar mucho en la virtud, a acometer peligros y a esperarlo todo, como justa recompensa del sacri-

ficio, del heroísmo y de la abnegación. Luego veremos cómo este influjo fue efectivo y poderoso.

Algunos biógrafos han dicho, que, de edad de siete años, fue Cervantes a Madrid, en compañía de sus padres, noticia que coincide con la de haber dado Lope de Vega a Madrid por patria de Cervantes, pues sin duda le vio en la corte desde muy tierna edad. Bien se advierte que es inconcebible esta venida a Madrid para estudios, siendo Cervantes de Alcalá y existiendo allí famosos institutos de enseñanza; pero una vez admitido su origen castellano, y que desde muy joven fue conocido por Lope de Vega, hay que optar porque el viaje de sus padres tuvo otro cualquier objeto, porque en efecto, existen, según veremos, presunciones fortísimas de que nuestro Miguel de Cervantes estuvo desde muy niño en la corte, tanto porque así se explica su asistencia posterior a los estudios de Juan López, como por haber presenciado las representaciones del famoso poeta y cómico Lope de Rueda, a quien vio seguramente en Madrid o en Segovia, donde este comediante gracioso estuvo por aquellos tiempos. Así lo escribe Cervantes en el prólogo de sus comedias, advirtiendo que cuando le oyó era muchacho, y no podía hacer juicio firme de sus versos. Y así debió ser, porque la afición y curiosidad con que le oía, y los pocos años, en que la memoria es prodigiosa, le hicieron conservar un pasaje de nada menos de treinta y cinco versos, que intercaló en una de sus producciones dramáticas, de un coloquio pastoril compuesto por este varón insigne, y del cual no ha quedado más noticia, que esta tan breve dada por Cervantes.

El encuentro de nuestro joven con la compañía alegrísima de Lope de Rueda, no es indiferente ni insignificante a la consideración del crítico. A Cervantes, genio, debió sorprender más que a otro alguno el talento y la *vis cómica* de Rueda, síntoma para los españoles de gracia y de donaire. Acaso nadie como él pudo apreciar y gustar de su humor, pudiendo Rueda haber sido como el maestro del gracejo en el estilo, para dar a conocer la faz cómica de las cosas y emplear esa sal inimitable con que sazonó luego sus escritos. ¿En quién sino en un genio, pudiéramos encontrar el raro privilegio de influir eficazmente en la marcha de otro genio como Cervantes? La admiración con que siempre le miró, la memoria que

conservó de este varón insigne en la representación y el entendimiento, denotan que fue en su mocedad un gran suceso el conocimiento de Lope de Rueda.

La condición de los padres de Cervantes, si noble, no era muy holgada, aunque es creíble bastase para dedicarlo a alguna carrera. Dicen algunos, que fue dedicado a la Iglesia y luego a la medicina, y que su vocación no le llamaba a estos dos caminos. Lo cierto es que, hasta la edad de diecinueve años, más probabilidades hay para asegurar que estuvo en otras partes de España, que no en la corte. La autora ya citada del cuento de Cervantes, cree que éste, apasionado de Lope de Rueda, entró en su compañía y le siguió a algunas provincias: noticia de verdadero cuento, pero que refiere un hecho no propio de la juventud de un gran genio. Tal pudo ser el encanto que le produjo el arte de Rueda, y tal el llamativo de una compañía que iba de ciudad en ciudad recogiendo aplausos con un género de vida aventurero, que el deseo de la gloria le impulsase a buscarla en el teatro. Los detalles que dio en avanzada edad del equipaje de los cómicos, la escena de la carreta en el **Quijote**, la confesión de su entusiasmo por el disfraz o vestuario de las farsas, y el ejemplo de otros muchos que se dejaron llevar de este mismo deseo, repito que no hace tal resolución propia de la juventud de Cervantes, quien sin duda hablaba de sí mismo al decir: «Desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad **se me iban los ojos** tras la farándula.»

Bongeault, en su **Historia de las Literaturas extranjeras**, hace también a nuestro joven autor, miembro activo de la alegrísima compañía del excelente cómico sevillano, aunque por pura presunción como Miss Edwards.

Hay, además, no sé qué presunciones, de que Cervantes, sea por su natural viveza, por su afición a aventuras, por el afán de ver mundo, por la confianza en sí mismo o por la estrechez de su familia, dejó siendo de corta edad la casa de sus padres. ¿De dónde ha nacido la tradición de que estuvo, como estudiante, en Salamanca? Es creíble que le mandasen sus padres a una población distante de Madrid a hacer sus estudios, siempre costosos en aquella universidad y mucho más no teniendo allí parientes que le ayudasen, y no a Alcalá

de Henares que está a las puertas de la corte, y en donde debía tener algunos parientes y amigos? Sin embargo, no sin algún motivo se conserva en Salamanca esta tradición. La mayor parte de los biógrafos han venido repitiendo que pasó en esta ciudad dos años, que estudió filosofía en su universidad y aun se indica el sitio de su residencia, que fue en la calle de Moros. Los eruditos, amigos siempre de perfiles accesorios, han puesto empeño en suplir a la escasez de la fortuna de Cervantes, dándole en cambio nobleza de pergaminos, patria en Alcalá madre de ciencias, y estudios universitarios en Salamanca, rival de la florentísima Compluto, y por consecuencia aceptaron, a cierra ojos, esta tradición. El canónigo don Tomás González, catedrático de retórica que fue de dicha universidad, confirmó esta creencia, diciendo que se había matriculado Cervantes en el Instituto Salmantino; pero por las investigaciones hechas nuevamente, sólo resulta, que existe esa noticia en nota de una reseña histórica de aquella universidad; puesto que examinados a mi instancia los libros de matrículas desde el año 1546, no se ha encontrado la de Cervantes.

He aquí una prueba más, de que no fue a Salamanca con orden de sus padres a seguir sus estudios; lo que no obstante que estuviese en dicha ciudad, tal vez en compañía de algún joven camarada suyo, rico, con el cual se iría, deseoso de ver aquel lugar donde tantos ingenios se reunían, o bien agregado a alguna comisión del servicio militar.

CAPITULO II

Estudio del maestro Hoyos. — Filena, supuesto poema de Cervantes. — Sus primeros ensayos literarios. — El cardenal Aquaviva. — Opiniones sobre la causa que movió a Cervantes a marchar a Italia. — El Saavedra del «Gallardo Español». — Consecuencias de un lance de honor. — Probabilidad de que huyese a Salamanca. — Don Diego de Valdivia. — Materiales para la biografía en «El Licenciado Vidriera». — Salida de Cervantes del servicio del cardenal.

Pasada esta época de sus primeros años, en que todo es confusión y carencia de datos auténticos, parece como que ve-

nimos a poseerlos acerca de su estancia en Madrid, cuando tenía veintiún años de edad y cursaba humanidades en el estudio público del maestro López de Hoyos. En todo este tiempo no dejaría de revelar su ingenio y su amor a la poesía, dando algunas muestras de él en ligeras composiciones, tales como romances, muy en boga en aquella época. Dícese que en este período de su vida, anterior y coincidente con su asistencia a las aulas, compuso un poema pastoril intitulado **Filena**. Unos aseguran que se componía de sonetos, rimas y romances, tomando base para esta aserción de un terceto de su **Viaje del Parnaso**, en que se lee aquel nombre. Pero no hay fundamento alguno para esta creencia, pues **Filena** vale tanto como **Filis**, allí también nombrada, y uno y otro son nombres poéticos de damas imaginarias, y no de poema; pues no hay memoria ni noticia en él ni en sus contemporáneos de semejante libro; al paso que declara terminantemente en el prólogo de su **Galatea**, que este poema era la primera obra que daba a la prensa.

Parece, sí, más probable, que la **Galatea** y **El Bernardo** fuesen comenzadas en aquella edad temprana, estimulado por el estudio de la retórica y por el ejemplo de otros, que, desde las aulas, se atrevían ya a poner en práctica las lecciones y preceptos que de sus maestros aprendían. **El Bernardo** lo comenzó Balbuena mientras asistía, de joven, a las aulas, y **La Pícara Justina** de Andrés Pérez, lo fue también, cursando éste los primeros años de su carrera. Robustecen esta suposición la circunstancia de ser simbolizada en la heroína, la que luego fue su esposa, doña Catalina de Palacios y Vozmediano, cuyos amores explican en algún modo su salida para Italia, la de que, de vuelta de su cautiverio, apenas debió tener tiempo para escribirla; la del estilo mismo disertador y latinizado, y la introducción en los finales cantos de personajes en cuyas historias se ven reminiscencias de sus viajes y sucesos; por donde colijo, que algunos cantos fueron escritos mientras era estudiante de humanidades en Madrid, y sólo los últimos de vuelta de sus campañas.

Ocurrió por entonces la muerte de la reina doña Isabel de Valois, y encargado su maestro Hoyos de componer los epitafios, rótulos, alegorías y cantos de las exequias, se valió del concurso de sus discípulos y especialmente de Cervantes, a

quien llama **caro y amado**, y el cual contribuyó con un epitafio en forma de soneto, cuatro redondillas, una copla castellana y una elegía en tercetos, compuesta por él en nombre de toda la escuela y dedicada al cardenal don Diego de Espinosa, a la sazón presidente del Consejo de Castilla e inquisidor general.

Raro es que, la primera composición que auténticamente sabemos salió al público de manos del escritor festivo, sea una elegía para llorar la muerte de una princesa; y quien quiera que con atención la examine, verá que este primer canto de Cervantes, parece un presentimiento, una profecía de las muchas ocasiones en que había de cantar malogrados bienes y esperanzas suyas; y que en ella está al mismo tiempo el resorte que siempre le sostuvo y animó; en una palabra, su filosofía de la adversidad. Si en la forma de la composición poética no se percibe al hombre inmortal, en su fondo, en sus pensamientos se ve el alma y el corazón del futuro genio.

Poco tiempo debió Cervantes estar al lado de su maestro, pues muy luego le vemos en Italia al servicio del cardenal Julio Aquaviva. Vino éste a dar el pésame a Felipe II por la misteriosa muerte del príncipe don Carlos, ocurrida hacia fines de 1568, y de haberle acompañado Cervantes en su regreso, el 2 de diciembre del mismo año, no llegaría a completar uno en sus estudios, pues el de Hoyos se abrió en 29 de enero del mismo año. La causa y la época de este viaje no son de notoria certidumbre, y no obstante, este particular es de suma importancia, por haber sido un suceso decisivo de la suerte de Cervantes. Sin este viaje no hubiese escrito el Quijote, no fuera el Cervantes que conocemos: tal fue el influjo que la expatriación, voluntaria o forzosa, ejerció en el resto de su vida.

Crean algunos, y entre ellos Pellicer, que el Cardenal tuvo noticias de su ingenio, y agraciándole, quiso ser espontáneamente su protector. Esto no se aviene con el abandono en que después le vemos, que parece recordado en aquellos versos:

«A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros
No fuera en verdad.

Otro biógrafo, extranjero, dijo: que apesadumbrado por el mal éxito de sus primeros ensayos, y particularmente de su *Filena*, marchó a Roma llevado en alas de su resentimiento. Esto va todavía más fuera de buen discurso, pues no podía resentirse Cervantes por el mal éxito de un libro, que sólo ha existido en la fantasía de los críticos (1).

Lo que acerca de este viaje hay escrito no me satisface, ni creo que podrá satisfacer a ningún curioso observador. Sin embargo, tengo para mí que no faltan datos, si se quieren buscar y coordinar, y que podemos llegar por medio de ellos a un conocimiento bastante aproximado de este notable suceso en la vida de Cervantes.

A las presunciones ya apuntadas de que sus amores con doña Catalina comenzaron antes de su ausencia de España, hay que agregar un dato importantísimo, auto-biográfico sin duda, que poseemos en una de las comedias que dio a luz en el último tercio de su vida. Esta comedia es la que lleva por título: *El Gallardo Español*. En ella hace de protagonista un personaje llamado don Fernando de **Saavedra**, que tiene amores con una dama cuyo segundo apellido por su madre es el de **Vozmediano**, que es cabalmente el segundo apellido de doña Catalina. Pintase al Saavedra soldado en África al servicio de don Alvaro de Bazán, hombre valiente y sabio, joven, de buena presencia, apasionado, aventurado y extremado en pensamientos y en fantasía. Aquí indudablemente se retrata nuestro Saavedra. Por otra parte la joven Margarita está al cuidado de un tío suyo, hermano de su madre llamado Vozmediano, circunstancia que concurrió en doña Catalina, que por muerte de su padre fue criada y educada por un tío suyo. Aquí indudablemente se trata de doña Catalina. Y ¿por qué esta presunción? porque el mismo Cervantes concluye la comedia diciendo:

«No haya más, que llega el tiempo
De dar fin a esta comedia,
Cuyo **principal intento**
Ha sido **mezclar verdades**,
Con fabulosos inventos.»

(1) De esta materia trato largamente en un artículo intitulado: *Filena, supuesta obra de Miguel de Cervantes*. Vio la luz en *La Concordia*, semanario publicado en Madrid, y en *La España Literaria*, en Sevilla.

En esta producción, que dio Cervantes a la prensa más por lo que le interesaban las noticias que de su vida contiene, que por otra consideración, se da por hecho que los amores de Saavedra habían comenzado en España, y que un hermano de la novia, hombre linajudo e impetuoso de carácter, no considerándole bastante elevado para aspirar a entroncarse con su familia, hubo de dar al caballero galanteador una mala y ofensiva respuesta, por la cual resentido el Saavedra, echó mano a la espada y le dejó malherido; de cuyas resultas y para evitar persecuciones de la justicia, **ausentóse y fuése a Italia** (1).

¿Será aventurado pensar que este Saavedra es en estos sucesos figura y transparencia de Cervantes Saavedra, y que estos hechos son, y no pueden ser otros, los **verdaderos** que confiesa haber **mezclado** con fábulas de su invención? De ningún modo. Si el Saavedra de **El Trato de Argel** es Cervantes; si el Saavedra mencionado en la historia del cautivo es Cervantes, ¿quién ha de ser este Saavedra de **El Gallardo español**, cuyo carácter cuadra y ajusta tan por extremo con el de nuestro novelista?

Harto explícita es su declaración. El objeto principal del autor era referir sucesos verdaderos; hacer una especie de memoria de algunas de las circunstancias de su vida, que como novelesca, se prestaba a servir de fondo a variedad de cuadros. Esta comedia en unión con otras, sacadas de su encerramiento y oscuridad, vio que no eran tan malas que no mereciesen ser leídas y conocidas: opinión que fortificaría en él acaso el amor propio, imaginándose que alguna vez caería del todo el disfraz que por entonces cubría hechos verdaderos mezclados con fabulosos.

Concierta esta versión con lo que se ha apuntado ya respecto a **la Galatea**, que debió bosquejarla en la ocasión de sus amores con doña Catalina, puesto que todos convienen en que esta dama está representada en la principal heroína, y si Cervantes fue rechazado por alguno de esta familia con palabras

(1) Más extensamente he tratado acerca de este punto en un artículo intitulado: **Viaje de Cervantes a Italia**, que vio la luz en **El Español de Ambos Mundos**, en Londres; en **La Unión**, en Madrid, y en **El Madrileño**, semanario de la corte.

ofensivas de su honor de caballero, por la sola razón de no ser rico, bien puede admitirse que la satisfacción que tomó Saavedra con la espada, dejando al ofensor melherido, fue la respuesta del hidalgo Cervantes, y la ausencia del sobredicho caballero de la comedia a las partes de Italia, el partido que tomó Cervantes para evitar las persecuciones o venganzas del herido.

Tenemos, pues, hasta ahora en limpio, que la causa del viaje a Italia del Saavedra, fue un lance de honor, una disputa o pendencia ocasionada por amores de que resultaron heridas graves. Veamos ahora, si hay algún dato o indicio de qué motivo semejante pudiese obligar al verdadero Saavedra a **ausentarse** de la corte e irse a Italia.

Nótese que nuestro autor, no tiene reparo en dar a luz sus **Comedias** y **Entremeses** que en buena crítica son bastante endebles.

La misma inteligencia que trazó el **Quijote**, rasgueó esas composiciones como para dar fe de que era un **simple mortal** el que concibió el gran poema del Manchego hidalgo. Pero si esto es así, también lo es que todo escritor guarda en su gaveta o rompe las composiciones de notoria mediocridad, y estas dos colecciones no estaban a la altura de nuestro escritor insigne. ¿Por qué, pues, las dio a la estampa? Demos por concedido que en algo influyó la necesidad; pero este motivo no destruye la razón del objeto principal que el mismo autor declara, y cuando se observa que en efecto, se halla justificado este fin especial en las mismas obras, debemos suponer que Cervantes, acaso se resolvió a su publicación más por la conveniencia moral y biográfica, que por la pecuniaria. De todos modos si ambas consideraciones tenían igual peso en la balanza, su resolución era acertada y discreta. Un genio que sabe haber conquistado la inmortalidad, se cura poco de **pecadillos literarios**, y más si en ellos lleva alguna intención que nada tiene que ver con las letras, como sucede en las letras de que tratamos.

Nótese bien, igualmente, que en el **Entremés de «La Guardia cuidadosa»**, cuya excelencia artística Cervantes sería el primero que pusiera aparte, se habla sin disfraz de un personaje, a quien harto conoceremos en el discurso de estos ensayos,

y cuya composición no parece escrita más que para consignar el nombre de esta figura fatídica y diabólica.

Todas estas razones hacen creer en la franca declaración de nuestro ingenio en su Comedia de **El Gallardo español**, y que su viaje a Italia fue un accidente impensado, una resolución a que se vio obligado por consecuencias graves de una pendencia originada de amores.

Cabalmente hay un documento recientemente publicado, que nos llena las medidas en este punto. Existe el texto original de una real provisión, fechada en 1569, en la que se manda prender a un tal Miguel Cervantes, que andaba por las partes de España, a consecuencia de heridas causadas a un Antonio Sigura. Este Antonio Sigura, se dice en la provisión **andante en corte**. Ya tenemos aquí un nuevo y precioso dato que concierta con el expuesto en la comedia, a saber: que el Saavedra tuvo un lance de honor en España. ¿Conviene la época? En 1569 estaba Cervantes en Madrid. ¿Y qué relación pudo tener este Sigura con los amores de Cervantes o con la familia de su novia entonces doña Catalina? Y aquí aparece un dato de otra índole que coincide con lo dicho en la comedia. En el libro intitulado «**Un paseo a la patria de Don Quijote**», escrito por don J. Jiménez Serrano, versado en las tradiciones de la Mancha respecto a Cervantes, se refiere, que cuando éste trató de su boda con doña Catalina, se opuso al enlace con el mayor encarnizamiento un **primo** de dicha señora, hidalgo presumido y ridículo, que no conceptuaba a Cervantes par con la alteza de su familia.

¿Qué más pruebas necesitamos? Por una parte un pasaje autobiográfico; por otra un documento oficial, y por otra la tradición, concurren en poner en evidencia un hecho y es, que Cervantes tuvo una pendencia por cuestión de amores. Y ya vemos un motivo de fuerza bastante para que, siendo joven y hallándose dedicado a los estudios, los abandonase repentinamente, y se ausentase de Madrid. Nótese bien, que en la comedia se dice **ausentóse** y fuése a Italia lo que no indica que precisamente partiese sin dilación a este reino, sino que lo primero que hizo fue ocultarse y salirse de la corte, por lo cual se dice en la provisión, **que andaba por las partes de España**. Así es creíble, porque un joven, poco abundante en recursos,

no tendría comodidad para hacer inmediatamente un largo viaje a país extranjero.

Débese el conocimiento de la **Real Provisión** citada al entendido y discreto biógrafo y crítico señor don Gerónimo Morán, que le inserta en su notable **Vida de Cervantes**, impresa en el tercer tomo de la edición del **Quijote**, hecha con todo lujo y esmero en 1863 en la Imprenta Nacional. Los comentarios que hace sobre este curioso hallazgo, no dejan de ser atendibles, y no se oponen en sustancia a la opinión que dejó manifestada, de que una grave cuestión de heridas por causa de amores, decidió a Cervantes a ausentarse de Madrid. Es más, el relato de la comedia no pierde nada de su valor por el texto de la Real Provisión que dice: «por haber dado ciertas heridas en esta corte a Antonio de Sigura, **andante en esta corte**, pues evidente es que no había de reñir Cervantes con un ministril de la justicia de buenas a primeras, sino a consecuencia de lance con un caballero. Estas ocurrencias eran frequentísimas en aquella época, tanto por los desafueros o actos irritantes de los corchetes, como por la independencia y dignidad de los caballeros, que odiaban sus maneras y tropelías. Bien pudo el contrario herido no perseguir a Cervantes, pero sí la justicia, de oficio, por lesiones inferidas a uno de sus miembros, y como éstas fuesen un episodio o apéndice de la lucha, Cervantes hizo mención sólo de lo principal. Si bien se examinan sus obras, se verá que siempre zahirió y se burló de estos ministriales o corchetes que solían extralimitarse en el ejercicio de su cargo, y el dar cuchilladas a alguaciles no era nuevo ni inmerecido.

Cree por esto el señor Morán, y aun halla alguna indirecta alusión en el **Quijote** de Avellaneda, que el cardenal Aquaviva fue el medio de salvación de Cervantes, y que tal cuestión por causa de amores, fue esa incógnita imprudencia que trastornó el feliz rumbo de su estrella. En esta parte difiero de su jicioso parecer. La misma Provisión indica que el perseguido se hallaba entonces, en 1569, en la ciudad de Sevilla, y esto era un obstáculo para que dicho prelado y nuestro escritor se hallasen en España. Por lo demás, estoy más inclinado a creer, que los tiempos venturosos de Cervantes, a que alude en su **Viaje al Parnaso**, han de colocarse durante su residencia en Italia.

Pero en fin, ya vemos aquí que si Cervantes hubiese ido como se creía, en la comitiva del Cardenal, ni se hubiera dictado esa provisión, ni se dijera en ella que estaba en las partes de España. Esta parte no pudo ser otra que la de Salamanca, justificándose así la tradición de que vivió en aquella ciudad un corto tiempo, y que estudió, aunque no se matriculó en las clases de filosofía. La falta de matrícula induce a corroborarnos en la idea de que fue como compañero y camarada de algún caballero joven, estudiante, y allí sin duda encontró un capitán que estaba haciendo gente para Italia, y prendado éste del ingenio de Cervantes, *a pocos lances*, como dice la novela de Vidriera, y enamorado nuestro joven Miguel de la vida de la soldadesca y de la pintura que le hiciera de la belleza de Nápoles, de las holguras de Palermo, de la abundancia de Milán y de los festines de Lombardía, quisiese gozar de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia.

Esta afirmación que aquí se hace del encuentro con un capitán que le ofreciese llevarle a Italia en su compañía, no es tan arbitraria como a primera vista parece, y en el discurso de esta vida habrá ocasión de mostrar, que el caballero don Diego de Valdivia, con quien Tomás Pedraja se embarcó en Cartagena, fue amigo y protector de Cervantes, y por lo tanto que el mencionar su nombre en aquella novela y acumular detalles acerca de su expedición, indica que hay en esta obra mucho que conviene al autor mismo.

Se dirá en objeción a lo expuesto, que Cervantes fue camarero del cardenal Aquaviva en Roma, con el cual se hallaba antes de la batalla de Lepanto, y que ¿cómo pudo entrar al servicio de su eminencia siendo soldado y hallándose obligado a seguir sus banderas? La respuesta a esta objeción es muy sencilla. Nace de los mismos fundamentos que vamos analizando, y la presta el mismo Cervantes en la relación que verosímilmente es autobiográfica. La variación de empleo supone, que debió salir de España, no sentado en bandera, ni puesto en lista de soldado, y por lo mismo no obligado a seguir las filas, sino que fue como camarada, o con algún cargo que no le sujetase a compromiso y coartase su libertad. He aquí el pasaje de la novela del licenciado, que sin inconveniente alguno, puede de considerarse como relato verídico de los sucesos del autor:

«Poco fue menester para que Tomás aceptase el envite, ha-

ciendo consigo en un instante un breve discurso, de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto a lo más largo podía gastar tres o cuatro años, que añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus comenzados estudios; y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia, pero había de ser a condición que no se había de sentar bajo bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarle a seguir la suya. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese. Eso sería, dijo Tomás, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán, y así más quiero ir suelto que obligado.»

Por la misma razón, el itinerario de esta expedición a Italia debe creerse razonablemente que sea el que describe en esta novela, pues no tenía necesidad de inventar otro para su héroe, ni figurar los detalles que amontona, habiendo hecho el autor una excursión idéntica. De modo que bajo este dato aceptable, tendremos que Cervantes se embarcó en Cartagena, y el primer puerto donde tocó fue en Génova, pasando de allí a la capital del mundo cristiano.

Siguiendo el principio propuesto en mis trabajos, de que Cervantes por nadie puede explicarse mejor que por sus obras, motivos hay para hacer alto y comentar este diálogo de la novela del Licenciado.

En primer lugar no hay que perder de vista que tal cual nuestro ingenio pinta a Tomás Pedraja, a vueltas de su monomanía, no es una figura bajo cuya máscara se desdeñase el autor de aparecer. Pedraja es un carácter elevado, un hombre que, a fuerza de estudios, incurre en una debilidad de cascós, como Don Quijote incurre en el achaque de caballerías. El excesivo estudio produce en ambos análogas consecuencias **secundum genus suum**. En Pedraja, excitado por la lectura de los autores eruditos y copiosos en todo género de hechos psicológicos produce la melancolía **pacífica**, el deseo de averiguar la verdad, y se figura que es de vidrio. En Quijano, excitado por la lectura de los autores caballerescos, produce la melan-

colía **belicosa**, el deseo de combatir los males a punta de lanza. Pero ambos son dos creaciones dentro del templo del alma de Cervantes, a la vez pacífico y belicoso, a la vez activo y contemplativo como su vida y sus obras lo demuestran.

Veamos ahora el temperamento de las razones de Tomás y si conciernen con el espíritu y carácter de nuestro héroe.

La presteza con que Tomás se decide a hacer el viaje a Italia y Flandes, apenas se le propone, es una nota y signo infalible de que habla y se sustituye Cervantes por él. Tal resolución es propia, no de un hombre calculador, apocado y mezquino. Es propia de un poeta, de un ingenio vivo, imaginación fogosa y corazón ardiente, de esos caracteres que se abandonan a la virtud de sus arranques, a su esperanza en la verdad de sus ilusiones, a su fe en los favores de la fortuna.

Además, uno de los axiomas que pueden ser con justicia apellidados cervantismos por antonomasia, se encuentra en la frase favorita de Cervantes, de que **las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos**.

La razón (si otra necesitase un personaje del templo de Vidierra, o digáse Cervantes) que después alega para decidirse, cuadra perfectamente con las condiciones y edad de nuestro escritor famoso. Calcula que en ver extrañas tierras podía gastar **tres o cuatro años**, que añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que le impidiesen volver a sus **comenzados estudios**.

¿Quién no ve en esto una verdadera página de la vida de Cervantes? Colocado en la situación que le hemos visto, con protesta de visitar extrañas tierras, joven y aventurero, ¿qué le importaba hacer un paréntesis en su vida de estudiante, si podía luego volver con más experiencia y discreción a sus comenzados estudios?

Pero aún todo esto, por verosímil y fundado que parezca, podía ser arbitrario y dudososo. Lo que no ofrece duda, lo que desde luego se autoriza como retrato de Cervantes, es la **reflexión** siguiente, que confirma cuanto va dicho.

«Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto...»

¡Reflexión amarga! dolorosa crítica del escritor **experimentado** contra el joven **inxpersto!** ¡Sombra lejana de la idiosincrasia del Quijote que todo lo veía color de rosa! ¿Quién no

reconoce al hidalgo de la Mancha en esta resolución del joven y en esta reflexión del viejo? ¿Quién no se imagina un Quijano de corta edad confiado en la suerte, creyendo que todo ha de sonreírle, que ha de ver extrañas tierras, aprender ciencia de vida y costumbres, alcanzar prez y fama por su valor, sin acordarse, como cualquier Sancho Panza lo hiciera, de esos que tanto abundan en el mundo, de que el horizonte está sujeto a nublado y tempestades, de que lo recto puede torcerse, de que el hombre propone y Dios dispone, de que las más fundadas esperanzas suelen confundirse en humo, de que no hay que contar con nada firme y verdadero en este mundo de mudanzas y fluctuaciones? ¿Cabe en la joven fantasía de quien supo y pudo después delinear a la **gran víctima de sus ilusiones** y el **gran ejemplo de los desengaños**, que el curso de la fortuna de tal modo se torciese, que los **cuatro años de recorrer tierras**, se trocasen en **cinco de cautiverio en Argel**?

¿No es evidentemente la reflexión que se ha citado, el reflejo de su conciencia sobre la más crítica e importante resolución de su vida?

Si a esto se agrega su escrupulo de **sentar bandera**, y su resistencia a burlarse de las ordenanzas y leyes de la milicia, no podremos menos de convenir en que este importante pasaje de la novela del Licenciado es una verdadera **relación autobiográfica**.

Yo no tengo datos autógrafos para aceptar la opinión de que Cervantes partiese de España como paje del cardenal Acquaviva. Parécesme que a limpio correr, se despegue del genio y carácter de nuestro héroe dejar los estudios, en situación normal y tranquila, para formar parte de servidumbre de principes y menos de la Iglesia.

Compréndese muy bien, por el contrario, que puesto en las circunstancias que hemos visto, fugitivo de la corte por una cuestión de honra y persecución de la justicia, amistado con un militar que alistaba gente para Italia, seducido por sus halagüeñas pinturas de los países que debía recorrer, animado por los ejemplos de poetas y escritores españoles, que lo mismo enripiarón la lanza que tomaron la pluma, entusiasmado por la gran contienda que se abocaba del predominio de la cruz y la media luna, deseoso de ver extrañas tierras y confiado en su buen corazón y fuerte ánimo, Cervantes fue a Italia

de la manera, por los móviles y con el objeto que él mismo refiere en la novela del **Licenciado Vidriera**.

En efecto, sólo así se comprende que dedicado a las letras en 1568, se le vea después abandonar repentinamente los estudios que con tanto éxito cultivaba. Para verificar este viaje intempestivo, es probable que echase mano del primer recurso que se le ofreciese, y tal vez no halló otro que irse en compañía de algún militar, como refiere que fueron Pedraja y Vicente de la Rosa. Esto explica también cómo en 1577 pudo escribir a Vázquez, que hacía diez años que estaba al servicio de Felipe II; pues saliendo de Madrid hacia fines de 1568, no va muy errada la cuenta. Ya en Italia, la ocasión de mudar de empleo y servir al cardenal, se facilitaba más que en la corte de España, porque hay más entrada y relaciones entre extranjeros fuera de su patria, más espíritu de protección entre compatriotas; y ya fuese porque hallase entre la servidumbre un amigo, ya por el interés que inspirara un joven lejos de su familia y sin apoyo, pudo obtener un lugar en el servicio de aquel príncipe: lugar que no ocupó mucho tiempo, por no ser apropiado el carácter de Cervantes para las antecamaras de palacios.

De Lope de Vega decía en su oración fúnebre el doctor Quintana: «Secretario fue en su juventud, de dos príncipes grandes; y cuando estimaban más su persona los dejó por huir las lisonjas y estimaciones de sus familias, y estaba tan averso, o por mejor decir, desengañado de este género de favores, que solía decir: aún a las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento». Si esto pasó en la juventud de un escritor que tanto gustó luego de la lisonja y tan bien se halló con el favor de los príncipes, ¿qué no sería en nuestro joven durante su vida, enemigo de todo lo que tenía sabor cortesano? Si, como se desprende de su corta estancia en Roma, el cardenal no hizo la distinción que merecían sus talentos y buenas disposiciones ayudándole a proseguir sus estudios en alguna de las famosas universidades de Italia, no es extraño que, pobreza por pobreza, eligiese la del soldado, y tuviesen para él más alicientes los peligros y mudanzas de la guerra, que la vida muelle y afeminada de los palacios. Bien deja entender Cervantes, siempre agradecido a sus bienhechores, en el silencio que guarda acerca de este período, que la

estancia en el servicio de Acquaviva fue un recurso para no morirse de hambre en país lejano, y aquellas palabras del gallardo español Saavedra:

....., «me aplico
A ser soldado; señal
Que de bienes me va mal,»

indican que nada tuvo que agradecer a su eminencia.

¡Cuán de otra suerte fuera, si este príncipe de la Iglesia se hubiese prendado de las cualidades e ingenio del favorito discípulo del maestro Juan López Hoyos! ¿Por dónde y de qué manera un Legado del Papa, con el lujo, el fausto y la importancia que entonces estas dignidades tenían, pudo cobrar afecto señalado a un estudiante sin duda más atento a hojear a Ovidio y a Virgilio, que a solicitar empleo de paje, tan distante y distinto de sus aspiraciones? Si por algo, la personalidad de nuestro joven ingenio pudo llamar la atención a magnates de tal valía en aquella época, no pudo ser por otro título que su suficiencia y precocidad en años tan cortos. ¿Y es compatible este reconocimiento de sus prendas con el empleo de paje? Suponiendo que Cervantes admitiese cualquier destino de su eminencia por la ocasión que se le presentaba de salir de España y visitar extrañas tierras, ¿es creíble que en el más modesto empleo no fuese Cervantes **la cabecera**, que no se diese más y más a querer a su protector; que éste no encontrase cada día más motivos y ocasiones de adelantarle?

No encuentro fundamento bastante para lanzar sobre este príncipe eclesiástico la severa acusación de haber arrancado de los estudios a un joven escolar que tanto se distinguía, para darle en cambio un puesto en su servidumbre en que sobraba la cabeza para desempeñarle.

Sin embargo, y para ser imparcial y justo, viénense a mi memoria reconvenciones de Cervantes contra sí mismo, acusándose de haber sido venturoso y desventurado por su insensatez. ¿A qué período de su vida pudo referirse? ¿Cuándo hemos visto dichoso a Cervantes? No en España ciertamente. No en Africa. ¿Sería tal vez en Italia, en la época de la protección de Acquaviva? ¿Sería que él llamase **ventura** la novedad de países extraños, la falta de cuidados, la sobra de esperanzas

e ilusiones, y la buena y espléndida mesa del palacio de un Cardenal en días atormentados por las angustias, los desengaños y la estrechez?

De todos modos, creo que, si por alguna imprudencia o ligereza de juventud perdió Cervantes una situación que con justicia pudiese llamar **venturosa**, debiera haber sido más explícito, tanto más, cuanto que de su parte procedía la **insensatez** y de parte del Cardenal la **protección** y el **favor**.

Por más que trabaje aquí el buen sentido y penetre el escapeco de la crítica, no se halla solución satisfactoria. Hay que dejar lo **desconocido** por lo **conocido**, y creo que mi opinión, según los datos, es la más aceptable.

CAPITULO III

Estímulos a la gloria. — Sienta nuestro héroe plaza de soldado. — Batalla de Lepanto. — Relación de esta jornada debida a su pluma. — Mención que tuvo que hacer de sus servicios. — Estimación y recompensas que mereció de don Juan de Austria. — Se embarca para la conquista de Túnez. — Reminiscencias de sus viajes. — Su regreso a España en la galera **Sol**. — Combate con los moros y cautiverio de los españoles vencidos.

Era entonces Italia cuartel de las milicias españolas. En todos sus puertos veíanse galeras que traían la flor y nata de los guerreros preparados para uno de los más grandes hechos navales de que el mundo fue testigo. Imposible era que de tanto entusiasmo no participara el pecho de Cervantes; que no le llamases la atención la vida alegre del soldado, su liberalidad y sus costumbres y trato llano y confiado que ya conocía por experiencia, y sobre todo la clase de enemigos que había que combatir. Vería amigos y aun compañeros en su juvenil afición a las musas, deseos de gloria, y tan dispuestos a esgrimir la espada en el calor de los combates, como a escribir un poema sobre los cadáveres, sirviéndole de mesa el yelmo y de tinta la roja sangre. ¿Cómo resistir un genio a los estímulos de la gloria, donde quiera y como quiera que ésta

se brinde a su noble ambición de inmortalidad? Quien ya desde muy niño había alimentado su imaginación con innumerables pinturas de guerras de los Doce Pares contra los moros, ¿podía ver acercarse impasible el formidable encuentro de la cristiana y la turquesca armada? Agréguese a esto la opinión que tuvo siempre de que el ejercicio de las armas asienta mejor que en otros en los caballeros; que las fuerzas del ingenio, juntas con las del corazón, forman un compuesto milagroso **en quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la república se engrandece**. Su pecho se enardece al contemplar tan formidables aprestos navales, y ansioso de peligros en qué cobrar fama de valiente, como esperaba alcanzarla de sabio, sienta plaza de soldado, incorpórase en la compañía del capitán Diego de Urbina, destacada de aquellos valerosos y famosísimos tercios que hacían temblar la tierra con su mosquetería, y se embarca en la galera **Marquesa** al mando de Sancto Pietro de la escuadra de Juan Andrea Doria, jefe de las fuerzas navales del rey de España, que en unión con las del Papa y las venecianas, mandaba como generalísimo el serenísimo príncipe don Juan de Austria. El instante terrible se acerca, la escuadra unida avista a la enemiga, la persigue y le presenta batalla el 7 de octubre de madrugada en la embocadura del golfo de Lepanto. Trábase el combate por el ala que mandaba Barbarigo, y se extiende en breve a toda la línea. Cervantes, abatido por la fiebre en aquel entonces, y postrado en el lecho, cobra aliento al oír el estruendo de los combatientes, y puesto en que el soldado más vale muerto en el campo que vivo en el doliente lecho, sin armarse apenas, toma su espada, aparece en la cubierta y pide a su capitán un arriesgado punto en qué batirse. Urbina y sus camaradas le reconviene y le instan a que se retire a la cámara; mas el gallardo y pundonoroso joven se obstina diciendo: «en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra a S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos aunque esté con calentura: ¿qué dirán de mi? que no hago lo que debo. Mas quiero morir peleando por Dios y mi rey, que no meterme bajo cubierta a cuidar de mi salud. Así que, póngaseme en la parte más peligrosa, que allí estaré o moriré peleando». Cumple Cervantes con los deberes del guerrero, y saca de la lucha la alta recompensa de los valientes: las he-

ridas, que son, según su dicho, estrellas que guían al templo de la gloria. Pero dejemos relatar al mismo héroe esta ocasión, la más alta que vieron los siglos pasados, ni esperan ver los venideros; hable el genio y el soldado, que en otra ocasión más triste y más funesta canta estos hechos dignos de eterna memoria, con el acento y la entonación de un gran poeta:

«En el dichoso día que siniestro
Tanto fue el hado a la enemiga armada,
Cuanto a la nuestra favorable y diestro;
De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Mas de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho,
La muerte airada con su furia insana
Aquí y allí con prisa discurriendo,
Mostrándose a quien tarda a quien temprana,
El son confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo
Los profundos suspiros lamentables,
Que los heridos pechos despedían,
Maldiciendo sus hados detestables,
Helóseles la sangre que tenían
Cuando en el son de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el son mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fue tan soberano,
Que a mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que a veces me quitó todo el sentido.»

Y este contento le tuvo Cervantes toda su vida, en medio de las vicisitudes de su suerte, y ya que tan menguado premio

tuvieron sus proezas. A pesar del buen deseo de don Juan de Austria, que desde entonces le consideró y estimó sobre todos sus soldados, no perdonó coyuntura de gloriarse de sus heridas y de recordar aquella conducta pondonorosa y alentada, cuando huían las fuerzas de sus miembros desfallecidos. Dijo lo también, porque harto conocía las injusticias de la suerte, y la muy triste del soldado que, contribuyendo con su sangre y prodigios de valor a la victoria, se oscurece, y sólo llevan la gloria los generales. Muy cierto es, que a no consignar Cervantes estos hechos, no los conoceríamos: por esto puso en boca de Sancho estas significativas palabras acerca de las victorias: «Han de llevarse ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo. Aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con la ayuda de Fulano su escudero...». Al escribir lo cual, tendría presente sus hechos y el olvido de los historiadores; cosa que hoy no sucede, a gran ventura, pues hasta el más ínfimo combatiente que por su valor se señala, tiene al menos el consuelo de que sean públicos su nombre y sus proezas, y alcancen alguno aunque pequeño galardón.

Cierto es, como ya he dicho, que la conducta de Cervantes fue objeto de admiración de sus compañeros, capitanes, y del mismo don Juan de Austria, que al visitar los diversos cuerpos al siguiente dia fue informado de la gallardía y ánimo de aquel joven herido y estropeado de la mano izquierda; pero lo que pudo hacer por entonces aquel príncipe, fue consolarle, mostrar interés por su suerte, y adelantarle tres ducados de paga mensuales, reservando mayores adelantamientos en su fortuna a la gratitud del monarca español.

No será inoportuno observar en este lugar, que atendiendo a las frases de nuestro soldado, de que había cumplido como bueno en todas las ocasiones de guerra que a Felipe II se le habían ofrecido, la estancia al servicio del cardenal Acquaviva debió ser tan corta, que casi podría dudarse que estuviese con él. Por un lado dice don Rodrigo de Cervantes en la información que presentó en Madrid en 1578, que su hijo había servido a S. M. de diez años a aquella parte. En su carta a Vázquez manifiesta nuestro escritor que hacía diez años que estaba al servicio de Felipe II: y en su memorial al rey, hecho en 1590, expresa que llevaba veintidós años de tomar parte en jornadas

de mar y tierra, afirmaciones que coinciden en fijar el año 1568 como la época en que entró en la carrera militar. ¿Qué tiempo pudo estar en la casa de Acquaviva, cuando el pasaporte expedido para él en Aranjuez estaba fechado en 2 de diciembre de 1568? En el precioso entremés «**La Guarda cuidadosa**», no tanto por lo chistoso del carácter del soldado, como porque evidentemente se pintó en él nuestro festivo escritor, dice aquél al amo de Cristina: «Advierta que ahí dentro de ese envoltorio de papeles van las informaciones de mis servicios, con **veintidós fes de veintidós generales**, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras **treinta y cuatro** de otros tantos maestres de campo que se han dignado de honrarme con ellas». A esto responde el amo: —«Pues no ha habido, a lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española de cien años a esta parte». Vuestra merced es hombre pacífico, replica el soldado, y no está obligado a entendérsele mucho de las cosas de la guerra: pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestres que he dicho».

No puede negarse que este pasaje intencionado se refiere a nuestro escritor, y en medio de la exageración que el género literario reclama y pide el carácter del soldado, viene a recordar las muchas campañas que había hecho y las muchas recomendaciones de jefes que había tenido, todo lo cual no impidió el estar olvidado y sin recompensa, no pudiendo ofrecer a Cristina más que garbo, brío y galanura, que en punto a bienes de fortuna no llevaba más que una biznaga para mondadientes.

En la distribución que de las fuerzas militares se hizo después de la victoria, no pudo entrar nuestro soldado que pasó seis meses curándose en los hospitales de Medina; mas apenas restablecido, solicitó reembarcarse en las galeras de don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, con el tercio del valentísimo capitán don Lope de Figueroa, al cual fue incorporado, asistiendo a la jornada del siguiente año, en donde vio la ocasión que allí se perdió de no coger en Navarino toda la armada turquesca; pero el cielo, dice Cervantes, lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general, sino por pecados de la cristiandad y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen.

En el siguiente año de 1573, aun no bien cicatrizadas sus

heridas, asistió a la conquista de Túnez, en donde entró con el marqués de Santa Cruz, formando parte del tercio de Figueroa, y deseoso de ver a la morisma vencida; pero no se le logró este deseo, por las alianzas, planes o desaciertos de los que en la liga intervinieron y malograron tan buenos principios. Hasta junio del siguiente año de 1575, estuvo Cervantes por mar y tierra a las órdenes del duque de Sesa y de Marcelo Doria, teniendo ocasión de ver y conocer varias partes de Italia, y enterrarse de particularidades y costumbres que tan oportunamente supo describir y diseminar en sus obras.

Su memoria, que no era ingrata, le conservó el recuerdo de las ciudades principales que había visitado; entre ellas Venecia, a quien compara con Méjico, y admira su riqueza infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, su famoso arsenal y sus contornos alegres; Ferrara, Parma, Plasencia, Milán oficina de Vulcano, cuyo templo admiró y la grandeza y abundancia de las cosas; Luca, la hospitalaria de los españoles; Florencia, agradable por su asiento, limpieza, sumptuosos edificios, fresco río y apacibles calles; Roma, león colosal del que vio las uñas en los despedazados mármoles, medias estatuas, rotos arcos y derribadas termas; grande por sus pórticos y anfiteatros, por su famoso y santo río, por sus puentes, sus calles, montes y vías; Nápoles, a quien llama la mejor ciudad de Europa y aun de todo el mundo; Palermo por su asiento y belleza admirable, y Mesina por su puerto famosa, y por su abundancia llamada el granero de Italia.

Vio monumentos, admiró grandezas, conoció hombres de valía, estudió idiomas, y tuvo en la escuela de la milicia, liberal, franca y confiada, aquel aprendizaje que tanto le valió en sus futuras adversidades, como que sin él hubiera sucumbido a tan reiterados golpes. En medio de la vida azarosa del guerrero, pocos sacaron de una peregrinación tantos frutos como Cervantes, a cuya penetrante observadora mirada nada se escondía. Su expedición a Italia y las grandes empresas en que tomó parte en una edad tan temprana engrandecieron su fantasía, se grabaron en su memoria de una manera indeleble, dieron pábulo a su mente y su imaginación, inclinadas a lo grande y maravilloso, a lo heroico y extraordinario, y le elevaron a una región en que hombres y cosas debían parecerle de mayor

talla. Cervantes, simple soldado, había cumplido y aún excedido el cumplimiento de su deber, haciéndose notar por su esfuerzo y valentía en sus pocos años; así que, conclusas las jornadas y viéndose inutilizado por su manquedad y estropeado con sus heridas, resuelve volver a su patria a recibir el premio de sus altos hechos, y pide y obtiene su licencia de don Juan de Austria con energicas recomendaciones de éste, del duque de Sesa y de sus jefes para el monarca español, a quien estaba reservada la justa recompensa de sus servicios. Gozoso nuestro soldado, se embarca en Nápoles hacia el otoño de 1575, en la galera española **El Sol**, en compañía de su hermano don Rodrigo, soldado también en las campañas de Italia, y de otros caballeros y personas principales, entre las cuales iba don Pero Díez Carrillo de Quesada, gobernador que había sido de la Goleta y general de artillería en Nápoles (1). Más la fortuna variable, de cuya condición no se puede

(1) De esperar es que con el tiempo puedan seguirse los pasos de nuestro joven estudiante y galán soldado en sus campañas a las órdenes de Marco Antonio Colona, así como sus movimientos desde que curado en el hospital de Mesina y aventajado con tres escudos más de paga, se le pierde de vista hasta encontrarle en 1575, a las órdenes del duque de Sesa. Podrán ayudar a estas investigaciones escritos de autores de aquel tiempo, así italianos como españoles, reconstruyéndose la completa narración que acertó a escribir en Londres nuestro célebre bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo para la traducción que hacía del **Quijote** el inglés Mr. Smirke, hacia 1822-23. Dicha relación histórica de la vida de Cervantes no llegó a publicarse, porque cuando el traductor conoció a nuestro diligente compatriota, estaba ya impreso el primer tomo, y por más que procuró abreviarla, desigualaba en mucho el volumen provisto de la vida escrita por Pellicer. Con todo, y por aprovechar las nuevas noticias de Gallardo, consentían los editores en descartar dicha biografía; pero tan buenos deseos se estrellaron en la mezquindad de los libreros. **Cadel** y **Davis**, no querían aventurarse a más desembolsos, privándonos así indirectamente de conocer tan importante reseña, puesto que el fruto de tanta labor vino a encontrar sepultura en el fondo del Guadalquivir en el memorable saqueo de Sevilla el día de San Antonio.

Lástima es que también se perdiere **La Batalla Naval**, drama escrito por Cervantes, de quien nadie ha visto hasta ahora un ejemplar impreso ni manuscrito, y en la que debió dar interesantes noticias. Acaso algún día tenga lugar tan fausto deseo, pues el no haberla introducido entre las que publicó, parece argüir su gran popularidad. Otra escribió Lope de Vega con el mismo título y ha tenido igual suerte a lo que entiendo.

prometer firmeza alguna, envidiosa de la ventura que en tornar a su patria y al seno de su familia le esperaba, quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera. La noche del 25 de septiembre, después de haber pasado tan cerca de Berbería, que los recién derribados muros de la Goleta descubrieron, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban, y yendo izadas todas las velas de la nave por aprovechar del próspero viento, uno de los marineros descubrió a la claridad de la luna que cuatro bajeles de remo, a larga y tirada boga, hacia la nave se encaminaban. Dióse la voz de **alarma**, que puso a todos en sobresalto. El capitán de la nave procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran. Conoció que eran galeotas forzadas, y disimulando su temor mandó alistar la artillería y cargar las velas todo lo más que se pudiese por ver si podía, entrando entre ellos, jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos a las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, esperaban la venida de los enemigos. No tardaron éstos en llegar, a la sazón, en que calmaba el viento, que fue sin duda la total causa de la perdición de la galera. Los moros, viendo que había calmado el viento, no quisieron abordar entonces, pareciéndoles mejor aguardar el día para embestirla. Hiciéronlo así, y llegada la mañana del 26, vieron con dolor los españoles que eran en número de quince los bajeles contrarios. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni los soldados y caballeros que en la nave venían, esperaron a ver el movimiento de los corsarios, los cuales echaron de la **Capitana** una barquilla al agua y con un renegado enviaron a decir al capitán de la galera **Sol** que se rindiese, amenazándole de parte de Arnaute Mamí, que si disparaba alguna pieza el navío, le había de colgar de una entena en cogiéndole. El capitán, no queriendo rendirse, despachó al renegado, diciéndole que se alargase de la nave si no quería que le echase a fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta, y luego cercando el navío por todas partes, comenzó a jugar desde lejos la artillería. La galera hizo lo mismo, y al principio con tan buena fortuna, que echó a fondo uno de los bajeles que le combatían por la popa, viendo lo cual los turcos apresuraron el combate, embistiendo al buque español cuatro veces en el espacio de cuatro horas y retirándose otras tantas con gran pérdida de su gente y no poca de los españoles. Fue-

ron muchos los asaltos y grandísima la desigualdad de las fuerzas; pero el temor a la servidumbre les hizo pelear como furiosos leones (1); aunque muy luego conocieron que todo esfuerzo era inútil, y tuvieron que rendirse al yugo ajeno y bárbaro, y entró vencido y encadenado Cervantes en aquella tierra de piratas, donde había ondeado la bandera española, y donde halló oscura mazmorra y cruel martirio en cambio del alegre cielo y dulce premio que en su patria le esperaban.

CAPITULO IV

Condición mísera de los esclavos en Argel. — Cualidades extraordinarias de nuestro cautivo. — Su fuga a Orán. — Empeora su condición. — Rescate de don Rodrigo y proyecto de evasión. — La cueva de Agi-morato. — Arribo de la fragata. — Es apresado por los moros. — Delación del Dorador. — Resolución de Cervantes en el peligro.

En el reparto de la presa, tocóle por patrón a Dalí Mamí, amo tan cruel como codicioso, el cual no tanto por el porte y presencia del cautivo, como por las cartas que halló en su poder, en que príncipes le elogiaban y le daban a conocer al rey Felipe por hombre de gran valía, le tuvo por personaje de gran cuenta. Al tenor de este concepto ajustó su conducta y calculó un gran rescate, cargándole de hierros, guardándole en incómodas prisiones con guardias de vista, escasez de alimentos y abundancia de trabajos, a fin de hacerle insoportable la vida y apresurar el día de su redención. De suerte que, la única vez en que pareció despejada y favorable la estrella de Cervantes, y en que tuvo protección de los poderosos, fue para aumento de su mal, convirtiéndose las buenas palabras de sus protectores cuando libre, en malas obras de sus patronos cuando esclavo. El cautiverio de Argel, fue, por desgracia, de los peores que los hombres han sufrido de extrañas naciones en

(1) La reseña de este viaje y combate está tomada de la que hizo el mismo Cervantes en **La Galatea**.

todos los tiempos. Así lo afirman repetidamente Gracián, Losada, Galán, Haedo y cuantos han descrito aquella miserable vida que pasaban los cristianos en poder de amos descreídos, feroces, sanguinarios y degradados con todo género de vicios, sin más freno que su misma concupiscencia y brutalidad. Triste era la perspectiva del joven cautivo al ver el crecido número de cristianos que poblaban los calabozos de Argel, y la poca o ninguna probabilidad de rescate que se le ofrecía; siendo éste tan subido y teniendo la corte de España tan abandonada la flor de sus hijos en aquella tumba cavada a vista de sus costas. Pero Cervantes tenía valor e ingenio, despreciaba los peligros, amaba la libertad, y estas nobles pasiones engendraron una serie de actos heroicos propia de la braveza y perseverancia de ánimo de los españoles. Parece, en efecto, que todo el brío y confianza en la discreción que puede tener el más esforzado, se estrellarían en una situación tan desesperada, y como escribe el doctor Sosa, amigo y compañero de Cervantes: «Dado que un hombre en su libertad fuese toda la discreción del mundo, aunque el punto de su brío y generosidad fuese tan alto que estuviese en el cuerno de la luna, en el punto que es cautivo, él mismo no se acuerda de sí, ni mira por sí, ni hace caso de sí, ni sabe qué cosa es honra, ni punto ni primor; mas él mismo se abate, se apoca, se desprecia y aún se envilece consigo de tal suerte, que hace mil poquedades y faltas de que el más ruin se afrentaría». Bastan estas reflexiones de labios de un esclavo, para elevar a empresas heroicas las que acometió el soldado de Lepanto en tierra de Argelia, doblando su valor a medida de la grandeza de los obstáculos, que eran tales, que humana consideración no puede ponderarlos; pues como escribe el historiador Haedo, «el cautivo nada podía hacer si el señor no lo consiente, no lo permite, no lo manda, no lo ordena, no lo quiere, adónde, cómo y cuándo se le antoja, aunque no sea más que mudar un pie, mover un ojo y tocar a una paja».

Por acaso, el gran teatro en que se desenvolvió en toda su grandeza el carácter de nuestro cautivo fue Argel, como si en ello quisiese dar nuevo ejemplo de que las almas grandes se conocen y se prueban en las circunstancias difíciles, terribles y peligrosas: y también por fortuna, sus hechos más probados y notorios son los hechos de su cautiverio, transmitidos a la posteridad por historiadores fidedignos y consagrados hasta

con el sello de la fe pública, para que no se confundiesen con los fabulosos, a que tanto semejaban por extraordinarios.

En verdad, bien examinada su situación, y visto lo poco que podía esperar de auxilio ajeno, Cervantes sólo confió en sus propias fuerzas, en la inventiva de su fecundo ingenio, en la justicia de su causa y en el favor de la Providencia; pues sus proyectos eran no sólo alcanzar su libertad, sino la de sus compañeros, y rescatar para el gremio cristiano y los dominios de España aquella tierra maldecida, animándole en su pensamiento los hechos de valor en que perecieron los valientes cautivos, Lorenzo, Juan Portundo, Pedro Soler, el insigne Vizcaíno, y los animosos Cuéllar, Navarro, y Juan Genovés.

Lo primero que intentó fue confiarse a la fidelidad de un moro, quizás guarda suyo, a quien había probado valido de su discreción, persuadiéndole a que le sirviese de guía para conducirle a tierra de Orán, con otros nobles caballeros cautivos en su prisión. Este proyecto era arriesgadísimo, y Cervantes no ignoraba la suerte que le atendía, si por desdicha no tenía el buen término deseado; pero triunfó la esperanza del recelo y el ánimo de los temores, y a favor de la oscuridad de la noche atravesaron las murallas y huertas cercanas a la ciudad, poniéndoles el guía en camino de salvación. Este gozo, por desgracia, tornóse pronto en congoja terrible, viéndose abandonados en la primera jornada por su conductor, y obligados a volver a Argel en busca de sus cadenas y de la muerte en horribles tormentos. Cruel era la situación de Cervantes, pues no tenía más desenlace que aquel que querían evitar, y confiados sólo en la misericordia divina, volvieron a sus mazmorras. Cómo escapó de la muerte es punto casi increíble, y debemos ver en este testimonio milagroso algo de la protección divina, que para mayores cosas y más grandes hechos le tenía reservado; pero como principal ordenador de la fuga no se libró de nuevos rigores y penalidades con que Dali Mamí desahogó su enojo contra el esclavo.

Volvió Cervantes a saborear la amarga servidumbre, redoblados los hierros y la vigilancia, las privaciones y las penalidades, hasta que el rescate de un amigo suyo vino a despertar en él la confianza de una pronta emancipación. El alférez Gabriel de Castañeda, que partía a España a mediados del año 1576, se ofreció, a ruegos de nuestro cautivo, a llevar dos

cartas, en que ambos hermanos, Miguel y Rodrigo, pintaban a su familia lo extremado de su situación. Hizo aquélla un sacrificio doloroso, vendiendo el padre o empeñando su escaso patrimonio, y aun las dotes de sus dos hermanas solteras. Llegado el importe, trató Miguel de los rescates con el avaro Dalí Mamí, que pidiendo precio exorbitante, imposibilitaba no sólo el de su hermano, sino aun el suyo mismo; por lo cual traspasó el todo de la cantidad en favor de su hermano, concertando con él, que con el resto, y lo que pudiese allegar, habilitase en Valencia o en las islas Baleares una fragata que, armada convenientemente, fuese a las costas de Argel y tocase a deshora y con precaución en el punto que él señaló, en donde estarían dispuestos para embarcarse y fugarse a España él y otros cautivos. Para este intento, consiguió de algunos, que eran muy principales, cartas para los virreyes y otras personas de autoridad en dichos puntos.

En efecto, partió don Rodrigo de Argel hacia el mes de agosto de 1577, dispuesto a facilitar este medio de salvación de muchos cristianos de valía, provisto de cartas de recomendación que Miguel había conseguido, de don Antonio de Toledo, caballero de la orden de San Juan, y de don Francisco de Valencia, del mismo hábito, que con él se hallaban cautivos; y mientras procuraba los medios de armar la nave, Cervantes continuó en la ejecución de otra atrevida empresa, que era como el complemento necesario de aquella intentada fuga. A alguna distancia de la puerta de Babazón, había una casa de campo con extenso jardín, propia de un renegado griego, por nombre Azán, cuyo jardín cultivaba un esclavo español natural de Navarra. Con éste se había concertado Cervantes para que en una cueva que a una parte del jardín se hallaba oculta, se fuesen escondiendo algunos cristianos principales y allí estuviesen preparados para el momento del arribo de la fragata. Así se había hecho, y aprovechando ocasiones, se fueron escondiendo en aquel seguro albergue varios cautivos amigos suyos. Este proyecto ideado por Cervantes y conducido con la mayor discreción, lo comunicó sólo con caballeros de cuyo sigilo tenía seguridad, y especialmente con el padre fray Antonio de Sosa, esclavo de Morat Raez Maltrapillo, a quien convidó a guarecerse en la cueva, no pudiendo éste aceptar por sus achaques y flaca salud; pero en un todo aprobó y aplaudió lo que

Cervantes hacía, pareciéndole, como así era en verdad, un verdadero imposible, que aquel joven pudiese tener a su cargo y custodia tantas personas a quienes procuraba y mandaba alimentos y cuanto les era necesario.

Cerca de seis meses estuvieron algunos ocultos y otros menos tiempo, y en todo él les proveyó Cervantes o les hizo proveer de víveres, siendo Juan el jardinero, el vigía y centinela de su seguridad, y otro cautivo, natural de Melilla, llamado el Dorador, el que por encargo suyo compraba las provisiones y las llevaba con suma cautela a la guarida. Era nuestro joven el padre y la providencia de aquel rebaño sustraído por sus cuidados a la voracidad de hombres más crueles que fieras; y cual otro Moisés, se preparaba a sacar su pequeño pueblo de tan grande servidumbre y llevarlo a la tierra ansiada de su patria. Por avisos que sin duda hubo de recibir a mediados del mes de septiembre de cómo estaba lista la embarcación y próxima a darse a la vela, hizo su cálculo Cervantes y fue a esconderse con sus compañeros, esperando de un momento a otro que Juan les notificase la aproximación de la nave libertadora, que hacia el veintiuno de dicho mes avistó con toda felicidad las costas argelinas. Mantúvose a la capa todo aquel día y a la distancia, aguardando a la oscuridad de la noche para acercarse a la cala o embarcadero designado. Llegó la noche y fue entrando hacia tierra con sigilo; pero la mala suerte hizo que en aquel momento pasasen por aquel despoblado sitio unos moros, y temerosa se hizo de nuevo a la mar, volviendo al poco rato a tentar fortuna. Los moros, sospechosos comenzaron a dar gritos y a poner en alarma a los pobladores de aquella parte de Levante, de suerte que a su segunda tentativa, ya habían muchos apercibido sus barcas y remos, y, arrojándose sobre la nave, la apresaron sin que ninguno de los que la tripulaban pudiese ponerse a salvo.

Esta triste nueva consternó a los infelices cautivos ocultos en el jardín de Azan; pero no vino este mal solo, pues se agregó a la imposibilidad de salvarse la falta de alimentos. El Dorador no aparecía, y los escondidos fugitivos perecían de hambre. En esta ansiedad terrible pasaron casi tres días, al cabo de los cuales se presentó el malvado, que viendo ya su libertad imposibilitada, ideó sacar partido de la desgracia de sus hermanos y se fue al Rey a delatarlos, cómo y dónde estaban escon-

didos. El Rey le dio una escolta, compuesta del comandante de su guardia, veinticuatro moros armados y algunos turcos, para prender a Cervantes y sus catorce compañeros; mas oyendo éste el rumor y alboroto con que se acercaban a la cueva y co-
ligiendo por esto y por las amenazas que llegaban a su oído, que estaban descubiertos, tuvo tiempo para animar a los cau-
tivos y prevenirles, diciéndoles: «que todos le echasen a él la
culpa», y sin aguardar a más, salió al encuentro de los soldados lleno de ánimo y esperanza en Dios, exclamando: «ninguno de estos cristianos que aquí están tiene culpa en este negocio, por-
que yo sólo he sido el autor de él y el que les ha inducido a que huyesen». Esta confesión atrevida, cuando esperaban lá-
grimas y ruegos, desconcertó a los moros, que no sabiendo qué hacer, despacharon a uno a que diese parte al Rey de lo ocurrido. La respuesta de Asan Aga fue condujese a todos a su prisión y le llevasen sólo a Cervantes maniatado. Hiciéronlo así, y con lazos en la garganta y atadas las manos, le condu-
jeron entre armas y seguido de una turbamulta de furioso populacho por la puerta de Babazón a la calle del Socco o mer-
cado, que era la más concurrida y en donde estaba el palacio del Rey.

Asan Aga era el hombre más cruel y ambicioso que había tenido la regencia de Argel, de modo que las tiranías y mal-
dades que dejaba de hacer por crueldad, las hacía por su am-
bición desmedida, Fray Antonio de Sosa dice repetidas veces que fue el tirano más cruel de cuantos fueron reyes de Argel, y así lo pintó Cervantes llamándole homicida del género humano, porque no mataba ni atormentaba porque hubiese causa, sino muchas veces por gusto de hacer daño. Para que se vea a cuánto se expuso nuestro animoso Saavedra en esta ocasión, bueno será dar una leve idea de la condición y figura de Asan, que hizo olvidar las cruelezas del Ochali a los moradores de Argel. Refiere el dicho doctor Sosa, que era Asan hombre de treinta y cinco años, alto de cuerpo, flaco de carnes, los ojos grandes encendidos y encarnizados, la nariz larga y afilada, la boca delgada, no demasiadamente barbado, de pelo como cas-
taño y de color cetrino, señales todas de su mala condición. Había conseguido el reino a fuerza de dinero y despreciando otros gobiernos principales, porque Argel era para los turcos lo que las Indias para los castellanos. Esta ambición le hacía

receloso y tirano, especialmente con los cristianos, deseando tener gran número de ellos en su baño y confiscar los de otros dueños por el menor motivo. Cada día, dice Cervantes que se señalaba por una crueldad en estos infelices, y sucumbieron en la esclavitud sujetos principales como Ludovico Grasso, siciliano; fray Lactancio, de Police; Juan Francisco, napolitano; y Pedro Soler, mallorquín, por solo que intentó huir de la prisión. El dicho Asan, por una causa muy semejante a la que constituía el delito de nuestro Saavedra, cortó las orejas y narices a dos mallorquines, por donde se puede colegir el gran peligro a que se expuso el heroico manco, haciendo recaer sobre sí toda la culpa de aquel intento de fuga, cuando lo que Asan deseaba y convenía a sus intereses, era que Cervantes se excusase con otros, pues cuantos más cómplices nombrara, tanto mayor era el provecho que reportaría, por ir a dominio del rey todos los esclavos perdidos y cogidos en la fuga.

Para lograr esto se había rodeado Asan de un aparato tormentario que impusiese al cautivo, comenzando por amenazarle hasta con la muerte en su presencia, si no declaraba quiénes eran sus cómplices; pero no pudo lograr que culpase ni descubriese a ninguno. Procuraba el rey en su codicioso cálculo envolver no sólo a los españoles refugiados en la cueva, sino a otros muchos, y particularmente al padre mercenario fray Jorge Olivar, quien informado del caso, acudió inmediatamente a depositar en manos del doctor Sosa los ornamentos y vasos sagrados, temeroso de que se los quitasen si le prendiesen. Pero Cervantes salvó a todos, insistiendo en responder a todas las preguntas capciosas del rey: «Suplico a S.A., que si ha de castigar a alguno, sea a mí solo, pues yo sólo tengo la culpa de todo». Esta firmeza, este desprecio de la muerte y serenidad ante tan temido verdugo, fue sin duda la vara mágica con que transformó la condición del rey en aquel momento, librando a todos de los martirios que esperaban y librándose milagrosamente a sí mismo, pues, contra su costumbre, Asan no dio más sentencia sino que fuese con los demás conducido a sus prisiones y declarado esclavo suyo. El alcaide Asan reclamó a su esclavo el jardinero, y por mostrarse solícito hizo lo que el mismo rey no había hecho, dando la muerte a su cautivo por sus propias manos. También Dalí Maní, patrón de Cervantes, le reclamó del rey y consiguió que se lo devolviese, y cierto

tamente le hubiera muerto, si no viese en él un cautivo de mucho valor, que por su importancia le había de dar un gran rescate; como así sucedió, pues el mismo rey que tenía gran concepto de Cervantes por lo que le había visto hacer, quiso comprárselo y le dio por él quinientos escudos.

CAPITULO V

Carta a Mateo Vázquez desde las prisiones de Argel. — Nuevo y frustrado intento de una fuga a Orán. — Renombre de Cervantes entre moros y cautivos. — Celos de Blanco de Paz. — Probable origen de su malquerencia. — Nuevo proyecto de fuga. — Delación de un renegado y del dominico. — Conducta heroica de Cervantes.

Volvió Cervantes a saborear el pan amarguísimo de la servidumbre, y alguna vez volvió también su mente y sus ojos a España, al monarca y sus amigos favorecidos por la fortuna, para que se doliesen de su desgracia y de la de tantos nobles españoles como allí encontraban su sepulcro. A dicha encontró a un amigo suyo a quien conoció y trató en Madrid, tal vez como camarada y condiscípulo, pero que la suerte había encumbrado al favor y privanza de Felipe II. A éste se atrevió, no ya a pedir lo que más necesitaba y pudiera concederle, como era la suma para su rescate, sino a darle noticia sucinta de su suerte desde su salida de España, y de la situación en que estaban con él millares de cristianos; y lo hizo en una epístola en verso, en que no se sabe qué admirar más, si el mérito del poeta, la modestia con que de sí habla, el respeto y elogio sin adulación que muestra y tributa a su encumbrado amigo, o los sentimientos nobles y generosos con que se dirige al monarca por medio del privado, para hacer levantar en su pecho el coraje y la resolución de abrir la cerradura de la prisión triste donde morían veinte mil cristianos. Recuérdale que entonces, acabadas ya las discordias que le habían fatigado, era la ocasión de acabar la obra que el gran Carlos V con tanta audacia y valor había comenzado; y le hace presente, que, sólo

el pensar los moros que las fuerzas españolas se ponían en movimiento, era bastante para espantarlos y acobardarlos, y esperar seguro triunfo. ¡Ruego inútil, vana expectativa! El eco de la voz de Cervantes no llegó a oídos del monarca que consumía sus tesoros en levantar soberbias basílicas, en dar regio albergue a una comunidad y en dotarla con pingües rentas para celebrar exequias por su alma. Los flamencos eran mucho para Felipe y nada los cristianos de Argel, y por rescatar almas que creía perdidas por la reforma protestante, dejaba perder cuerpos de cristianos, por la secta de Mahoma. Baste dejar consignado que, en aquella época, nuestro joven escritor avisó al Rey lo que era más provechoso en sus efectos, que la política seguida por la corte, y sobre todo, más español y más cristiano.

Visto lo poco que tenía que esperar de los validos y del Rey, y que sus clamores se ahogaban en el bullicio de la corte, Cervantes tornó a confiar más decidido en sus ningunos recursos, fuera de los de su ingenio y el esfuerzo de su ánimo.

Cinco meses después de este suceso, que quedó en memoria en Argel, y del cual hoy queda en el mundo entero, intentó nuestro animoso cautivo otra fuga por la vía de Orán, utilizando las relaciones que en aquella plaza tenía con algunas personas, y la amistad que tres caballeros camaradas suyos en el baño, tenían con el gobernador de dicha ciudad, don Martín Córdoba. A éste mandó cartas con un moro que se ofreció a entregárselas en su propia mano, en las que le pedía enviase algunas personas de confianza, con las que pudiese fugarse con otros españoles decididos a este riesgo. Fue el mensajero aprehendido al entrar en aquella plaza, y registrado y halladas las cartas, lleváronle a Argel, donde fue empalado sin que lograssen delación alguna, de cuya fidelidad y valor ha dejado testimonio Cervantes en su información, alabando su firmeza. Mas como las cartas revelasen al autor del proyecto de evasión, Cervantes se vio en gran peligro de perder la vida. Montó Asan en cólera, y traído el estropado español a su presencia, mandó imponerle el riguroso castigo de dos mil palos, que inmediatamente iban a poner en ejecución los chauces; pero del cual, y de la muerte que hubiera sido su resultado, escapó de nuevo, tocando algún poderoso resorte, que, en medio de su desvalimiento, le hacía dominar a aquel monstruo de tiranía.

Con estos sucesos se había hecho famoso en Argel, donde todos tenían noticia del joven español estropiado. Asan mismo contribuía a esta fama, diciendo en su corte: «Que en teniendo asegurado al manco cautivo, tenía en seguridad sus riquezas, sus bajeles y la ciudad». Entre los cautivos era tenido como redentor, porque no era otro su constante pensamiento sino de procurar a cada uno la libertad, y alentarlos, cuando esto no era posible, a que llevasen con ánimo sereno su sufrimientos. Su condición apacible le ganaba amigos en todas partes, así entre los moros como entre los cristianos; teniéndolo en tan gran consideración los principales, letrados, capitanes, religiosos y caballeros, que todo con él lo consultaban y deseaban su trato y conversación discreta, especialmente los padres Redentores, que iban a Argel de los diversos reinos de España. En suma, apenas había un cautivo que no tuviese que agradecerle algún servicio, consuelo o consejo, habiendo atestiguado don Diego de Benavides, que al llegar a Argel, le celebraron a Cervantes como caballero muy cabal, noble, virtuoso, relacionado y querido de todos los sujetos principales y de los padres Juan Gil y Jorge Olivar, de la redención, por sus buenas costumbres y sus deseos de hacer bien a todos.

Esta conducta, esta fama y loa que de tan joven había adquirido en situación en que los más esforzados se apocan y empequeñecen, le atrajo enemistad, y envidia de un dominico cautivo que por igual tiempo llegó a Argel. Llamábase Blanco de Paz, natural de Montemolín (1), y ordenado de las cuatro primeras en el colegio de Santisteban de Salamanca. Blanco de Paz era de carácter y condición enteramente opuesta a la de Cervantes; que si éste se desvelaba por hacer bien a todos, aquél parece que estudiaba cómo hacer a todos daño; y si el uno por la senda de la virtud y de las buenas obras se había hecho famoso, el otro quería serlo también por la senda de los vicios y la malignidad. Desde luego comenzó el dominico a usar de enredos y arcaduces, haciendo parecer que tenía las órdenes mayores llamándose doctor y queriendo darse importancia. Era, por otra parte, díscolo, revoltoso, vanidoso, desarrreglado en su conducta y aún se le consideró mal seguro en la fe, pues que cautivos que con él vivieron, aseguraron no ha-

(1) Diego Galán le hace natural de Orihuela.

berle visto cumplir los deberes que como tal religioso tenía, de decir misa y rezar las horas canónicas, y hacer otras obras cristianas que hacían los sacerdotes en la esclavitud, principalmente la de visitar y consolar los enfermos; por cuya negligencia reprendido de sus compañeros los religiosos, los maltrató de obra y de palabra, dando escándalo y poniendo en lenguas su reputación. Ignórarse si, habiendo estudiado en Salamanca, fue conocido de Cervantes, como pudo muy bien acontecer, y proceder de más antiguo la causa de la envidia y malquerencia que este bachiller tuvo contra nuestro cautivo; cosa muy factible, y mucho más presupuesta la poca armonía entre legistas y canonistas, puesto que en Salamanca predominaban las ciencias humanas, al modo que en Alcalá de Henares las divinas. Si así fuese, podría hallarse algún motivo de celos ostensible entre uno y otro, de haberse conocido en un mismo lugar como simples estudiantes, y ver el dominico la consideración que había Cervantes alcanzado en medio de su desgracia, siendo más joven que él. Como quiera que sea, la causa de su enemistad debió ser trivial y mezquina. De otra manera no habría dejado de transpirar en el proceso de sus discordias, en el cual no se señala otra, que la mala condición del supuesto doctor. Pero si no hubo causa, ni Cervantes dio motivo a tan villano proceder de parte del dominico, los efectos fueron harto visibles, según ha quedado memoria milagrosamente conservada, para penetrar algún tanto en la misteriosa historia de la desventura de nuestro héroe, que supo profetizar cuando joven; pero de la cual no se atrevió a hacer anatomía, una vez arrastrado por su corriente, al modo de Ovidio, que en mil ocasiones se quejó de su desgracia, sin poder ser explícito por la alteza y poderío de las personas que en ella andaban mezcladas.

Hemos dicho que Blanco de Paz llegó a Argel cuando la fama de Cervantes era allí notoria, por lo extraordinario de sus hechos y por lo inaudito que parecería a los niismos moros el respeto guardado por Asan a un pobre cautivo, autor de cosas tan atrevidas, que, hechas por cualquiera otro, la mayor tajada hubiera sido la oreja.

A éstas puso colmo muy luego, ideando otro proyecto osado de evasión, porque no vivía ni respiraba sino por la libertad. Aprovechando todas las circunstancias de que era posible sa-

car partido, supo Cervantes que, un renegado a quien trataba, natural de Osuna, por nombre Girón en el gremio de nuestra Iglesia, y Abderramen en la secta de Mahoma, mostraba arrepentimiento de su apostasía y deseaba tornar a la religión católica de sus padres. Este cambio tan favorable en el renegado, fue el cimiento sobre que el ingenio y la osadía de nuestro joven cautivo volvió a levantar el castillo de su libertad y la de otros muchos; porque, cerciorado de la lealtad de sus palabras, y exhortándole a que siguiera en su buen propósito, hubo de confiarse a él, diciéndole el medio como podría restituirse a la libertad y al gremio de la santa fe, y restituirlle a él y a otros compatriotas camaradas suyos. Es de suponer, que este renegado tuviese firmas y recomendaciones de cautivos principales y del mismo Cervantes, para acreditar luego en España que había sido hombre de bien y hecho bien a cristianos, las cuales cartas servirían de fianza de su sigilo; pues como Cervantes dice, los que tales documentos tenían estaban en riesgo de perder la vida si llegaba a conocimiento de los moros. Concertados ambos y con mutuas seguridades, propuso Cervantes que comprase en Argel una galeota ligera o bergantín, a que llamaban fragatas, y se proveyese de lo necesario en ella para más de sesenta hombres, juntándose para esto con algún moro tagarino y dando color de que se hacía de ella para comerciar en aquellas costas. Para la compra de esta embarcación proveyó de dineros nuestro cautivo, por medio de un mercader valenciano, llamado Onofre Exarque, quien adelantó la cantidad de mil trescientas doblas; hecho que demuestra la fe y seguridad que en su palabra y en su trato tenían todos, aun los que por su profesión suelen ser desconfiados. Esta suma fue a manos de Girón para realizar los aprestos, y mientras tanto, Cervantes comunicó su proyecto a varios caballeros, sacerdotes, letrados y principales cautivos, quienes también serían garantía para el mercader, aunque es presumible que el proyecto de evasión nunca fue revelado a Exarque por nuestro Saavedra, por el peligro que pudiera haber en esto.

Entre los primeros y principales a quienes Cervantes se confió pidiendo consejo, fue uno el mencionado doctor Sosa, que hemos dicho era esclavo de Maltrapillo. Este varón venerable, que no pudo acompañarle en la anterior tentativa por sus enfermedades, aprobó el plan concebido, le animó a prose-

uirlo y se ofreció reconocido a ir con él en la fragata, según confesión propia, y otros muchos hasta el número de sesenta, como va dicho, fueron sabedores del plan y se ofrecieron a acompañarle, entre ellos Alonso Aragonés, Juan de Valcázar, Domingo Lopino, Fernando de la Vega y el alférez Diego Castellano, quienes estaban gozosos al ver lo acertado del plan y el buen término a que la discreción de Cervantes le iba conduciendo.

Y estando todo este negocio a punto y en tan buenos términos, dice él mismo, **que sucediera tal como estaba ordenado**, el demonio de la envidia ruin se apoderó del supuesto doctor dominico, incitándole a descubrir toda esta máquina al rey, por medio de un renegado florentino, de nombre Cayban; y no contento con esto, fue en persona después y le confirmó la delación, llevando por premio de ella un vil escudo y una jarra de manteca. ¡Caso inaudito! ¡ser delatados sesenta españoles, lo más florido de las prisiones de Argel, y expuestos a la muerte por un religioso! Cuando no fuera el amor a la libertad, deseo propio del hombre, el peligro de las conciencias debiera haber estimulado a aquel ministro a favorecer, no a estorbar los planes de sus compatriotas. ¿Fue acaso el motivo de su resentimiento no haberle convidado Cervantes a fugarse en la fragata? Este sería el más favorable para la mala causa de Paz, aunque nunca hay motivo para justificar traiciones y alevosías de esta naturaleza, y mucho menos cuando por ello envolvía en la ruina a tantos compatriotas. Además de esto, no era sólo el dominico, eran miles de españoles los que quedaban en Argel. Cervantes no podía hacer milagros ni salvar a todos. De los pocos que en la fragata cabían, escogería entre sus camaradas a aquellos que más largo y penoso cautiverio habían tenido. Blanco de Paz hacía poco tiempo que había llegado a Argel, y en justicia no podía ser antepuesto a otros españoles que llevaban muchos años de servidumbre, y que por su edad, calidad y merecimientos eran dignos de atención a los ojos de Cervantes. Si por la imprudencia de alguno de los comprometidos llegó el supuesto doctor a iniciarse en el plan, y el resentimiento le hizo descubrirlo al rey, tendremos un nuevo ejemplo de lo implacable del hado de Cervantes, que allí donde sembraba servicios y buenas obras recogía adversidades y desventuras. La verdadera causa aún está envuelta en un misterio,

y quizá lo fue para nuestro desdichado cautivo, que en muchas ocasiones no señaló otras sino su condición y su ingenio, y aún más su buen corazón que su buen entendimiento, pues quejándose del ataque de Avellaneda, dice irónicamente en el prólogo de sus novelas: !«De esto tiene la culpa **algún amigo** de los muchos que en el decurso de mi vida he granjeado, antes con mi condición que con mi ingenio».

Sabedor Asan del proyecto de Cervantes, aparentó disimulo y esperó a que cuajase del todo para caer sobre los cómplices y hacer buena presa de esclavos; pero como alguna medida del rey excitase la sospecha de una delación, todos se consternaron y se escondieron. Súpese luego con certeza, que habían sido descubiertos: y cada uno, puesto a recaudo, temía que la inseguridad o debilidad de alguno les comprometiese. El mercader Exarque no perdió tiempo en buscar a Cervantes, escondido con su camarada el alférez Castellano, y rogarle aceptase dinero para su rescate y se huyese a España en unas gálleras que en el puerto estaban a punto de hacerse a la mar. Temía el mercader que al joven Saavedra, como el más culpado, le amenazasen de muerte y le diesen tormentos para arrancarle confesión de los que le habían ayudado, y viendo en peligro toda su hacienda y su vida, le instaba con lágrimas y promesas que se rescatase y pusiese en salvo; pero esto no cabía, ni en pensamiento, de un caballero y valiente como nuestro cautivo. «Estad cierto, le dijo, que ningunos tormentos, ni la muerte misma, será bastante para que condene a ninguno sino a mí mismo». Y acto continuo, para tranquilizar los temores de los demás cautivos, les hizo saber secretamente, que confiasen en él, que depusiesen todo miedo, pues iba a echar sobre sí todo el peso de aquel negocio, aunque estaba cierto que le costaría la vida, como lo creyó y lo creyeron cuantos sabían el caso y vieron la sensación que en Argel produjo esta conjuración de tantos españoles. Viendo Asan que se había frustrado su deseo de sorprenderlos en el acto de embarcarse, y que se habían escondido, hizo pregonar a Miguel de Cervantes, el cual, tan luego como supo el pregón, fue de su voluntad a presentarse al rey, previniendo antes a su amigo Luis de Pedrosa, «que ni él ni los demás temiesen, pues tenía bastante valor para excusar a todos, y que así lo avisase de

mano en mano a cada uno, para que echasen la culpa siempre a él».

Llegó Cervantes a palacio con Morato Raez, patrón del doctor Sosa, a quien habló en el camino, y fue a la presencia de Asan, quien para intimidarle mandó le atasen una soga al cuello **como que le querían ahorcar**, y comenzó a inquirir acerca de los detalles y cómplices de su atrevida empresa, y a todo respondía Cervantes: que él era el autor y trazador de aquel proyecto; y para excusar el peligro que corría el mercader dijo: que todos los fondos y auxilios necesarios para conducir su plan al estado en que se hallaba, se los habían proporcionado cuatro caballeros españoles, amigos suyos, que se habían rescatado recientemente y partido para su patria en aquellos días; medio discreto e ingenioso, que junto con su serenidad inalterable y la magia fascinadora de su mirada y desenfado, cortó los briños de la cólera de Asan. En efecto, en vez de crueles castigos, como todos se temían de delito tan grave a los ojos de los moros, el rey no hizo más que condenarle a llevar grillos en la prisión, y los demás compañeros se salvaron sin el menor castigo, por cuyos actos creció la fama de Cervantes y la admiración de todos hacia su heroica conducta.

CAPITULO VI

Indignación contra Blanco de Paz. — Venganza que tomó. — Delación secreta que hizo al Santo Oficio. — Planes de Cervantes para apoderarse de Argel. — Esfuerzos de su familia para rescatarle. — Consiguieron al fin los Padres Redentores.

Natural era que el infame hecho de una delación pareciese más bajo al lado de la abnegación y grandeza de ánimo desplegados por el joven cautivo, y que todos los que esperaban la libertad, conducidos por un jefe tan discreto e ingenioso, se indignasen contra la persona que de un golpe, y sólo por hacer mal, había derribado tan bien colocadas esperanzas. Así fue; todos los caballeros gemían y clamaban contra el domi-

nico, y con mayor causa Cervantes, que tanto había trabajado en aquella ocasión por la libertad: viendo lo cual el delator, todavía quiso añadir a la traición la calumnia, acusando al inocente presbítero, doctor Domingo Becerra, a quien trató de abofetear, imputándole en presencia de muchos tan negro delito. Pero esto mismo fue causa de que se apurase la verdad, resultando que él había sido el descubridor, por sí y por medio del dicho renegado florentino; y como un mal no viene solo, ni el malvado, una vez puesto en la torcida senda, deja a su víctima por empacho de remordimiento, sucedió que Blanco de Paz tomó por partido enemistarse con todos aquellos que habían entrado en el negocio, y particularmente con los mercaderes que facilitaron el dinero para la fragata; y así mismo contra Cervantes, a quien en vez de pedirle perdón por el mal que le causara, le quitó el habla y conversación, comenzando en su despacho a propalar el intento que tenía de hacerle perder el crédito que en Argel había ganado, y la esperanza de que Felipe II le hiciese mercedes por sus grandes y muchos servicios en Italia y en Berbería. El cálculo de Blanco de Paz fue, que si él lograba desacreditar a Cervantes en España, nunca se creería la ruin acción que había ejecutado, poniendo en peligro las vidas de tantos españoles. Para lograr este intento, se valió de un arma muy poderosa entonces, que era hacerse oficioso servidor del Santo Oficio, y concluir con una delación ante el tribunal inquisitorial de España, lo que había comenzado con otra delación ante el tribunal tiránico de Asan. Hacia el mes de junio de 1580 comenzó a nombrarse y extender la voz de que era comisario del Santo Oficio, y que S. M. le había mandado cédula y comisión para que usase de tal poder dc comisionado de la Santa Inquisición. No podía darse recurso más efectivo, porque el Santo Tribunal, en viendo delincuentes, no se curaba de la verdad de las delaciones, tolerando cualquier demasía que entrase bajo la lata significación de santo celo: así es que el dominico Blanco de Paz, a mansalva, y escudado con su orden, comenzó a sobornar personas débiles, ofreciéndoles protección para que depusiesen falsamente contra Cervantes, acusándole de mal cristiano y enemigo de la fe. Estos manejos fueron descubiertos, porque había personas a quienes se dirigió, incapaces de prestarse a tamaña vileza. Entre éstas se halló Domingo Lopino, a quien el fingido comisario

visitaba diariamente en su calabozo, procurando atraérselo, ofreciéndole dádivas y haciéndole promesas para que declarase falsamente contra Cervantes, en la información que hacía por escrito para remitirla al Santo Oficio de España. Su intento fue vislumbrado por muchos cristianos, y trataron de poner remedio, principalmente los sacerdotes, a quienes tocaba por ser materia de religión el caso, y porque la audacia del bachiller Paz llegó hasta el punto de exigirles obediencia en su calidad de comisario. El padre fray Juan Gil, redentor por la corona de Castilla, que entonces se hallaba en Argel, le requirió delante de otros padres redentores y personas principales, que enseñase las cédulas o poderes con que acreditaba ser efectivamente comisario, y respondió que no los tenía. De la misma manera se entró en la prisión del doctor Sosa y le requirió que le reconociese y le prestase obediencia. Demandóle este sacerdote le mostrase con qué poderes era él comisario del Santo Oficio, y diciendo que no los tenía allí, replicó Sosa: que pues no los mostraba, ni les constaba por otra vía legítima que fuese tal comisario, se fuese en buena hora; advirtiéndole y requiriéndole de parte de Dios y de S. M. y del Santo Oficio, que mirase lo que hacía y cómo usaba de poderes del Santo Oficio, tomando informaciones y dando juramentos, porque podían suceder grandes escándalos.

Mas no por esto cejó en su propósito el fingido doctor y supuesto comisario, sino que siguió tomando falsas informaciones y publicando delante de muchos, que tomaba aquellas informaciones y contra aquellas personas, como era Miguel de Cervantes, porque los tenía por enemigos, y porque si en España dijesen algo de él, sus testimonios y dichos **no fuesen valiosos ni creídos**. Está, pues, plenamente justificada con datos auténticos como lo son las declaraciones de testigos, algunos de ellos intentados sobornar por Blanco de Paz, que la falsa información de vida y costumbres hecha por este suplantador de estados y oficios, se hizo con ánimo de que surtiera efecto en el tribunal de la Inquisición de España, y que hecha con este objeto, presidiendo en su espíritu las pasiones del odio, el despecho, la venganza y la detracción, fue un tejido de calumnias. Cervantes conoció toda la gravedad de aquel malvado artificio, y presintió que le vendría de él **un gran mal y pérdida de la vida**. No sucedió lo segundo, pero sí lo primero;

y sin miedo de error puede asegurarse, que a no ser por la contrainformación autorizada, que antes de salir de Argel hizo nuestro cautivo, aprovechando de la presencia de los testigos y sabedores de sus servicios y heroicidades, acaso se hubiera cumplido su lúgubre pronóstico, pues pocas veces dejó de acercar en sus vaticinios.

Nárranse aquí estos hechos con más prolidad, porque en este período de su vida fueron tan inauditos y extraordinarios, y tanto influyeron en su futura suerte, que con razón puede llamarse el tiempo de su cautiverio la clave del misterio de su vida.

Quedó Cervantes, después del mal suceso de su buen intento, aherrojado en la cárcel de moros que estaba en el palacio de Asan, donde creía tenerlo más seguro; y en esta prisión pasó durante cinco meses grandísimos trabajos, y tales, que hicieron decir al historiador Haedo, que el cautiverio de Cervantes fue de los peores que hubo en Argel: y así debía ser, porque nuestro héroe dio él sólo más qué hacer y qué pensar a los moros, que todos los cautivos juntos. Cuenta el historiador mencionado, que a más de los proyectos que ideó para alcanzar su libertad y la de sus compañeros, intentó alzarse con la ciudad de Argel y entregarla a Felipe II, dándole un reino en cambio del olvido ingrato en que le tenía. Para este gran golpe se aprovechó Cervantes de muchas circunstancias, y la carta recientemente hallada, que dirigió al favorito Vázquez, fue escrita en el momento en que premeditaba este extraordinario hecho. Había en Argel veinte mil cristianos opresos; hombres todos aguerridos y aventureros, y junto esto con los trabajos y murmuraciones de los vasallos de Asan, descontentos de su codicia y tiranía, exasperados al ver la carestía de los víveres, aumentada por la cortedad de las cosechas y los estragos de las epidemias que al mismo tiempo les azotaron, pareció a Cervantes coyuntura para animar a los cristianos, ponerse al frente y hacer una sublevación que hubiese destronado al rey y puesto la plaza en manos de los que peleaban por su libertad. Aumentábanse las probabilidades de triunfo con las noticias que había de los armamentos formidables que levantaba España, y creían los moros iban dirigidos a sus costas. Por esto dice nuestro cautivo en su citada carta, hablando del es-

tado de aquella población y del miedo que los moros tenían:

«Cada uno mira si tu armada viene,
Para dar a sus pies el cargo y cura
De conservar la vida que sostiene.»

Y más adelante:

«Sólo el pensar que vas, pondrá un espanto
En la enemiga gente, que adivino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.»

He dicho que su correspondencia a Vázquez es un documento que se liga estrechamente a este proyecto de sublevación de los esclavos; un documento político; y ojalá que Felipe II hubiese oído las advertencias que en él le hacía Cervantes. La mención del número de esclavos que en la ciudad había, el abatimiento de la morisma, y aquella reticencia con que concluye diciendo, «que la flaqueza de su torpe ingenio, **el justo deseo** la defiende...» son hartos indicios de que aquel paso que daba escribiendo a un favorito de tan poderoso monarca, era para preparar su proyecto en combinación con las fuerzas españolas. Pero aun visto que el movimiento de la armada no favorecía sus planes, Cervantes no desistió, antes pensó llevarlos a cabo confiando en su audacia y en la ayuda de sus compañeros. No hay mejor testimonio que el del mismo rey, el cual veía en el estropeado español una amenaza continua de su seguridad y de su poder. ¿De qué medios pudo Cervantes echar mano, abandonado a sí mismo y sufriendo la vigilancia exquisita que es de suponer? Seguramente, nuestro cautivo hubo de contar para su plan con una costumbre introducida por los españoles e italianos en el baño de Argel.

Solían los esclavos solemnizar las fiestas representando comedias y dramas de grande espectáculo y principalmente de batallas y conquistas. Estas representaciones las hacían, no sólo en las fiestas, sino para alegrar su penas, y a ellas asistían moros, curiosos de ver la propiedad con que las hacían, puesto que los esclavos eran hombres de letras y de saber, y muchos que eran poetas componían piezas expresamente para que las representasen en el baño, con cuyo objeto escribiría Cervantes más de una de las que conocemos de su pluma. Sábese, por

noticia dada por Diego Galán, cautivo que fue en Argel, que en 1589, se representó en el dicho baño de Argel, una comedia intitulada **La toma de Granada**, y que para hacerla con más propiedad quisieron los actores proveerse de espadas, petos y morriones verdaderos y no de papel y de palo como de costumbre las usaban: por lo cual hubo una alarma entre los moros, pensando que los cautivos se querían alzar con Argel. Ahora bien, este pensamiento o sospecha de los moros nacida de ver una espada y un morrión es ridículo, si un antecedente no les hubiese mostrado que las representaciones y las armas de los comediantes podían ser pretexto aparente para ocultar un plan de sublevación, y este antecedente es presumible que lo diese el ingenio agudísimo de Cervantes, el cual idearía la ejecución de un gran drama de espectáculo belicoso, en que los actores procurasen ir vestidos de armas verdaderas para levantar el grito en medio de la representación: único modo de reunir a sus soldados y tener armado y a punto su ejército. Que este acertado e ingenioso proyecto fuese descubierto, no hay duda en ello, y por esto dice Haedo: si a su ánimo, **industria y trazas** correspondiera la fortuna, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos..., y si no le descubrieran y vendieran los que le ayudaban, dichoso hubiera sido su cautiverio...

Es, pues, presumible, que los mismos de quienes se confió para esta **industria y traza**, debieron revelar lo que se premeditaba, y así se comprende que algunos años después se alarmase toda la población de Argel, porque el actor que había de representar al rey don Fernando el Católico en la toma de Granada, pidiese una espada y un morrión para hacer su papel con mejor apariencia.

Quedó Cervantes de resultas de la última traición que le hicieron, aprisionado como se ha dicho en la cárcel de los moros, donde pagó en infinitas penalidades sus ingeniosos y osados esfuerzos por lograr la libertad. Mientras tanto, su familia apuraba los últimos recursos para proporcionarle su rescate, buscando documentos en que constasen sus servicios.

Ya había muerto don Juan de Austria, que pudiera encarecerlos como testigo ocular. Del duque de Sesa obtuvieron una certificación en que los expresaba y ponderaba haciéndole debida justicia, y varios cautivos y soldados que en Argel y en Italia habían visto sus hazañas, dieron sus declaraciones. Ocu-

rrió en este tiempo la muerte de su padre don Rodrigo, sin duda agobiado por los trabajos y por el dolor de ver a su menor hijo ausente durante tantos años de su lado, sin recibir de él más que tristes nuevas, cuando por sus hechos y conducta debiera ser su gloria y apoyo. La viuda doña Leonor continuó aquellas diligencias en unión con su hija doña Andrea, acudiendo a sus amigos y personas poderosas; pero no lograron sus esfuerzos reunir más que la pequeña suma de trescientos ducados, cantidad insignificante para el alto precio en que su hijo estaba tasado por el rey: y de la referida suma formaba parte una donación hecha por Francisco Caramanchel, doméstico de un alto dignatario, por valor de cincuenta doblas o sean doscientos cincuenta reales. Por fortuna se ha conservado el nombre de este bienhechor, a quien la posteridad rinde el debido tributo de reconocimiento, y cuando la vista lastimada de tanta indiferencia e injusticia se retira como indignada de aquella sociedad que así veía expuesta a malograrse una verdadera dádiva del cielo, parece que se detiene con complacencia al considerar que un bárbaro tirano y un hombre obscuro, protestaban con sus hechos de la ceguera de sus contemporáneos.

Para completar la partida se había acudido al rey solicitando una gracia, y después de multitud de trámites dilatorios, vino a concederse a la viuda un permiso para exportar de Valencia a Argel mercancías no prohibidas hasta el valor de dos mil ducados; merced infructuosa, porque había que negociar el privilegio y nadie llegó a ofrecer más de sesenta ducados, abandonándose este recurso por ser mucho más costosa la consecución de la cédula, de modo que nada tuvo que agradecer nuestro cautivo al gobierno de S. M., a quien tanto había servido.

Sólo quedaba a Cervantes esperanza en los misioneros rentadores de la corona de Castilla, que hacia el mes de mayo de 1580 arribaban a Argel, provistos de fondos de la Orden y de particulares. El padre Juan Gil, procurador general, y el padre fray Antonio de la Bella, fijaron su atención en Cervantes, cuyo largo cautiverio, buenas obras y muchísimos trabajos, le hacían objeto preferente de su celo. Trataron de negociar su rescate con el rey; pero pedía éste la fuerte suma de mil escudos, que de todo punto desconcertaba sus buenos deseos,

y durante cuatro meses fueron inútiles la insistencia y ruegos de los celosos mercedarios. Llegó en esto el fin del reinado de Asan, tan suspirado por los moros. Su sucesor, el clemente Ibu Jaffer, había ya partido de Constantinopla, y el codicioso destronado reunía sus bajeles, esclavos y riquezas con que poder sobornar a los que habían de residenciarle por sus desafueros. El 19 de septiembre, once galeras llenaban el puerto, dispuestas a darse a la vela. Cervantes iba entre la muchedumbre de sus esclavos, muerta ya su esperanza de libertad. Los padres redentores hicieron el postrer esfuerzo. Acudieron a Asan, renovaron sus instancias, y sea que le cegó en aquel momento la vista del oro contante, en buenos escudos españoles, sea que la Providencia quiso mostrar su intervención en aquel instante decisivo, el rey se aquietó y consintió en ceder a su estropeado español en el mismo precio de quinientos escudos en que lo había comprado. Aun para reunir esta cantidad fue necesario que los redentores tomasen a crédito entre los mercaderes la suma de doscientos veinte escudos para pagar el rescate, y más nueve doblas o cuarenta y cinco reales de derechos para el comitre y oficiales de la galera. Por último, Cervantes se vio libre: Cervantes respiró al fin, después de cinco años menos siete días de doloroso cautiverio, en que osciló a cada paso la balanza de su vida y de su muerte; pero manteniéndose firme y energético aquel deseo inalterable de un corazón magnánimo, que lucha como león del desierto contra los embates de la fortuna. El cielo quiso apurar su constancia, haciéndole escuchar hasta el ruido de las cadenas que levaban las anclas para sumergirle en el centro del aborrecido imperio de la esclavitud, y sufrió la presencia del tirano de Argel, cuando ya éste no pisaba ni aun sus muros. El genio español vino a recibir su libertad en el seno anchísimo de los mares, como emblema de que había de extender su vuelo por cuantas arenas besa el Océano y cuantas tierras rodea el sol, y ese rey Asan, de odiosa memoria para los berberiscos, ese ambicioso déspota a quien su ilustre cautivo califica de homicida de todo el género humano, se rehabilita a los ojos de la posteridad con haber sido instrumento que ayudó a mostrar el alma de nuestro ingenio, con haber respetado su vida y admirado sus virtudes y heroismo. Asan no especuló con su cautivo; sólo le tuvo en rehenes, tal vez para librarse de la muerte, siendo homicida,

y para hacer ver que un genio debía recibir la libertad de manos de un rey.

CAPITULO VII

Información de testigos ante los Padres de la Merced. — Entretenimientos literarios de los cautivos. — Probables ocupaciones lucrativas de Cervantes. — Sus esperanzas e ilusiones. — Primeros gérmenes del *Quijote*. — Su regreso a España.

Parecía natural que, ya rescatado, volase nuestro peregrino al seno de su amada patria, de la que estaba ausente por espacio de más de diez años; pero las maquinaciones de Blanco de Paz le retardaron este inefable gozo; hecho que demostrará la gravedad del daño que temía de un hombre, al parecer insignificante, despreciable y obscuro. Sin duda comprendió que en el cálculo de su enemigo, públicamente infamado en Argel, no quedaba más rehabilitación que la vía secreta; en la que, como dominico, podía congraciarse con el Santo Oficio, que todo lo perdonaba ante la apariencia de celo por la fe católica. ¿Qué medio tenía para parar el golpe? A una información particular y secreta, oponer otra pública y debidamente autorizada. Esto sólo podía hacerse en la misma ciudad de Argel, teatro de sus hechos y su primera diligencia, al verse libre, fue proveer a su reputación, puesta en peligro por un falsario y detractor. Solicitó, pues, testimonio ante los padres redentores, con presencia de notario público, de lo que había hecho en servicio de la religión, del rey y de los cautivos cristianos. Dieron este testimonio Hernando de Vega, Luis de Pedrosa, Rodrigo de Chaves, Fray Feliciano Enríquez, Diego Castellano, Alonso Aragonés, Domingo Lopino, Cristóbal de Villalón, Diego de Benavides, Fernando de la Vega, doctor Domingo Becerra, Juan de Valcázar y el doctor Antonio de Sosa, y las declaraciones de todos ellos, testigos presenciales, constituyen una verdadera hoja de méritos y servicios. Consta este testimonio o información de vida y costumbres, de veinticinco ar-

tículos, plenamente contestados: documento preciosísimo, pues que careciendo en general de amplitud de noticias respecto a la vida de nuestro ingenio, las poseemos con el mayor grado de autenticidad del período más dramático e interesante de su azarosa existencia. Por milagro ha llegado hasta nosotros este documento y si la intención de su émulo fue perjudicar a su fama con falsas deposiciones, como en efecto le perjudicó a los ojos de la corte, providencialmente se salvó la defensa y apoteosis del cautivo, eternizándose los hechos que acaso hoy ignorásemos por la modestia de su autor (1).

Algunas de las declaraciones de los citados testigos, juntamente con otras noticias e indicios, nos hacen presumir que en las épocas menos penosas del cautiverio de nuestro escritor, no olvidó de sacar partido de su inclinación a la poesía y de sus conocimientos, ya para alegrar su tristeza, ya para hacerse de buenas relaciones, ya, en fin, para proporcionarse algunos medios de atender a sí mismo, pues el trato que los moros daban a sus esclavos era mezquino y miserable. El doctor Sosa, dice que Cervantes iba a leerle a su prisión composiciones que hacía en sus ratos de soledad, con las cuales distraía su imaginación y apartaba su vista de su infeliz estado. Es de creer que algunas de sus comedias y entremeses fueron hechas durante su cautiverio, y quizás entre aquellas **La gran Turquesca**, **La batalla naval**, **La gran Sultana**, a que dio argumento el verdadero y extraordinario suceso de la hermosa doña Catalina de Oviedo, el **Trato de Argel**, y quizás otra alguna, como la intitulada **El bosque amoroso o la casa de los celos**, reminiscencia esta última de sus primeras lecturas de libros caballerescos.

De romances y demás composiciones poéticas ligeras, de asuntos sagrados y profanos, no debió tener número el número de las que hizo, pues no alcanzaban las cadenas a aprisionar la imaginación, y la poesía fue siempre bálsamo del corazón atribulado. Había entre los cautivos hombres de letras; y al juntarse en el baño en sus ratos de descanso, natural era que elevarasen sus mentes y fuese su conversación amena e instruc-

(1) Fue hallada esta información en la Lonja de Sevilla, archivo de Indias, por don Agustín Cean Bermúdez y publicada por don Martín Fernández Navarrete en 1819.

tiva, mostrándose recíprocamente los frutos de sus meditaciones. Eran en aquella época tan hermanas las armas y las letras, que casi todos nuestros famosos escritores fueron soldados y sufrieron las vicisitudes de las guerras, por lo que es de colegir, que en tanto número de caballeros españoles como en Argel se hallaban cuando allí estuvo nuestro escritor, se contasen muchos aficionados y cultivadores de la poesía, y por más riguroso que el cautiverio fuese, y tal vez a causa de este mismo rigor, tomaría más vuelo esa pasión del alma. Así como el doctor Sosa, aherrojado en su prisión tuvo tiempo y espacio para hacer los anales del cautiverio, así Cervantes y otros dulcificaron sus ratos de espantosa soledad con el cultivo de las musas. De esta época tenemos alguna composición suya, y fue un soneto que hizo para la obra que escribió un caballero italiano, camarada suyo de cautiverio.

Igualmente es de creer, que en los períodos en que gozó de más anchuras, ejercitase Cervantes con algún provecho alguno de sus conocimientos que fuesen útiles a moros ricos y principales. En efecto, el hombre hábil y dispuesto tiene esa ventaja sobre el inepto en las épocas desgraciadas de su vida, que puede aprovechar librándose de la extrema pobreza. Grandes genios ha habido, como Rousseau que en su juventud copiaba música, y como el gran Spinoza, que se dedicó a la óptica, que sacaron fruto y aún subsistieron con el producto que sacaban de algún empleo u ocupación honrosa y claro es, que la situación de Cervantes en Argel pudo ponerle en un caso análogo. En la información de testigos referida hay un indicio de que nuestro cautivo utilizó alguno de sus conocimientos, pues manifiesta don Diego de Benavides, que Cervantes, en cuya posada y compañía vivió, se ofreció a él con su posada ropa, y dineros que él tuviese: lo cual vista la condición general de los esclavos y la particular de Cervantes, pobre por su familia, hace suponer que atendía y proveía por medio de su trabajo, no sólo a mejorar su situación, sino a socorrer a otros, dar limosnas y hacer otros actos caritativos, que sin contar con medios pecuniarios no pudiera haber llevado a cabo. En todas las difíciles empresas que acometió, aunque su ingenio fuese la principal palanca, parece que sin la ayuda del oro fueran imposibles, porque ya necesitaría comprar el sigilo de éste, ya ofrecer dádivas a aquél, ora pagar los servicios de un

esclavo, ora proveerse de objetos indispensables para su consecución, todo lo cual no sería fácil que lograse sin más magia que su voluntad, y predominio por grande que se conciban. Esclavos que ejercitaban en su patria algún oficio lo practicaban en Argel, de cuyos productos participaban los patrones y parte de ellos les servía para ir juntando la suma de sus rescates, que en este caso no solía ser muy elevada. Los caballeros no practicaban estos oficios mecánicos, como herreros, carpinteros, pintores, etc., más podían utilizar otro género de conocimientos más elevados entre los moros nobles y ricos que en Argel había, ora enseñando idiomas, matemáticas, y otras ciencias y artes liberales, de cuyo número fue sin duda alguna Cervantes, conquistándose por este medio amistades y relaciones en la nobleza de la ciudad y algún protector que en situaciones difíciles y arriesgadas interpusiese su influjo para con el rey Asan.

Tal es el cuadro interesantísimo, animado, dramático que ofrece el período tristísimo del cautiverio de nuestro héroe, período que con sus amarguras sazonó por decirlo así su espíritu y le caracterizó moralmente por la huella tan profunda que en él dejaron estos trabajos y sucesos. ¡Cinco años de continuada adversidad en la primavera de la vida, en la plenitud de sus ilusiones y ensueños! ¿Qué corazón no hubiera quedado marchito y quebrantado? Y no obstante que la ventura a cada momento escapa de sus manos, haciéndole caer a lo más bajo, cuanto mayor vuelo tomaban sus esperanzas, su ánimo es siempre constante, sereno, apacible y aún no desespera al pie mismo del sepulcro, declarando siempre como elevado filósofo, que sacó un gran bien de su cautividad: el de **«aprender a tener paciencia en las adversidades»**. Los martirios, el desvalimiento, su calvario de Argel junto con su ánimo levantado fueron el germen de esa sublime pintura del hombre luchando con la adversidad y de solo a solo en guerra contra los males, de esa inmortal epopeya que llamamos el **Quijote**. Suprimid esos cinco años de la vida de Cervantes y se corta una de las principales raíces que sostienen, que dan vida, tinte y savia a esa inmortal producción. Los sucesos de Argel, con **su larga corriente**, comienzan a formar en el corazón generoso y en la imaginación poética de Cervantes, esa óptica maravillosa, ese modo de observar las cosas y los hombres que no

tiene más nombre que mundo cervántico, mundo de extraordinarios contrastes entre el ensueño poético y la realidad triste, entre la osadía y grandeza de aspiraciones y la pequeñez de los medios, entre la nobleza de los intentos y la ruindad de los instrumentos. Quien crea que el *Quijote* fue escrito y concebido en la Mancha por un pique o resentimiento para ridiculizar ínfulas de hidalgüía y libros caballerescos, no sabe del sublime misterio del dolor y la adversidad en los seres privilegiados y sensibles. Ya veremos cómo este mundo ideal va desarrollándose y desenvolviéndose en el cerebro del mártir, apareciendo destellos en sus obras, hasta que se forma y completa y se descubre en toda su grandeza en su producción sublime.

En ninguna época de su vida pudo con más razón que en las vísperas de su partida a España dar rienda suelta a formar lo que se dice castillos en el aire. Daría por bien empleados sus trabajos y padecimientos, por bien empleada su ausencia larga que desconcertó su vida. La patria, que de lejos parece más hermosa, y cuidadosa al destino y suerte de los que ve en la ausencia y el destierro, como el pastor, que más piensa en las ovejas que le faltan que en las que mira presentes en el redil, le parecería la tierra prometida después de tan dilatado y trabajoso desierto, la tierra firme después de tantos embates en las inseguras aguas, y el campo de sus laureles, como el Africa había sido el campo de sus batallas. Lejos de las intrigas, de las rencillas miserables, de la envidia y favoritismo cortesanos, Cervantes, guiado por su noble corazón, no cometió más falta que haber medido a sus compatriotas por la medida de su grandeza, y haber confiado más de lo que debe un simple mortal en la justicia humana.

El fue el primer modelo de su inmortal y desventurado héroe, y su corazón el primer libro de su enseñanza, porque el gran secreto que levanta las almas privilegiadas de los genios a esa altura en que parecen participar de lo divino, a esas creaciones especie de protestas que llenan a la posteridad de asombro, no es más que las grandes pasiones y las grandes injusticias. El heroísmo acrisolado por el infortunio, el mérito resignado en lucha con la adversidad, produce siempre ese acento divino que escucha con respeto el hombre al través de los siglos, porque ese es el eterno drama de la humanidad.

Aquí hemos visto a Cervantes, joven, desvalido, sin libertad, en guerra contra los mayores obstáculos, contra los males más terribles, y siempre grande, siempre indomable y victorioso. En adelante le veremos experimentado y libre, en guerra contra miserables pasioncillas, contra enemigos invisibles, indomable siempre, pero nunca victorioso. Los grandes hombres quieren grandes enemigos, pero no fantasmas invisibles; estruendo de batallas, y golpes de combatientes; pero no estruendo de batanes y golpes de mano oculta. En Argel, luchaba contra titanes, y los venció; en España luchó contra pigmeos, y fue vencido: no de otra suerte el bravo toro de Jarama, atropella y vence las mayores fuerzas que se oponen a su pujanza, y se rinde a la acometida alevosa de pequeños canes.

Hechas, pues, todas las diligencias y tomadas todas las precauciones que creyó Cervantes necesarias para hacer constar todos sus servicios, aun se detuvo en Argel en compañía de su camarada y huésped don Diego de Benavides, esperando que hubiese galeras para España: oportunidad que lograron a entradas de la primavera de 1581, de suerte que vino a estar en Argel los cinco años y medio que dice el prólogo de sus novelas, aunque se rescató, como va dicho, el 19 de septiembre de 1580; pero el estar obligado a detenerse estos cinco o seis meses contra su voluntad en la tierra testigo de su servidumbre, le hizo tal vez contar este medio año como cautivo, sin más diferencia sino que antes lo había sido por los descreídos enemigos de su religión y después lo fue por las cadenas de la calumnia en que le enlazó un mal aconsejado cristiano.

Probablemente su desembarco en España fue por Barcelona, ciudad de que habla en varias ocasiones, pues en Cataluña desembarca el cautivo, cuya historia se cuenta en el **Quijote**, y en Barcelona, Ana Félix, viniendo de Argel con el arraez y dos renegados. El puerto de Palamós hállase también descrito algo detalladamente en la **Galatea**, y nada tiene de extraño que a él arribase en su regreso. También por ese puerto se hallaba más cerca de su familia a quien desearía ver, si ya no es que, como faltó de recursos, no quiso volver al hogar paterno, hasta haber recibido las mercedes que esperaba y en este caso tomó rumbo hacia la villa de Tomar en el reino Lusitano, donde se encontraba Felipe II.

Se ha dicho, que de vuelta a España, acaso tocaría en Mos-

tagan, de donde trajo los avisos del alcaide para el rey, que entregó en 1581, lo que es probable; pero bastante fundado para que coloquemos tal comisión en esta época.

CAPITULO VIII

Nuevas campañas militares. — Publicación de la **Galatea**. — Elementos del amor Quijotesco. — Observaciones sobre la crítica de este poema.

A su llegada a España procuró sin duda, presentarse a S. M. para hacer valer sus servicios y padecimientos, y solicitar alguna recompensa. ¿La alcanzó? Lo único que se sabe es, que hallándose Felipe II en Tomar, ocupado en su expedición para la conquista de Portugal, encargó a Cervantes una comisión en 21 de mayo de 1581. Cual fuese esta comisión, se ignora, pero se han hallado documentos recientemente en Sevilla, que no dejan duda acerca de este hecho. Son dos cédulas de cincuenta ducados cada una, de que se había hecho merced a Cervantes, de ayuda de costas, atento que iba a cosas del servicio del rey. El importe de una de ellas lo recibió en la misma villa de Tomar, a los dos días de expedida la cédula, y el de la otra, en Cartagena, punto en que fue librada a cargo de Juan Fernández de Espinosa, pagador de las armadas. Esta comisión sería de corta entidad y cumplida en corto espacio de tiempo, como fue corta su ventura si alguna vez se vio con ella, según le dice Mercurio en el **Viaje del Parnaso**.

Cervantes se quejó siempre de ingratitud. Habiendo pedido licencia en Nápoles, no se comprende que, de voluntad, se alistase después de los trabajos de su cautiverio en la expedición a las islas Terceras, a no ser que lo verificase bajo la promesa de un ascenso. Sin embargo, en las relaciones y comentarios de estas expediciones, en que indudablemente sirvió al rey desde 1581 a 1583, no se menciona su nombre, ni parece que tuviera graduación alguna; al paso que por aquel tiempo, en la guerra de Portugal, había ascendido a alférez su hermano

don Rodrigo. Es de creer, que el cielo de ilusiones de Cervantes se nubló a su llegada a España, y que la nobleza de su corazón tuvo mucho que sufrir al ver tanto ocioso e intrigante cortesano llevarse sin méritos lo que él meritoriamente reclamaba. También es muy cierto que Blanco de Paz no hizo acusaciones falsas en balde, y que la inquisición que tanto influjo ejercía en el monarca, trabajaría a la encubierta y con sigilo en hacer sospechoso al soldado cautivo, oponiendo siempre un veto a sus súplicas de mercedes. En más de un pasaje de sus obras recordó Cervantes esta temprana lucha, que tuvo que sostener contra una fuerza tan **invisible** como **invencible**, y que es el gran secreto de la historia de su desventura. Si Blanco de Paz, dominico, fingido comisario para congraciarse con los guardadores de la fe, estaba interesado en desprestigar a Cervantes para que nadie creyese en el relato de sus maldades, júzguese el daño que pudo hacer en España a su víctima, ante una institución que era el alma y el resorte de la política. El hecho es, que pobre, lisiado y estropeado, tuvo que volver a ponerse a discreción del viento, y que esto hubo de ser su único recurso.

En efecto, asistió al combate naval de 25 de julio de 1582, y al desembarco en la isla Tercera en septiembre del siguiente año, y aunque en siete relaciones que de este hecho hay impresas en varios idiomas, no se menciona su nombre, por la que escribió Figueroa, a más de la aseveración de Cervantes, se deduce que entre los 5.000 soldados que se embarcaron en la armada, iba el tercio de don López Figueroa, al cual había pertenecido, con más, 1.800 de los soldados de Flandes, y 200 caballeros y personas particulares: de suerte que, ya incorporado a su antiguo tercio, ya asistiendo entre el número de estos caballeros agregados, militó en aquellas jornadas.

Señállase este tiempo por algún biógrafo, como la época de su viaje a Orán con cartas del rey; pero tal vez, según conjeturan otros eruditos, esta comisión tuvo lugar inmediatamente después de su vuelta a España en el año 1581, y fue la misma a que se refieren las dos cédulas expedidas, concediéndole ayuda de costas para un viaje. Fuese entonces o en 1581, lo cierto es, que estas ocupaciones sucesivas, confirman la verdad de lo asentado anteriormente, acerca de la composición de la **Gatalea** antes de su viaje a Italia, porque no es posible que en

la agitada vida del soldado, hubiese espacio para una obra, que supone sosiego de espíritu, cuidado y lima; además de que Cervantes, esperanzado en el favor y mercedes del gobierno, y haciendo gestiones por obtener las recompensas justas de sus méritos, no habría pensado en escribir poemas pastorales para ganar la vida con la pluma, teniendo derechos y títulos para fiar su subsistencia en su profesión de militar. Lo que parece probable es, que acabada la guerra y retirado en Madrid o Esquivias, volviese a ver a doña Catalina de Palacio y a reiterar sus obsequios a esta dama, siendo uno de ellos la publicación del poema que tenía escrito tiempo hacía, y en el que bajo el nombre de Elicio, se dice que pintó su pasión amorosa, si bien no fue este su único y principal objeto, como se ha creído, sino dar muestras de su ingenio en el género de la literatura que entonces había comenzado a estar en boga. No es posible que, de vuelta de su cautiverio, tuviese la tranquilidad de espíritu, el acento apacible y sereno con que canta en la **Galatea**. ¿Quién puede imaginarse que en sus nuevos cuidados y más serias obligaciones, gastase un largo período en escribir un género de poesía, que confiesa en el prólogo andar ya por el público desfavorecido? Pues si el objeto era atender a su subsistencia, trabajo y tiempo perdido debía ser la **Galatea** a los ojos de quien tal opinión sustentaba. En mi concepto, el poema de la **Galatea** fue comenzado por Cervantes en España, tal vez aumentado y limado durante el cautiverio y completado a su vuelta; como se deduce del soneto laudatorio de Gálvez de Montalvo, y de haber puesto el canto de Calíope al final del poema, nombrando en él muchos poetas que conoció y trató a su vuelta a España. En efecto, al decir Montalvo que durante la cautividad

..... «la tierra estuvo
Casi viuda sin ti»

parece aludir a que Cervantes, no olvidó en sus ratos de descanso de poner mano a su pastoral poema.

De este poema, publicado en 1584, y dedicado a Ascanio Colonna, Abad de santa Sofía en homenaje a su padre Marco Antonio, no haremos juicio detenido. Varios han sido los de la posteridad, y no muy favorables los de nuestros contemporáneos.

ráneos, aunque lo cierto es, que si se mira a su fato, **La Galatea** es una de las pocas composiciones del género pastoril que se han salvado de la universal indiferencia. Este poema ha sido muy apreciado por los extranjeros y en especial por los franceses, que muy luego lo vertieron a su idioma, y siempre será un verdadero deleite para los que amen lectura honesta y apacible. La lozanía y frescura de imaginación que en él rebosan lo castizo del lenguaje, la delicadeza de conceptos y la limpieza y hermosura de los afectos que se pintan, dan al ánimo reposo y enamoran el alma del que con atención los estudia y contempla. Pero lo que nos interesa hacer notar, son los elementos que en esta composición se encuentran y constituyen la embriogenia de su futura concepción del carácter del hidalgo manchego. En la disputa sobre el amor entablada entre los filósofos con Pellico Tirsi y Lenio, está casi delineado el boceto de la gran figura amante de Dulcinea. Allí se habla del amor de belleza ideal, incorpórea, que divide en virtudes y ciencias del ánimo, y que contemplan sólo los ojos del entendimiento, como teniendo su principio en Dios, esparciéndose en todas las cosas de la naturaleza, concentrándose en el hombre y representándose como más al vivo en el rostro de la mujer. Este es el amor puro, limpio, divino, sencillo, que por el objeto material, se eleva a lo inmaterial y de la belleza humana a lo moral y divina. La idea que da Don Quijote de los efectos que en él producía el amor de su dama, están perfectamente explicados en el razonamiento de Tirsi, y de tal modo, que pudiera hacerse un completo paralelo. Finalmente, también se habla allí de las pasiones de ánimo, que como vientos contrarios perturban la tranquilidad del alma y «**con más propio vocablo perturbaciones son llamadas**». De estas perturbaciones, dice, la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo... Y de aquí viene, que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve a seguirla y buscarla».

He aquí, como la teoría de la pasión de ánimo, produjo el género de perturbación del cerebro de Quijano el Bueno. El hidalgo desea el bien y la felicidad de los hombres por la extirpación de los abusos, injusticias, agravios e iniquidades, y como ya dije en **La Estafeta de Urganda**, lo que hay en el hidalgo es exageración del pathos, en todas las direcciones co-

rrespondientes a los fenómenos que en la humanidad entera se observan. Según los fines y objetos dignos de esa pasión fuerte. Así, todas las virtudes que en este amor ideal divino se hallan cifradas, llegan al último grado de fervor en el caballero: la templanza, hasta vivir de memorias y meditaciones la fortaleza, hasta no desmayar en el más terrible piélagos de desventuras la justicia, hasta tomar a su cargo la reforma de los perversos; la prudencia, hasta pintarle adornado de toda sabiduría; el valor, hasta no haber peligros que le espanten; la liberalidad, hasta rehusar imperios y riquezas; la castidad, hasta despreciar doncellas, reinas y princesas, y la abnegación, hasta no desejar por premio del amor, más que el amor mismo.

En efecto, Cervantes no podía de buenas a primeras idear una concepción tan transcendental y sublime como es la del carácter de su héroe loco. Las ideas tienen su generación en el entendimiento, que las sazona y madura a fuerza de meditación continua: y dicho se está que el orden de ideas a que se inclina el hombre pensador, con más asiduidad, constancia y entusiasmo, no es extraño y ajeno ni disconforme con sus sentimientos y sus pasiones. En Cervantes, desde muy joven, se ve esa divina locura por un perfecto ideal, por todo lo que es grande, noble y elevado, por todo cuanto puede contribuir a satisfacer las aspiraciones más puras del alma humana. Este idealismo, en el orden de la contemplación, es filosofía, es utopía en el orden de la acción, es lo que desde su tiempo tiene un nombre: **Quijotismo**. Sólo un alma empapada y saturada de este deseo de bien y de belleza, sólo una inteligencia meridional, ingeniosa, desencantada mil veces por la realidad, y vuelta a encantar por la poesía, pudo acometer la pintura de esta lucha y dar un nombre gráfico a esa eterna aspiración del alma humana, que traza mil mundos de felicidad y de belleza en un instante, y no tiene una piedra para construir el menor de sus castillos.

En suma, de las dissertaciones de los pastores a las acciones de Don Quijote, no hay más diferencia que la huella del tiempo. La **Galatea** fue escrita con la imaginación; el **Quijote** con la experiencia. Aquélla con el corazón, ésta con el entendimiento. En la juventud de Cervantes todo era esperanzas; en su edad madura todo desengaños si es que puede engañarse un genio. La resolución del hidalgo en el terreno dialéctico, no es más

que una prueba práctica de la tesis sentada en la **Galatea**.

Que Cervantes transparentase más o menos visiblemente los nombres de doña Catalina en Galatea, de Mendoza en Meliso, de Montalvo en Siralvo, de Soto en Lauso, de Artieda en Artidoro, de Ercilla en Larsileo, y de Figueroa y Laínez en Tirsi y en Damon es cuestión de poca monta. La verdad es que esta opinión se sostiene, porque siendo enamorados los autores de estos poemas de damas reales e imaginarias, poco había que andar para atribuir a la verdadera las perfecciones de la ficción y este poco lo anda fácilmente la adulación y la vanidad. Que estos poemas se escribieron estando los autores enamorados es lo más cierto, porque como se dice, **ex abundantia cordis loquitur os**, y a ninguno sentaría mal que ese dijese como la principal heroína era figura de su amada y el héroe principal el autor en persona. Pero si vamos a lo cierto del caso, personajes pastores de gran cuenta y entendimiento hay en la **Galatea**, aun no identificados ni ahijados, y por lo que aparece de la historia hubo gran distancia de Galatea a doña Catalina, de lo vivo a lo pintado, y esto con menoscabo y agravio de las damas de los demás pastores amigos de Cervantes, que debieran resentirse de ser colocados tan en segundo término. En mi concepto, la circunstancia de hablarse de poesía y de amores en estos poemas, hacía que semejasen los personajes pintados a los vivos, y que por incidencia se notasen particularidades de composiciones y caracteres de los amigos, y aún de opiniones de éstos sobre materias de amor, poesía y sentimientos. Por lo demás, no alcanzo la razón de que, por ejemplo, Lenio, que tan importante papel representa, no sea un grande amigo de Cervantes, ni, una vez alcanzada, hallo importancia ni interés alguno en estas transparencias.

Lo que sí notamos en la publicación de la **Galatea**, es el gran número de amigos poetas que Cervantes tenía, no obstante el dilatado espacio de tiempo que de su patria estuvo ausente. El canto de **Calíope**, en que tantos se enumeran y se elogian, mostrando conocimiento de sus patrias, de sus obras y sus respectivos méritos, no parece sino estar escrito por un hombre avecindado por muchos años en la corte y entrometido en todas las reuniones y círculos y academias de ingeniosos. Sin embargo, ya se ha visto el corto tiempo que pudo dedicarse a cultivar relaciones; lo que prueba; o que en aquella

época había más ocasiones de frecuentarse y conocerse mutuamente los literatos, y tener noticia de los ausentes; o bien la desmedida afición de Cervantes a la lectura, que no dejaba escapar de sus manos obra alguna que saliese impresa, por cuyo medio conocía espiritualmente a todos o la mayor parte de los escritores. Ambas causas debieron concurrir, pues su afición a la lectura nos consta por confesión propia y en cuanto a la comunicación de los literatos, no hay duda que era más frecuente entonces que ahora.

Mucho se ha hablado de estas alabanzas, prodigadas por nuestro autor en el citado canto de **Calíope**. Algunos, asaz cortos de vista, han deducido de ellas el poco criterio de Cervantes en punto a obras literarias, visto que ensalza por las nubes obras de ningún mérito y de las cuales y de sus autores sólo se sabe por los elogios; pero estos que así juzgan, no han considerado, que tales opiniones no tenían en los tiempos de nuestro escritor el valor de juicios críticos, y que todos cayeron e incurrieron en este vicio de la época en que no se usaba por convenio tácito general, más que la alabanza hiperbólica o el epígrama punzante, sin conocerse otro medio; y así debía ser, pues como era desconocida la misión crítica de la prensa para difundir los juicios imparciales y concienzudos de las producciones literarias, las simpatías o antipatías personales tenían que neutralizarse y compensarse alternativamente por medio de altas exageraciones en el elogio y en la detracción. Harto digno de aplauso es aquel, que, sintiéndose superior, supo no emplear su pluma sino en alabanzas, como siempre hizo nuestro Cervantes. Pagó el tributo a esta exigencia de su época, y lo pagó de modo, que nadie puede dejar de ver en el gran maestro un sarcasmo al través de más de un pomposo elogio. En resumen, esta práctica estaba a la orden del día y tan arraigada, que Cervantes mismo que la ridiculizó en el **Quijote**, no pudo dejar de incurrir en ella, pues el poema de que vamos hablando, llevó, al modo que todos los libros de su época, sus correspondientes sonetos laudatorios: y debía ser, que estas composiciones eran en pequeño lo que hoy son en grande los prólogos: adminículos que se pedían y suplicaban, o que había que admitir a la fuerza del obsequio y benevolencia de algunos amigos poetas, de los cuales son conocidos muchos nombres sólo por estas composiciones laudatorias.

CAPITULO IX

Celebración de su matrimonio en Esquivias. — Composiciones probables para el teatro en esta época. — Establécese en Sevilla en 1588, Conjeturas sobre los motivos de este viaje. — Nuevo teatro de suscesos. — Conocimiento con Sancho o reverso del Quijotismo.

Muy poco después de la publicación de la **Galatea**, se desposó Cervantes en Esquivias con doña Catalina de Palacios, Salazar y Vozmediano, hija de familia ilustre de aquel pueblo y así lo deja entender lo mucho que luchó en su condición precaria para alcanzar su mano; pues entonces sucedería ni más ni menos que ahora, que las familias linajudas aspiran a hacer enlaces afortunados y como la de su mujer no era rica, desearía bien un hidalgo con fortuna más que un hidalgo a secas. Debe creerse, porque así se ve por las noticias adquiridas y por la relación anti-biográfica, que el consejo del tutor, don Francisco de Salazar llevó a término este enlace, pues en 12 de diciembre de 1584, ya había fallecido el padre de la novia, y parece que el sobredicho tutor era muy afecto a nuestro joven escritor, en quien admiraba las calidades de valiente y sabio, que rara vez se conciernen y mucho menos con los bienes de fortuna. Llevó de dote doña Catalina unos quinientos ducados aproximadamente, cantidad que recibió Cervantes a los dos años de celebrado el matrimonio, en cuya época la dotó él de cien ducados, de mil que venían a constituir su caudal, puesto que según dice, cabía esta cantidad en la décima de sus bienes.

Esta entrega y escritura tuvieron lugar en la misma villa de Esquivias en 9 de agosto de 1586, por lo que se ve que Cervantes se retiró a la soledad de una vida pacífica. Sin embargo, la proximidad de Esquivias a Madrid y las noticias que poseemos de haber escrito Cervantes por estos años, varias composiciones en loor de obras de los insignes Juan de Barros, Pedro de Padilla, Espinel, Maldonado y Juan Rufo, hacen creer

que hizo frecuentes excusiones a la corte y aun que permaneció en ella la mayor parte de este período, comenzando entonces tal vez a ensayar su ingenio para el teatro, que era ocupación más inmediatamente provechosa al par que halagüeña. En efecto, en la **Austríada** de Juan Rufo; en la **Filosofía cortesana**, de Barros; en **El Jardín Espiritual y Grandezas de la Virgen**, de Padilla; y en el **Cancionero**, de López Maldonado, se encuentran sonetos de Cervantes, que suponen trato y comunicación con estos poetas. Además, supónese que en este tiempo tendrían lugar las representaciones de varias tragedias, comedias y entremeses, que había compuesto o trabajó en este período más tranquilo de su vida. Por confesión suya sabemos que compuso hasta veinte o treinta comedias que todas se representaron en los teatros con grande aceptación, especialmente, **La Batalla naval**, **La Gran Turquesca**, **La Jerusalén**, **La Amaranta**, **La única y Bizarra Arsinda**, **El Bosque amoroso**, y sobre todas **La Confusa**, de la cual dice, que pareció admirable en los teatros y capaz de competir con las mejores que de capa y espada se habían escrito. Tuvo Cervantes su época de gloria y de triunfos para con el público, y su sazón de ser buscado por los actores de compañías, muy solícitos con los escritores favorecidos por la suerte; y en este tiempo debió sonreírle el porvenir, y aumentarse su corta fortuna a la entidad y suma que vemos montaba en 1586, quizás todo producto de sus comedias; pero la suerte es inestable y los ídolos que levanta el favor del veleidoso público son presto sustituidos por otros nuevos que alimentan su insaciable deseo de novedades. «Las comedias, escribía nuestro desengañado escritor, tienen sus sazones y tiempos, e inmediatamente entró a dominar el teatro el monstruo de naturaleza, Lope de Vega, y se alzó con la monarquía cómica y avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes, llenando el mundo de comedias propias, felices y bien sazonadas». Esto confesaba con toda sinceridad y modestia el insigne autor de **La Numancia**, Cervantes mejoró el teatro, allanó y preparó el camino a los famosos ingenios que lo alimentaron con tanto aplauso, tuvo su corta época de estar en pedestal, y el mismo público descontentadizo le fue olvidando, como a otros que gozaban de favor, ante el nuevo astro que aparecía. Posible es que nuestro poeta luchase hasta perder toda esperanza de abrir fácil ca-

mino a su bienestar material por este medio honroso, y en este período de lucha vería disminuirse y casi agotarse los recursos con que contaba para la subsistencia de su familia, a que se había agregado su hermana doña Andrea y tal vez doña Magdalena de Sotomayor, y Constanza, hija de doña Andrea.

Como quiera que fuese, Cervantes se vio en el caso de cambiar de ocupación, viendo el poco fruto que ya del teatro reportaba. Seguir la carrera militar le era entonces más imposible, porque muchas habían sido sus tentativas y todas infructuosas. Casi a fines del siguiente año de 1587, le vemos ya en Sevilla, o camino de esta capital tan distante de su residencia, y empleado en ocupaciones diametralmente opuestas a las que correspondían a su vocación y ejercicios. ¿Qué pudo influir en esta determinación? ¿Por qué se alejó al otro extremo de la Península? ¿Qué motivos le indujeron a ocuparse como comisario del proveedor de las armadas españolas?

Los biógrafos no han podido explicar estos puntos, ni ilustrarnos acerca de las causas de este viaje y esta elección. Sólo se sabía, lo que el mismo Cervantes dijo; que tuvo otras cosas en que ocuparse y abandonó la pluma y el teatro. Es más, su residencia en Andalucía, que fue acaso la más dilatada que hizo en provincia alguna en España, ni aun fue sospechada por su primer biógrafo, y Pellicer sólo alcanzó a verificar su estancia en Sevilla por los años de 1596 y 97. Sin embargo, en cerca de veinte años, Cervantes no hizo otra cosa que recorrer las villas y lugares de esta parte de España; los mismos veinte años que menciona en el prólogo del **Quijote** que **durmío en el silencio del olvido**, y cada vez que se adquiere más certidumbre en esto, caen como con la mano las patrañas y cuentos que se han propalado acerca de su larga residencia y sucesos en la Mancha. Yo creo, sin embargo, que se puede ilustrar perfectamente este punto interesantísimo, valiéndose de los datos que nos dejó en su novela del **Licenciado Vidriera**, corroborados y puestos a nuestra vista casi como históricos por la aparición de un nuevo documento.

Ya se recordará, que en otro lugar de esta vida, hemos dado mucho valor a los principios de la citada novela, viendo en ella algo que concuerda con la manera en que Cervantes salió para Italia. Háblase allí del gentil-hombre que halló el joven estudiante camino de Málaga a Antequera, al bajar la cuesta de la

Zambra que hay en esta ruta. Desde luego, la lectura de estos detalles y particularidades en Cervantes hace sospechar que trata de asuntos propios, porque no es esa su manera de narrar cuando tal interés no envuelve. Vemos así mismo cómo pinta el trato y ocupación de aquel caballero y cómo consigna su nombre, que era el de don Diego de Valdivia, capitán de infantería por S. M. cuyo alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Al ver estos detalles, involuntariamente se recuerda la observación de Clemencín, que en ocasión análoga, y cuando Cervantes aludía a un suceso propio; dijo: que parecían ciertos personajes como reos que dan declaraciones ante un juez. Pues bien, recientemente se ha hallado un poder otorgado por Cervantes en Sevilla, en 24 de febrero de 1588, comisionando a un tal de Silva para que entienda en cierto negocio de que se hablará más adelante, resultado de un encargo que tuvo en la ciudad de Ecija por orden del licenciado don Diego de Valdivia, alcalde de la Real Audiencia de Sevilla.

Esta es la primera comisión que a ciencia cierta sabemos que desempeñara Cervantes en Andalucía, en fecha tan remota como la de principios de 1588; y esta comisión la ejerce por mandato de un don Diego de Valdivia, nombre y apellido iguales a los del gentil-hombre que es conjeturable que influyó o le ayudó o le acompañó en su viaje a Italia, hacia cerca de veinte años. ¿No hay motivos para sospechar, que el don Diego de Valdivia que le protegió cuando joven, sea el mismo que le ayuda y protege nuevamente cuando adulto? Parece muy probable que en la época de que vamos hablando, hállose este sujeto a Cervantes en la corte, a donde acaso fue a conseguir su destino, y renovando la amistad antigua y enterándose de la situación de su camarada, le ofreciese de nuevo su valer y protección, aconsejándole se fuese con él a Sevilla, en donde le emplearía y podría estar a la mira de los oficios que vacasen en los gobiernos de las Indias, que eran muy lucrativos y propios para que el Rey premiase con ellos los servicios de veteranos militares, como en efecto, lo solicitó en 1590. El ir Cervantes a Sevilla sin nombramiento ni empleo de S. M. y el hallársele privadamente empleado por un Diego de Valdivia, de quien hace mención en una de sus obras (siendo verosímil que con un sujeto de este nombre y apellido verificó su viaje a Italia), es prueba más que suficiente, de que el conocimiento

antiguo de este personaje y el interés que le inspiraba la suerte del joven y atrevido soldado, influyesen en su nueva resolución.

Tan súbito cambio en su género de ejercicio, como pasar de la vida contemplativa a la vida activa, de altos intereses morales a los mezquinos materiales, de la soledad y quietud del gabinete al bullicio y confusión de los mercados, de la poesía de la imaginación a la prosa de la vida, en una palabra, de literato a agente, no pudo ser resultado de cálculo ni propósito definitivo de nuestro ingenio, sino de una necesidad perentoria de adoptar cualquier recurso que se le ofreciese a mano, para salir de la estrechez a que se veía reducido, propuesto a abrirse camino a otro empleo más propio de su inclinación y más proporcionado a sus méritos. En igual caso se han hallado otros muchos grandes genios, precisados a ganar su subsistencia en ocupaciones y ejercicios mecánicos. La sociedad, que se deleita y aplaude las creaciones sublimes de la inteligencia, se cura muy poco de averiguar, si tras las horas brillantes de la inspiración, siguen horas lúgubres de amargura. El poeta debe cantar como canta el ave; alegre, si alegre; si triste, triste. El encanto indefinible del acento del dolor, vale bien la pena de que el genio sufra, y por lo menos se cumple con el precepto de retórica: **Si vis me flere, dolendum est prium ipsi tibi.** «¡Y qué! decía un extranjero al licenciado marqués de Torres, hablando de Cervantes; ¿a un tal hombre no le sustenta el Erario público?» — «Plegue al cielo, respondió otro, que nunca salga de necesidad, para que, siendo él pobre, con sus obras haga rico al género humano». Esto tiene algo de sarcasmo, pero también mucho de verdad.

En medio de esto, fortuna fue para nuestro héroe haber escogido como recurso la agencia de negocios y comisiones, que hoy consideramos impropia de su carácter. Rousseau, copiante de música, y Spinoza, óptico, no han excitado tanto la compasión, como Cervantes acopiando provisiones, o recaudando alcabalas por los pueblos; y con todo eso, ¡cuán favorable no fue esta ocupación para el desarrollo de su ingenio y su profundo conocimiento de los hombres y de la sociedad! Por muchos años había vivido la vida del poeta, del soñador, del aventurero; hallando los sucesos, prósperos o adversos, a la medida de su colosal fantasía. El teatro en que se había mo-

vido y la atmósfera que había respirado, fueron como mágica realización del ensueño más atrevido y dramático de un poeta. Todo había sido espléndido, majestuoso, excepcional, como creado a propósito para satisfacer a su imaginación ardiente y espíritu fantástico. Pero ¿es esa la vida humana? ¿Es ese el mundo de las dos fases, en que se contrastan lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo ridículo, lo ideal y lo material, las nobles y las mezquinas pasiones? El nuevo rumbo de Cervantes parece providencial. Era abrirle las puertas a un mundo nuevo, al mundo de la realidad y de la prosa, al movimiento ordinario y común de las pasiones; en una palabra, a la vida tal cual es, donde no todas las desgracias son Argel, ni todas las glorias son Lepanto. Cervantes vivió hasta la edad de los cuarenta años en la región de Don Quijote, levantado del polvo de los intereses y con la cabeza en las nubes. Faltábale vivir en la región de Sancho, sentado el pie sobre la tierra, para pintar luego, como pintó los dos polos de nuestras inclinaciones, los grandes contrastes de la vida. El genio es como el sol: pasa por lo más inmundo y no se mancha; y así como el hombre vulgar se envilece en humilde estado y ocupación, el hombre superior saca partido de todo, y desde cualquier punto sabe extender su mirada observadora y penetrante y enriquecer su inteligencia. Esto sucedió a nuestro ingenio en su nuevo empleo. Dióle ocasión de estudiar a los hombres en su trato ordinario, de ver muchedumbre de pueblos, de observar sus costumbres, de notar sus vicios, de penetrar en el confuso laberinto de intereses pequeños, de luchas mezquinas, de bajas ambiciones, de resortes miserables de odios y afectos. A los Acquavivas habían sucedido los Monipodios, a los Figueroas de Flandes, los Chiquiznaques de España, a don Juan de Austria, Blanco de Paz, a los Asan-Agas de Argel, los corchetes de Sevilla, y a este opuesto punto de vista debe hoy el universo la magnífica pintura del carácter más noble y el tipo más vulgar, del hombre espíritu y del hombre materia. Necesitaba esta escuela nuestro ingenio para completar su mundo Cervántico, para conocer a fondo el corazón humano, como necesario fue al gran dramático inglés, su contacto en los negocios y especulaciones para crear su gran mundo Shakesperiano. Los grandes genios tienen en sí el elemento divino, y sólo necesitan concentrarse, echar una ojeada introspectiva para delinear

figuras ideales y sublimes. Los Quijanos y los Hamlet son productos de esta concentración; pero los Sanchos y los Falstaff son hijos de un examen detenido, de una observación minuciosa del mundo que les rodea. Cervantes, que había largo tiempo recorrido las regiones fantásticas, nutriéndose sólo de lo ideal, penetraba en el elemento humano en la mejor sazón para recoger abundante fruto de sus observaciones; y con todo eso, parecióle tan vasto, tan intrincado y confuso el mundo de la realidad, que rompiendo con su orgullo y vanidad de autor, se resignó a dormir veinte años en el silencio del olvido. Estos veinte años de atento estudio de los hombres, en edad madura, provisto de desengaños, dotado de viva penetración, no fueron un sueño como irónicamente dice, sino un alerta continuo, donde vio pasar ante su escrutadora mirada la encarnación de todos los instintos y pasiones, de todos los vicios y defectos diseminados en las pequeñas figuras que componen la masa de la sociedad, los cuales estigmatizó su pincel divino en cuadros imperecederos. Estos caracteres no se adivinan: el mayor de los genios es impotente para delinealos, si no los estudia de cerca; y al contemplar la riquísima galería que nos legó Cervantes, bien podemos decir de su nueva ocupación: ¡dicho empleo que produjo tan apreciados frutos!

CAPITULO X

Primeras comisiones de Sevilla. — «Con la Iglesia hemos dado.» — Recuerdo de una excomunión en la aventura de los clérigos.

Ya hemos dicho que hacia fines de 1587 dejó Cervantes la retirada vida y entró en el mundanal bullicio, pasando de Esquivias a Sevilla, famosa entonces por su riqueza, su comercio y población, y por su contratación de negocios con las Indias. Sevilla era a la sazón una de las capitales más dignas de estudio, por la diversidad de gentes que encerraba, y la animación que le prestaban sus mercados e industrias; siendo una de las poblaciones que por este motivo frecuentó más nuestro

escritor, que gustaba del humor festivo de sus habitantes, y del trato y comunicación con los ingenios que produjo este privilegiado suelo en aquella edad de oro de las letras. Sin embargo, aunque su principal estadía fue en Sevilla, la índole de su nuevo ejercicio le obligaba a hacer continuas excursiones por ciudades, villas y pueblos y a continuar su antigua vida aventurera, con la diferencia de que sus primeras aventuras eran en campos de batalla y peleando con enemigos de cuya victoria podía esperar reinos; y éstas fueron aventuras de **encrucijadas** y despoblados, en que tenía que luchar con malandrines, sin otras resultas que vejaciones e incomodidades, como muy luego lo mostró el suceso (1).

El sobredicho don Diego de Valdivia, alcalde que era de la real Audiencia de Sevilla, dióle orden y comisión, apenas llegado Cervantes, de que fuese a la ciudad de Ecija y tomase y embargase el trigo que en sus fábricas estaba para servicio del rey. Cervantes hubo de cumplir esta orden al pie de la letra, pero contra el beneplácito de la autoridad eclesiástica de dicha ciudad, que fulminó contra él censura y excomunión. Este hecho increíble, que muestra la irritabilidad de los señores Provisor y Vicario de aquella diócesis, y cuán prontos estaban para lanzar a cada paso, y contra inocentes, tan terribles rayos, se halla perfectamente comprobado por el hallazgo de un poder ante escribano público de Sevilla, en que con fecha 24 de febrero de 1588, da facultades Cervantes a Fernando de Silva, como su procurador, para comparecer ante el provisor y juez vicario y vicario de Ecija, para «**absolverle** remotamente o a reincidencia de la censura y excomunión (sic) que **contra mí** está puesta». La causa de este anatema no es otra, sino haber cumplido fielmente la orden de su superior, que por encargo del rey así lo mandaba.

Fue Cervantes en ésta, como en otras ocasiones, injustamente atropellado y vejado, cual es de inferir en el estado en que se hallaban las creencias religiosas en aquel tiempo, y la

(1) La época de su llegada a Sevilla es uno de los puntos más comprobados en la vida de nuestro autor, pues existe en el archivo del Ayuntamiento de esta capital un expediente de vecindad solicitado en 1600 por un caballero de nombre Agustín de Cetina, en que figura como testigo Miguel de Cervantes, de edad de cuarenta años, y manifiesta que residía en dicha población desde 1588.

excesiva preponderancia de que gozaba el clero. No es, pues, extraño, que en sus obras, en las cuales aludió a muchos sucesos suyos, aludiese a éste tan importante, y que también contribuyó en mucho a hacerle mal visto en ciertas regiones del poder. En efecto, Cervantes no podía olvidar esta mala obra en la excelente que compuso, y a continuación del encuentro con los enlutados, entre los cuales colocó a su enemigo el dominico Blanco de Paz, ingiere la alusión con grande oportunidad, haciendo decir a este mal criado bachiller, que Don Quijote estaba excomulgado por haber puesto violentamente las manos en cosa sagrada. Cervantes, que al escribir esto tendría la memoria puesta en su propio suceso, hace responder al hidalgo, que no puso las manos, sino el lanzón: respuesta que en el carácter serio de Don Quijote, me había llamado la atención, y no habrá dejado de llamar la de otros.

En efecto, en materia de criminalidad y de fórmulas de sentencia, Cervantes tendría mucho que hacer con la expresión **poner las manos**, que evidentemente encerraba el decreto de excomunión, cuando en realidad su cargo y orden no se extendía a este acto material de apoderarse de las provisiones existentes en la fábricas de Ecija, como si fuesen cosa portátil y susceptible de sustraerse por él violentamente. Cuanto más, prosigue el hidalgo, que yo no creí que ofendía a cosas sagradas que respeto: y efectivamente, para Cervantes, así como para su superior, dichas provisiones no eran sagradas, por el solo hecho de estar depositadas en las fábricas de la iglesia, si ya no es que el vicario quería extender la santidad a todo lo que podía servir para el sostén de sus ministros.

Finalmente, concluye diciendo el hidalgo, después de confesar que siempre los tuvo (a los enlutados), por satanases del infierno, y por cosa mala, que cuando así fuese y él quedase por aquel hecho excomulgado, en la memoria tenía lo que le avino al famoso Cid el Campeador, cuando rompió la silla de aquel embajador delante de Su Santidad, por lo cual fue excomulgado, «**y anduvo aquel día el Cid muy honrado y valiente caballero**». Con esto da a entender que este percance con el vicario andaluz no le dio mucho que pensar ni le consumió las carnes.

En efecto, mucho da de sí la aventura del cuerpo muerto donde tal se relata, para los que quieran estudiar, en concien-

cia, el temple de Cervantes en ciertas materias relativas a creencias religiosas y disciplina eclesiástica. Desde el principio hasta su terminación interesa más este lance de los religiosos por lo que parece encubrir que no por la cuestión de sátira literaria, ni menos por la traslación de los restos de San Juan de la Cruz, que es el suceso aludido según la cándida interpretación de Fernández Navarrete.

CAPITULO XI

Estudio de Pacheco. — Ateneo sevillano. — Retrato de Cervantes hallado en un cuadro del convento de la Merced. — Opiniones varias sobre su autenticidad.

En Sevilla hizo Cervantes conocimiento con el célebre pintor y poeta Francisco Pacheco, uno de los hombres más eminentes de aquel tiempo y que más honraba a la ciudad del Betis, donde tuvo su cuna. Esto fue hacerlo con todas las personas principales y de valía que en la dicha ciudad moraban o iban a visitarla, especialmente de las que se dedicaban al estudio de las ciencias, las artes y profesiones liberales. El estudio de Pacheco, al modo que lo fue el de su tío, a quien imitó en estas prácticas tan laudables, era como especie de Academia o Ateneo abierto a todo hombre de ingenio y de virtudes, en el cual recibían del pincel y de la pluma de Pacheco el diploma de inmortales, incluyendo sus retratos y alabanzas en unas descripciones que desde joven comenzó a hacer de varones ilustres, a quienes trataba y conocía. Por entonces se había desarrollado tal afición entre los sevillanos a la poesía, que apenas había profesión en Sevilla de que no saliesen versificadores; consecuencia natural del gran movimiento y cultivo que se daba a las letras por un no corto número de hombres esclarecidos, cuyas obras corrían de mano en mano y se celebraban por todos. Poco era menester para propagar el contagio en un suelo donde el ingenio es tan vivaz, y así no es de extrañar que hubiese poetas, o por lo menos llamados tales,

en los claustros como en las oficinas, en las escuelas como en los mercados. Cervantes no dejó de notar y satirizar este asalto que la población en masa pretendía hacer de el **Parnaso**, cuando hace decir a Monipodio, que «todavía si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daca las pajas: y cuando no salieren como deben, añade, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos hinchirá las medidas a todas horas». En efecto, canónigos, beneficiados, jueces, abogados, procuradores, médicos, escribanos, regidores, veinticuatro, comerciantes, mercaderes, militares, músicos, barberos, peluqueros, batihojas, carpinteros, sacristanes, alguaciles, en suma, de todo menester, profesión y oficio se daban a este pasatiempo, según la relación y cuenta detallada que se lee en una carta satírica de aquel tiempo, escrita por un sobrino del mismo Pacheco. Ni se diga por esto que muchos de los tales ingenios, legos, no llegasen a alcanzar cierto grado de perfección, aunque no han tenido la fama que otros, pues en las descripciones y colección de semblanzas de Pacheco se celebran muchos, como Sancho Hernández, artífice de oro y plata, cuyas poesías elogia el pintor insigne; Antonio de Vera Bustos, dentista y oculista, y otros varios que sería prolíjo nombrar. Ello es lo cierto, que la ciudad de Sevilla parecía una nueva Atenas de la poesía, y que el estudio de Pacheco era como el Areópago, en donde se juntaban y comunicaban los más calificados maestros en la elocuencia, en la poesía, en las ciencias y en las artes liberales. Allí concurrió el divino, el austero, el rudo y melancólico Fernando de Herrera, el amante de doña Luz, cantor e historiador de la batalla de Lepanto y panegirista del no menos austero, y modelo de patricios, Tomás Moro; allí el, en apariencia, festivo, el semi-alquimista Baltasar de Alcázar; el famoso Arguijo, Apolo de todos los poetas de España, como le llamó el insigne escritor Rodrigo Caro; el pintor y caballero Juan de Jáuregui; el famoso autor del madrigal, que comienza: «Ojos claros, serenos»; el distinguido poeta y pintor Pablo de Céspedes; el maestro Francisco de Medina, fray Juan de Espinosa, Pedro Vélez de Guevara, Juan de la Cueva, y Ortiz de Melgarejo, Diego Girón, Juan Márquez de Aroche y Pedro Mesa, famosos discípulos de Hierónimo de Carranza; el licenciado Florentino de Pancorvo, gran filósofo y matemático; Manuel Rodríguez, insigne maestro en la música de arpa, y Pedro de

Madrid no menos notable en la de vihuela; y sobre todo, allí se reunieron en diversas épocas los ilustres Arias Montano, fray Luis de León, Quevedo, Montañés, Lope de Vega, Alarcón y otros grandes genios y varones dignísimos, honra de nuestra patria, con que enalteció Pacheco su admirable galería de verdaderos retratos, dejando tan precioso legado a la justa curiosidad de los futuros.

Es indudable que Pacheco retrató, a nuestro poeta dándole preferente lugar en su preciosa colección, como a uno de los más distinguidos amigos suyos, aunque en el número de los hallados recientemente, no se encuentra su retrato. Sábase que Juan de Jáuregui le inmortalizó en el lienzo, y de este original, también perdido, es copia el que se halló en la colección del Conde del Aguila. A dicha obra se refirió Cervantes, tal vez como más notable, en el prólogo de sus novelas, cuando hace la descripción de su rostro; pero un feliz acaso nos ha hecho dar con un cuadro, obra de Pacheco, en que este artista trazó con el pincel los rasgos de la fisonomía del gran escritor, casi a los principios de su estancia en Sevilla, lo que demuestra la predilección y distinción que usó para con el ilustre huésped alcaláin.

Habíasele encargado a Pacheco pintase algunos cuadros para el convento de la Merced, conmemoratorios de eminentes servicios prestados por dicha orden religiosa, redimiendo cautivos cristianos, y en uno de ellos retrató a Cervantes en apostura de barquero que en su lancha conduce a un padre redentor. Le pinta como de edad de treinta y ocho a cuarenta años, que era la que contaba en 1587 al llegar a Andalucía. Pacheco oiría de sus labios la historia de los sucesos de su cautiverio, y de cómo fue restituido a libertad por el celo de los padres Juan Gil y Antonio de la Bella, y quiso que cautivo tan famoso figurase, cual una de las glorias rescatadas a España por el piadoso instituto; a cuyo deseo accedería Cervantes, a condición de que mostrase en esta misma memoria su veneración y reconocimiento a sus salvadores, por lo cual se retrató en traje humilde y en aptitud de servir al fraile que está en su barca, que indudablemente ha de ser su patrono. No faltan quienes nieguen que la fisonomía del barquero sea la de Cervantes, en cuyo caso debemos confesar que los patrones de barca en aquel tiempo eran caballeros disfrazados por el por-

te, distinción y traje, que se dedicaban a tan humilde oficio por pura afición, o que Pacheco había nacido y vivido tierra adentro y pintaba barqueros ideales. Un biógrafo de Cervantes, don Ramón León Maínez, funda su oposición a esta creencia casi universal, en que Pacheco no fue adicto a nuestro escritor, ni siquiera admirador de sus obras, ni menos amigo suyo, por serlo íntimo de su rival Lope de Vega, quien trataría de desacreditarle ante sus ojos. Esta especie de argumentación tiene algún fundamento tratándose del escritor a quien llamó Alarcón:

«Envidioso universal
De los aplausos ajenos.»

Pero por probar mucho no prueba nada y a ser lógicos, vendríamos a concluir en que Pacheco no pudo retratar a ningún hombre notable si daba oídos a Lope. Es, además, probable que el pintor sevillano hubiese hecho ese cuadro antes de conocer a Lope, toda vez que desde 1587 se hallaba en Sevilla Cervantes, y su émulo visitó esta capital en 1604 (1).

(1) No parecerá inoportuno trasladar aquí algunas observaciones que acerca de este retrato remiti para su inserción en **Las Noticias**, periódico de Madrid. «El retrato de Cervantes hallado en un cuadro de Pacheco en el museo de Sevilla, tiene de particular, que corresponde a la idea que los apasionados se han formado del rostro del autor del **Quijote**, por las señas que de sí nos dejó en sus obras y aún mucho más por las señales de su entendimiento y carácter. La figura de Cervantes ni está en primer término ni es principal en el cuadro; y sin embargo, nadie que lo examine puede dejar de reconocer, que la fisonomía del barquero, medio pescador, medio soldado, medio cautivo, es de un hombre nada vulgar.

Parece verse en él un personaje de distinción bajo tan humilde traje y en tan plebea apostura: en una palabra, descúbrese, como dice el vulgo, un buen bebedor debajo de tan mala capa. Es singular también, que, de todas las figuras del cuadro, la de Cervantes se halle en el mejor estado de conservación, y que la fisonomía esté tan perfectamente detallada como si estuviese en primer término: lo que prueba el especial cuidado del artista en llamar la atención hacia el nobilísimo barquero a que a tan digna tripulación conduce. Lo que no puede describirse bienamente es el rayo de su mirada, que no parece sino vivo fuego y saeta penetrante; la energía que revelan aquellas facciones y **complección recia**, y sobre todo la bondad y nobleza de la expresión, que no embargan ni menoscaban cierto tinte y lejos de humor festivo

Acerca del domicilio de Cervantes en Sevilla tenemos pocas noticias, aunque bien se deja entender que la mayor parte del tiempo que residió en esta ciudad habitó cerca del río que corre por la parte del poniente, por hallarse cerca de las atarazanas y el muelle donde las provisiones habían de ser embarcadas. Conjetúrase que vivió en la calle que se llama del Alföli de la Sal, frente a la puerta de San Miguel de la Iglesia Mayor y contigua al Postigo del aceite, donde comenzaba el comercio marítimo. Una calle de Sevilla lleva hoy el nombre de Cervantes, aunque no hay noticia de que en ella residiese (2).

y picaresco. Para mí no hay la menor duda de que Cervantes posó, como ahora se dice, en el estudio de Pacheco y estuvo una o dos sesiones armado con el palo, que aparece ser bichero: tal es la verdad y propiedad y el aire y movimiento de la figura. Una imperfección del lienzo hacia la muñeca de la mano izquierda, que se apoya en el cuento o regatón del palo, hizo sospechar que era cicatriz de las heridas de que quedó manco. Sin embargo, mi opinión es, que la posición de la mano izquierda es imperfecta, y que en la disposición de sus dedos está indicada su manquedad. El aparecer su retrato en tal cuadro, pintado para recordar los servicios de los padres mercedarios, me hace creer que fue sugerión de Cervantes, y que quiso representar el humilde papel de conductor y barquero, como agradecido al bien que recibió de aquellos redentores, y mucho más si se confirma que el rostro del padre Juan Gil está retratado en el del fraile que va sentado en la barquilla. Esto fuera una alegoría muy propia del ingenio de Cervantes.

El distinguido artista señor don Eduardo Cano reprodujo con gran fortuna los rasgos de la fisonomía de Cervantes en un delicado dibujo, que ha sido fotografiado en diversos tamaños; por cuyo medio todos pueden gozarse en contemplar la misma efigie, el rostro mismo, la misma figura y la fisonomía misma del manco sano. Muchos desearán, y yo con ellos, que se fotografiase todo el cuadro; pero parece ser cosa imposible, al menos mientras no se restaure convenientemente; aun así, la pequeñez de la figura de Cervantes y el predominio de ciertos colores en el cuadro hacen frustrar este buen deseo. Debemos contentarnos por ahora con la fotografía que circula, y en la cual no hallo más defecto, y es bien leve, sino un poco más gruesa la punta de la nariz. En el original aparece más afinada, y no creo equivocarme si digo que la nariz es un poco más larga en el retrato de Pacheco. Con todo esto, la copia del señor Cano es admirable, y estas dos leves variaciones que yo noto, no alcanzan a alterar su pasmoso parecido.»

(2) En el *Diccionario de Madoz*, al hablar de la iglesia de San Marcos, se dice que a su torre subió muchas veces Cervantes, desde donde podía divisar el convento de Santa Paula, que encerraba a la mujer que más había amado en el mundo. Cual sea el fundamento para sospechar la intensidad de estos amores, lo ignoro, pero sí es muy proba-

CAPITULO XII

Excusiones de Cervantes por Andalucía. — Estudios del natural. — Descripciones campestres. — Tipos pastoriles. — Tipos picarescos. — Probable visita a la almadraba de Zahara.

La noticia de que por aquel tiempo hospedaba un Miguel de Cervantes en una posada de Sevilla (y no puede ser otro que el autor del *Quijote*), hace creer que vivía lejos de su familia, porque a tenerla consigo se hallaría avecindado y viviendo en casa particular. Su género de vida entonces, que no le permitía permanecer largo tiempo en ningún punto, induce a creer que su familia quedó en Esquivias o en Madrid durante esta larga ausencia, y que, solo, vivía de huésped en las posadas, por lo cual pudo mudar de morada y vivir en diferentes puntos de la capital, y si se han de formar conjeturas acerca de la situación de su residencia por los detalles descriptivos diseminados en sus obras, debió vivir mucho tiempo en la plaza llamada Colegio de maese Rodrigo, junto a la famosa puerta de Jerez, pues en su novela del *Diálogo de los Perros*,

ble que a Cervantes, si no la torre, por lo menos aquellos alrededores, le serían muy conocidos, pues parece que en las listas de un recuento de armas hecho en Sevilla en aquella época, se lee el nombre de un Miguel de Cervantes, huésped de un mesón cercano al dicho monasterio de Santa Paula. Acaso la presunción de que estos claustros encerraban el sujeto de una historia de su corazón provenga de la alabanza que hace en la novela de la *Española Inglesa*, de una prima de Isabel, monja en este convento, que era **única y extremada en la voz**. Tal debía ser y tanto la pondera Cervantes, que llega hasta a decir: «que para conocerla no había menester más que preguntar por la monja que tenía mejor voz en el monasterio.» Señales son éstas en el novelista de que evoca un recuerdo grato para su corazón; y bien pudo ser que el afecto le obligase a vivir por esta parte de la extensa ciudad.

También se dice haber vivido en la parroquia de San Isidoro; pero lo más cierto en materia de residencia es que a mediados de 1600 vivía en la collación de San Nicolás, que así él mismo lo declara contestando al interrogatorio del expediente de vecindad puesto por Gutiérrez de Cetina.

nota una circunstancia de este lugar, que sólo se ocurriría a una persona muy familiarizada con él. Hablando de la pelea que sostuvo un traficante en valentía con varios matones, dice que los hizo retirar desde los marmolitos del Colegio de maese Rodrigo hasta la puerta de Jerez, **que habrá como unos cien pasos**: y en efecto, hay este número de pasos desde dichos mármoles (que aún existían hace diez años), hasta la dicha puerta de Jerez; lo que prueba que para Cervantes debía de ser muy familiar y conocido este sitio de la población (1).

Computando el tiempo que estuvo en andalucía, y las ciudades, villas y pueblos que tuvo que visitar para el desempeño de su cargo, según consta por poderes, cartas de pago, fianzas, recibos y demás documentos de que minuciosamente hablan otros biógrafos, más de las dos terceras partes anduvo fuera de Sevilla, recorriendo las ciudades de la provincia y visitando a menudo los pueblos de Jerez, Cádiz, Sanlúcar, Lebrija, Utrera, Morón, Osuna, Ecija, Córdoba, Ronda, Montilla, Granada, Málaga, e infinidad de pequeñas poblaciones en las cuales tuvo ocasión de estudiar y conocer sus diversas particularidades y diferencias en usos y costumbres, notar sus preocupaciones, observar sus caracteres, aprender sus tradiciones, oír sus consejas, enterarse de sus odios y rencillas, y examinar a sus anchas los diversos tipos que abundan y se muestran como al desnudo en estas poblaciones, donde se vive más según la naturaleza que según el arte introducido por la civilización. Albergando muchas veces en majadas de pastores, es como se puede pintar cuadro tan seductor y tipo tan inimitable como el de la cena de los cabreros y el pastor que relata los amores de Crisóstomo. Alojando en muchas ventas en despoblado, es como se puede describir aquel lecho inolvidable del arriero, y aquella su acostumbrada escasez de víveres tan gráficamente descrita en el **Quijote**. Es preciso también haber amanecido mil veces en las inmediaciones de pueblos, para saber describir aquella madrugada cerca del Toboso, que no parece que se lee, sino que se oyen el canto del gallo, el mayar de los gatos,

(1) No ha faltado un extranjero que notase con pena la desaparición de estos marmolitos citados por Cervantes, y que hiciese gestiones para averiguar su paradero y adquirirlos si fuese posible. En la actualidad parece que se hallan en poder del Ayuntamiento de Sevilla, que aún no los ha destinado a objeto alguno.

el ladrido de los perros y el gruñir de los cerdos, juntamente con la canción del labrador que se cree ver dibujado conduciendo sus mulas allá en la débil naciente luz del crepúsculo. ¿Quién ha sabido pintar la tarde apacible, el curso del arroyuelo, el silencio del bosque, la armonía de las aves, el murmurar de los vientos, la incomodidad del estío, la inclemencia del invierno, las galas de la primavera, la poesía del otoño, las bellezas y accidentes de la naturaleza inanimada, con mayor fidelidad, más relieve y menos pinceladas que Cervantes? El sólo parece haberle arrancado el mágico secreto de su lenguaje para revelarnos cada una de sus bellezas en un solo rasgo: y esto es de tal modo, que los lugares descritos por Cervantes, se fijan y graban en la imaginación de los lectores tal vez con más fuerza que vistos con sus propios ojos: tal es la magia de su pluma. ¿Quién no tiene grabado en la memoria intensamente, el tenebroso lugar en que Don Quijote y Sancho pasaron la noche del ruido de los batanes entre unos corpulentos árboles movidos por el viento? ¿Quién no ve el arroyo donde Dorotea lavaba sus pies, y las matas que apartaban el barbero y el cura para divisar a la doncella lastimada? ¿Quién no ve en Sierra Morena el barranco donde cayó la mula muerta, las peñas en que apareció triscando como una cabra el **Roto de la sierra**, el hueco del alcornoque donde hacía su lecho, los rayos del sol fugitivos que en una quebrada de las nubes cayeron sobre la húmeda y luciente bacía de aljófar del caminante barbero, la costezuela por donde bajó como un rayo Don Quijote, muy puesto en que iba a acometer al ejército de Alifanfarrón el furibundo pagano, y tantos otros parajes fotografiados por nuestro inimitable escritor? Todo esto fue resultado de su constante observación de los paisajes y aspectos, de los cuadros y situaciones que naturaleza le ofrecía, y que Cervantes miraba con amor, con delirio, con ojos de artista y de poeta. Es preciso amar mucho sus bellezas, para trazar con tanta maestría y sobriedad cuadros tan delicados y deleitosos. El campo, el bosque, el río sereno, el arroyo manso, la murmuradora fuente, la frondosa selva, el apacible valle, la escarpada roca, la callada noche y el alegre despuntar del día, debieron ser frecuentes confidentes del corazón de Cervantes; tal vez el único apoyo grato en que su calenturienta fantasía descansaba con amor entre los vaivenes de su suerte

inestable, porque los genios prendados de la inmortalidad se enamoran con más intensidad de estas bellezas que no mueren, de estos solaces que no acaban, de estos puros deleites que vivifican el corazón y atraen el alma con la muda elocuencia de sus secretos a la contemplación de la sabiduría de las leyes y del orden que en ella preside. Su pasada vida de agitación entre el tumulto de las guerras y de las pasiones e intereses públicos, le predisponía a esta contemplación. De aquí que los hombres más embebidos en la vida activa, han suspirado siempre por este sosiego y reposo. ¿Quién puede negar que el género de novela pastoril, en boga en aquellos tiempos, no fuese una reacción necesaria en el espíritu de aquellos hombres aventureños y soldados? Cervantes mismo, al escribir su **Galatea**, parece que cumple con un deber de su corazón, antes de lanzarse en el agitado océano del mundo. Virgilio, en la bulliciosa corte de Augusto no olvida tampoco la sosegada vida de los pastores. Pero nótese la diferencia: cuando Cervantes escribe la **Galatea** es joven, habla de los campos y los describe, como quien pinta lo que quiere. La vida campestre era por él adivinada, mas no conocida; y la descripción que hace de los paisajes y bellezas naturales, se parece más a las hipérboles de un enamorado que pinta de memoria a la mujer, que al retrato verdadero del que la ama y la posee sin recelos. En el **Quijote** por el contrario, Cervantes pinta lo que es, y copia del natural que tantas veces ha contemplado. Así, una elaborada descripción de la **Galatea**, no logra el efecto, ni produce el encanto de una rápida pincelada del **Quijote**.

Al mismo tiempo que este constante estudio de la naturaleza inanimada, ¡cuántos no debió hacer Cervantes de la animada, vista para un ojo penetrante en su ser más tosco, en su forma más simple y más desnuda! Porque si es verdad que la hipocresía y la ficción, y la mentira y el engaño han andado siempre hasta en hábito de pastores; si es cierto que los más rústicos tienen lo que llamamos **su gramática parda**, que suple y hace las veces de la hábil diplomacia de los cortesanos, con todo, es tan sutil el velo y tan transparente, que se traslucen su intención y pensamiento a las primeras de cambio. Ejemplo, el arte de que se vale Sancho para pedir salario fijo en vez de mercedes volantes e inseguras. Don Quijote, que es el tipo de la rectitud y la sencillez, penetra y lee su intención al vuelo,

y eso que en Sancho está pintada la socarronería y malicia en su punto: tan cierto es, que no hay saber como el del hombre sencillo. Las obras de Cervantes dan claro testimonio del estudio que hizo de los hombres, y de cómo aprovechó el tiempo, que para otros sería completamente perdido en medio de la penuria de su situación y asendereada vida.

Si se quiere un testimonio de lo penetrante y escrutadora observación de nuestro Velázquez de la pluma, unida al tinte más poético imaginable, basta fijarse en los tres tipos de pastores delineados en la **Galatea**, en el **Quijote** y en el **Coloquio de los perros**. Los de la **Galatea** están mirados con el telescopio de la imaginación: los del **Quijote**, bajo el prisma del buen sentido, los del **Coloquio**, con el lente de la sátira. En una parte son ángeles; en otra, hombres; en otra, fieras. En idealismo nadie le aventajó en la fábula pastoril: en realismo nadie le igualó en su gran poema; en disección anatómica, con el escalpelillo de la sátira nadie le superó en la piojosa y mísera descripción que de ellos hace Berganza, y es porque tienen los genios la elevada vista del águila, y la óptica múltiple de la mariposa. Venteros, mozas, picazos, ladrones y valentones, corren la misma cuenta. Ninguno se parece a otro. En cada clase hay su grado máximo, medio y mínimo; su tipo ideal, su tipo real, su tipo abyecto. Este poderío de observación y variedad en la unidad es lo que caracteriza al intérprete y le distingue del mero espectador del mundo que le rodea.

Lo que sí parece fuera de toda duda, es que en una de las muchas excursiones que Cervantes hizo por las Andalucías, visitó la famosa almadraba de Zahara, edificio situado en la costa del estrecho de Gibraltar, frente a Tánger; que servía de muy antiguo para la pesca del atún y aun hoy sirve para esta industria. Los biógrafos no han hecho hasta ahora la menor indicación de esto, aunque bien pudiera haber dado margen a esta sospecha, la puntualidad y detalles con que en su novela de **La Ilustre Fregona**, nos pintó el género de vida que usaban las diversas clases de gentes que en Zahara se reunían, entre las cuales, si bien la mayor parte era de la peor ralea, no dejaba de haber personas de distinción y jóvenes de buenas familias que allí iban, ya por mera curiosidad, ya por extravío de inclinaciones, como el Don Diego Carriazo que nos describe en su novela, ya por otros motivos, pues ofrecía Zahara la ven-

taja de que podían disfrazarse y mudar sus nombres y vivir desconocidos entre aquella turba multa sin que nadie les pidiiese cuenta ni aun mirase en ello.

Cervantes, a quien llamaba particularmente la atención ese ejército variado y numeroso de tipos originales que constituían las diversas clases conocidas con los nombres de germania, de hampa, de bribia, de truhanes valentones y pícaros; que conocía el mapa de toda la república maleante en España y observó su género de vida en las ventillas de Toledo, islas de Riaran, potro de Córdoba y agujero de Sevilla; que los estudió bajo el gobierno de Monipodio, en el barranco y los malecones, en la feria, en el matadero y en Triana, en sus diversas ocupaciones, trajes, costumbres, dialecto, rumbo y jácara, sin olvidarlos en las cárceles y galeras, no es posible que dejara de observarlos en su gran capítulo o cóclave de Zahara, que era la Universidad donde tomaban el grado y borlas de truhanes consumados. El personaje Carriazo, convertido de estudiante en pícaro, y de gentilhombre en aguador con el nombre de Lope el Asturiano, no puede delinearse sin un conocimiento exacto de la vida de la Almadraba, y Cervantes no era hombre para hablar **de memoria** cuando podía **de entendimiento**; mucho más habiendo pasado como debió pasar muchas veces en el desempeño de sus comisiones muy cerca del renombrado castillo. Bien ponderaba esta su fama, cuando dice en la citada novela, que el joven Carriazo pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las **Almadrabas de Zahara**, que es el finibusterre de la picaresca. Y luego dice: «¡oh pícaros!, bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes.»

Pero a esta confesión casi explícita y a esta presunción fundada que nace de la lectura de sus obras, se agrega el comprobante de una tradición que existe entre las mismas gentes de la pesquería, y que ha recogido el discreto y conocido cervantista y castizo escritor, mi excelente amigo el señor don Mariano Pardo de Figueroa, dada a conocer recientemente en varios periódicos literarios y políticos en un interesante artículo intitulado: **«Miguel de Cervantes en la almadraba de Zahara»**. No la inserto aquí por darle entero crédito, puesto que la índole del asunto, semejas de tradición y detalles con que va ador-

nada, conciernen con la travesura del padre espiritual del «Doctor Thebusen», que ha pasado por hombre de carne y hueso, no siendo más que una creación de su inquieta fantasía; pero si muchos de sus trabajos frisan con el género de invenciones discretas, como la del propio embajador de la China de que habló Cervantes, éste no ya frisa sino que encaja en este orden, y puede decirse de él que en el fondo «**engaña con la verdad**». Refiere dicho señor, haber oído repetir con bastante frecuencia, que Miguel de Cervantes estuvo en Zahara; que las mismas gentes de la pesquería lo aseguran, fundados en una constante tradición; que un anciano, cuyos abuelos fueron servidores de los duques de Medina-Sidonia, en Zahara, y que por lo mismo intervinieron siempre en las faenas de la pesca, le contó, por haberlo oído a sus antepasados, cómo había estado allí uno que le decían **Saavedra**, que había sido soldado y cautivo de moros; que era persona de pluma y de mucho saber, y que todos lo apreciaban y respetaban mucho, y se disputaban el ser sus camaradas, por ser hombre que hallaba solución para todos los lances que ocurrían. Todo esto es muy conforme con lo que de su carácter sabemos, y con la casi certeza que abrigamos de que hizo una visita a aquel lugar.

CAPITULO XIII

Entretenimientos literarios. — Contrato de seis comedias con el actor Osorio. — Restos del Documento. — Viaje de Cervantes a Madrid. — Pequeñas sátiras. — Soneto al túmulo de Felipe II. — Su prisión en Sevilla. — Opiniones sobre su estado en la Mancha.

Cervantes que no descuidaba en estas excursiones su ocupación antigua, no sólo lo muestra el número de obras que ideó y escribió, sino un documento incontestable hallado en reciente época. Por él venimos en conocimiento, que en 1592 se encontraba en Sevilla el autor de compañía Rodrigo Osorio: el cual, bien por haber conocido a Cervantes en Madrid y haber sido testigo de los triunfos que muchas de sus comedias

alcanzaron, bien porque los literatos más autorizados de Sevilla le celebraron su fecunda invención y humor festivo, se dirigió a él y entraron en trato sobre la composición de algunas comedias: trato que se llevó adelante y solemnizó una mutua obligación por escritura ante notario público y testigos en debida forma. Este es el documento hallado en los archivos de un oficio público de Sevilla, por la diligencia exquisita del señor Asensio y Toledo. A la importancia que tiene por referirse a Cervantes, se une la de ser un dato curiosísimo por revelarnos la usanza y forma de estas escrituras, que debieron ser muy comunes, y de las cuales, sin embargo, no se ha conservado ninguna que sepamos, referente a nuestros célebres escritores dramáticos. Esta circunstancia le hace doblemente apreciable, y en la persuasión de que será uno de los más notables datos que ilustren la biografía de nuestro escritor, le trasladamos aquí íntegro, seguros de que su lectura ha de agradar e interesar a todos.

Dice así el citado documento:

«Sepan cuantos esta carta vieren como yo Miguel de Cervantes Saavedra vecino de la villa de Madrid residente en esta ciudad de Sevilla otorgo e conosco que soy convenido y concertado con vos Rodrigo Osorio autor de comedias vecino de la ciudad de Toledo estante al presente en esta ciudad de Sevilla que estais presente en tal manera que ya tengo de ser obligado e me obligo de componer hoy en adelante y entregarlos en los tiempos que pidiere seis comedias de los casos y nombres que á mi me pareciese para que las podais representar y os las daré escritas con la claridad que convenga una á una como las fuere componiendo con declaracion que dentro de veinte dias primeros siguientes que se cuenten desde el dia que os entragare cada comedia aveis de ser obligado de la representar en público y pareciendo que es una de las mejores comedias que se han representado en España seais obligado de me dar e pagar por cada una de las dichas comedias cincuenta ducados los cuales me aveis de dar e pagar el dia que la representardes o dentro de ocho dias de como la ovierdes representado y si dentro de los dichos veinte dias no representardes en público cada una de las dichas comedias, se ha de entender que estais contento y satisfecho dellas y me aveis de pagar por cada una dellas los dichos cincuenta ducados de cualquier

suerte que sea aunque no las hayais representado y si os entregare dos comedias juntas para cada una dellas aveis de tener de término para representarle los dichos veinte días y se han de contar sucesivos unos en pos de otros e yo tengo de ser creido con solo mi juramento y declaración en cuanto aveiros entregado las dichas comedias y para poderos ejecutar por el dicho precio de cada una dellas dentro de dicho término de veinte dias si no las representardes como dicho es en que queda diferido sin otra prueba alguna aunque de derecho se requiera porque della quedo relevado y si aviendo representado cada comedia paresciere que no es una de las mejores que se han representado en España no seis obligado de me pagar por tal comedia cosa alguna por que asi soy con vos de acuerdo y concierto las cuales dichas comedias me habeis de pagar siendo tales como está dicho á mi ó á quien mi poder oviere en la parte y lugar donde os la entregare y yo el dicho Rodrigo Osorio que presente soy otorgo e conosco que aceto y recibo en mi esta escritura que vos el dicho Miguel Cervantes de Saavedra me otorgais en todo y por todo como en ella se contiene y me obligo e prometo de os dar e pagar los dichos cincuenta ducados o a quien buestro poder oviere por cada una de las dichas comedias siendo tales como esta dicho y si no representare cada una de las dichas comedias dentro de los dichos veinte dias que corran y se cuentan dende el dia que me entregaredes cada una de las dichas comedias no las representare en público como esta dicho que sea obligado e me obligo de os dar e pagar los dichos cincuenta ducados por cada una de las dichas comedias e por ello me podais egecutar con solo vuestro juramento y declaración o de quien vuestro poder oviere en que jureis y declarais averme entregado cada una de las comedias y averse pasado los dichos veinte dias sin averla representado publicamente como esta declarado en que difiero la prueba y averiguación dello. Sin otra prueba alguna aunque de derecho se requiera por que della vos relieveo e para el cumplimiento e paga de lo que dicho es ambas las dichas partes cada uno por lo que le toca damos e otorgamos poder cumplido bastante a cualesquier juezes e justicias de quier fuero o jurisdicción que sean que nos egecuten cual compelan e apremien a lo asi pagar e cumplir como por sentencia definitiva pasada en cosa juzgada e renunciamos las leyes e dere-

chos de nuestro favor e la que dice que general renunciacion de leyes escritas no vala e para lo asi pagar e cumplir a como dicho es obligamos nuestras personas y bienes y de cada uno de nos avidos y por aver e con ellos nos sometemos e obligamos al fuero e jurisdiccion Real desta ciudad de Sevilla e justicia della y de otra cualquiera parte o lugar donde ante quien nos quirieramos pedir e convenerir para nos responder e cumplir de derecho e renunciamos nuestro propio fuero e jurisdiccion domicilio e vecindad y la ley si convenerit de jurisdiccion judidicum e la ultima prematica de las sumisiones como en ella se contiene fecha la carta en Sevilla en el oficio de mi el Escribano publico yuso escrito a cinco dias del mes de Septiembre de mil quinientos y noventa y dos años y los dichos otorgantes a los cuales yo el Escribano publico yuso escrito doy fe que conozco lo firman de sus nombres en este registro testigos Luis Gerónimo de Herrera y Bernardo Luis Escribanos de Sevilla. — Miguel de Cervantes Saavedra. — Rodrigo Osorio. — Luis Gerónimo de Herrera, Escribano de Sevilla. — Bernardo Luis, Escribano de Sevilla. — Luis de Porras, Escribano público de Sevilla.»

Interesante es este documento en verdad en cuanto nos muestra que en medio de ocupaciones prosaicas, hubo un empresario que conoció y apreció su mérito como escritor para el teatro, cuando exponía trescientos ducados por seis comedias. Vése asimismo la confianza que tenía nuestro autor en este género de tareas literarias cuando, como buen pagador a quien no duelen prendas, pone por condición que han de ser «de las mejores comedias que se hayan representado en España». Deéduse también del tenor del contrato, que no quedaría por Cervantes la satisfacción y cumplimiento y que las dichas comedias por lo menos fueron compuestas y entregadas. ¿Cuáles son éstas? ¿Se hallarán en el número de las que conocemos como obras suyas? ¿Pertenecen a la época en que creía poder ser astro en la escena, o una tentativa en Sevilla para rivalizar con el que en Madrid se alzaba con la monarquía del teatro? ¿Será alguna de estas «**La Confusa**», que pareció admirable? Nada se sabe de cierto y es punto que merece investigación de los que tienen oportunidad de rebuscar archivos y bibliotecas.

Hacia mediados de julio de 1594, está Cervantes en Madrid.

Su ida a la corte pudo tener dos objetos: uno las necesidades del servicio, y otro el ver si el monarca le agraciaba con algún cargo, o le daba la merced que le había prometido en respuesta a una solicitud que hizo en Sevilla, pidiendo una de cuatro plazas vacantes en el gobierno y administración de las Indias, que eran: la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de la provincia de Soconusco, en Guatemala, y el corregimiento de la ciudad de Paz.

Cansado ya de aventuras, no estaba en edad nuestro soldado de tentar fortuna en las Américas, como en otro tiempo; mas su trato y comunicación con los proveedores y las gentes del comercio con el Nuevo Mundo, le hubieron de inclinar todavía a esta tentativa, o lo que es más cierto, se acogió como desesperado a este recurso de pasarse a las Indias, según lo manifiesta en su petición. Ello es lo cierto, por lo que mostró el suceso que nada consiguió en Madrid, y que en agosto y septiembre del mismo año, le hallamos en Baeza y en Granada y después en Málaga y Ronda, hasta que en 15 de diciembre le vemos de regreso en Sevilla, a donde comenzó a ejercitarse de nuevo en su antiguo empleo, uniendo a las comisiones del servicio de la armada, otras, que en su viaje a Madrid se procuró, de particulares, con el fin de aumentar su escasa hacienda.

Por este tiempo se verificó la canonización de San Jacinto, para solemnizar la cual, entre otras cosas, publicaron los dominicos de Zaragoza siete certámenes poéticos para el día de las fiestas, con sus correspondientes premios. Cervantes concurrió desde Sevilla al segundo, que era la glosa de una redondilla en loor del santo, la cual, leída en el templo, se consideró por los jueces acreedora al primer premio. También merecieron fijar su atención e hizo resonar su lira para conmemorarlos, dos públicos sucesos, como fueron la expedición de Essex contra Cádiz, y las honras hechas a Felipe II en la catedral de Sevilla. Dos sonetos compuso en estas dos ocasiones, los cuales por dicha se conservan, y principalmente el segundo, de estrambote, no se dará al olvido mientras se sepa apreciar lo que es humor festivo y satírico. El mismo le llama honra principal de sus escritos, pero si no es la honra principal el soneto a la máquina funeraria, es y puede ser en su género la honra de un buen poeta y una joya de cualquier literatura.

En efecto, no cabe mayor gracia, donaire y zumba, mayor ironía, más fina sátira y más fiel pintura de la grandeza del túmulo, de la vanidad de los sevillanos, de lo **ceremonioso** del monarca y del carácter andaluz. ¿Será que hablando en tono irónico de una composición tan clásicamente hiperbólica, quiso encerrar su elogio en otra hipérbole, y por eso le llamó **honra principal**? Lo cierto es, que no cabe en tan pequeña muestra mayor abundancia de bellezas.

Algunas décimas y otro soneto de nuestro satírico hallados recientemente persuaden a algunos a creer en su gran veneración y afecto hacia Felipe II. No pongo en duda que existieran en él tales sentimientos en su juventud, y aún en la época en que escribía su famosa carta en Argel al **secretario Mateo Vázquez** llamado por la Princesa de Eboli «**perro moro**», después que vio lo errado de su política y de su celo religioso; desatendidas sus indicaciones sobre lo que debía intentarse en Africa, invertidos los tesoros de España en inútiles guerras en Flandes, en intrigas en Francia y en reliquias y en frailes en España, otro debió ser el sentimiento de un hombre sensato y superior hacia el autor de tantos desastres.

Hoy admiten pertinaces opositores a mis comentarios, que el dardo de la crítica del **Quijote** viene a clavarse en el gobierno y en el hombre que quería abarcar hasta los más mínimos detalles de la administración. El tono y médula del soneto al túmulo basta para conocer lo que sentía del prudente atlante nuestro poeta, y más si se agrega a esto, que Cervantes fue admirador apasionado de don Juan de Austria y hubo de sospechar que quien ordenó la muerte de Juan de Escobedo y otras misteriosas de varios personajes, pudo muy bien alcanzar al vencedor de Lepanto desde el coro del Escorial.

También es raro que otro obstinado, enemigo de la teoría del sentido oculto en el **Quijote**, diga que se contienen **varias** alusiones en este soneto, de mera apariencia fanfarrónica. Si en catorce líneas las hay, ¿cuántas calcula que podría haber en el **Quijote**?

Lo que sí se ve a leguas es el concepto que nuestro autor había acertadamente formado del pomposo monarca, pobre en medio de su grandeza y frío en medio de su religioso fervor. Hablándose de un católico creyente, se comprende que abandone todos los bienes y fausto de la tierra por gozar siquiera

un instante de la gloriosa y real presencia del rey de los cielos, y éste fue el deseo y la aspiración universal de todos los amantes finos y perfectos devotos de Dios. Lo incomprendible es, que un alma poseedora ya del cielo quiera escabullirse y dejar aquella magnificencia y esplendor por gozar de la vista de una máquina de oropel y de hojarasca, lo que prueba que en su sentir gustaba más Felipe de las apariencias que de la sustancia, de la vanidad pomposa y perecedera, que de los bienes reales y eternos, y de la jerarquía y ceremonias mundanas con preferencia a las divinas cosas.

Talis homo fuit.

A más de esto y del soneto que sabemos que compuso a la muerte del divino poeta, su amigo, don Fernando de Herrera, es de creer que compuso en Sevilla la novela intitulada **El Curioso impertinente**, y casi hay certidumbre de que allí escribió **La Tía Fingida, El Celoso Extremeño y Rinconete y Cortadillo**, las cuales debieron correr en manuscrito con grande aplauso entre sus amigos, pues en 1606 incluyó el Licenciado Porras estas tres últimas, en la Miscelánea que formó para entretener los ratos de ocio del Arzobispo Nuño de Guevara en su palacio de Umbrete.

Sería imposible hacer referencia a todas las composiciones motivadas por sucesos como la canonización de un santo, la profesión de un sacerdote, certámenes poéticos, academias literarias, publicación de la obra de algún amigo, fallecimiento de un personaje, acontecimientos políticos, funciones, festejos públicos o privados y que eran otros tantos compromisos o estímulos para su inventiva y su imaginación. Muchas de ellas se han perdido acaso irremisiblemente; otras se encuentran merced a diligencias exquisitas en códices manuscritos de archivos o bibliotecas privadas, como lo fueron algunos de los originales de sus novelas. Ni aun de sus obras impresas puede darse noticia completa cronológica, y si hay algo de cierto en este punto, se refiere sólo a un corto número, pues aun se está por hacer un acabado inventario y cronología de las obras de Cervantes. A las que hoy se tienen por suyas, desconocidas, debía, por ejemplo, añadirse el original de que se tradujo la novela inglesa intitulada: **Aventuras y trabajos de los enamorados**.

rados, en cuyo prólogo se dice fue escrita en español por ese bizarro Miguel de Cervantes, a quien, entre paréntesis, achaca el traductor la composición del pícaro **Guzmán de Alfarache**. Este error, natural en un extranjero, no quita que tradujese de una obra de Cervantes, y por el contrario muestra el gran crédito que le merecía. También se le atribuyen una relación admirable y un entremés de gran mérito, recientemente sacado a luz acerca de las cosas que pasaban en la cárcel de Sevilla, a donde por su mala ventura fue aprisionado, aunque por corto tiempo, de resultas de la quiebra que hizo el mercader Simón Freire, de Lima, por cuyo conducto había librado a Madrid una cantidad de sus cobranzas. Faltó el principal, acudióse a los fiadores, y no pareciendo bastante o hallándolos insolventes pagó Cervantes con su persona lo que no debía. Muy luego conoció el gobierno el atropello cometido, pues para que respondiese o buscase nuevas garantías la primera condición era dejarle en libertad. Así se hizo, después de haberle vejado inútilmente; pero el genio es como la abeja industriosa que de todo saca con qué fabricar su ambrosía. En aquel corto espacio estudió y nos describió de una manera gráfica la vida de los presos, el desorden de la cárcel, los manejos de los empleados, los abusos de la curia, y sobre todo las costumbres, fieros, lenguaje, prácticas, supersticiones, llantos y ceremonias de los jácaros o valentonés, especialmente en los casos en que la Audiencia dictaba pena capital contra uno de ellos.

Hay varias opiniones acerca del número de años a que se extendió la permanencia de Cervantes en Sevilla. Unos creen que desde 1599 hasta febrero de 1603, en que se le ve en Valladolid, estuvo en la Mancha; y que en ella fue puesto en la prisión donde comenzó su inmortal **Quijote**. Que residiese algún tiempo en esta parte de España es indudable, según lo da a entender el conocimiento que tenía de sus usos, costumbres, antigüedades y cosas particulares que nos refiere y describe, así de la cueva de Montesinos como de las lagunas de Ruidera, curso del Guadiana e itinerario que siguió Don Quijote. Pero la causa de su ida y el motivo de su prisión es muy varia según cada biógrafo para que demos mucho crédito a ninguno de ellos. Unos dicen que fue comisionado para ejecutar a los vecinos de Argamasilla por el pago de los diezmos a la dignidad del Priorato de San Juan, y que por esto le atropellaron

y pusieron en la cárcel. Otros afirman, que destinó y empleó las aguas del Guadiana en servicio de la fábrica de salitres y pólvora de Argamasilla con perjuicio de los vecinos, quienes por esto le persiguieron. Otros, que la causa de su prisión fue la antipatía o enemistad de un hidalgo llamado don Rodrigo de Pacheco, a quien suponen como el original de Don Quijote: y otros, que su prisión no tuvo lugar en Argamasilla, sino en el Toboso y que el motivo fue un chiste picante dirigido a una mujer.

El autor del artículo «Cervantes» en el gran Diccionario de Larousse afirma, que encargado por uno de sus protectores de cierto negocio en Argamasilla, fue reducido a prisión por el Alcalde de resultas de negarse a tratar con él, y como si esto no fuera bastante, refiere haber sufrido anteriormente otro encarcelamiento por una serenata que terminó a cuchilladas. Señálase también la casa de Medrano como el lugar que le sirvió de cárcel, aun se cita el principio de una carta que, en su estado miserable, dirigió a un tío suyo llamado don Bernabé de Saavedra, que habitaba en Alcázar de San Juan. Todas éstas son suposiciones cuyo único mérito consiste en destruirse las unas a las otras sin necesidad de emplear trabajo en refutarlas.

Estas tradiciones muestran el conflicto y confusión que en muchos casos deben haber resultado de existir otro Miguel Cervantes Saavedra en Alcázar de San Juan, nacido once años después que el manco de Lepanto, con la particularidad que el uno se distingue por sus escritos y el otro por sus débitos; y el uno por su hidalguía y el otro por sus fechorías.

Lo que sabemos positivamente es que en 8 de febrero de 1603 estaba Cervantes en Valladolid reunido con su familia, y que allí acabó de dar sus cuentas y dejó el servicio de las comisiones del gobierno, ocupándose en las que podía agenciar de personas particulares de alta posición quienes ya que no el talento, empleaban la actividad de Cervantes y hallaban en su penetración, viveza y conocimiento de la curia las cualidades necesarias para el más pronto y mejor despacho de sus negocios. Es notable, en efecto, la instrucción que tuvo de términos y fórmulas forenses, con tanta profusión y tan oportunamente aplicadas en diversos pasajes de sus obras, así como de las prácticas de los jueces, escribanos, procuradores y de-

más ministros de justicia, cuyos abusos pintó con no menor acierto y gracia que el festivo Quevedo.

Esto hizo decir al citado articulista que nuestro escritor había utilizado desde 1588 a 1593 los conocimientos en jurisprudencia que había adquirido en **varias universidades**.

CAPITULO XIV

El Quijote. — Opiniones sobre las causas y época de su generación. — Elementos subjetivos o personales. — Espíritu cervantino. — Probablemente fue escrito en Sevilla. — Cervantes y el duque de Lerma. — Dedicatoria del **Quijote**.

En estas ocupaciones alternaba con el trabajo de la obra que había de admirar al universo y para la cual se resignó a pasar cerca de veinte años durmiendo **en el silencio del olvido**. Con razón pudo emplear esta imagen en el prólogo de su **Quijote**. Desde 1585 hasta 1605, ¿qué había sido este período para Cervantes? Un verdadero sueño en que le envolvió el furioso vaivén de su adversidad, y en el cual sólo la conciencia de su valer, sólo la entereza de su magnánimo carácter le sostuvo. Durante este período, permaneció mudo, como olvidado. Sus producciones no fatigaron más a las prensas: España no supo si el genio autor de la **Galatea**, si el poeta autor de la **Numancia** había desaparecido entre el incontrastable huracán de sus infortunios. Pero Cervantes vivía aún, y de seno del hondo piélagos de su desventura, salía a la orilla y renacía a la vida pública del aplauso y de la gloria, y tras una tan larga ausencia volvía a la corte, pobre, más pobre que salió, en bienes de fortuna; pero rico cual ninguno, porque traía en sus manos un libro, una protesta del genio, una amarga sátira en una sonrisa, la deuda en fin con que debía pagar a la humanidad las altas dotes que le concedió naturaleza, porque los escogidos por la providencia para maestros del género humano, sobrenadan en todas las borrascas y salen libres de todos los escollos hasta que depositan su precioso grano de arena, la dádiva de su inteligencia en el tesoro que van acumulando los siglos.

Con mucha oportunidad hizo Cervantes esta indicación significativa, dando a entender que las grandes obras, aún en los grandes genios, requieren meditación, concentración, reposo y gestación dilatada. No quiere decir esto, en oposición a la creencia, en mi concepto inadmisible, de que el **Quijote** fue producto de súbita inspiración en la cárcel de la Mancha, ni de que gastase veinte años en escribir la primera parte del **Quijote**. Nada menos que eso. Lo que quiero decir, es que el pensamiento está muy depurado, meditado, entendido, comentado, asido, en una palabra, **hecho carne** en Cervantes. Quiere decir, que no fue producto exclusivo de la virtud propia de la imaginación y del poder del ingenio en su calidad de inventores, sino que era como **fatal** en la índole suya y en la posición y circunstancias en que se encontraba: que había predisposición en él, la cual le inclinaba y empujaba a la concepción del pensamiento desarrollado en su inimitable poema. Por eso fue tan único, por eso vemos en la obra, tras del personaje ficticio, al personaje verdadero, y cuando un genio realmente prodigioso se estudia, se toma por modelo, hace por decirlo así la anatomía de su corazón, la biografía de su cerebro y la fisiología de sus pasiones, no puede menos de producir obras eternas, inmortales, inimitables.

Por esto el **Quijote**, a quien se llama **libro de caballería**, a quien califica Salvá de un **poema más** del género caballeresco, y que en resumen no es otra cosa por la estructura exterior, sobrepuja, excede, eclipsa, obscurece y anonada las demás producciones de su pluma. Se hallará en todas éstas gracia, relieve, estilo, facilidad, invención, fecundidad, todas las dotes y méritos que en este escritor se reconocen; pero el **espíritu cervantino** sólo se halla en el **Quijote** en toda su plenitud y en la verdadera y característica expresión de su fisonomía. Pintar las aspiraciones generosas de un ánimo esforzado y un corazón excelente, el entusiasmo por todo lo heroico, bello y sublime, y representar un naufragio a cada paso, una caída a cada supremo esfuerzo, la lucha, en fin, del alma humana con los obstáculos que le ofrecen el mal, las pasiones y los intereses del mundo, es un gran tema, es el gran argumento humano y el que han explotado todos los grandes genios. Esta es la lucha sublime, la escuela de los héroes, el gran drama social. Este es el argumento que la humanidad presenta de continuo a la

consideración del poeta y del artista. Pero pintar esto mismo invirtiendo el orden y los términos, la razón y la proporción que debe existir entre el impulso y el obstáculo, entre el objeto y los medios, ha sido obra sólo de Cervantes; en esto consiste su admirable originalidad: éste es el elemento subjetivo, el **espíritu cervantino**, el prisma individual con que está considerado el gran argumento de la vida humana. ¿Y por qué? ¿Proviene la especialidad de esta óptica de frivolidad, ligereza o malignidad de índole en el autor? ¿Era el genio de Cervantes tan cáustico, tan burlador y travieso que no pudiese mirar con seriedad el drama más serio de la vida humana? Así lo han creído los que propagaron el juicio torpísimo de que Cervantes había herido con lo acerado de su sátira cuanto era noble, desinteresado, caballeroso y sublime, haciendo en Sancho la apoteosis del egoísmo; no considerando la seriedad y buena fe con que está escrito el poema cómico, la donosa sátira del **Quijote**, que no es más que la exposición de ese mismo elevado argumento, según que se representó realmente en la vida del autor. El había nacido para mejor destino, tenía un **espíritu fantástico** que le llevaba a grandes cosas, sus aspiraciones traspasaban los ordinarios límites; sus dotes, su temperamento, su energía y fuerza de voluntad requerían anchas esferas de desenvolvimiento, grandes empresas, proyectos atrevidos, obstáculos graves que vencer, fuerzas colosales que destruir; y sin embargo su adversa estrella le commueve, le sacude, le saca de su elemento y le condena a luchar con miserables entorpecimientos, con intrigas mezquinas, con enemigos a quienes no puede ver la cara, y semeja la historia de su adversidad a un gigante maniatado, a quien molestan y rinden multitud de cíñifes, un héroe valeroso condenado a montar en rocinante flaco, que le derrumba a la primera caída, y en vez de luchar entre guerreros y caballeros, la suerte le lleva a luchar con arrieros y yangüeses, con gente soez y baja. Esta es la realidad de la vida de Cervantes, este fue su lote, esta fue la forma y el carácter que la adversidad dio a su papel en el gran argumento humano, y que no hizo más que transplantar a su poema, y éste es el **espíritu cervantino**, el gran misterio y secreto que levanta al **Quijote**, obra **sentida** antes de ser **escrita**. Desde el momento en que termina la época de acción, de iniciativa, de aspiraciones, de proyectos, de ambición y de esperanzas de Cervantes: desde

el momento en que su vuelta a España sujetá con pesada losa y fuertes cadenas la incesante movilidad de su espíritu aventureño y emprendedor, y de la altura de héroe desciende al nivel de esforzado galeote, que arrastra a su pesar el grillo que mata su libertad de acción y movimiento: desde este instante comienza a elaborarse la atmósfera y a depositarse en él los elementos, las semillas que habían de producir su gran creación del **Quijote**. Por esto he afirmado que el **Quijote** fue pensamiento de toda su vida: en lo formal y serio de las ilusiones del caballero, porque son los anales de su infancia y de su juventud en lo cómico y burlesco de sus caídas y desventuras, porque son los anales del resto de su penosa existencia. ¡Cuántas veces, viendo el prosaísmo de la vida, no llamaría locura aquel su antiguo entusiasmo, aquellas ilusiones que le hacían creer bastaba un buen pensamiento para esperar y fiar en su ejecución! Y tantas esperanzas defraudadas, y tantas empresas destruidas, y tantos proyectos frustrados y tantos nobles deseos estorbados, y tantos golpes de la adversa suerte, ¿no eran capaces de haber inspirado en Cervantes la idea de un **Quijote**? Esta es la única espontaneidad que admito en el poema: Cervantes nos ha revelado su procedencia y cómo se hacen **difícilmente obras fáciles**: ¿a qué buscar inspiración repentina, soplo de las musas, pueriles venganzas, o siquiera sea resentimiento contra los pobres manchegos, ni don Rodrigo Pacheco, ni Alfonso Nogales? ¿Hasta cuándo hemos de seguir miopes abultando niñerías impropias de la verdadera e ilustrada crítica?

Sin embargo, esta opinión que he sostenido, no halla tantos obstáculos como pudiera creerse, después que se ha sacado a plaza la genealogía de los Pachecos y de los Zarco de Morales, la tabla votiva, y otros tantos descubrimientos Argamasillescos.

En recientes trabajos de ilustrados críticos se consigna ya la afirmación de que Cervantes escribía el **Quijote** por los años de 1592, que equivale a echar abajo todo lo que se ha construido sobre la causa y móvil que inspiró al autor esta producción en la cárcel de la Mancha. De 1592 a 1605 van trece años. ¿Cómo conciliar esto con lo de engendrado en una cárcel, si en 1592 ni mucho después no había sido encarcelado Cervantes en Argamasilla? No ha mucho se ha hallado en el texto un modo ingenioso de probar que, en efecto, Cervantes escribía el **Quijote** en Sevilla, y es donde algunos aconsejaban a éste se

viniese con ellos a dicha capital. El empleo del verbo **venir** en vez de **ir**, entienden que es modo en que influye la localidad en que el autor escribía, y que siendo ésta la Mancha, había escrito **se fuese**, y no se **viniese**.

Por lo demás, parécmeme haber mostrado hasta la evidencia, que la frase de «bien como quien se engendró en una cárcel», está usada en sentido figurado (1).

Hay por añadidura dos citas notables del **Quijote** como nombre de personaje de novela ya famoso, antes de que el libro se imprimiese por Juan de la Cuesta. Le citan Lope de Vega en una carta, y Andrés Pérez en su libro de **«La pícara Justina»**. ¿Cómo se concierta esto con haberle escrito en la casa de Medrano o prisión de Argamasilla, cuando cada día se va estrechando más el período desde su salida de Sevilla y llegada a la corte, y cuando el encarcelamiento en la Mancha va perdiendo fe y crédito ante la crítica? ¿Qué fama pudo adquirir el **Quijote non-nato** a no ser sino hecho y dado a conocer por largo tiempo en un gran centro de población? (2).

Se ha propalado la especie de que a la llegada de Cervantes a la corte, donde ya gobernaba el fastuoso valido duque de Lerma, aún trató de recordar sus antiguos servicios, esperanzado de que alguna vez se reconociesen. La ocasión no era la más oportuna, pues como manifiesta un escritor de aquella época; andaban arrinconados y sin premio tantos y tantos famosos capitanes que habían servido al Rey toda su vida y tenían sus cuerpos acribillados de heridas, y se daban los oficios y empleos a imberbes y muelles cortesanos que nunca habían salido de pisar alfombras. Mas no es menester acudir a testimonio ni crítica de otros, cuando el mismo interesado, a cada página del **Quijote**, hace ver el superior valor de los andantes caballeros, esto es, de los que llevaban el peso de las armas y sufrián trabajos acometiendo peligros y exponiendo sus cuerpos al frío, al calor, a las lluvias, a los vientos y sufriendo sed y hambre por los caminos, sobre los caballeros cortesanos, criados en la molicie de los salones y de los damascos y blandas

(1) «La cárcel mitológica de Argamasilla», artículo publicado en 1877 en la **Revista Contemporánea**.

(2) Esta materia se halla dilucidada en mi opúsculo titulado. **«El Mensaje de Merlin»**.

sedas, y cómo los unos estaban olvidados y llenos de mercedes los otros. Además de esto, y de hacer despertar a su héroe clamando que los **caballeros cortesanos se llevaban lo mejor del torneo**, ya expone en otra parte en tono irónico, cómo el gobierno de S. M. trataba de proveer para que se socorriesen los **soldados viejos y estropeados en servicio de la patria**. Con tales antecedentes y tales ideas y las que siempre profesó Cervantes acerca de las cortes y de los favoritos que en ellas mandan, apoyados en la adulación y en la intriga, difícil se nos hace creer, que el viejo soldado de Lepanto pretendiese acercarse al privado para recibir nuevo desengaño como se supone que recibió. No obstante, bien pudo ser que lo sufriese. No mejor suerte tuvo Samuel Butler, el autor de **Hudibras**, o Quijote inglés, con el no menos fastuoso valido de la corte inglesa el duque de Buckingham, el cual viendo pasar por uno de los salones a dos damiselas, cuando el insigne poeta le hablaba, corrió a unirse con ellas dejándole con la palabra en los labios. Como estos casos, se han repetido y repetirán siempre, pues según el mismo Cervantes dice, no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones de una misma manera, y siempre se hallará la necesidad en los que se levantan sobre los hombres de la fortuna y no del verdadero mérito. El tiempo transcurrido, la mudanza de gobierno, la ausencia dilatada de la corte, que enfriá y acababa con las apariencias de amistad que en ella se contraen, por aquello de:

«Lejos de la vista,
Lejos de la lista.»

eran también consideraciones que no ocultaban a Cervantes para que pensase en fiar su porvenir a otra cosa que al producto de su trabajo. Así es, que vemos acelerar la publicación del **Quijote**, que ya en 1604 estaba censurado y **licenciado** para darse a luz.

Escogió nuestro autor por patrono de su obra al Duque de Béjar, y ciertamente que en ésta, que nos parece, elección, hubo algún misterio que hoy no alcanzamos a comprender. Don Vicente de los Ríos, biógrafo de Cervantes, (de la Academia), dice que este magnate no quiso admitir la dedicatoria que se le hacía, imaginándose que sería algún libro de los muchos con

que los autores importunaban a los poderosos, llenos de vana lectura; que Cervantes instó, proponiendo que examinase u oyese leer algún capítulo de la historia, y que reunidos varios amigos en la casa del Duque, fue leído el primer capítulo y gustó tanto, que no se levantaron, hasta haber oido todos los que contiene, entre aplausos y enhorabuenas. ¿Puede darse anécdota más propia para amenizar un folletín de nuestros días? El académico biógrafo no cita otra fuente de esta noticia sino la tradición, y las tradiciones en que se apoyó este escritor con demasiada confianza, han ido sucesivamente perdiendo el crédito. Cuando se observa que Cervantes busca otro Mecenaz, no ya para la segunda parte del *Quijote*, sino para las obras que en el intermedio dio a luz; cuando se nota el silencio que guardó siempre acerca de este Duque, no siendo nada desagradecido, después de las exageradas alabanzas en que le compara a un Alejandro Magno; y principalmente cuando se advierte que poco más de una docena de líneas que la dedicatoria contiene, están tomadas al pie de la letra de la que lleva la edición de las obras de Garcilaso al Marqués de Ayamonte, y de otras dedicatorias de aquel tiempo, no puede uno menos de sospechar algún incidente extraordinario en estas relaciones semi-oficiales entre Cervantes y el Duque de Béjar. ¿Cuál fue el intento del autor al dedicarle la obra? Sin duda en aquellos tiempos se juzgaba necesario el nombre de una persona de posición y categoría reconocidas que pusiese al abrigo a los autores, de los tiros de los maldicentes; pero lo principal era la autoridad que daba y el prestigio de que los revestía, para que sus obras fuesen buscadas, compradas y leídas por el público, pues siempre ha habido y habrá que luchar con estas preocupaciones de la mayoría de él, que cree en la bondad de un libro si va patrocinado por monarcas o personas poderosas. Había más, es que entonces como ahora, podían los autores vender la propiedad de sus obras a un librero o impresor o imprimirlas ellos por su cuenta, y en este caso, los hombres, que sobre no ser favorecidos por la fortuna, habían gastado años en su trabajo, le dedicaban a los opulentos y poderosos, a fin de que reconocidos a tal distinción les ayudasen a sufragar o sufragasen los gastos de la publicación, sin perjuicio de las mercedes a que les inclinara su liberalidad.

En la posición de Cervantes, esto es lo que realmente nece-

sitaba para su libro, por el cual, ni podía temer que se hundiese en el olvido, ni los tiros de los zoilos. Navarrete, al hablar de esto, dice equivocadamente que, «la idea que tuvo Cervantes en esta elección de patrono, no fue tanto procurar los medios de publicar su obra, cuanto el conocimiento que tenía de su naturaleza y carácter, porque anunciando su título las aventuras de un caballero andante, temía, con harto fundamento, fuese desestimada por sólo esto de las personas serias e instruidas, y poco apreciada del vulgo, que no encontraría en ella los portentosos sucesos a que estaba acostumbrado en los demás libros caballerescos, ni podía penetrar la delicadeza y fina sátira, que en éste se contenía; lo que no era de temer llevando a su frente la recomendación del nombre de un personaje tan ilustre y respetable que, según otro escritor coetáneo, merecía ser el Mecenas de su edad y el Augusto de su siglo». Aparte este trozo final, contra el que protesta el universo en nombre de Cervantes, este pasaje se resiente del sistemático eclecticismo de Navarrete, quien por no desperdiciar el argumento de la tradición expuesta por Ríos, hilvana aquí una porción de contradicciones y forma un confuso laberinto de ideas. En primer lugar, es aserción destituida de fundamento, decir que el título del **Quijote** anunciaba las aventuras de un caballero andante. Bien pudiera ser esto en la época en que se adulteró por los editores con ánimo de llamar la atención del vulgo, poniendo **Vida y hechos de Don Quijote de la Mancha**, cosa que no pasó por las mientes de Cervantes. Este escribió sencillamente: «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», título que no indica que en la obra hayan de relatarse caballerescas empresas, puesto que el calificativo de **ingenioso** no era el propio de un caballero andante a quien cuadran los de intrépido, valeroso, invencible u otro parecido, y mucho menos cuando la voz **ingenioso**, se aplicaba por lo general a los escritores y poetas: de suerte que, el título del poema, lejos de revelar las aventuras de un caballero andante, indicaría más bien que se trataba de un hidalgo dado a las letras y a la poesía. Por otro lado, ¿cómo concilia Navarrete que las personas **serias e instruidas** desestimasen el libro sin dignarse leerlo, y que el vulgo había de despreciarlo, después de leído? Esto es hacer a los hombres ilustrados de peor condición que el vulgo ignorante.

Convengamos en que el autor, persuadido y convencido de la bondad y de la alteza de su producción, no necesitaba de recomendaciones, de las cuales se burló con su natural donaire, sino de un hombre que, en recompensa de la inmortalidad que le daba, en el hecho de poner su nombre al frente de su obra inmortal, le ayudase a sacarla al público y le atendiese con otras mercedes en cambio de tan alto obsequio, pues cierto que hoy se acordarían pocos del duque de Béjar, a no haber sido por Cervantes; tal es la virtud de los genios y su superioridad sobre los grandes de la tierra. Dícese también, y esto tiene más visos de certeza, que tanto la casa del duque como el mismo magnate, estaban gobernados por un humilde religioso, tal vez dominico, no muy afecto a Cervantes. Algunos han llegado a nombrar a un literato muy conocido, y otros indican el nombre del fingido Avellaneda como el intruso siervo de Dios que llevaba de la oreja al duque y le malquistó con Cervantes, hasta el punto de mirarle con indiferencia y dejarle abandonado en su estrechez; o lo que acaso es posible, a retraerle de aceptar la dedicatoria después que se hallaba comprometido. No da lugar a otro discurso la extraña circunstancia de haber Cervantes encajado por dedicatoria un hilván de otras que andaban en manos de todos en aquellos momentos, como si él no tuviese ingenio para hacerla. En este caso, este documento, que tan buena acogida halló de parte del citado marqués, sería una fina ironía, y un dardo contra el duque, puesto en el **Quijote**.

CAPITULO XV

Escudo de la primera edición. — Anécdota referente a ciertas sátiras del poema. — Opinión de Clemencín. — **El Buscapié**. — Increíble acogida de este manifiesto-contrabando.

Para la impresión y publicación de su libro, debió Cervantes trasladarse a Madrid, en donde se concertó con Juan de la Cuesta; y hacemos aquí mención de esto, aunque no haya

dato seguro para afirmarlo, por la circunstancia del escudo que apareció de este impresor en la portada del **Quijote**. Como las ediciones primitivas se han hecho muy raras, y como se creyó que este libro era de mero pasatiempo, no se ha fijado la atención en cierta correspondencia que existe entre la idea de Cervantes y los símbolos o figuras de la divisa tipográfica, que bien puede considerarse bajo un aspecto como el escudo de Don Quijote o empresa del hidalgo andante. Para mayor inteligencia e ilustración de este punto, hemos juzgado conveniente reproducir aquí la mencionada divisa, desconocida a los lectores del **Quijote**. Vése en ella que la letra o el mote **post tenebras spero lucem**, es la misma que el hidalgo menciona a fin de la segunda parte, aludiendo a su amada luz Dulcinea. Representase en el centro del óvalo una manopla que parece salir de una nube y sobre la cual posa un halcón encapirotado, que puede ser también un ave parlara, atada por el cuello y vendados los ojos. De la manopla pende una estola, cuyos remates caen sobre el león, símbolo del pueblo español, con la diferencia de que no está en actitud **rampante** sino **bostezante**, echado en el suelo y como adormecido. Finalmente, en la parte superior de la orla se representa de nuevo su cabeza, puesta en una telera y prensada por el husillo. Todas estas figuras son emblemáticas y alegóricas, y puestas allí no sin misterio. No es éste el lugar de explicar la significación del escudo, pero desde luego habrá adivinado el lector discreto, que en su totalidad es una alegoría del estado del pueblo español en aquella época. Lo que sí conviene, es dar una idea del origen de este artificio emblemático.

Sábase que desde la invención de la imprenta comenzaron los impresores a usar de divisas particulares, no extrañas en su significado al movimiento intelectual de los pueblos. El mismo Juan de la Cuesta, a imitación de otros, tenía tantas divisas o escudos cuantas eran las materias o ramo de conocimientos o clase de tratado de que contenían los libros. La del **Quijote**, entre otros, la había usado en Venecia el impresor Eneas Alaris. Pero de la divisa de Alaris a la de Cuesta, hay una gran diferencia. La de este último aparece localizada, españolizada, y las variantes forman un gran argumento en que el autor se vale de jeroglíficos en vez de palabras. Cervantes ahijó y adjudicó este escudo a su héroe, mencionándolo ingeniosamente

en los versos que componen la jeroglífica literaria del **Quijote**.

«No indiscretos hierogli—
Estampes en el escu—»

Observaciones son éstas que por ahora no queremos que pasen de curiosas, y como tales nos recuerdan otra curiosidad literaria. Es una anécdota que ha corrido, tal vez sin crédito, desde principios del siglo XVII hasta nuestros días, parte por tradición y parte por escrito; y parece muy extraño que nuestros biógrafos, tan aficionados a tradiciones, no la hayan mencionado para amenizar sus trabajos. Dícese, que un embajador francés, o unos caballeros agregados a la embajada francesa, elogiando el mérito del **Quijote** y la reprehensión de ciertos abusos, que en él ingeniosamente introdujo, delante y en presencia de Cervantes, respondió éste, entre otras cosas, que más hubiera dicho y más explícito hubiera sido, a no tener enfrente a la inquisición.

En otra época, se hubiera escuchado esta anécdota con aire de completa incredulidad, aunque bien considerada, parece como apéndice o consecuencia de la que nos refiere el licenciado marqués de Torres en su aprobación de la segunda parte del **Quijote**, y los personajes debieron ser los mismos. En efecto, es muy lógico que las personas que tanto elogiaron a Cervantes y se interesaron por su suerte, tratasesen de conocerle personalmente y que la materia de la conversación recayese sobre el **Quijote**, y que en el seno de la confianza manifestase Cervantes que el temor al Santo Oficio le había estorbado ir más allá en su festiva crítica. A pesar de todo esto, y de que la respuesta de Cervantes a los caballeros franceses está en otros términos consignada en las décimas de la **Desconocida**, cuando dice:

«Que suelen en caperu—
Darles a los que grace—»

repetimos que esta anécdota tan verosímil, se hubiera escuchado con aire de incredulidad, sospechándola nacida **muy a orillas del Támesis**. Se hubiera oído como escuchó don Diego Clemencín la pregunta de un extranjero (del Támesis también),

que deseaba saber de él, como anotador y comentador, si Cervantes había querido ridiculizar algunas prácticas inquisitoriales en la aventura de **Altisidora**. Respondió don Diego, medio escandalizado y poniéndose las manos en la cabeza: que «de ningún modo, que Cervantes era hombre muy piadoso», como si la piedad del hombre ilustrado hubiese de ser cómplice de todos los abusos y alcahuete de todas las iniquidades. Por fortuna el señor Clemencín no leyó los curiosos apuntes del ilustrísimo señor don Adolfo de Castro, el cual, en letra de molde, ha manifestado, que todo aquello de la fingida muerte de la doncella y de los jueces del infierno, y las corazas y el sambenito que colgaron a Sancho y las mamonas, alfilerazos y peñizcos de las dueñas, es una graciosa parodia y burla de la inquisición.

Hemos mencionado el nombre de este crítico en tiempo y lugar los más oportunos, porque en el orden de este trabajo corresponde hablar ahora del **Buscapié**. ¿Y qué es el **Buscapié**? preguntarán los que no tienen obligación de saber que hay contrabando en literatura lo mismo que en el comercio, y que se fabrican libros a hurtadillas, y se les puede poner por **etiquette** un nombre, ni más ni menos que hay quien fabrica píldoras y les encaja el famoso nombre de **Holloway**. Pues bien, sepan nuestros lectores, que cuando Juan de la Cuesta publicó el **Quijote** a principios de 1605, la demanda que tuvo de ejemplares fue tal, que cuatro meses después salía de sus prensas una edición nueva. Juzguen de la aceptación que halló la obra de Cervantes por este solo hecho, sin considerar que a más de esto vendió el autor el privilegio a otros editores y salieron en el discurso de un año cuatro ediciones en diversas partes de la Península. Pero, ¿quién mejor juez que el mismo autor? Cervantes tuvo la satisfacción de ver que su libro era arrebatado de mano en mano, y que se traducía en extrañas lenguas y se publicaba a toda prisa para contentar la ansiedad del público.

Esto no obstante, apareció en el siglo pasado un librito impreso, llamado el **Buscapié**; escrito para llamar la atención hacia el espíritu y la intención del **Quijote** por su mismo autor «Cervantes». Quiere decir, que Cervantes que había escogido un ingenioso procedimiento para ocultar o velar lo que no podía ni le convenía manifestar claramente, variaba de improviso

de opinión, y ponía en ascuas al público. Lástima grande que este librito fue como un cometa o meteoro: esto es, que apareció de súbito, estuvo unos momentos en las manos de don Antonio Ruidíaz, tan breves, que ni halló tiempo para anotar la fecha ni la oficina donde se imprimió, y acto continuo desapareció para **in eternum**, sin que nunca más se haya sabido de su paradero ni el de sus colegas, pues es claro que no debió de imprimirse un solo ejemplar.

Así las cosas, vino don Vicente de los Ríos, declarando: que el **Quijote** fue recibido por el público con frialdad e indiferencia: en una palabra, que Cervantes y Cuesta, autor y editor, hicieron mal negocio con la publicación del **Quijote**; y viendo esto Cervantes, imaginó salir bajo el velo del anónimo con un opúsculo, especie de **echadizo** o **cohete** para llamar la atención sobre el **Quijote**, ni más ni menos que se hace hoy día para llamar la atención sobre aquello que se quiere, porque el público es un ente facilitón a quien se lleva por un cabello acá y allá. Resultado: que el público cambió de conducta. Lo que era frialdad se convirtió en fuego, y lo que indiferencia en entusiasmo. Todos, **tons le monde**, dice Florián, leyeron este opúsculo y por consecuencia entró en deseos de leer el **Quijote**.

Tal es la historia antigua del antiguo **Buscapié**. Pero como los buenos argumentos no se dejan ahí como quiera de la mano, sino que se tratan y explotan repetidas veces por los hombres de ingenio, la historia del **Buscapié** se ha reproducido bajo nuevas formas y con mejor fortuna. El Colón descubridor ha sido el señor don Adolfo de Castro, y el nuevo Conde de Saceda, el abogado don Pascual de la Gándara que lo tenía en su biblioteca de la Isla de San Fernando. No apareció impreso, sino manuscrito, pero sin faltarle adminículo. El título en toda su largura, y en el mejor estado de conservación las aprobaciones y notas y aun el nombre del que fue su dueño, tal de Zatiaco de Molina. Fue dado a conocer al público con una larga serie de notas eruditas que forman más volumen que el texto seis veces repetido. Alcanzó gran reputación y crédito entre los literatos. Fue traducido en inglés por Miss Thomassina Ross, y un bachiller Cambridgense. Lo impugnó Monsieur Landrin en un folletín de **La Presse** como apócrifo. Cantó después este crítico la palinodia, y lo acogió como hijo legítimo de Cervan-

tes, mientras que en España le combatían Gallardo y el bachiller Bovaina. Se ha reimpresso varias veces, y cada vez han ido creciendo las notas como un zungo y al fin y al cabo... no lo hayas lector a enojo: el **Buscapié** es un riachuelo de tan poco fondo como grande es el ruido que ha hecho en España, sin que nadie se haya atrevido a probar que está escrito por el dicho señor don Adolfo de Castro, cosa tan fácil como ser hoy literato.

Esta es la historia moderna del moderno **donoso librillo**: (así le llama su moderno autor), aunque el donaire no está en el librillo sino en haberlo hecho pasar por de Cervantes.

CAPITULO XVI

Objeto del **Quijote**. — Maravillosa sencillez de sus elementos. — Interés suscitado en Europa por su lectura. — El alma del hidalgo. — Alteza del plan propuesto en el **Quijote**. — La locura y el buen sentido. — Elogios de extranjeros.

Salió, pues, a luz el **Quijote**, en 1605, sin cohetes ni echadizos, y no obstante que Lope de Vega en 1604 hablaba de este poema con menosprecio, lo que probaba no su falta de buen juicio y talento, sino su sobra de celos del valor de Cervantes, fue tan bien recibido, que, como dice en la segunda parte, llevaba camino de llegar a treinta mil el número de ejemplares impresos. La naturaleza de este trabajo no permite entrar en juicio en la delicada cuestión de su objeto y de su espíritu. Se dirá solamente en cuanto a este último punto, que en el diálogo del canónigo con el cura, bien muestra el autor la excelencia del sujeto en los libros caballerescos y que en el escrutinio de los libros de **Don Quijote** no condena al fuego aque-llos poemas por su género, sino por su mala ejecución. La respuesta que vulgarmente se opone a esto es, que el autor declara que **no fue otro su objeto**, sino desterrar la lectura de los libros de caballería; pero preguntamos: ¿por qué sospechó

Cervantes que se había de sospechar **otro objeto**? La locución **no ha sido otro mi objeto**, casi está indicando que quiere llamar la atención a **ese otro**, por si alguno no hubiese pensado en él. Además de que el destierro de los libros caballerescos bien pudo estar en su ánimo sin pensar en ridiculizar el asunto, pues un libro bueno claro es que tenía que poner en olvido a la caterva de libros malos, que ya iban **tropezando y cayendo**. Sobre todo, no era Cervantes tan mal pintor, que al hacer un cuadro tuviese necesidad de poner debajo, por tres veces nada menos, lo que era la pintura, o mejor dicho, lo que se había propuesto pintar; y cuando dos veces cita el ejemplo de Orbaneja y una de ellas, al hablar de su mismo **Quijote**, no es probable que hubiera caído en la misma ridiculez, sino que hablaba de él y le citaba sin temor de echarse tierra encima.

¿Quién podrá ponderar el mérito y llegar ahora al término de la alabanza que pide la grandeza de esta producción, verdadera fábrica y monumento que descuelga en la española literatura, de suyo rica y majestuosa? Las hipérboles y los mayores extremos de elogios dejan de serlo, cuando se aplican a este prodigo del arte humano llamado el **Quijote**. **Un soldado inválido, un ingenio lego sueña un pobre hidalgó de un mísero lugar de la Mancha. Le arma de una visera de papelón, de una lanza y un escudo tomados de orín y llenos de moho, le sube sobre un rocín flaco, le hace seguir de un rústico sin sal en la mollera, caballero sobre un rucio, y le pone en el campo de Montiel en la madrugada de un día caluroso del mes de julio, para que marche a la ventura, a donde quiera su caballo, sueltas las riendas y dueño de su voluntad.** Va en busca de aventuras, y sus aventuras son dormir a cortinas verdes o en fementidos lechos de ventas en despoblado, topar con arrieros, pelear con yangüeses por culpa de Rocinante, medir la tierra con su cuerpo a cada instante, pasar hambre y sed, sufrir calor y frío, ser apedreado por galeotes, apuñeado por cuadrilleros y cabreros, colgado por damiselas, enjaulado por sus vecinos, y derribado, en fin, por bachilleres o amigos disfrazados. Ama a una aldeana a quien nunca ve, sueña imperios y batallas y palmas y laureles y sin embargo, muere pobre y melancólico en el lecho de su casa de la aldea. Esta es la historia, ni más ni menos.

Esta es la invención del manco de Lepanto, en la apariencia, en lo visible. Había un gran diluvio de libros caballerescos, dicen los eruditos y Cervantes hizo una parodia del famoso entre los famosos Amadis de Gaula. ¿Y qué tiene que ver el mundo, qué tiene que ver la humanidad con parodias de Amadises? Los libros caballerescos dicen otros eran abortos de escritores que no sabían lo que es arte, ni en qué consiste la belleza. ¿Y qué tienen que ver los sabios de todas las naciones con que en España se escribiesen esas monstruosidades? Cervantes, dicen esos otros, dirigió una invectiva contra los aficionados a esta lectura vana y perniciosa. ¿Y qué tenemos que ver hoy nosotros con esos mal entretenidos?

Sin embargo, desde que apareció el libro del **Quijote** comenzó a extender su imperio en todas las inteligencias, así en la tierna del niño como en la madura del hombre; así en la estrecha del vulgo, como en la vasta y extensa del hombre ilustrado, y atravesó las fronteras de su patria y la Mancha y el loco y su **adlatere** corrieron la Europa, llamando la atención de todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, soldados y togados, jurisconsultos y publicistas, y todos veían en el loco caballero y en el escudero mentecato algo de la composición y alquimia de su propia índole y naturaleza y escuchaban sus diálogos como de hombres extraordinarios como de un Sócrates con Platón; y oían sus sentencias como de oráculos, y sus lecciones como si la experiencia hablase por sus labios; y veían sus aventuras como las aventuras del alma humana, y sus deseos como los deseos del hombre sobre la tierra, y sus caídas como las caídas de nuestras ilusiones y sus desengaños como los desengaños de nuestro corazón. ¿En qué consiste este secreto? ¿Cómo en dos seres, en dos individuos está la materia humana en todas sus formas? ¿Qué arte ha podido dar ese relieve, ese contorno, esa verdad, esa universalidad de expresión a dos únicas figuras?

Estos son los secretos del genio. Nosotros, pobres profanos, sólo podemos vislumbrar, que fermenta en la cabeza del loco un pensamiento sublime, una locura divina, la locura de la humanidad que desea el triunfo del bien y el reinado de la justicia. Este es el **exequatur** que lo naturaliza en todas las naciones y razas, en todos los ámbitos y en todos los tiempos. El

secreto es muy sencillo. Es un hombre que no se propone aumentar su estatura, ni acumular riquezas, ni conquistarse reinos, honores ni dignidades. Su propósito no es egoísta. No va a resolver el problema de su felicidad. Se propone simplemente, inversos los términos, alcanzar la felicidad y el bien de sus semejantes. ¿Y cómo, con qué medios? No tiene más que sus débiles brazos, un lanzón, una mala cota y un peor caballo; pero tiene una fuerte voluntad, una gran fe, un amor grande hacia la virtud y la verdad, un entusiasmo ardiente por la belleza. Los medios son incongruentes con una lanza no se redime el mundo: la fuerza del mal es superior a estos remedios. El mundo entero llama a esto locura y con razón. Cervantes no dejó esta calificación en duda. Pero en cambio, la humanidad, siquiera por agradecimiento, por curiosidad, porque se trata de su interés general, se interesa en la peregrinación de este loco extraordinario y sigue sus pasos, y observa sus movimientos y parece querer investigar cuál es la resistencia que se le opone, en qué consisten los obstáculos, dónde están los escollos, porque al cabo el pensamiento es generoso y propio de un alma grande, y un buen pensamiento, una noble intención siempre hallan eco en los humanos corazones.

Verdaderamente es éste un argumento admirable: argumento para un gran genio y sobre todo para un genio como Cervantes, para un hombre que por el bien de sus hermanos había expuesto su vida a crueles tormentos y por la gloria hubiera expuesto mil vidas si mil vidas tuviera. El sólo tenía el temple necesario para acometerlo, en su mente los ideales con qué componerlo y en su corazón los colores con qué pintarlo. Pero no bastaba esto: era necesario unir al idealismo más sublime, el realismo más grosero; a la contemplación más pura, las pasiones más bastardas; a la poesía más elevada, la prosa más baja; al espiritualismo más refinado, el más refinado materialismo; a la óptica de las ilusiones el prisma de la experiencia; a las aspiraciones al bien, las tendencias al mal; y poner en continuo juego y encuentro la sinceridad con la malicia, el interés con la abnegación, la codicia con el desprendimiento, la castidad con la concupiscencia, el valor con la cobardía, la nobleza con la bajeza, la energía con la pereza, la fortaleza con la debilidad, en una palabra todos los contrarios en lucha, todos los extremos en oposición: porque de esta

oposición y de esta lucha había de resultar lo cómico en la acción sin perjudicar lo elevado del pensamiento.

Que Cervantes se hallaba a la altura de este plan colosal lo muestra su ejecución. El *Quijote* parece, en efecto, como ha dicho Quintana, **hecho con la voluntad**: pero hacen estos prodigios como la luz a un **fiat**, cuando existe esa consubstancialidad, si nos es permitido usar de esta voz, del genio, del pensamiento y de la forma, cuando se ha agitado el espíritu divino dentro de la mente y llega el tiempo de la plenitud de su calor, la época de crear los mundos en la esfera del arte. Cervantes se hallaba en este período, en esta edad dorada de su inspiración cuando engendró el hijo, seco y avellanado, esa figura escuálida, espiritada, que, subida sobre el alto Rocinante, parece querer subir a región más diáfana donde vivir la vida del espíritu que representa. A su lado va su eterno compañero Sancho, como enterrado en la materia de que es genuino representante. Ambos son opuestos en naturaleza, en inclinaciones y en objeto. Ambos están en continua lucha como el espíritu y la materia, y sin embargo, el uno no puede vivir sin el otro, y se buscan y se aman y se creen parte integrante de su ser, de tal manera que Don Quijote no puede estar sin Sancho, ni Sancho sin Don Quijote; pintura exacta de la unión y oposición de los dos elementos de la naturaleza humana. ¡Qué desarrollo tan vasto de su elevado plan! ¡Qué conocimiento de su transcendencia hasta a los más mínimos detalles y más ordinarios fenómenos y manifestaciones de la vida! Allí está la biografía del cerebro en la fuerza de la más intensa fiebre por lo ideal y puro, por lo celestial y bello: del cerebro en el orden de sus extravíos y en el concierto y lógica, de sus visiones y delirios, porque la locura tiene también su lógica y los disparates concierto. Allí está también la biografía y anatomía de esa otra locura que se llama discreción y buen sentido, porque el alma ahoga su energía, mata su iniciativa y se ajusta al movimiento de los intereses del mundo; y allí está también maravillosamente sorprendido el punto de contacto, la conjunción de ambas fuerzas y el orden alternativo con que ceden o vencen la sabiduría del mundo y la sabiduría del sabio, la ciencia del vulgo y la ciencia del hombre superior que busca la verdad sin consideración a tiempos ni lugares. Sancho vence por lo común: el elemento, la atmósfera de Sancho es el **hecho**.

El avisa a Don Quijote, puesto en los miradores de su fantasía, que los molinos no son gigantes, sino molinos; que las ovejas no son caballeros, sino ovejas.

Llega un momento en que el miedo y la cobardía turban sus sentidos y flaquea en su ciencia del **hecho**, y la experiencia no le dice que el ruido que llega a sus oídos son de mazos de batanes. ¡Pobre buen sentido; ¡pobre experiencia y cuán falible eres! Llega en fin, el caso, en que no el miedo, no una fuerza externa invencible, sino la malicia, la mala fe y la ambición dan al traste con el buen sentido, con la ciencia del sacerdote del **hecho**, y asegura que un cuero de vino es la cabeza de un gigante y que Dorotea es reina, y que los escudos de la maleta no entraron en su bolsa. ¡Pobre buen sentido y qué expuesto se halla a equivocaciones! Mientras tanto, el loco, el hombre de la teoría, el visionario, se equivocará al tomar ventas por castillos, maritornes por princesas, molinos por gigantes y manadas por ejércitos, pero no se equivoca jamás en la intención, ni comercia con la mentira, ni habla en contra de su conciencia.

Estas y otras sátiras de igual trascendencia hace Cervantes en su **Quijote**, cuyas bellezas orgánicas quisiéramos exponer con más espacio, si de él pudiéramos disponer. Diremos en suma, que su obra toca las cuestiones que constituyen esa serie de problemas que sobrenadan en la corriente de los siglos, que interesan a todos los humanos, que son el alimento de todas las almas, el eterno sujeto de todas las investigaciones, la materia constante de toda filosofía.

Si bajo otros conceptos le consideramos, esta producción reveló en su autor un genio de un poderío y originalidad asombrosa, porque Cervantes no siguió los pasos ni caminó por senda alguna ya trillada. Abrió una nueva que recorrió seguro del triunfo, y nadie ha podido seguirle en su gloriosa carrera. Ahí está solo, como un gigante, como un coloso entre todas las literaturas de las naciones ilustradas, puesta en sus manos la palma y en sus sienes el laurel que nadie le disputa. El ha creado unos personajes que desafían a la realidad. El ha creado un estilo que de su nombre se apellida **cervantino**. El ha poseído una **vis cómica** y un gracejo que no tiene paralelo en ninguna producción literaria antigua ni moderna. El ha expresado las ideas más comunes con formas tan gráficas y mo-

numentales, que donde habla Cervantes no hay fuerza de elo-
cuencia que le sustituya. El se ha hecho el oráculo y como el
arsenal clásico de todo cuanto constituye la ciencia llamada
experiencia de los hombres y de las cosas. El ha hecho un libro
de pasatiempo y un libro de serias meditaciones, ha sabido
entretenar la niñez, cautivar la juventud, sorprender al curioso,
alegrar al triste, enseñar al ignorante, suspender al sabio y
agradar a todos. Con los elogios prodigados al **Quijote** se po-
dría llenar un volumen. Nadie le ha excedido en pintar carac-
teres en la propiedad del lenguaje, en la facilidad del diálogo,
en la verdad de las descripciones, en lo oportuno de los epí-
tetos, en la claridad de expresión, en la amenidad del estilo,
en la profusión de incidentes, en la riqueza de imaginación, en
la fuerza de invención y en la movilidad y brillantez de la
fantasía. Holland llamó el **Quijote** la primera novela del mundo
y el mejor libro que habían escrito los españoles; Irving veía
en él una revelación de la naturaleza; Sydenham admiraba en
Cervantes un gran físico; Morejón una lumbrera de la medi-
cina española; Lista un gran poeta; el célebre Calderón le
llama el rey del romanticismo, y el mundo todo, el príncipe
de los ingenios. Los españoles, que llevan al extremo el fanati-
smo y entusiasmo hacia los ídolos que adoran, aun no han
dicho lo que un autor moderno de Shakespeare: «Después de
la **Biblia**, creo en Cervantes»; y sin embargo, el mundo ilus-
trado le reconoce, le cree y le confiesa como un revelador de
misterios y secretos del corazón y del alma humana, y cree en
él porque la humanidad cree en la divinidad de los grandes
genios.

CAPITULO XVII

Materiales y elementos de la crítica contenida en el **Quijote**. — Simbo-
lismo de lo ideal y lo real. — Calidades espirituales y de carácter
en los comentadores. — Sátira principal y sátira secundaria o de
telón. — Conciencia de esto en el autor. — Causas del mayor apre-
cio del **Quijote** con el transcurso del tiempo. — Genialidad de Cer-

vantes. — Interpretación de la aventura del cuerpo muerto. — Sentido anagógico.

Hasta aquí se ha expuesto casi exclusivamente lo que en el **Quijote** puede llamarse elemento personal o material subjetivo del autor. Natural es que tratándose de una biografía, sea el primer cuidado de un concienzudo biógrafo el poner de relieve la fisonomía espiritual y moral del héroe, y más si se trata de un escritor de quien dijo el doctor Suárez de Figueroa, en son de sátira, que había querido poner sus aventuras y desventuras en conocimiento de todo el mundo. Descender a señalar al pormenor cuáles son estos sucesos, no es ciertamente de este lugar, aunque no pueda excusarse el citar algunos de los de más bullo, sin cuyo conocimiento no es posible entender bien partes de admirable artificio en su gran obra. Basta notar que, hechos culminantes de su vida y disposición natural de su carácter, valor, sentimientos y calidades, contribuyen poderosamente a dar vida y calor al inmortal poema. Otros notables críticos sustentan abiertamente esta opinión, sin tener a mano argumentos especiales que confirman tal creencia, y sin haberse tal vez fijado en la declaración importantísima del zoilo antes citado. Creo que sobre este punto no hay para qué extendernos, ni descender a más detalles, expuestos con la debida minuciosidad en otros trabajos críticos donde tienen su lugar y cabida (1).

Es de suponer que un observador penetrante y gran genio crítico, que estuvo en contacto con el círculo de los hombres pensadores de su tiempo y más de lo que parece, relacionado con los tres grandes gremios o clases que se compartían el poder como son los palaciegos, los militares y los religiosos, no se limitase a tomar materiales para su crítica de la atmósfera vulgar de la capa exterior, de los hechos, abusos y vicios cuya censura en todas épocas se escucha de labios de las gentes comunes en las plazas o en las tabernas. Verdad es que los comentadores nos dicen que su mirada era muy escrutadora, y que no pasó un defecto de su edad inapercibido en sus obras, ni cosa digna de reprensión que no zahiriese con su festiva

(1) En **El Correo de Alquife** y **El Mensaje de Merlin**, se trata con bastante extensión de esta materia.

sátira, citándonos los repuestos de las acémilas canonicales, las gallinas de los ermitaños, las buenas mulas o dromedarios en que iban los frailes caballeros, los puntos, signos y rumbos de los astrólogos, el influjo de los cometas, los errores e ignorancia de los jueces, soberbia de los poderosos, envidia de los ignorantes y demás flaquezas y preocupaciones de la sociedad humana, y sobre todo el gran daño del mundo caballeresco pintado, en donde la verdad había huido para dejar paso a la mentira, lo regular a lo monstruoso, lo posible a lo imposible.

Todo esto, sin duda, es bueno; pero no basta para elevar la talla de Cervantes un codo sobre la de un mediano u adoceñado ingenio. Si vamos ahora a la parte que sus admiradores notamos, de representación de dos figuras simbólicas en el hidalgo y el escudero, emblema el uno de lo ideal y poético, y significación el otro de lo real y prosaico, veo que esta suerte de interpretación ha tenido gran boga desde que expuse mis, por algunos llamadas, **peregrinas** ideas, aunque no falta quien, para quitar este mérito a Cervantes, afirma que todo esto lo hizo **inconscientemente** en términos de escuela, o a **salga lo que saliere**, en términos vulgares (1). Ni diré nada del fracaso que bajo otro punto de vista ha sufrido el **Quijote** en la crítica, pues habiendo ya en el siglo pasado quien dijo que era el retrato del alma española, la pintura de Carlos V y de la devoción a la Virgen María, han concluido críticos graves por decir que el hidalgo es la copia de un linajudo manchego a quien se le cuajó parte del cerebro, y Dulcinea la querida de Lope de Vega, Camila Lucinda. Aquí podíamos decir: «Mira cómo subo, subo, de pregonero a verdugo».

Si difícil es en breve espacio emprender la, comparativamente, fácil tarea de mostrar el elemento subjetivo o personal en la intrincada fábula cómico-heroica del **Quijote**, júzquese cuánto no lo será el ofrecer en un corto capítulo una idea del designio principal de su autor. Aunque no fuera más que limitándonos a lo ya escrito y acentuado por varios, sería asunto para un tomo voluminoso, no obstante que escribiendo nuestro poeta Quintana a principios de este siglo, decía que sobre Cervantes y el **Quijote** se había dicho ya cuanto podía decirse. Despues y aún hoy sigue repitiéndose la frase, y siguen los

(1) Don Manuel de la Revilla.

hechos desmintiéndola y seguirán mientras más tiempo transcurra, porque el día en que tal asercción fuera una verdad, bajaría del cémit la obra que apellidamos imperecedera.

Lo que parece desde luego evidente, es que ha sido el fato del **Quijote** caer por lo general en nuestra patria en manos de personas las menos a propósito para juzgarle y comprenderle, por la oposición abierta entre su carácter, ideas y creencias, con las creencias, ideas y carácter del autor. No extraño que fuese así la crítica tan infecunda. Pensar que porque un autor sabe rebuscar bibliotecas o aprenderse de memoria libros enteros de caballería, es apto para erigirse en crítico o comentador del **Quijote**, es un error de más de la marca. Si hay asuntos y caracteres en la vida que no se amoldan con la idiosincrasia de los mismos genios, de tal modo que fray Luis de León, por ejemplo, jamás podría escribir **La Pícara Justina**, ni Cervantes la **Historia de Felipe II**. Hay también críticos que podrían hacer mucho comentando una homilía de San Jerónimo o la vida de un santo, y no son a propósito para hablar de autores como Cervantes ni obras como la del **Quijote**. No es falta de suficiencia, sino de concordancia, y en este mundo todo requiere la posible afinidad y armonía. Consecuencia de esto es que no se haya ocurrido a ningún comentador una idea para la cual no se necesita bucear en los abismos de la ontología ni en los empolvados desvanes de los antiguos archivos y es que si Cervantes notó y observó en la literatura caballeresca, o sea en el **mundo pintado**, ese desdén de las leyes físicas y morales, esos absurdos de hacerse la materia penetrable, lo cuerpos sólidos aéreos, lo ligero pesado, las almas y la voluntad sujetas a encantamientos y metamorfosis por el poder de hadas, magos, vestiglos y endriagos, no tenía que abrir mucho los ojos para ver que, no ya en el **mundo pintado** de los libros caballerescos, sino en el mundo real, en la sociedad viviente sucedía lo mismo con las creencias supersticiosas en el favor de los ángeles, enemistad de los diablos, en los milagros y demás creencias de que estaba saturada la humanidad en aquel tiempo, y especialmente nuestra católica y creyente España. Literatura por literatura, no hay más que comparar; la mística y ascética que inundaba las prensas, y ver si no tiene los mismos defectos, monstruosidades y suspensión del efecto de las leyes que rigen al mundo, y en mayor grado que lo que

vemos en los libros de caballerías. ¿Iremos a suponer que, no ya a Cervantes, genio, sino a cualquier otro satírico de menos talla, se le pusiese una venda en los ojos, o como dice nuestro festivo autor, «se le helasen las migas, de las manos a la boca?» Pues si en ambas había los mismos defectos; si los de la mística eran más graves y actuales, porque en su tiempo ya no salían caballeros sino un loco de su invención, mientras que la mayoría de la sociedad, cuerda, vivía entre laberintos de visiones, encantamientos, alucinaciones de diablos, apariciones divinas y embelesos y musarañas, entre una guerra de Satán, tentador por un lado, y Nuestra Señora, abogada e intercesora por otro, ¿cómo puede negarse que el autor de la sátira de los unos, no fuese el autor de la sátira de los otros? Venimos, pues, por la fuerza de la verdad histórica y de la lógica, a convencernos de que la sátira del mal menor y ya pasado, fue un medio, un instrumento para la sátira del mal mayor y presente. No hay, no puede haber privilegios ante la conciencia del censor público. No cabe decir mis tiros se dirigen contra este abuso, y otro igual o mayor queda exento de mis dardos. Aun admitiendo la pueril opinión de que Cervantes fuese tan miope que no alcanzase a ver esta paridad de circunstancias y obrase **inconscientemente** en esta parte, la crítica tiene el derecho de reclamar igualdad y justicia en los culpados o delincuentes, y no hacerse cómplice de poderosos o privilegiados.

Por fortuna no es así. Cervantes supo lo que se hacía y a dónde iba, y esto explica la multitud de pasajes en que hace envueltas alusiones y señales esto explica el cuidado de repetir tantas veces, que su **único objeto** era atacar los libros de caballerías; esto explica la razón de venir adornado su **Quijote** de esos versos misteriosos, donde se encuentra la clave de su **conciencia** y su pensamiento, y esto, finalmente, es lo que puede interpretarse y en efecto interpreta el sentido oculto de muchos trozos y aventuras del **Quijote**, con cuya explicación reciben nuevo realce y trascendencia, y para los cuales ha sido impotente el dogma o credo de la rancia crítica de nuestros eruditos, retóricos y gramáticos.

Rebosa en el **Quijote** y sus adimentos, ese orgullo tolerable, esa vanidad admisible, esa satisfacción de la gloria y la creencia en la inmortalidad, que fueran ridículas si su objeto hu-

biera sido acabar con una literatura ya cadáver, y no se refieren al grande y sutil ingenio que en medio del triunfo de ese desorden moral y político de su época, se atrevió a dar un golpe tan certero como peligroso a tanto error y preocupaciones, a tanta astucia e injusticia de los que tenían a su cargo la felicidad de los hombres en esta vida y su destino en la otra. Por ventura, aunque así no estuviese cifrado en señales y visto como por tela de cedazo en el contexto de la obra, ¿hemos de hacer a Cervantes de peor condición e inteligencia que tantos otros satíricos de España y las demás naciones, no ya del siglo XVI, sino de los siglos XIII, XIV y XV que vieron y zahirieron estos graves males? ¿No se empleó en Francia la alegoría en el romance o poema de la Rosa, y en el de **Renart** y en otros momentos literarios, para atacar los grandes vicios y errores que minaban la constitución social y política de los pueblos? Pero no hay que citar muchos ejemplos, cuando acabado el mal se aprecia más la medicina. El **Quijote**, que debiera valer en la época de su virtud contra libros de caballería, comienza a cobrar crédito y fama cuando ha pasado la epidemia. Y es que desapareció la literaria, objeto secundario, y quedó la moral, que era el preeminente, y para la cual todavía es y será sátira y medicina. Pensar que al cabo de cerca de tres siglos apenas han cambiado las bases y nociones fundamentales de la constitución y vida de los pueblos que merecieron la crítica de esa grandiosa alegoría representada en el **Quijote**, es levantar un pedestal y estatua a Cervantes, que desafía a los tiempos, cuando tan profundo y trascendental fue su designio y artificio. Y este artificio, sencillísimo por sí mismo, se deshace. Cuando hoy leemos el escrutinio de los libros, ninguno se acuerda de los de caballería, y sí nos acordamos del Índice expurgatorio de Roma. Cuando leemos el imperio con que manda Don Quijote a los mercaderes, creer sin ver, en la hermosura de Dulcinea, o de lo contrario morir a los filos de su espada, nadie se acuerda de damas de la Mancha; pero sí viene a la memoria el procedimiento usado por los fanáticos para imponer la fe en dogmas religiosos, y no sólo en España, sino en todo el orbe, aunque más en nuestra patria, notable por su mariolatría. Podría citar innumerables pasajes donde se vislumbra su pensamiento **inter-líneas** pero es materia que trato por extenso en trabajos de otra índole, y que fuera im-

possible compendiar en este capítulo, ni menos citar todas las frases en que Cervantes insinúa a los lectores su doble intención, y los cuales se encuentran a cada paso, y a veces envueltos en contradicciones, por si acaso se hubiese descubierto más de lo que convenía a su seguridad personal. Mas para juzgar en estos conflictos es preciso conocer la genialidad de nuestro autor, y saber cuándo se expresa irónica y socarronamente y cuándo adopta el tono de cándido. Este dominio de la lengua y facilidad de dar matices a la expresión, es propio de un autor que enriqueció y fijó la castellana hasta el punto y extremo que él la hizo en sus obras, y los intérpretes que se dejan llevar de su candidez natural para explicar frases de artificial candor e inocencia (1), no adelantaron un paso en la comprensión de los finísimos y sutiles toques intencionales del más despierto e ingenioso de los escritores de todas las edades y naciones: mucho más cuando la necesidad y el temor pusieron tan a prueba sus facultades.

Antes de dedicar algún espacio a lo que se llama, y con razón debe llamarse, sentido anagógico en el **Quijote**, que es la significación por excelencia, el sentido superior de una gran obra de arte simbólico, daré una prueba entre muchas que pueden darse, del tacto y discreción con que supo decir Cervantes lo que ciertamente nadie se atreviera a no contar con el recurso de su traviesa discreta y poderosa fantasía. Sabido es que nuestro insigne escritor fue apasionado entusiasta de su jefe militar y protector especialísimo Don Juan de Austria, así como lo es la existencia de grandes celos y antipatías de Felipe II hacia el vencedor de Lepanto, y que hubo rumor y corrió en silencio la especie de que dicho caudillo no murió de calenturas pestilentes, sino de veneno por orden del Rey, como murió de muerte violenta su secretario Juan de Escobedo. Sin duda estaba al tanto de la verdad de los hechos nuestro lector cuando compuso con artificio, que verdaderamente no lo parece, la singular aventura de la traslación de un cuerpo muerto.

Cree Navarrete, y han repetido otros con insistencia, que en los viajes que hizo por Andalucía y particularmente cuando estuvo en Granada oyó hablar de la traslación de los restos

(1) Don Juan Valera.

de San Juan de la Cruz, de Ubeda a Segovia, y restitución de Segovia a Ubeda, en cuyas jornadas sucedieron grandes milagros de apariciones, voces y diálogos, y que este suceso, sin artificio alguno, le sirvió de fondo para la aventura del cuerpo muerto que llevaban a enterrar a Segovia. Esto es evidente, y no sólo este suceso sino otros muchos le servirían de materiales para la confección de muchos pasajes y aventuras de sus obras. Natural era que tuviese grande eco en el vulgo ávido de maravillas, un suceso tan ajustado por la imaginación a lo maravilloso; pero todo el trabajo que este biógrafo emplea en demostrar que era una aventura verdadera y sin artificio, se resuelve en quitar el mérito a este interesante capítulo, que tomando, en efecto, por base un acontecimiento, tiene toda su virtud y valor en el artificio que encierra, pues quizás no haya otra aventura más delicadamente artificiosa, que la de los encamisados, pudiendo suceder que Cervantes escogiera un hecho verdadero y conocido para ingerir con menos riesgo lo que le convenía.

Mucha riqueza de datos amontona este biógrafo para hacernos pasar por de San Juan de la Cruz el cuerpo que iba en las andas; pero esta interpretación es pegadiza, se halla en el aire, no concuerda con los diversos accidentes, caracteres y circunstancias extrañas de la narración, ni le liga a ella más que el hecho simple de tratarse de un individuo que murió de «calenturas pestilentes» y cuyo cuerpo fue trasladado de un punto a otro. Ahora bien, este hecho es lo único que Cervantes necesitaba para representar con un artificio sencillo, otro hecho misterioso que tuvo y aún tiene grande eco e interés en el orbe político, cual fue la muerte de don Juan de Austria que se achacó a efecto de «calenturas pestilentes» por el gremio oficial; pero que entonces se sospechó y hoy casi se tiene por cierto que fue obra de algún traidor veneno. Todo lo que parece trivial o indiferente y hasta inoportuno e ilógico en el relato, adquiere gran colorido e interés cuando se lee esta aventura bajo el entendimiento de que el autor trata de recordar esta muerte misteriosa y traslación no menos extraña, y dar a conocer en cuanto era posible a un agudo ingenio sus dudas sobre la muerte natural de aquel gran príncipe y soldado. Mucho antes de ahora descubrí en esta misma aventura el anagrama de «Blanco de Paz», contenido en los nombres

«López, de Alcobendas», personaje que está allí figurado como representante del clero inquisitorial y del bando y política de Felipe II dado en cuerpo y alma al espíritu y artes del Santo Oficio (1). La noche, la oscuridad y la manera de aparecer, como **Satanases del infierno**, con la presa de un cuerpo muerto en sus manos, y el carácter anti-caballeresco que toma Don Quijote transformándose en juez residenciador de los enlutados y teniendo a sus pies a un delincuente, son magníficos rasgos decorativos de la solemnidad y favor del hecho que se recuerda y del interrogatorio que va a tener lugar, después que hubo apaleado a todos los de la murmuradora comitiva. El responder el bachiller caído que el cuerpo muerto era de un **caballero**, (no dice santo ni fraile), el preguntar Don Quijote breve, curiosa e inquisitivamente **¿Quién le mató?** el replicarle, que **Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron**, la observación irónica insinuante y sospechosa de incredulidad que hace el hidalgo, el desprecio y aun crueldad con que Sancho habla de los vencidos, cosa contra su carácter y su costumbre, y otras varias circunstancias y señales, sin olvidar que hay en este capítulo trazas de recortes y supresiones a última hora en el manuscrito de Cervantes, todo concurre a ver una referencia clara y manifiesta a lo ocurrido con Don Juan de Austria, y no al suceso insignificante de fray Juan de la Cruz. Todo el mérito e interés que envuelve así considerada, desaparece por completo cuando se la mira como simple aventura caballeresca, pues como he dicho, los caracteres de Don Quijote y Sancho se presentan entonces ilógicos y desnaturales. Además, la versión Navarrete supone una especie de irreverencia o impiedad gratuita en el fabulista, porque no hay necesidad de que aparezca el héroe apaleando a unos sacerdotes que llevan las reliquias de un santo, mientras que en la verdadera interpretación, Don Quijote castiga figuradamente a los que se supone ser causantes y autores de un gran delito. Nótese asimismo, que en la respuesta del bachiller no se dice que fuese el difunto un fraile, ni hombre de Iglesia, sino un **caballero**, lo cual concuerda con Don Juan de Austria, y no con Juan de la Cruz, que nunca ciñó espada ni estuvo al frente de ejércitos como el vencedor en Lepanto. La singular curiosidad

(1) **La Estafeta de Urganda**, 1861, páginas 58, 59 y 60.

que muestra Don Quijote en querer abrir las andas y ver si el cuerpo que iba dentro **eran huesos o no**, se refiere tal vez al estado de los restos del príncipe cuando fueron trasladados a España, donde es probable no viniesen en disposición de poder hacerse un análisis de los organismos vitales, para estudiar las causas de su muerte. Finalmente, el contexto general de la aventura, considerando lo espinoso y comprometido del asunto, y que sólo podía hablar el autor, como él dijo, **por señas**, no deja duda de que el fondo de ella es suceso en que juega un personaje de importancia. Cervantes no conocía al fraile Juan de la Cruz ni su fin pudo interesar como el del grande hombre, capitán valeroso, verdadero héroe del siglo y protector, y amigo suyo, en quien confiaba más de un soberano en Europa, y cuya muerte envuelta en sospechas de venganza interrumpió proyectos políticos de una gran trascendencia en la suerte de las naciones, y causó gran sensación en los ánimos en aquel tiempo (1).

No creo necesario citar más detalles, y expresiones de esta singularísima aventura, **encarecida** por el autor en la segunda parte del **Quijote**, y en la cual hallaba Clemencín un **no sé qué**, imposible de aclararse bajo el punto de vista de su crítica. Tal es la fuerza de su significado y espíritu latentes, que parece que conmovían la letra y querían levantar la losa para salir a luz. Tanto se había andado por la corteza, cribando y ahachando la sutil envoltura, que el más formalista y superficial de los comentadores literarios no pudo menos de sospechar, que se daba de manos a boca con algo que por intangible se

(1) Entre los que escribieron manifestando dudas y refiriéndose a las sospechas de envenenamiento, se cuenta a Rodrigo Caro, amigo de Cervantes. Es también de notar, que nuestro escritor, hallándose cautivo en Argel, dirigió su famosa epístola a Mateo Vázquez, entre los veinte y tantos secretarios de despacho que tenía Felipe II, y que este Vázquez fuese el incansable perseguidor de su colega Antonio Pérez, por el asesinato del secretario de Don Juan, el célebre Escobedo. Al hablar Antonio Pérez del mote de **perro moro**, que habían puesto a Vázquez, admite lo de **moro** y no lo de perro. ¿Aludirá esto a sus opiniones religiosas? ¿Estaría Vázquez en relación secreta como tantos otros en los proyectos de Don Juan de Austria? ¿No pudo ser que en las cartas que este príncipe dio en Italia a Cervantes, hubiese alguna para Mateo Vázquez, y esto explica el dirigirse nuestro cautivo a él desde su prisión? Conjeturas son estas algo más que probables.

de estética en Dulcinea y una teoría del **monismo** quizás en el mono de Maese Pedro. Y no obstante, estos mismos refractarios al calificativo de **filosófico**, siempre que toman la pluma, repiten con los demás notables críticos modernos, que hay en el **Quijote** profunda filosofía, y que su autor fue un gran filósofo, aunque no escribió sistemas. A éstos les pasaba con la filosofía lo que a **Mr. Jourdain**, que había estado toda su vida haciendo prosa, **sin saberlo**. Comentario filosófico del **Quijote** existe, desde que hubo un escritor que no se satisfizo con la idea de que era una mera sátira contra la literatura caballeresca, poniendo en duda las declaraciones mismas de Cervantes, lo que llamó Ticknor «la **palabra honrada** de un grande hombre». Con la duda viene la investigación y de ésta nace el conocimiento. Todas las varias e innumerables opiniones propagadas sobre el objeto o fines que el autor del **Quijote** se propuso, tienen su asiento y cabida en el gran proceso del comentario, que es el que da vida a las grandes obras, porque éstas tienen savia para prestársela a su vez. Ninguna es inadmisible a menos que deje de responder al concepto de grandeza, altura y sublimidad que como de derecho pertenece a una obra merecedora de la atención y el aplauso unánime de los hombres. Hijas del comentario filosófico son las opiniones de que el **Quijote** es pintura fiel de la vida con sus ilusiones y desengaños: que simboliza la humanaidad en su dualismo, en cuanto tenemos todos puntos del hidalgo y collares del escudero: que en las salidas y aventuras del andante se pinta el alma española y su política aventureña en pos de una idea: que la devoción a Dulcinea simboliza la del pueblo español a la Reina de los cielos, dispensadora de ánimo, favores, entusiasmo y virtudes en los que fielmente la aman y lealmente la sirven; que es sátira de los errores y preocupaciones de su siglo y aún de todos los tiempos: que es retrato de aventuras, trabajos, y carácter de su autor y otras muchas que aún pudiera acotar y que habrán de propagarse andando el tiempo, pues como dijo el autor del hijo de su entendimiento, es antojadizo y **llego de pensamientos varios**.

Aun esos que han dicho, que Cervantes se burló del heroísmo, ridiculizó la hidalguía y acabó con el sentimiento caballeresco y las ideas del honor en España, merecen consideración no ya porque acierten, si no porque conseguir tamaños fines

le escapaba, pero cuya presencia desconcertaba sus apreciaciones.

Pero aunque sea interesante conocer el sentido o espíritu que en el **Quijote** envuelven las más de las aventuras, porque siempre sucederá que esta significación oculta es superior en importancia a la manifiesta, no hemos de creer que éste sea el principal valor, y que en esto estribe la popularidad y fama crecientes de esta obra maravillosa. Si a más que esto no alcanzase el verdadero comentario filosófico, por cierto que no habría alcanzado mucho. Podrá ser materia de curiosidad el saber por ejemplo, que en esta aventura de los enlutados, hay debajo de la lección literal, de las faldamentas de los clérigos, de la cota y celada de Don Quijote y de la cubierta de las andas o litera, otro teatro en que juegan nada menos que el Santo Oficio, un príncipe y el autor mismo, y cuyo argumento es un crimen misterioso. Pero esto puede saberse, por historiadores, y por más que admirásemos estos artificios, sólo podríamos conceder ingenio tracista, valor y singular travesura en el escritor que los inventó y se atrevió a ponerlos al público poniendo en grandes peligros su seguridad individual. En mayor o menor escala esto han hecho muchos en sátiras más o menos felices o transparentes, en todos los tiempos y en todas las naciones.

El comentario filosófico abarca mucho más y llega a más altas conclusiones y es lástima que en España, nación que se tiene por favorecida grandemente en dotes de inteligencia y perspicacia, se haya hecho una oposición inconcebible en ciertas regiones al mero adjetivo de **filosófico** aplicado al comentario del más famoso de sus libros, como si esa palabra fuese injuriosa o herética. Unos creyeron que era revelar asuntos particulares entre el autor y sus enemigos, porque en **La Estafeta de Urganda**, se daba como muestra una interpretación exclusivamente relativa a la parte de autobiografía de Cervantes, y se olvidaron o no leyeron lo principal del opúsculo. Otros se imaginaron al oír comentario filosófico del **Quijote**, que sin duda se trataba de revelar un sistema de filosofía completo y oculto hasta ahora en la popular novela, como si dijésemos, un tratado elemental y transcendental de lógica en los disparates del hidalgo, un curso de metafísica en la cueva de Montesinos, un sistema de política en el gobierno de Sancho, otro

es obra que no pudiera lograr sino un gran genio, un hombre eminentísimo. Por fortuna no es así, y lo que pudo matar fue la exageración y la ridiculez del heroísmo, la hidalguía falsa y el honor hipócrita y de alquimia. Si la sociedad caminaba al realismo, al egoísmo y al espíritu positivista y práctico, no estaba en manos de Cervantes el detener el curso de los tiempos y las ideas, y harto hizo con preverlo y encaminarlo, notando los efectos de la reacción próxima y anticipando los remedios. Así por ejemplo, si prevé el espíritu reformador social y político, si vaticina la emancipación de los oprimidos y ve en lontananza el triunfo de la igualdad y de la democracia y el pueblo conquistando la soberanía y haciéndose rey, como lo figura elevando a Sancho al gobierno de una Insula, no se mofa de él, sino le instruye, sabiendo como talento superior, que no es el poder patrimonio de castas, y que lo principal es su buen corazón, buena voluntad, rectitud y deseo de acierto.

Lo que no puede admitirse es, que se reduzca y rebaje la alteza del poema a una triste y pobre sátira de libros de caballería, a una venganza de un atropello en Argamasilla, a copia de un personaje inflado de un pueblo de la Mancha, y a libro de mero pasatiempo, a pesar de los textos que nos sacan de la misma obra, sin discernir los que conciernen o no con el plan general de la misma, y con el espíritu constante que en ella reina, superior en autoridad a la letra donde más largamente se contiene. Es preciso, como ya dije, conocer el temple y genialidad de Cervantes, para saber lo que escribió en burlas y lo que escribió en serio, en un libro en que ambos géneros se hallan mezclados con arte tan peregrino. Existen, sí, esos textos y pasajes necesarios por la fuerza de las circunstancias; pero junto a ellos, frente a ellos y en mil partes, existen otros que los destruyen y aniquilan, y no había necesidad de éstos, si aquéllos mereciesen fe y no llevase a mayor altura su designio.

Ahora bien, todas esas opiniones fueron formuladas a consecuencia de más o menos grados de curiosidad, de investigación o de intensidad de impresiones en el ánimo de los críticos; pero ninguno intentó hacer un comentario formal y comprensivo de todos los elementos generadores y constitutivos de ese inmortal poema, ni menos del principal trabajo que es el

conocimiento de sus bellezas orgánicas, porque, téngase en cuenta, que en medio de todo y quizá ante todo, profeso que su mérito incomparable no está en los fines propuestos, por altos que sean en lo moral, en lo político, en lo social o en lo filosófico. Pienso como Cervantes, que se vanagloriaba de ser autor al mundo «único y solo», de haber compuesto una obra admirable de arte literario, un poema épico en prosa sin segundo, una epopeya cómico-heroica sin igual, porque difícilmente se repetirán en la historia iguales condiciones de grandeza y pequeñez, de independencia y servidumbre, de prosperidad y miseria, de inteligencia e ignorancia como las que tuvo España en su dorado siglo, ni menos las que por especial destino concurrieron en su extraordinario autor.

Corresponde finalmente al comentario filosófico estudiar el sentido por excelencia, el sentido anagógico que es como la última tarea, lo que llamó el Dante *sovra senso*. El *Quijote* es obra de arte simbólico, género a que pertenecen las más que arriban y se perpetúan en el templo de la fama. El símbolo, la alegoría, el emblema, las figuras, son de por sí elementos y materiales del arte por excelencia y cuando con esta forma se une un gran fondo, las obras literarias han avanzado ya la mitad de la senda de la inmortalidad, independientemente de la más o menos perfecta ejecución y talento del artista. El misterio, la nebulosidad en que aparece envuelto el pensamiento, es un acicate al interés y a la curiosidad. El Apocalipsis ha ocupado y ocupará la inteligencia de infinitos comentadores, sólo por esta incorregible sed de luz y de conocimiento de lo desconocido. La *Divina comedia* es eterno pasto del espíritu por sólo esta razón. En unas obras es el símbolo más tangible, como en el *Pilgrim's Progress*, de Bunyan, y en otras de este jaez, pero siempre tienen sobre las demás el encanto de ejercitar las facultades inquisitivas del lector, y por eso enamora el símbolo a los grandes genios.

El sentido anagógico del *Quijote* es, pues, el más importante en el comentario. Es la suma del conocimiento de sus objetos parciales, de su ser orgánico, del principio vital que anima sus partes todas; la apreciación de la verdadera naturaleza y fin principal con que está dispuesta esa creación, entidad o mecanismo que llamamos obra de arte literario y cuyos medios han de corresponder necesariamente a ese ob-

jeto, para que alcance los necesarios quilates de perfección y gane la admiración de los hombres y el homenaje de los siglos. No de otra suerte sucede en las obras de la naturaleza, pues vemos que el hombre ha tenido en la tierra varios fines según las épocas y la opinión de los filósofos, y hoy se establece que el fin por excelencia es el de su perfectibilidad, y hasta en las cosas inanimadas que son constantes a nuestro recuerdo y estudio llegamos a nombrarlas y distinguirlas por una voz que resume este sentido anagógico, y llamamos y entendemos por Jerusalén, mansión de la paz o de la celeste patria, y análogicamente es Babilonia emblema del dolor y de las lágrimas, y Víctor Hugo apellida a París ciudad astro, alma de la tierra, sol del universo, Atenas, Roma y Tiro juntas, por su predominio en las artes, las ciencias y el comercio, como la llamó la **gran prostituta** nuestro poeta García Tassara, por difundir la desmoralización en la moderna Europa.

El conocimiento de este **sovra senso** o significación elevada, contrayéndonos al **Quijote** o a cualquier obra de arte simbólico de su talla y grandeza, no puede alcanzarse sin un estudio detenido de sus bellezas y disposición orgánicas, de la economía de las fuerzas y empleo de los elementos esenciales que el autor pone en juego, y observando el objeto que más constantemente persigue en el vario y cambiante curso de su plan artístico, y mucho más en el **Quijote**, historia de **muchas revueltas**, y en su héroe, lleno de **varios** pensamientos, nótense bien, «**no imaginados de otro alguno**», que del arte, como imitadora de la naturaleza se puede decir lo que de ésta el Ariosto;

«Por mucho variar el arte es bello.»

Pero esto mismo pudiera ser arbitrario, sujeto a opiniones como una opinión más, si el mismo Cervantes no nos hubiese dado una guía segura, y esta guía se encuentra donde debía hallarse, en los versos **«Urganda la Desconocida»** al libro del **Quijote**.

Dice en una de las décimas:

«De un noble hidalgo manché—
Contaras las aventu—
A quien ociosas lectu—
Trastornaron la cabe—

Damas, armas, caballe—
Le provocaron de mo—
Que cual Orlando furio—
Templado a lo enamora—
Alcanzó a fuerza de bra—
A Dulcinea del Tobo—

Estos dos últimos versos que subrayo contienen el hilo para guiarlos en el laberinto de una historia, de quien dice el autor al público que tendría un gran alivio en hallarla **tan sincera y tan sin revueltas**. Pero como la verdad sale por los menores resquicios, ya hubo de llamar la atención del señor Harzenbusch * para apuntar en una nota, que lo dicho en esos dos versos no era verdad, pues don Quijote nunca vio a Dulcinea. En efecto, no es necesario gran conocimiento crítico en un lector, para comprender desde luego que, literalmente, hay aquí una contradicción tan palmaria y manifiesta, que no se concibe, a menos que no se suponga que Cervantes se olvidó completamente de su obra, y salió con un despropósito, que cualquiera Maritornes le habría corregido con sólo una vez que hubiese oído leer el **Quijote**. El buen caballero, no sólo no vio a Dulcinea en su ser de dama y princesa, pero ni aun siquiera en el de Aldonza Lorenzo. ¿Qué quiere decir esto? Achacarse a una errata, no es posible, pues no hay indicio de yerro del impresor, ni de oscuridad del manuscrito. Cuando esto escribió Cervantes, lo mismo que cuando irónicamente dice que su historia va tan sincera y tan sin revueltas, sin citar otros pasajes, que sería interminable, es evidente que sabía lo que escribía, y que se refería al sentido superior y embebido en el simbolismo de su poema.

En efecto, en la mente de Cervantes, y esto nunca se desmiente en la obra, Dulcinea es luz, sabiduría, verdad, libertad; estas son las entidades ideales que constituyen el objeto de la adoración del caballero, lo que le alienta en sus desgracias, lo que le anima en sus empresas. Los gigantes, follones y malandrines, son los enemigos de esos dones con que la humanidad puede llegar a combatir los errores y los males, la ignorancia y la servidumbre, y llegar al estado de perfección porque se

* Clemencín.

afana, y en pos de la cual camina. Estos enemigos eran muchos y muy poderosos en su época, y por eso simbolizó la batalla humana, no sólo en nuestra patria, sino en todo el orbe civilizado, en un caballero que lucha por vencerlos y espera siempre el triunfo definitivo de su empresa por más contratiempos que le embaracen. El lema del escudo de su libro, es el mote del figurado escudo del caballero. **Post tenebras spero lucem**, lo aplicó a su dama Dulcinea, y he aquí englobo, con la brevedad que me es dado en este libro, una somera explicación de lo que entiendo por sentido análogo o sentido por excelencia del **Quijote**. Cervantes traía a la vida real, lo que su particular amigo Barahona de Soto trataba sólo en la región poética, al escribir **Las Lágrimas de Angélica**, formando un simple cuadro moral histórico, con la explicación del carácter simbólico de los personajes y damas, gigantes y hadas del ciclo Carlovino. Por eso al hacer caer este libro de caballería del montón destinado al fuego, exclama por boca del escudador: «**Lloráralas yo, si tal libro hubiera mandado quemar**».

Finalmente, si evidencia externa se necesitase ahí está el **Quijote** espúreo, escrito por el **contrario bando**, donde lo primero que procura el autor es deshacerse de Dulcinea, como si fuese posible concebir historia de caballería sin dama; como si esta buena señora, «cuál borrega mansa», fuese un pecado mortal ante sus ojos.

CAPITULO XVIII

Más sobre la dedicatoria del **Quijote**. — Supuestas alusiones en la aventura de los carneros. — Guerra sorda entre los literatos. — Lope y Cervantes en Sevilla. — **El Curioso impertinente**. — Juicio de esta novela. — Soneto burlesco contra Lope de Vega. — Relación de las fiestas en Madrid.

Armando de este grandioso y profundo pensamiento, profeta y censor, artista y filósofo, experimentado en las letras y experimentado en la vida, se presenta el soñoliento autor que ha

veinte años domina en el silencio del olvido con esta obra colossal, precedida de un prólogo que es en sí el más original y perfecto, y al propio tiempo el más **donosamente agresivo** que se conoce en todas las literaturas, tras de la dedicatoria más pobre e insignificante que pudo escribir un adocenado ingenio. Y permítaseme que vuelva a insistir sobre este punto de la dedicatoria, recordando el sinnúmero de cuentas que en él liquidó Cervantes, pagando en epígramas finísimos la guerra y mala voluntad que le tenían muchos escritores, hasta el punto de que tales artes pudieron dar colorido de certidumbre a la expresión de Avellaneda, de que ningún Mecenas quería tomar su nombre en boca. **Tantum potuit invidia suadere malorum.**

Cervantes es cabalmente el escritor que más intensamente imprimió su genialidad y originalidad de forma y de fondo en los prólogos y dedicatorias de todas sus obras. ¿Cómo se explica que la más excelente lleve una dedicatoria tan incolora, tan falta de lisura en la forma y de originalidad en el fondo, en una palabra, tan vulgar y manoseada en su fraseología, que más parece un hilván de locuciones humildes, que conceptos formados por una inteligencia conocedora de su valor y del mérito del libro? Ni su extensión, ni la humildad casera y servil de que va impregnada, son señales ni caracteres propios de la condición de Cervantes, que pecó siempre de confiado el mérito de lo que ofrecía a sus protectores. Y es esto tan de notar en la primera parte del **Quijote**, cuanto que el prólogo y los demás aditamentos de sonetos y poesías están respirando desenfado, alabanzas hiperbólicas, confianza en su propio valer, e indiferencia a lo que pudiera decir la crítica en contra suya. Para mí tengo que, no sólo las frases que se han notado están plagiadas, sino que no hay una que no esté tomada de dedicatorias notables de escritores contemporáneos, empezando por «En fe del acogimiento», y concluyendo por «la cortedad de este servicio», y hasta el adverbio «mayormente», sospecho que está como embutido y tomado de la ridícula dedicatoria de Lope de Vega, en su **Virgen de la Almudena**, pues es la única vez que lo usa Cervantes, si no me es infiel la memoria. En suma; siendo prólogo y versos burlescos y de finísima intención satírica, creo que encaja la dedicatoria en el mismo plan, y tiene el mismo sello de familia, si bien

dirigiéndose a un noble, no podía tomar otro camino que amontonar retazos de oratoria o elocuencia mendicante con toda la seriedad posible.

No debe olvidarse, y de esto se hablará más adelante con la oportuna extensión, que el canto de **Caliope** en la **Galatea**, donde nuestro autor repartió elogios a todos sus amigos, fue una de las imprudencias o defectos de su condición, que le crearon muchos enemigos. Los vanos y presumidos de saber más, se creyeron rebajados de verse al nivel de los que valían menos. Tal vez fue este el origen de la rivalidad de Lope de Vega, calentada por otros de quien no se acordó Cervantes de elogiar, pues el tomar a su cargo dar diplomas y patentes de ingenio, con la mejor intención, no podía menos de producir efectos contrarios. Los malos se hincharon de orgullo y los buenos se creyeron rebajados. Tal era, sin embargo, la práctica en aquel tiempo, y no fueron menos los disgustos que se acarreó Lope con su **Laurel de Apolo**. Nuestro ingenio, sin embargo, conoció su error y tomó su revancha en el **Viaje del Parnaso**, aunque revancha tardía y peligrosa, de cuyos efectos le libró la estimación y amistad del de Lemos y el amparo de Sandoval y Rojas.

Las aventuras de grande y sutil artificio menudean más en esta primera parte que en la segunda, pues, en efecto, se observa que, aun como caballero andante, aparece más templado el héroe, conforme va prolongándose su peregrinación. Quiero decir, que su locura no es tan vehemente ni agresiva, y a la acción que predomina en la parte primera, sucede mayor grado de reflexión en su tercera y postrera salida. Tal vez conociendo Cervantes que no podía irse a la mano, como más joven, pues de la primera a la segunda parte mediaron diez años, creyó conveniente intercalar los episodios e historias de amores de Crisóstomo, Dorotea, Luscinda, Cardenio, el Cautivo y Leandra, para distraer un tanto la atención de los lectores. Con todo eso, meros críticos de la letra, han creído ver alusiones y sátiras contra no pequeño número de personajes de la época, notables por su posición, riqueza, privanza, vicios o fechorías en la aventura de los dos ejércitos de carneros y ovejas, que en mi opinión es una de las menos complicadas en artificio, aunque no de las menos importantes en su designio.

Quisiera poder aprovecharme de esta robusta prueba en favor de mis opiniones, pero aplaudiendo el ingenio con que se han interpretado los nombres de los caudillos que en esta aventura intervienen, no veo que se halle apoyado en bases sólidas. Así lo expuse y demostré en **La España Literaria**, revista publicada en Sevilla hacia 1864, sin que tenga noticia que se haya contestado a mis observaciones y argumentos. Más valiera que nuestros anotadores, intérpretes, eruditos y gramáticos, hubiesen fijado su atención en las otras aventuras, principalmente en la de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena, y en las, sobre todas, intencionadas, que tienen lugar desde que nuestro hidalgo sale encantado de la venta.

Créese por algunos que la publicación de la primera parte del **Quijote** trajo a Cervantes grandes elogios y censuras, multitud de amigos y de enemigos, y por lo tanto, de favores y persecuciones, críticas y maledicencias, y se cita en apoyo el soneto que recibió en Valladolid, y ciertas expresiones de alguno que otro literato. Muy bien pudo suceder esto, aunque a juzgar por los públicos anales, no vemos esos elogios ni censuras en los grados que el **Quijote** debiera haberlos originado, según su mérito y la trascendencia de su sátira. Hubo, sí, guerrilla mezquina de parte de los **Veguistas**, que así llamó a esta falange de canes ladradores, porque Lope de Vega tuvo la debilidad de comenzar las hostilidades y ponerse al frente de la oposición al **Quijote**, aun antes de haber éste salido al público. En resumen, las primeras escaramuzas fueron pedantes por excelencia, y efecto de amor propio de literatos, lastimado en su concepto, y de aquí que la guerra fuese como intestina y no traspirase al público.

Entiéndase que esta guerra fue originada más bien por el prólogo y los versos que adornaron la edición del **Quijote**, que por el **Quijote** mismo, y si se cree que el coloquio entre el Cura y el Canónigo, fue el caballo de batalla como así se ha conjecturado, paréceme que no se da en el blanco. En el prefacio es donde menudean, espesas como el granizo, alusiones y burlas delicadas y por lo mismo más punzantes y sensibles contra Lope y su camarilla. Hay también no menor número de frases, metáforas y giros tomados de las obras del Fénix de los ingenios y en esta lucha magistral de buena ley,

el rey de la sátira vence al monarca del teatro. A las primeras de cambio, topamos ya con el remedio de un giro muy usado por Lope, cuando dice que, «qué podrá esperarse del estéril y mal cultivado ingenio suyo», frase que toma de la pluma de su rival, aficionado a utilizar su apellido y a llamar **vega** a su imaginación y entendimiento. Por no ser prolíjo y mencionar alusiones ya conocidas, nótese que concluye el discreto amigo, diciendo: «Con dos onzas que sepáis de la lengua toscana», aludiendo a la presunción del tonsurado poeta, muy pagado de poseer a la perfección el idioma del Dante. Tasar este conocimiento en **dos onzas**, es solamente propio del humor cómico inimitable de nuestro satírico que le amonestaba:

Y en cuatro leguas no me escribas co—
Que supuesto que escribes boberí—
Te vendrán a entender cuatro nacio—

Según nuevos documentos registrados, se halló Cervantes en Sevilla hasta 1604 en que Lope de Vega visitó de nuevo aquella Atenas de la poesía y dio en ella a la estampa su novela del **Peregrino**. Consérvase un soneto burlesco, hecho a la entrada de éste, por la puerta de la Macarena, atribuido a nuestro autor, a juzgar por el cual debe colegirse que acudió mucha gente a verle, como si se tratase de algún príncipe. Quien quiera que sea el autor, pues ni por el estilo ni por el sentido lo creo de Cervantes, supone un diálogo en el que uno de los interlocutores celebra el acontecimiento y el otro le pregunta, **qué estatura tiene Lope**. A esto responde que la misma que **Pedro Díaz**. —Pues si no es más alto, dice el otro, ni vos ni él ni sus poesías valen la pena del alboroto.

Esto nos da a sospechar que Lope fue pequeño de estatura, y de estas particularidades de escritores de aquel tiempo tenemos no pocas indicaciones comenzando Cervantes por él mismo, que nos dice fue tartamudo, de Quevedo que era de pies tovados, y de los Argensolas que tenían la vista corta, defecto de que él padeció también en sus últimos años obligándole a llevar espejuelos, grandes y mal hechos entonces, según se deja entender por Lope, que leyó una composición con ellos, y los compara a **dos huevos estrellados**.

La estancia de Cervantes en Sevilla por esta época, nos da

margen a reflexionar sobre dos puntos importantes en la historia de su vida. El primero es, que disminuye casi de todo punto la posibilidad de que estuviese en la Mancha de 1600 a 1604, al menos el espacio largo que requiere el estudio de su topografía y de sus costumbres y de estar preso como se supone en la cárcel o casa de Medrano en Argamasilla.

El otro es, aumentarse más la verosimilitud de que Lope tuvo ocasiones de conocer y saber de la historia del **Quijote** antes de que se publicase, y debió ser indudablemente en los dos viajes que hizo a Sevilla el Fénix de los Ingenios. Por Lope, que en un principio fue amigo de Cervantes, y admiró sin duda esta composición, cuando su autor leía los manuscritos entre sus amigos, hubieron de tener noticia de él los escritores de Madrid, y particularmente Andréz Pérez, que entonces retocaba y pulía **La Pícara Justina**, y pudo así intercalar en ella sus versos de cabos rotos, en que tanto lo ensalza, diciendo que su heroína era más famosa que las obras más renombradas de su tiempo, y aún que **Don Quijote**. Queda, pues, fuera de duda que la publicación de esta obra no dio origen a esas enemistades, que existían desde muchos años antes, acaso porque, nuestro autor venciese a Lope en algún certamen, o porque en el canto de **Calíope** no le puso más arriba de una multitud de poetas adocenados, o finalmente porque no era posible en Lope reconocer supremacía en ninguno y veía que Cervantes la alcanzaba a su pesar.

Por lo demás, Cervantes nos dejó bastantes indicios en la segunda parte del **Quijote**, del carácter de esta oposición, con hacer intérprete a un bachiller **creado ad hoc** para representar la pandilla de sus enemigos, que comenzando por sólo **literatos**, fueron allegando otros prosélitos de muy diversas profesiones e interesados en más graves querellas.

De aquella índole fue la crítica hecha sobre la novela **El Curioso impertinente**, y de la cual toma ocasión Cervantes con su acostumbrada viveza y socarronería para ingerir una de las más claras y transparentes indicaciones de que su historia había de ser entendida algún día por medio de un discreto comentario. Nótese bien, que las palabras de Don Quijote son manifiestamente irónicas en este pasaje, pues nadie puede tomar por cierto y en serio que Cervantes se llamase a sí mis-

mo **autor ignorante** y sin discurso o sea discernimiento. De la respuesta del bachiller no hay que decir, pues está rebosando en ella su carácter de maleante y zumbón; de manera que de los tres dialogantes se puede decir que **entre bobos anda el juego**. Lástima que no se haya fijado la atención en el humor cáustico que entraña este coloquio.

El Curioso, si no es el primero entre sus trabajos en este género, es el cuadro más acabado y perfecto de ese argumento que tantos genios explotaron, desde Bocaccio hasta Destouches. La circunstancia que refiere de hallarse el manuscrito de esta composición entre unos papeles y libros que en la venta de Sierra-Morena se había dejado un pasajero, puede dar algún fundamento para conjeturar que este suceso ocurrió a nuestro autor, cosa muy natural en el orden de vida que tuvo por muchos años en Andalucía.

¿Por qué introdujo Cervantes esta novela en el cuerpo de otra? La razón que han dado algunos críticos es, que quiso dar una muestra de estos ligeros cuentos, para ver cómo los recibía el público. Pero ésta no es razón, ni era lo más a propósito para el objeto haber dado esta muestra en un cuadro de índole tan especial como el **Quijote**. ¿Es realmente episodio del poema? Sobre esto se ha disputado mucho, yendo a consultar a Aristóteles, sin acordarse de que Cervantes manifestó en el prólogo que nada había dicho este filósofo acerca de libros de caballería. La crítica de los modernos, como la del bachiller, concluye con que esta novela es **pegadiza y nada tiene que ver** con la acción del **Quijote**, pues como diría un niño de doctrina, Anselmo no tiene un Rocinante, ni se viste de caballero, ni deshace agravios, ni ama a una señora idea; luego la circunstancia casual, de haberse dejado el manuscrito un caminante, ni la intervención que tienen el ventero como poseedor, el cura como lector y los demás de la compañía como oyentes, no es bastante para enlazarlo con la acción principal y constituirlo episodio. Siendo el autor en invención tan fecundo, ¿cómo no hizo este enlace tan deseado a fin de que los retóricos se aplacesen y le llamasen episodio sin escrupulo de conciencia literaria? Por otra parte se ve que la novela del curioso, es como una interrupción, un descanso, un entretenimiento mientras Don Quijote duerme, para pasar las horas

de la siesta. Para este propósito parece que cualquier novela debía ser buena y oportuna, y aún más oportuna, mientras más hiciese olvidar al lector las locuras de Don Quijote.

Sin embargo, Cervantes no puso allí otra de sus novelas, sino que nos sacó a la escena un loco. Luego en el fondo, en el espíritu es donde debemos encontrar ese enlace y analogía y tal vez hallaremos que se liga con una de las fases principales del pensamiento del poema y ligándose en esto, ¿qué importa que no se ligue en lo externo y visible de la acción? Anselmo, es muy cierto, no da lanzadas ni quiere resucitar la orden de caballería; pero es otro Quijote en el hecho de querer realizar un ideal imposible, atenta la condición humana y el poderío de las pasiones; es, en una palabra, otro hidalgo bajo uno de los muchos aspectos que puede revestir esa locura que busca la felicidad **absoluta, verdadero** sueño de ánimos generosos y levantados. No hay más diferencia sino que en el hidalgo el objeto de su ideal es la felicidad general, y en Anselmo la felicidad individual; es el Quijote, por decirlo así, **egoísta**; pero en cuanto a los fenómenos de la pasión y a la pintura de ella hay grande semejanza. La pasión de Don Quijote sólo requiere por sujeto al hombre; la de Anselmo, al hombre en una condición especial: en la condición de marido. Pero si este círculo es más estrecho, ¿deja de ser, más universal la tendencia a este ideal en la humana naturaleza?

El problema propuesto por Anselmo es el problema de todos los maridos, solamente que Anselmo quiere resolverlo y los demás no pasan más adelante, ya porque no son demasiadamente cavilosos, ya porque no tienen los medios de intentarlo, ya en fin, porque les retrae la discreción y la experiencia de otros, y escarmientan, como suele decirse, en cabeza ajena.

Anselmo aspira al complemento de aquello en que cree consiste la felicidad del casado, que es la certeza de la virtud de su mujer. En absoluto éste es un pensamiento bueno, y aún sublime y propio de un alma elevada, para quien la duda es un tormento. ¿En qué consiste su locura? En su empeño de ponerlo en práctica. Fiado en su buen deseo, le considera de fácil logro, sin advertir que este bien absoluto, esta felicidad **paradisiaca** sin mezcla de mal ni de duda, es casi un imposible en lo mortal y humano. Le acontece lo mismo que a Don Qui-

jote. Y parece hasta muy acertado y oportuno, que cuando un loco por un bello ideal duerme, se eclipsa por unos instantes y desaparece de la escena, aparezca y entreteenga en ella la atención de los lectores otro loco por otro bello ideal, diversificando el objeto de éstos, pero conservando grande analogía, así en los fenómenos que en sus almas produce la pasión, como en lo indirecto de los medios por ambos elegidos para conseguir su buen intento.

La publicación del **Quijote** debió mejorar un tanto la situación precaria del autor. Continuó éste residiendo en Valladolid con su familia, pues allí recibió el anónimo en que Lope de Vega contestaba a un soneto suyo harto motivado por los imprudentes ataques de su émulo. La buena acogida de un libro que tanto había echado por tierra el **Fénix de los Ingenios**, debió serle una amarga píldora. Lope de Vega era felicísimo para escribir dramas y comedias en verso; pero era insoportable en la prosa, y por demás pedante en haber querido inundar la literatura con **Peregrinos** y **Arcadias**. Que hubiese gran rivalidad entre estos dos ingenios, no es posible ponerlo en duda, a no pedir que se canonicen como santos. Cervantes hubiese deseado brillar entonces en el teatro frente a frente al monarca de los coliseos, como Lope hubiera deseado competir con Cervantes en su admirable manejo de la prosa y de la novela. Las tentativas que uno y otro hicieron, muestran esta noble emulación y noble envidia. Que uno de los dos flaquease y convirtiese en bastarda esta pasión noble, tampoco es extraño. De competencias semejantes están llenas las historias de todas las literaturas y los más grandes genios no se han escapado de ofrecer tales escaramuzas. En ésta flaqueó Lope, como se ha visto, por testimonio auténtico de una carta de su puño y letra, en tanto que Cervantes, como más consciente de su mérito, tuvo más tranquilidad de espíritu. El de Lope se arrebató y llegó hasta el insulto grosero, lo que prueba que en fuerza de razón no podía vencer a su contrario. El soneto de Cervantes es gracioso, y aunque picante, contenido dentro de los límites de la decencia: es un discreto desahogo, una broma de buen género entre amigos, sin hiel, sin malévolas intenciones, y por eso yo no tengo inconveniente en achacárselo, contra el parecer de muchos que le quieren arrebatar esta com-

posición. No así el de Lope, que revela el despecho, la exaltación de ánimo y el influjo malévolο de la envidia.

Navarrete, dice, que ni éste fue de Lope, ni el que Lope recibió fue de Cervantes, sino que el usar **pies cortados**, de que fue inventor Cervantes, imitado muy luego por Andrés Pérez, hizo a los émulos achacarlo al autor del **Quijote**. La razón que aquí sirve de apoyo es cabalmente lo que destruye el edificio de la opinión de este crítico. Cervantes no fue el inventor de los versos de pies cortados, ni le imitó el autor de la **Pícara Justina**. Por consiguiente cae por su base el apoyo que trae Navarrete para negar lo que salta a la vista, pues el soneto que empieza:

«Hermano Lope, ...»

está diciendo a voces ser Cervantino; y cosa rara, no sólo en la intención y en el fondo, sino en la forma, lleva la ventaja al de Lope de Vega: tal es el mal efecto de las pasiones y renacas cuando guian la pluma, siquiera sea la pluma de un Fénix.

Ocurrió por aquel tiempo el nacimiento de Felipe IV, y como se preparasen para el bautismo grandes fiestas en la corte, que presenciaron el almirante inglés Howard con su comitiva, fue encargado Cervantes de hacer la descripción de ellas, como en efecto la hizo y salió a luz impresa. Ignoramos por medio de qué patrocinio se dio esta preferencia al autor del **Quijote**, tratándose de un trabajo en que mayor había de ser el provecho que la fama, pues no cabían galas ni dotes de ingenio en una reseña monótona por acercarse a la verdad y exactitud de los festejos y ceremonias; pero se conservan algunos ejemplares y el estilo parece ser de Cervantes. Agrégase a este parecer la indicación que hizo Góngora en un soneto, de que al autor de **Don Quijote** se le había encargado hacer esta crónica de las fiestas.

CAPITULO XIX

Suceso de Ezpeleta e injusta prisión de Cervantes. — Sus amores. — Doña Isabel. — Conjeturas fundadas en pasajes autobiográficos. — Textos de Avellaneda y de Cervantes.

Tuvieron estas fiestas lugar por el mes de abril de 1605, y según discreta conjetura, Cervantes comenzaba a vivir más en reposo, dedicado a las letras y en el seno de la paz doméstica. Pero la suerte adversa que nunca cesó de perseguirle, le trajo a sufrir nuevos disgustos, desventuras y atropellos. Vivía Cervantes, como se ha dicho, en Valladolid, en una casa situada cerca del puente de madera del río Esgueva, y en la misma habitaban otros cuartos doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Esteban de Garibay, en unión con sus hijos. Una noche, la del 27 de junio de este mismo año, sucedió acaso, que un caballero navarro, por nombre Don Gaspar de Ezpeleta, se hallaba sobre dicho puente en ocasión que llegó un hombre armado y le dijo que se alejase de allí. No hubo de hacerlo el don Gaspar: entraron en contestaciones, se batieron y resultó herido el dicho caballero, quien pidiendo auxilio, se acogió con gran trabajo a una de las casas vecinas. Acertó a ser ésta en la que vivía Cervantes, y entre éste y uno de los hijos de doña Luisa, acudieron a socorrerle y le subieron al cuarto de ésta donde halló los primeros socorros y fue asistido hasta su muerte, que no se hizo esperar por ser mortal la herida, y falleció en la mañana del 29, no sin haber declarado, que su adversario peleó como bueno. Fue éste un suceso, no distinto de los que tenían lugar con frecuencia en la corte, entre caballeros, y por causa de amores a lo que se cree. Quien fuese la dama que a esto dio lugar, se ignora. Algunos han dicho que era la joven doña Isabel, hija natural de Cervantes, que vivía en su compañía. Como era consiguiente, la justicia comenzó la sumaria en averiguación del hecho, y aunque Cervantes no tuvo otra parte que la de su héroe en todas las desdichas, que fue ayudar y socorrer al doliente y

menesteroso, tuvo la desdicha de ser atropellado por el juez y preso en unión con su familia. Tomaron las declaraciones, y su inocencia se mostró tan al descubierto, que a los seis días fue puesto en libertad, igualmente que los suyos; cosa notable en aquellos tiempos en que la acción judicial no solía ser muy expedita, y que habla muy alto en favor de la absoluta inculpabilidad de los atropellados.

Recientes averiguaciones dan por resultado que la dama en cuestión era mujer de un escribano de punta en Valladolid, y dicho se está que para salvar la honra de un funcionario público de tantas uñas y valimiento en aquella época, no se encontró víctima más a propósito que el noble caballero que acudió a socorrer a un herido. No en balde cuando ocurre una desgracia huyen los hidalgos españoles a todo correr por no verse envueltos como testigos en las causas criminales.

Este incidente nos servirá para apuntar alguna cosa acerca de otro asunto que sólo por incidencia deberíamos tratar. Este es los amores que se supone tuvo Cervantes con una dama, de la cual hubo una hija llamada Isabel que llevó consigo y crió y educó en su casa, siendo ésta, según opinión, la joven que con este nombre declara en Valladolid en el incidente de Ezpeleta. En aquella ocasión aparece tener veinte años, y se dice hija natural de Cervantes. Navarrete y otros escritores la han supuesto fruto de relaciones de nuestro escritor con una dama portuguesa, porque haciendo a su gusto cómputo de la edad de la joven, colocan a Cervantes en Lusitania al tiempo del nacimiento de la niña, y naturalmente, en Portugal es probable que sean las damas portuguesas.

Sin dificultad admitimos, no uno sino infinitos episodios de amores en la vida de nuestro escritor soldado. Marte y Apolo siempre fueron satélites de Venus. Cervantes, de natural desenfado y gallarda disposición no debería sacar de sus quicios la general costumbre de los caballeros de su tiempo sumisos siervos de la belleza. Por otra parte, él mismo dice que todos los poetas son enamorados y siéndolo él y habiéndonos pintado el amor bajo tantas fases y naturalezas, bien pudiera ser que hablase por experiencia de esta escuela, y que hubiese recorrido sus grados todos, desde el sublime platónico que fotografió, hasta el ínfimo que califica de amorosa pesti-

lencia. Se ha dicho que en Argel tuvo amores con esa Zoraida que introduce en la historia del cautivo, y que fruto de ellos fue la doña Isabel, **dicha** hija natural. Sospéchase por otros, que la madre, persona de distinción, profesó también, andando el tiempo, en el mismo convento de las Trinitarias donde la referida Isabel había tomado el velo; y no falta quien crea, que la mujer que más amó, dejó el mundo y sus vanidades por el seguro asilo del monasterio de Santa Paula. Según se ve por lo discorde y por lo vago del fundamento de estas conjeturas, no han tenido punto seguro a qué atenerse, y con igual crédito podrían fraguarse infinitas presunciones de este género. Pero, ¿es quérealmete no lo hay? ¿Es que Cervantes quiso encerrar en profundo secreto la historia de su corazón? ¿No existe en sus obras la menor indicación, la más leve alusión a estas aventuras? En realidad de verdad no es tan impenetrable el secreto, y en sus obras, y en la de su enemigo el disfrazado Avellaneda, podemos encontrar materiales, por lo menos, para conjeturas más bien fundadas que las que se han hecho hasta ahora. Partimos de un dato cierto, y es, que en 1605 vivía con Cervantes una joven, que se declara su **hija natural** y que podría tener veinte años más o menos; de modo que su nacimiento corresponde a aquella época en que Cervantes concluía el período aventurero de su vida, la época de su vida activa de ilusiones y de empresas; la época por decirlo así, **quijotesca**, tomando esta expresión en su verdadero significado. Hacia 1584 cuelga su yelmo y su espada, diciendo, tal vez, como Cermino de las armas de Roldán:

«Nadie las mueva,
Que estar no pueda
Con Roldán a prueba.»

Entonces vive en la corte o muy cercano a ella, de una manera completamente opuesta a la de su vida anterior, sentado el pie, y podemos decir, en tranquilidad de espíritu. Sin embargo, al poco tiempo abandona la corte, se separa de su familia y se encamina a Andalucía, ignoramos si directamente o después de haber recorrido otras poblaciones. Conviene tener muy en vista estos preliminares y antecedentes para entender y conciliar algunos datos que nos han quedado en sus

obras, y particularmente en su diálogo de Scipión y Berganza, composición, que más que novela, es una narración disfrazada de varios sucesos en que tuvo parte y como una especie de memorias de su vida. Entre aquéllos y éstas los más notables y **memorables** por confesión propia, son los conjuros del titirero o **saltimbanqui** que en dicha narración se introduce con el perro historiador y parlante. Que los conjuros se referían a sucesos verdaderos y de honda huella en el pecho de Cervantes, se deduce de la mención del bachiller **Pasillas**, que no es otro que el bachiller Paz, su grande y encarnizado enemigo. Es, pues, evidente, que el mismo grado de relación y el mismo carácter de verdaderos e históricos tienen los demás, entre los cuales se lee el siguiente: «Salta por doña **Pimpinela de Plafagonia**, compañera de la moza gallega que servía en el mesón de **Valdeastillas**». ¿Y quién es esta doña Pimpinela, y por qué menciona aquí Cervantes el mesón de un lugar tan humilde como Valdeastillas? Con meditar un poco en esto, se vendrá en que el interés de este pasaje era puramente personal, y sólo estando al cabo del artificio y significación de los personajes de tan misteriosa producción, como lo es la de los perros Mahudes, podría comprenderse por qué evoca en forma deconjuro esta circunstancia y estos nombres. Pimpinela es nombre aplicado a una mujer, a quien ocurrió o tuvo parte en alguno de esos sucesos extraños, extraordinarios y maravillosos como lo indica el adjunto de Paflagonia. Sabido es, que los escritores tomaron siempre esta nación como semi-fabuloso y en el sentido en que hoy el vulgo sustituye la **Isla de Jauja**. Paflagonia como lo dan a entender sus renombradas perdices, era un territorio en donde las leyes naturales parece que estaban invertidas, y los seres vivían y se procreaban fuera del orden común, saliendo los peces de la tierra, los cuadrúpedos de la mar y ocurriendo otros fenómenos análogos. Es cuando se puede penetrar en la intención de Cervantes al usar de este extraño nombre, y por lo demás, la referida Pimpinela bien claramente nos dice que estuvo en el mesón de Valdeastillas, como criada o compañera de otra moza que en él servía. Todo esto, que es vago y casi ininteligible, recibe más contorno y luz mediante a su confrontación con un pasaje del Quijote de Avellaneda, el cual después de haber con-

cluido la novela y a manera de apéndice, escribe el extraño y significativo pasaje que a la letra dice así: «Pero como tarde la locura se cura, dicen que en saliendo de la corte, volvió a su tema, (el hidalgo) y que comprando otro mejor caballo, se fue la vuelta de Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupendas y jamás oídas aventuras, llevando por escudero (nótese bien) a una moza de soldada que halló junto a Torrelodones, vestida de hombre, la cual iba huyendo de su amo, porque en su casa se hizo o la hicieron embarazada sin pensarla ella, si bien no sin dar cumplida causa para ello; y con el temor se iba por el mundo. Llevóla el caballero sin saber que fuese mujer, hasta que vino a parir en medio de un camino, en presencia suya, dejándole sumamente maravillado el parto, y haciendo grandísimas quimeras sobre él: la encomendo, HASTA QUE VOLVIESE a un mesonero de Valdeastillas, y él sin escudero pasó por Salamanca, Avila y Valladolid, llámándose el Caballero de los Trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre».

Lo primero que hemos de observar acerca de este notable párrafo, es, que el autor no habla del personaje ficticio, del héroe loco, cuya historia ha concluido, sino con Cervantes a quien ha dirigido bien marcadas alusiones en el discurso de su obra, y especialmente aprovechando los prólogos y otros lugares y oportunidades. Obsérvese, además, que el hecho en sí nada tiene que ver con el género de locura, por medio del cual ha puesto en ridículo a Don Quijote. Aquí el caballero no es parte activa, ni el tal suceso le hace transfigurar las cosas, ni obrar como era propio de su héroe ficticio. Antes al contrario, el **caballero** toma la resolución más discreta, la única que podía tomar el hombre de más seso y juicio, cual era la de llevar a aquella desgraciada al mesón más cercano que en el camino hubiese y **encomendarla al mesonero hasta que volviese**. Este mesón fue el de **Valdeastillas**, y aquí tenemos un precioso dato para confrontar y unificar el sujeto de ambas menciones, la de Cervantes y la de Avellaneda. Ambos hablan de una mujer, que estaba en el mesón de **Valdeastillas**. Avellaneda dice que era **moza de soldada**, que halló en Torrelodones, huyendo en hábito de hombre por la causa que menciona, que podrá ser o no ser la verdadera, y en esto es en lo que pudo

hacer su oficio su enemistad y maledicencia. Cervantes, al hablar de esta mujer, no da a entender que fuese **moza de soldada**, pues en tal caso hubiese dicho **moza del mesón de Valdeastillas**, y no buscar el rodeo de decir que era **compañera** de la que servía en dicho mesón. Por lo demás, el mismo Cervantes compuso una historia verosímil en la ilustre fregona, en que se ve a una doncella de elevada familia, sirviendo en Toledo en la posada del Sevillano, y compañera también de una **moza gallega**, como lo era la Argüello. Costanza, que es la heroína de esta nobela, fue asimismo **encomendada al mesonero**, como lo sería la hija de la fugitiva, y como lo fue esta misma. En resolución, cualquiera que fuese su linaje y categoría, es indudable que Cervantes en los perros Mahudes, y Avellaneda en el final de su novela, se refieren a **una misma persona**, que vivía o servía o fue encomendada a un mesonero de **Valdeastillas**. Esta persona fue llamada por Cervantes doña Pimpinela de Paflagonia, nombre festivo que, conociendo ya algo de la historia de esta mujer, se comprende por qué la llamó de Paflagonia, pues realmente si estaba en hábito de hombre, y de improviso le asaltó el parto en un camino, el suceso era o parecía tan extraño como los que se imaginaban de esta nación fabulosa: lo cual es muy del genio de Cervantes, que en el nombre recordaba y comprendía toda la historia de un suceso ciertamente extraño y contra el orden común.

Pero sigamos adelante en este examen. ¿Cuándo tuvo esto lugar? Avellaneda, que estaba muy al cabo de los sucesos de Cervantes, y sabía bien qué papel y qué importancia y relación tenía el héroe Don Quijote con su genuino autor, coloca este suceso después de sus aventuras, cuando ya había **sentado el pie** en la corte, y disgustado de ella, o por un repentino cambio, volvía a su antiguo tema, que era la vida errante. Ahora bien, el período de las aventuras que virtualmente se envuelven en la sátira del **Quijote**, fue desde la salida de Cervantes de España, hasta su primer recogimiento en la corte. Cervantes, sin duda, llamaba a este espacio de tiempo **su salida por el mundo en busca de aventuras**, y lo repetía así en conversación familiar entre sus amigos, y acaso del carácter mismo de su fisonomía y complejión y de lo prominente de sus qui-

jadas, se llamaba Don Quijote, y era este nombre famoso en ciertos círculos, y se sabía de él y de lo que significaba entre ciertas personas, pues de otro modo no se explica que Andrés Pérez le llamase **famoso** en 1604, ni que Lope de Vega hablase de él en esta época en tono despectivo, en ocasión en que escribía rebajando a Cervantes. La parte de realidad que la idea o el personaje tuviese, era, en suma, conocida de Avellaneda: y para éste, como para su ilustre competidor, la primera salida de Don Quijote y serie de aventuras, simbolizaba la primera salida de Cervantes en busca de empresas. Por lo tanto, el fijar la época del suceso de doña Pimpinela, después que salió de la corte y volvió a su tema, esto es, en 1586, en que Cervantes sale de Madrid y vuelve a su vida inquieta y errante, coincide perfectamente con la edad que, a vivir la criatura encomendada al mesonero, tendría en 1605; esto es, veinte años poco más o menos, que es la edad declarada en esta época por la joven, que con el nombre de Isabel, y llámándose hija natural, vivía en Valladolid en compañía de Cervantes.

¿Sería esta Isabel la que nació en el campo yendo su madre en hábito de varón y en clase de paje, criado o escudero de Cervantes? Nótese que Avellaneda indica que el caballero prometió **volver por ella**, y es muy posible que al volver Cervantes por **Valdeastillas**, recogiese y llevase consigo sólo a la hija, habiendo desaparecido la madre, siguiendo su vida aventurera o hallando al amante que la desamparó. Este es, sin duda, un caso extraordinario; pero, como dice nuestro novelista en algún pasaje, la realidad es más extraña que la ficción. En aquella época eran muy frecuentes estos lances y sucesos, y Cervantes, que pintaba la sociedad de su tiempo, nos ha dejado mil pinturas de jóvenes llevadas, por su desgracia o indiscreción, al término de huir de la casa de sus padres, vestidas de hombre, para ocultar su deshonra. Dorotea huye en traje de varón después de ser engañada por don Fernando. Teodosia huye en traje de varón, olvidada por Marco Antonio, y se refugia en el mesón de Castilblanco. Feliciana de la Voz, huye también de la casa de sus padres, y si no lleva este traje, es por haberle faltado el tiempo aun para considerar lo que hacía. Un suceso análogo pudo acontecer en las varias peregrinaciones de la hija de don Alvaro, que se convirtió en un misterio.

naciones de nuestro escritor, por sendas y caminos, en los cuales siempre llueven aventuras y lances de este género, y mucho más en la época de que hablamos. Es de suponer que esta mujer fue de familia noble, pues en la condición de **moza de soldada** que la pone Avellaneda, no tendría tanto interés en no ser conocida, ni de serlo habría de esperar más daño que el causado. Tal vez desapareció y dejó en el mesón el fruto de su extravío. Cervantes, cuya condición era **tomar sobre sí cuidados ajenos**, tomó a su cargo el cuidado de la niña abandonada, y no sabiendo quiénes eran sus padres, ¿es improbable que le diese el nombre de hija, y que pasase como hija natural suya, a trueque de hacer notorio el suceso de su nacimiento?

Estas son las fundadas conjeturas que nacen de la confrontación de dos pasajes en Cervantes y Avellaneda, los cuales se refieren a un suceso mismo y a unos mismos personajes. La novela de **La Ilustre Fregona** quizá sea compuesta con materiales de esta historia verdadera. En esta extraña y misteriosa aventura, que Cervantes juzgó digna de recordación de la manera que hemos visto, su papel no es otro que el de caballero que protege a una mujer desvalida y desgraciada: es, en realidad, un caballero andante, y no podemos decir que sea cuento de sus amores, porque ni él es el galán, ni se sabe de cierto que la hermosura de la dama le cautivase y aprisionase desde entonces en la amorosa red. Si algún otro indicio existe del rendimiento de su corazón a una belleza, sin duda le encontraremos en la novela de **La Española inglesa**, cuento que formó de un acontecimiento verdadero. Por ella podríase conjeturar que Cervantes fue apasionado de una prima de la heroína Isabel que luego tomó el velo en el ya citado monasterio de Santa Paula. Ignórase el nombre, pero celebra mucho su habilidad en el canto, según se ha indicado ya en otro lugar al hablar de la noticia que se lee en el Diccionario de Madoz. El autor de ella no creemos que posea más datos que este pasaje de la novela, y el dicho pasaje, si bien muestra que la monja cantora no era indiferente para Cervantes, no es suficiente para afirmar: que el monasterio encerraba la mujer **que más había amado en el mundo**.

Esto es lo que se sabe, o al menos puede presumirse con algún motivo, acerca de las afecciones de Cervantes, el cual demuestra, por otra parte haber sido gran admirador de la be-

lleza, galán en extremo, cortés en demasía y rendido a su dominio en su doble cualidad de caballero y de poeta. Probablemente nos dejó en algunas de sus historias de amores, huellas de las afecciones del corazón como las hallamos de las de su espíritu; pero aún están para nosotros encerradas en las profundidades del misterio, excepto la de algún lance amoroso que parece recordar en el **Viaje del Parnaso**, cuando dice, de un mancebo que en Nápoles se arrojó a sus brazos:

«Llamóme padre y yo llamé hijo,
Quedó con esto la verdad en punto,
Que aquí puede llamarse punto fijo.»

si bien no hay aquí razón para que deje de considerarse que habla aquí de parentesco espiritual. Sospechas tengo de que este mancebo llamado **Promontorio** o el otro mancebo cuellierguido que se le queja de no ponerle en la lista de los poetas, sea el corcovado Juan Ruiz de Alarcón.

CAPITULO XX

Nueva visita a Andalucía. — Conocimiento con Ruiz de Alarcón. — El **Quijote** en las altas regiones. — Regreso de Cervantes a Madrid.

En 1606 volvemos a encontrarnos a Cervantes en su pre-dilecta capital de Andalucía, pues no es posible negar que la carta a Astudillo, describiendo la fiesta campestre y torneo burlesco celebrado en las alturas de San Juan de Alfarache o Aznalfarache, pertenezca a otra pluma que a la del autor del **Quijote**. Tal vez los conocimientos adquiridos en capitales como Madrid y Sevilla, las más importantes en aquella época, le proporcionaron agencias de negocios de personas principales, con cuyo medio podía subvenir a las necesidades de su familia. En esta ocasión hubo de conocer y encaminar por la senda del buen gusto, al entonces joven y lleno de esperanzas, y más tarde gloria de nuestro teatro, el insigne escritor mejí-

cano don Juan Ruiz de Alarcón. Esta y otras curiosas noticias referentes a esta época, se deben al señor don Luis Fernández Guerra, autor de una biografía de tan notable escritor dramático, que merece los mayores elogios, y no seré yo el que se los escatime. Paréceme una obra acabada en su género y mucho fuera de desear que de todos nuestros famosos escritores del dorado siglo se hiciesen trabajos biográficos, que ya que no le igualasen, le tomasen por modelo para acercarse a la perfección. Materiales hay en nuestros archivos y bibliotecas públicas y particulares, y bueno es que se fije la atención de tantos escritores como en España abundan que emplean su tiempo en pequeñeces y miserias de nuestra época, teniendo tantas grandezas y glorias en las pasadas. **Milton**, hastiado de la mezquindad de los hombres y las cosas de su época, se remontó nada menos que a escribir de Adán y Eva. Nosotros no tenemos que ir tan atrás.

Parecía natural, que si Cervantes como soldado, había visto cerradas las puertas de su fortuna, como literato se las abriese la obra que tan buen acogimiento halló en el público. El **Quijote** bastaba para que se hubiese fijado en él la atención, aunque fuese el hombre más oscuro. Sin embargo, no fue así. Dominó en la corte la antigua indiferencia, pues siempre había de suceder, a pesar del cambio de monarca, que los que andaban en derredor del nuevo, fuesen guiados por el mismo espíritu y diametralmente opuestos a aquellos méritos que brillaban en Cervantes. En efecto, Cervantes y los cortesanos jamás pudieron encontrarse en un camino. Tampoco la acogida que halló su producción es bastante motivo para creer que este aplauso llegó hasta las altas regiones, y que el **Quijote** fue muy celebrado por la sociedad que llamamos escogida e ilustrada. Todo lo contrario. La venta de ejemplares y el número de ediciones nos dirá a lo más, que fue muy leído por el público; pero este público, en su mayor parte, era el vulgo y los literatos: el uno por su afición a obras de pasatiempo, y los otros por curiosidad y aun necesidad de dar su parecer favorable o adverso. En una palabra: el **Quijote** no pasó de las antesalas, si hemos de interpretar con acierto la indicación que hace Cervantes en su plática con el bachiller, y si algún eco llegó a los estrados fue molesto para los oídos de los señores, quienes tomarían lenguas acerca de él por conducto y

por intermedio de personas a quienes siempre debió parecer Sancho demasiado ladino y Don Quijote demasiadamente franco. Entre ciertas gentes su locura no era un pasaporte para todo, y si el cura era de opinión que por loco le habían de absolver los jueces, aunque hiciese los mayores disparates, otros colegas suyos no participaban de la opinión del Licenciado. Y gracias que como decía su compadre, el *Quijote* necesitaba de comentario para entenderlo.

El hecho es que Cervantes no tuvo que gozar **aura popular**, que hoy decimos, ni se le abrieron de par en par los salones, ni recibió felicitaciones de poderosos, ni menos acompañó a la corte en su traslación a Madrid: prueba inequívoca de lo mal seguro que estaba el Quijote de servir de mérito y precedente para ningún adelantamiento en su fortuna.

Lejos de eso vemos a Cervantes el año 1606 de nuevo en la capital de Andalucía, a donde se cree le llevaron comisiones particulares, puesto que en ningún archivo ni escribanía se ha hallado documento referente a esta su estancia en Sevilla. De ella nos da testimonio la ya referida carta escrita a su amigo López de Astudillo, en que con admirable donaire y ligero estilo le refiere una gira de campo hecha al pintoresco pueblo de San Juan Aznalfarache, que sobre una colina descuelga sobre la margen del Guadalquivir a media legua hacia el poniente de la ciudad. Cervantes fue del número de esta alegre compañía de literatos y caballeros de quienes describe los juegos, trajes y pasatiempos aplicando a cada uno sus motes y llenando su narración de mil festivas ocurrencias. Aquí volvió a renovar sus amistades con sus antiguos colegas en la profesión de las letras y a adquirir otras nuevas por la nueva estimación que le daba la reciente muestra de su fecundo ingenio, pues en las provincias no llega a ser tanta la fuerza de los celos y envidias que hormiguean en la corte.

Sin embargo, no fue en esta ocasión muy larga su permanencia en esta capital, pues ya a mediados de 1608 le hallamos en Madrid, a donde le llevaron, o bien asuntos de su amigo don Hernando de Toledo, señor de Cigales, cuyos negocios había administrado, o bien con la corrección del nuevo estampado de la primera parte del *Quijote*, que determinó hacer e hizo en efecto el mismo impresor Juan de la Cuesta. En esta edición, que es la generalmente preferida, quitó, añadió y en-

mendó Cervantes algunos pasajes y corrigió algunas erratas, sin que por eso se pueda decir que saliese bien purgada de defectos de imprenta. Una de las variaciones más notables fue echada en el capítulo que trata de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena: variación que indica cuán lejos estaban de poder concordarse las preocupaciones y el genio en el modo de caracterizar a un loco.

Esta fue la última expedición que Cervantes hizo en España. Desde 1606 fijó casi definitivamente su residencia en Madrid, volviendo a lo que él llama su **ociosidad antigua** que fue consagrarse a ser **Musis amicus, Musarum sacerdos**. Contaba ya en esta época más de sesenta años, edad que por grande que fuese su energía y fuerza física, llamaba ya al reposo del cuerpo y a cultivar con más ahínco el campo de su entendimiento, **madurado con los años**. Tomó entonces una vivienda en la calle Magdalena, a espaldas según parece, de la que habitó la Duquesa de Pastrana, y allí reunido con su hija adoptiva doña Isabel, su hermana mayor doña Andrea, una hija del primer matrimonio de ésta llamada doña Constanza de Ovando y doña Magdalena de Sotomayor, a quien también llamaba hermana, comenzó el período más activo y fecundo de su vida literaria, puesto que no contaba con otro medio de subsistencia sino el de su pluma. La buena acogida de la primera parte de su poema debió muy luego impulsarle a seguir la narración de las aventuras, y aunque las concluyó al parecer, dejando al hidalgo en el retiro de su aldea, no le había quebrado ninguna pierna para no volverle a sacar nuevamente caballero por el campo de Montiel, ni la invención de Cervantes podía haberse agotado en el primer libro siendo este asunto tan apropiado a la naturaleza de su ingenio ni a las diversas y numerosas aventuras de su vida. Es más, que ningún autor, y mucho menos Cervantes, deja de conservar más tela de la necesaria para el corte de un asunto que domina, como dominó nuestro autor el del ingenioso hidalgo; antes al contrario, siempre le quedan numerosos materiales que no pudo acomodar o introducir en la estructura de su primer trabajo. Veía Cervantes que el público era muy aficionado a sus héroes y que pedía embestidas de Don Quijote y refranes de Sancho, y hallándose impregnada su mente en aquella concepción, era inevitable que produjese un nuevo fruto del mis-

mo género y más acabado si era posible, porque caminaba con más experiencia y con nuevas y más profundas meditaciones.

CAPITULO XXI

Las novelas ejemplares. — Observaciones sobre esta colección. — El conde de Lemos. — Los Argensolas. — Conducta de Cervantes. — Opinión de célebres escritores.

Mientras se ocupaba en cantar **con miglior plectro** otras hazañas y locuras de un **hombre honrado**, acometía otros trabajos de diversa índole. El ingenio de Cervantes era tan colossal y universal que no había género de composición que estuviese fuera de su alcance y que no intentase, por la mayor parte, con admirable éxito. Desde el poema hasta el romance y la ligera copla; desde la tragedia al entremés, Cervantes probó sus fuerzas en todas las formas de composición. Pero en la que rayó a una altura prodigiosa fue en la novela. En sus viajes por Italia había tenido ocasión de observar la gran aco-gida y el gusto con que el público leía los cuentos o breves historias de Bocaccio, aunque poco morales en su fondo, pero adaptadas para satisfacer la curiosidad y el deseo de variedad en los lectores. Timoneda había hecho ya una publicación por el estilo en su **Patrañuelo**, que era gustada por el público. Veía Cervantes, que entre seguir locamente a la fantasía y escribir puras ficciones como las de los libros caballerescos, o narrar los hechos singulares de verdaderos héroes, de grandes figuras de la historia, había un término medio, que era tomar argumentos del fuego de los sentimientos y pasiones en la vida social y en su esfera más general y dilatada, y presentar sencillas pero interesantes situaciones dramáticas, sabiendo prestar al fondo la importancia que en otros casos suplican la posición y categoría de los personajes; tomando para valernos de una imagen, simple barro e infundiéndole belleza y vida con la magia del ingenio. Esto es lo que intentó Cervantes y esto fue lo que consiguió abriendo una nueva vía, por donde

ninguno ha recogido más abundante fruto. A pesar de lo que se ha dicho en contrario, nos parece que tuvo razón al afirmar que él era el primero que había novelado en la lengua española, entendiendo Cervantes, como gran maestro, que sus composiciones eran las que correspondían por su forma y fondo a esta denominación, y si miramos a los asuntos y a las personas que en sus cuadros intervienen, se observará que todos ellos son sucesos de los que entran en la clase y categoría de **nuevas** que hoy llenan las crónicas y gacetillas de los periódicos contados con toda la rapidez necesaria para que aparezcan como pequeños dramas o comedias, según el asunto es trágico o cómico. En efecto, todos son sucesos que en el curso de la vida ordinaria tienen lugar, y que Cervantes ha sabido embellecer, dando interés general a argumentos por su naturaleza familiares y comunes, en que actúan personas privadas y aun de la más humilde esfera. Así lo vemos en la **Tía Fingida**, que fue en nuestro concepto la primera que compuso. Así se observa en el **Celoso Extremeño**, en que es notable la llaneza de los personajes; en la **Fuerza de la sangre**, en la **Gitanilla**, en la **Ilustre fregona**, en el **Curioso impertinente**, en el **Rinconete y Cortadillo** y en la **Española Ingresa**, notándose cómo en todas insiste en declarar, que los personajes vivían, y que los sucesos narrados habían sido verdaderos.

En el espacio de cerca de treinta años, escribió Cervantes las trece novelas que resolvió dedicar a don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos: prueba evidente de que componía con pies de plomo, alternando en sus tareas, y no poniendo en prensa su ingenio a la manera de Lope, que en veinticuatro horas compuso más de una vez una comedia, para que durase otras veinticuatro, **ut accidit**. Consecuencia de esta variación y espacio en el trabajo es que las ideas se refresquen y vuelvan con nueva lozanía, y que se sujeten un mismo asunto a diferentes modos de ver del autor, según el humor y el temperamento de cada día, lo que no tiene lugar cuando se fuerza al ingenio, por fecundo que sea, a que destile y dé vueltas sin cesar como una máquina. Quizás, y aun sin quizás, lo que escribió Cervantes más de prisa fueron las comedias que contrató con el autor Rodrigo Osorio; y quizás, y aun sin quizás, se arrepintiera de haber puesto plazo a la invención de su ingenio.

Es probable que la última novela que compuso fuese la de la **Gitanilla**, que no sin razón consideran algunos la mejor de todas. Hallóse Cervantes con esa preciosa colección de cuadros sociales, verdaderos dramas para el teatro del retiro de los lectores, y era natural que pensase en dirigirlas a una persona ilustrada, que supiese apreciar el obsequio, y correspondiese de otra manera más noble que acertó a hacerlo el mezquino duque de Béjar. Cervantes había tenido la desgracia de perder a su hermana doña Andrea, a quien tanto amaba, y con la cual, y su ayuda en el seno del hogar doméstico, le sería más llevadera su corta suerte. Este accidente, que tuvo lugar en 1609, debió ser muy sensible para su corazón, y tal vez interrumpió sus tareas por algún tiempo; pero esto mismo le obligará a apresurar la publicación de algunas de sus obras, con ánimo de ofrecerlas al que entonces, con más justicia que el duque de Béjar, merecía el título de Mecenas de su siglo. Era éste el ya mencionado conde de Lemos, verdadera lumbre de nuestra nobleza y de nuestra literatura; hombre celosísimo, como cristiano, espléndido y magnífico como noble, recto como juez, templado y misericordioso en el ejercicio de su autoridad, que la tuvo, y muy omnímoda, en sus virreinatos en las Indias y en Nápoles, cultivador de las artes, amigo de los hombres de saber, enamorado de los virtuosos y modestos, sostén y apoyo de los pobres, y finalmente adornado con todas las prendas que sientan bien en los grandes y caballeros. Escribió varias comedias que corrían en grande estimación entre los literatos; especialmente la que intituló **La Casa Confusa**, que fue representada con gran éxito, asistiendo la corte al espectáculo. Favoreció a los ingenios, honró a sus maestros, estableció academias; y sin descuidar sus graves obligaciones, las prácticas religiosas y el buen orden y dirección de su casa, gobernada más por su ejemplo que por sus órdenes, supo encontrar espacio para honestos pasatiempos y para cultivar el trato con infinitas personas que gustaban de su discreción, y más que todo de la singular modestia que daba mayor realce a todas sus virtudes.

Bien seguro es, que si Cervantes no hubiese tenido amigos oficiosos, a más de sus enemigos encubiertos, hubiera ocupado uno de los puestos que con tanta discreción quiso confiar el conde a los hombres de distinguido mérito, cuando en 1610

fue nombrado virrey de Nápoles. Nuestro escritor vivía oscuro y retirado en su oscura y lóbrega posada, en donde costaba tiempo y trabajo a la virtud para salir por los resquicios de su estrechez y hacerse notoria, como después se hizo, a despecho de sus detractores, a los ojos del conde de Lemos. Nombró éste por su secretario a Lupercio de Argensola, a quien rogó que llevase consigo a su hermano Leonardo, y ambos fueron a Madrid para buscar y proponer los oficiales necesarios para la secretaría. Escogieron amigos suyos para estos cargos, y aunque Cervantes estaba con ellos en buena correspondencia, no fue del número de los agraciados; ya porque su amistad no era tan íntima como la de otros, ya porque lo avanzado de su edad no le permitía emprender tan largo viaje. Con todo esto, los Argensolas prometieron recomendarle eficazmente al conde de Lemos, jurándole, tal vez, como buenos clásicos, **por la laguna Estigia**, que no le echarían en olvido, y que pronto vería los efectos de su buena voluntad.

Quedó Cervantes con estas promesas algo esperanzado de alcanzar favor de un hombre que tanto lo prodigaba a los beneméritos, y aunque antes hubiera deseado hacer un obsequio digno a este ilustre magnate, tal vez le pareció escaso el número de las novelas que tenía compuestas para presentarlas al conde de Lemos, y es de creer que pensase en aumentar la colección para hacer más digno presente y recordar de este modo a los Argensolas sus ofrecimientos. De todo esto nos da alguna, aunque confusa indicación, el prólogo y la dedicatoria que puso a sus novelas, viéndose por estos documentos la nobleza de Cervantes y el ingenioso modo que tuvo para hacer conocer al conde, no sólo sus méritos y servicios, sino la mala obra que alguno le hacía en Italia, a sus espaldas y en los oídos del virrey. Nosotros no diremos que fuesen los Argensolas, ni que les comprenda la frase de **sotiles y almidonados**; Cervantes ya se había quejado en la primera parte del *Quijote*, de su mortal y encarnizado **enemigo** que le había puesto de mala figura a los ojos de la corte, y aquí en el prólogo de las novelas se vuelve a quejar de un **amigo** (expresión irónica), que le dejó en **blanco y sin figura**. Por una parte parece aludir a su antiguo adversario, cuando dice que se granjeó tal rivalidad, **antes con su condición que con su ingenio**. Por otra, parece aludir a informes calumniosos, hechos al conde de Lemos por

un **sotil** y **almidonado**. Nuestro sentir es, que por olvido y negligencia de los Argensolas, antes llegaron a los oídos del conde los dardos de la calumnia contra nuestro autor, que los ecos de la verdad, y que cuando estos amigos, movidos por nuevas instancias de Cervantes, quisieron realizar sus promesas, hallaron el ánimo del conde predisposto en su contra, costándoles mucho tiempo y trabajo destruir aquella preventión. Aún concedemos más en honra de estos eminentes poetas, y es, suponer, que ellos participaron a Cervantes el estado del ánimo de su protector, con lo cual supo a qué atenerse y cómo presentar su obsequio, defendiéndose y justificándose con admirable delicadeza.

Vése, en efecto, cómo en la dedicatoria se muestra lejos de la adulación servil, impropia de un escritor digno y que tiene conciencia, no sólo de su valer, sino de la ilustración de su Mecenas. Pasa en silencio las grandezas y títulos que ensalzaban su antigua y noble casa, y sus virtudes y méritos, dejando a los nuevos Fidias y Lisipos que busquen mármoles y bronces donde grabarlas y esculpirlas; y por otro lado no se humilla a suplicarle que reciba el libro bajo su tutela, osando decirle, que si él de por sí no es bueno, será impotente todo su prestigio y nombre para evitar el vituperio de los Zoilos. La conclusión de la dedicatoria da a entender cuánto espera de la muestra de este servicio, confiando en la opinión que formará el Conde, de quien ejercita su pluma y pone su entendimiento en miras tan nobles como la de acrecentar la buena enseñanza por medio de cuentos ejemplares que encaminan a la virtud a quien los leyere.

El prólogo de las novelas es una obra maestra del ingenio de Cervantes. Quien con atención lo leyere, observará lo dificultoso de las circunstancia en que su autor se hallaba, teniendo que **valerse de su pico** para decir verdades encubiertas, deshacer un error, y hacer entender por señas lo que no podía decir claramente. Nosotros nos hemos preguntado más de una vez, por qué Cervantes habría puesto la introducción que lleva, tan extraña y misteriosa, antes de venir al punto de tratar de las novelas. Supusimos que no sin causa había hablado de su fisonomía así física como moral, y conociendo que Cervantes no carecería de graves motivos para este artificio, y que no acostumbraba a usar de palabras ociosas, pro-

curamos investigar alguna parte de este misterio que no es otro que el ya apuntado. El prólogo es como una breve hoja de servicios puesta con su retrato descrito para confusión del que teniendo tantas alabanzas que decir de él, inventó calumnias, o notó defectos de que no está libre el hombre más superior. Con esto se ve de manifiesto, cuánta era la fuerza de la corriente de su desventura, pues en todas partes, en Argel como en Madrid, en Madrid como en Valladolid y en Valladolid como en Nápoles, se extendía la red de sus invisibles seguidores. Gracias que el Conde de Lemos era un hombre superior; gracias que su corazón recto pudo al fin descubrir el valor y apreciar la virtud de Cervantes a través de las nubes con que pretendieron ocultársela. La protección de este hombre ilustre fue espontánea, según confesión del protegido, lo que prueba que un corazón virtuoso tiene la virtud misteriosa de reconocer a sus iguales.

Salieron a luz las novelas ejemplares en 1613, precedidas de la buena fama que ya había adquirido la que intercaló en el **Quijote**, y de la reputación que gozaban otras que corrían en manuscritos. ¿Qué diremos de este libro, de esta nueva invención con que salió **en la plaza del mundo a los ojos de las gentes**? A nuestro modo de ver bastaba sólo esta obra para levantar el nombre y fama de su autor al alto asiento de la inmortalidad. El público la devoró, que no leyó, y muy luego fue necesario reimprimirlas. Su mismo rival, autor del falso **Don Quijote**; no pudo menos de confesar que eran buenas. Lope de Vega, que también se atrevió a novelar, cediendo a una tentación, tuvo fortaleza para hacer un débil elogio, diciendo, que no faltó a Cervantes gracia y estilo en sus novelas. Tirso de Molina le llamó el **Boccaccio de España**, se entiende en la consideración y fama, pues en fin moral y en mérito artístico sería tal vez dudosa la atención y equívoco el elogio. Gerónimo Salas de Barbadillo, fácil, elegante y fecundo escritor, decía, que Cervantes había confirmado con esta obra, la justa estimación que en España y fuera de ella se hacía de su claro ingenio, mostrando al mismo tiempo la fertilidad de la lengua española a los que la culpaban de corta, siendo la cortedad sólo de sus ingenios. Finalmente, por no extendernos en acumular elogios, que sería nunca acabar, diremos que el insigne y famoso novelista Walter Scott, decía que **Cervantes**

había sido su maestro, y que en todos los días de su vida **no dejó de leer** sus novelas. Sólo este hecho y estas palabras, proferidas dos siglos después de escritas las novelas, por un ingenio tan celebrado, y que tan alto rayó en este género de composiciones, basta para honra de Cervantes y equivale a un libro lleno de elogios.

Y en efecto, ellas son tales, que han quedado únicas y solas en nuestra literatura, y no tienen paralelo en ninguna de las literaturas de Europa. El gran Calderón de la Barca, coloso del romanticismo, para hacer un elogio hiperbólico de amor novelesco le comparaba a los amores que pintó Cervantes, y para poner en su punto lo que era una novela extraña e interesante, recordó sus novelas, lo que muestra la admiración en que las tenía. Los más fecundos ingenios, los más famosos escritores dramáticos hallaron en este pequeño, pero nutridísimo arsenal, dónde tomar argumentos para sus composiciones. Lope de Vega, cuya fecundidad fue asombrosa, tomó de la **Ilustre Fregona** y del **Celoso**, asuntos para sus comedias. De la primera de estas se valió don Diego de Figueroa y Córdoba para una de sus composiciones. José de Cañizares, hizo una comedia con el título de **La más Ilustre Fregona**. Don Agustín Moreto arregló para el teatro el **Licenciado Vidriera**: Montalván puso en escena el **Celoso Extremeño**, Castillo Solórzano y el famoso Guillén de Castro imitaron la intitulada **Fuerza de la Sangre**. Y no sólo en España, sino fuera de ella, sirvieron sus argumentos a los grandes ingenios, viéndose infinitas obras calcadas sobre sus cuentos o novelas, y descollando entre todos Nericault Destouches, que siguió a Cervantes, variando sólo el estado civil de los personajes en su **Curioso Impertinente**.

CAPITULO XXII

Variedad de juicios en los críticos. — Paralelo entre el **Curioso Impertinente** y **Rinconete y Cortadillo**. — El argumento del **Curioso**.

Al juzgar las novelas separadamente, es cuando más se observa lo únicas y especiales que son, pues ellas mismas se

sirven de modelos y de materia para comparar sus méritos respectivos. Críticos hay que consideran **La Gitanilla** como la más acabada; otros, y entre ellos Florián, creen que la más perfecta es la intitulada, **Fuerza de la sangre**; otros dan la preferencia a **La ilustre fregona**, creyendo que en ella se muestra más espontáneamente la peculiaridad del genio del autor; los españoles, y entre estos los andaluces, no pueden menos de admirar las dotes de perspicacia y la fuerza de colorido con que está trazado el cuadro de **Rinconete y Cortadillo**. Unos juzgan que el **Licenciado Vidriera** descuenta entre todas por la extensión de miras de su afinada sátira; estos consideran el **Coloquio de los perros**, como la obra más original en invención, aunque no sea propiamente novela, y por lo mismo, la más cervántica, pues la invención fue la cualidad más extraordinaria de este extraordinario escritor. Hay quien tiene a **La Tía fingida**, por un boceto hecho al vapor con el pincel de Teniers o el lápiz de Goya, digno de ponerse al lado de los mejores cuadros. No falta quien juzga, que nada llega a la profundidad, transcendencia y conocimiento de las pasiones y del corazón humano que se muestran en el **Celoso extremeño**, y quienes colocan **El amante liberal**, **La española inglesa**, **La señora Cornelio** y **Las dos doncellas**, a un mismo nivel en movimiento dramático y sabor romántico inimitables, y muchos, en mi entender no descaminados, juzgan que el **Curioso impenitente** excede a todas, y es donde se muestra Cervantes a mayor altura. Lo cierto es, que cada una tiene sus bellezas peculiares, que en unas sobresalen la exacta pintura de las costumbres particulares, y son como especie de fotografías; que en otras descuellan el interés de los sucesos y la gracia de las narraciones, y en todas la crítica de los vicios y preocupaciones, el conocimiento de los efectos, el juego y lucha de las pasiones, y sobre todo, en todas despunta el arte admirable de pintar los caracteres humanos en toda su variedad con una verdad pasmosa, con un relieve admirable, porque sólo nuestro novelista supo delinear y embeber muchas veces una personificación completa en un solo toque, en una sola pincelada. La diferencia de opiniones sólo prueba, que cada novela, tomada separadamente, es una obra maestra.

No es de este lugar un análisis minucioso y concienzudo de estos doce trabajos del Hércules literario español, análisis que

aún está por hacerse en nuestra patria y fuera de ella. Con todo diré algo, aunque sea poco, comenzando por observar la prodigiosa flexibilidad del genio de Cervantes mostrada en estos doce cuentos, que como mesa de trucos sacó en la plaza de nuestra república. Escojamos para notar esta universalidad y flexibilidad de su ingenio dos novelas que por su argumento, corte y estilo se diferencian notablemente, como son, **El Curioso** y **Rinconete**. ¿Qué punto de contacto hay en estos dos bellísimos cuadros si no es la maestría con que están ejecutados? ¿Quién pudiera decir que el mismo autor pudo llevar a tan alto grado la fuerza de generalización y extensión de miras del uno, y el poder de individualización que se observa en el otro? En el **Curioso** todo tiene un interés universal; en **Rinconete** todo tiene un sello especial. El argumento de la primera novela es puramente humano, no reconoce distinción de edades, climas ni condiciones, y es además eminentemente dramático. El argumento de la segunda es hijo de una complejión particular, de un estado excepcional, de accidentes de lugar, de tiempo, de educación, de organización civil y política: ni aun es puramente español, sino que lleva el tinte de una localidad, y además es eminentemente cómico. En la una hay economía de personajes, sobriedad de medios externos; en la otra abundancia de actores, acumulación de movimiento escénico. En la primera no hay descripciones, todo es pintura de afectos, anatomía del alma. En la segunda abundan los retratos, todo es delinean contornos y perfiles, todo es anatomía del cuerpo. En la una Cervantes es el filósofo, el trágico, el cosmopolita, el pintor de las grandes pasiones, el observador del corazón humano, el escritor de todos los tiempos, el conocedor de los más misteriosos y ocultos fenómenos psicológicos. En la otra Cervantes es el escritor cómico, el observador de las costumbres, de los vicios, flaquezas y fealdades, el novelista español, el narrador ameno, el cronista festivo, el pintor caricaturesco, el Dickens de nuestra literatura, a quien no se esconde un detalle, ni se le oculta un cabello. En la una es el pincel de Miguel Angel trazando un grave asunto de interés social universal, en la otra es un miniaturista haciendo un retrato, un David Teniers fotografiando un especial reino en el mapa social. En el **Curioso** entra Cervantes desde luego en el argumento interno, en las pasiones del án-

mo, en las borrascas del corazón. ¿Qué importan el rostro de Anselmo, la estatura de Lotario, la descripción de Camila, ni cómo era la casa teatro del drama ni el traje de los actores? Nada hay en él que no tire expresamente al blanco. Entre tres seres y entre cuatro paredes, se basta su genio para ofrecer un gran cuadro en donde la personalidad se oscurece, los accidentes se eclipsan, lo particular, externo y analítico cede el lugar a lo universal, interno y sintético, y fuera de la institución del matrimonio, estado civil en que coloca a los personajes, el argumento puede suponerse en cualquier época, en cualquier nación, en cualquier sociedad compuesta de seres racionales. En **Rinconete** entra Cervantes distinguiendo prolijamente lugares, y acumulando descripciones. Todo es analítico y minucioso: los rostros, los trajes, el lugar del nacimiento, las ocupaciones de cada uno, el lugar de la escena son cosas importantes. El miniaturista no olvida ni el color del mango de los cuchillos, ni la patria del vino que bebió la Pipota, ni los moteos de cada personaje, ni aun el sexo y forma de sus uñas, que es hasta donde puede llegar el instinto del genio verdadero. La venta en que se encuentran los dos muchachos, ni aun es una de las muchas que se veían en los campos, sino la que estaba «puesta en los campos de Alcudia, **como vamos** de Castilla a Andalucía». En el traje astroso distingue las alpargatas de uno y los zapatos **picados y sin suelas** del otro, y hasta las hiladas de sus camisas, parece que puede contar el lector. Cada actor se muestra aquí con un relieve asombroso sin confundirse, aunque todos son ladrones. Pinta a una vieja viciosa con llamarla **halduda**. Cada bravo es un tipo de diversa estofa y hasta los nombres suplen por las descripciones. Pero donde el arte llegó a su colmo, es en la estampa del disforme bárbaro Monipodio, cuya figura queda impresa entre tantas figuras estigmatizadas.

A más pudiera extenderse este examen, si el miedo a una larga disgresión no lo impidiese, y mucho más teniendo que decir algo de los asuntos o sujetos de algunas novelas que se han creído copias de la de otros autores, como si el autor del **Quijote** tuviese necesidad de servirse de ajeno plato. Pocos genios, según los ingleses, han igualado en originalidad a Shakespeare, y sin embargo, no hay un drama de este escritor cuyo argumento sea invención suya. Sólo los españoles erudi-

tos han querido quitar a nuestro Cervantes el mérito de la invención, a aquel que escribió con verdad de sí mismo:

«Yo soy aquel que en la invención excede
A muchos.....»

y que fraguó sus obras en la oficina de su clarísimo entendimiento, sin robar ni hurtar a ninguno, porque con sus obras podían hartarse, como se han hartado, muchos ingenios.

El argumento de la del **Curioso**, dice Navarrete, parece haberle tomado de Ariosto cuando en su **Orlando** pinta a un caballero que habiendo casado con una dama llena de honestidad, hermosura y discreción, con quien vivió muchos años, la maga Melisa le aconsejó que para probar la virtud de su mujer, la diese libertad y ocasiones en que abusar de ella, fingiendo ausentarse, y que bebiendo después en un vaso de oro, guarnecido de piedras, lleno de vino generoso, sabría si le habría sido fiel o no; porque si lo era, lo bebería todo sin que nada se le derramase, y si lo contrario, se le vertería el licor sin aprovecharse una gota.

Aquí flaquea la erudición **curiosa**, pues el mismo Ariosto no fue el original inventor de estas **impertinentes** pruebas, según hemos apuntado en otro lugar y dijimos en nuestro opúsculo sobre el **Quijote**. Estos argumentos, en cuanto a la idea que les sirve de base, que es la prueba de la fortaleza femenil, con perdón de Navarrete, no son de Ariosto ni de escritor alguno moderno, pues está harto enlazada con el más íntimo y vehemente deseo de la felicidad humana, para que no haya sido objeto de anteriores especulaciones, y para que no fuese familiar a un genio. Pero aunque así no fuera, tratándose del **Curioso impertinente**, parece impertinencia hablar, ni a sesgo, de plagios, cuando Cervantes excedió en originalidad a cuantos directa o indirectamente han tratado de este asunto, fondo común del arte más elevado. Todos los héroes llevados por curiosidad y amor propio a la práctica de esta prueba, lo fueron en las obras de los antecesores, por instigación maligna de otros, en quienes dominaban la envidia, el odio o el interés, circunstancia que hacía sus cuadros un tanto inmorales; y los que así no proceden, se movieron por vanagloria ridícula, confiados en la firmeza de sus mujeres, teme-

ridad loca que aumenta si es posible lo inmoral del cuento, y reduce su importancia a los ojos de la conciencia del marido. Cervantes sólo extendió y ensanchó sus horizontes y le elevó y engrandeció, haciendo que el pensamiento se originase en el ánimo del marido, y desvaneció su tinte inmoral poniendo a Anselmo interesado en el secreto de la prueba y animado a intentarla por contar con la discreción de un verdadero amigo. Anselmo cree en la virtud de Camila; pero no está completamente seguro de si es virtud a prueba. Aunque no cree lo bastante para no dudar, duda lo suficiente para no dar entera fe, y esta sombra de duda, muy propia en lo humano, es lo que le dispone a la tentativa sin vanagloria, sin jactancia, al propio tiempo que sin timidez: y esta distinta posición y situación del personaje es lo que eleva a su novela sobre los greseros cuentos de sus antecesores: de modo que no sólo no toma Cervantes de Ariosto, que a su vez tomó de otros, sino que los deja a todos y toma por camino nuevo, teniendo el arte de dar originalidad en sus manos y con su ingenio, a lo que podíamos llamar un argumento tan viejo como el de la manzana. Por lo menos le ofreció, a la continua, la experiencia de la vida social desde que la civilización cristiana elevó a la mujer a compañera del hombre, e hizo indisoluble el matrimonio, y la caballería a custodia del honor.

Entonces se hizo posible el género de pensamiento o problema que quiso resolver Anselmo para su tranquilidad y dicha (1).

Parece como que en esta novela trata Cervantes de desterrar el fundamento de las ideas exageradas del honor, que recientemente preocupó la presunción hidalga de los españoles, creyendo que las pinturas de los libros románticos de caballería donde se mostraban doncellas andariegas, era posible en las condiciones creadas por la ciudad o nueva vida social. Bien da allí a entender con la libertad y en el **Celoso extremo** con la opresión, que por todos los caminos se va a la Roma de la flaqueza humana, cuando ésta se halla bajo el im-

(1) Referimos al lector al extenso tratado que hemos dedicado a este asunto, con el título de «Escuela del matrimonio, o juicio del «Curioso impertinente», cuya primera parte, o sea la relativa a la historia del argumento fue impresa en 1878 en las columnas de **El Arte**, publicado en Sevilla.

perio de tentaciones poderosas. Colocar el brillo y lustre del honor en custodia de un ser que consideraba el hombre como inferior, y al cual privaba de educación y de derecho, es la mayor de las sandeces en que ha incurrido el entendimiento humano. Bajo este punto de vista, la novela del **Curioso** es la más importante y trascendental de todas las que salieron de su pluma; y bajo el concepto de que Anselmo es presa de una pasión de ánimo y quiere para sí propio la felicidad absoluta que Quijano quería para sus semejantes, tiene propio lugar y encaje en el **Quijote**.

CAPITULO XXIII

El Licenciado Vidriera. — La Gitanilla. — La Española Inglesa.

También es indicación del mismo biógrafo, que el erudito Gaspar Barthio fue el modelo que Cervantes tuvo presente al componer su **Licenciado de vidrio**, fundado en que este escritor viajó mucho, aprendió mucho (sin poder digerir nada) y dio en la manía de creerse de cristal. Esta indicación como nota ilustrativa y muestra de erudición pudiera pasar; pero creer que Cervantes tomó a este maníaco por modelo, es juicio tan equivocado como el de suponer por original del **Quijote** al hidalgo entonado de Argamasilla. Esta clase de locura o melancolía ha sido antes, como en nuestros tiempos, muy frecuente para que tuviese necesidad Cervantes de acogerse al caso particular de Barthio. Nuestro autor parecía muy enterrado en esto de afecciones cerebrales, según lo muestra en varias de sus obras, y sin ese ejemplar hubiera siempre delineado su héroe, pues no era el primero que se había creído de vidrio. Dado el fenómeno, y las causas generales que lo producen, principalmente la misantropía; el estudio o las pasiones de ánimo, la determinación del género de manía puede ser infinita. Unos se creen vegetales, otros minerales, otros convertidos en masa blanda, otros en roca impenetrable y así

por este orden las aprensiones se revelan en una variedad infinita. A Cervantes convenía para su intento que su monomaniaco pareciese de entendimiento sutil y delicado y le presentó con la aprensión de que era de vidrio, por el cual obra el alma con más prontitud y eficacia, que no por medio del cuerpo hecho de materia pesada y terrestre. Decir que Gaspar Barthio fue el modelo para Cervantes, equivale a asegurar que determinado individuo le sirvió de modelo, por ejemplo, para pintar los celos de Carrizales, como si esta pasión no hubiera sido hasta entonces fenómeno conocido.

El relato ofrecido en la **Gitanilla**, no por extraño que parezca, pudo dejar de ser histórico en todas sus partes y extremos, pues la raza de los gitanos, por querer del cielo, suele producir bellezas de mujeres ante la contemplación de las cuales no está seguro de no hacer el sacrificio que Andrés hizo, el hombre más discreto e independiente de los estragos de Cupido. En nuestros días ha tenido lugar un suceso enteramente idéntico al que en **La Gitanilla** se refiere, entre una llamada **Esmeralda** y el escritor inglés Barrow, con la diferencia única de que esta **Esmeralda**, no poseía la constancia de **Preciosa** y causó la desdicha de su legítimo y amante esposo, el cual confesó públicamente, que a pesar de todo tenía abiertos sus brazos para recibirla, si olvidando a sus amantes volvía al hogar doméstico. Tanta poesía existe aun en el que llaman prosaico pueblo inglés.

No es posible dudar de que en esta novela se representa el autor bajo el personaje del mozo vestido de blanco que, huyendo de la justicia de la corte, iba camino de Cartagena para embarcarse en dicho puerto para Italia. A más de la semejanza de caso que en su lugar se ha visto ocurrió a Cervantes en su juventud, se junta el decir Preciosa que le había visto en Madrid como paje, no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algún príncipe y que le había dado un romance muy bueno. Andrés viene a confirmar esta presunción cuando le pregunta: «¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la corte entre paje y caballero, que tenía fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto a una gitanilla?». Las particulares señas y alabanzas que hace de este mozo, su liberalidad y buena gracia, y otros varios detalles que notará el lector en el largo relato a que da lugar el en-

cuento de este fugitivo poeta con el aduar de los gitanos, muestran no ser pura invención, sino referencia a sucesos propios, y esta es una de las causas del gran relieve, verdad y encanto que se advierte en las narraciones de Cervantes, pues en las más de ellas pinta lo que ha visto y sentido. Por lo demás, juntando este relato desde el refugio del joven en el convento de San Gerónimo de Madrid, con el que vemos narrado en la novela del **Licenciado Vidriera**, hasta que se embarca en Cartagena, tendremos una parte, no pequeña, del itinerario y peregrinación probables de nuestro joven poeta. Con más o menos extensión, en casi todas sus obras en que intervienen aventuras, batallas y apresamientos, natural es que Cervantes se acordase antes de las suyas propias que de las ajenas, y fácil es distinguir en donde aparece su personalidad, ya bajo la figura de soldado, ya de paje, aquí de estudiante, allí de caballero, cuándo de poeta, cuándo de enamorado.

En **El amante liberal** y **El Licenciado Vidriera**, se encuentra, como ya hemos visto, alguna parte de narración autobiográfica, y gran material en el **Coloquio de los perros**, de que me he apovechado oportunamente, mas como esta clase de observaciones son más propias de un juicio crítico extenso, lo cual no es de este lugar, me limitaré a una breve ojeada sobre el interesante cuento de amores de Ricaredo e Isabela.

Mi opinión sobre la **Española inglesa** es, que el autor quiso representar el verdadero honor del amante, y tal vez por esto buscó al héroe en Inglaterra, por no hallarse tipos de esta clase en los adoradores de España, muy galanes y muy capaces, de todo sacrificio y locura, con la condición **sine qua non** de ser la dama hermosa. Si el hecho es histórico cual parecen indicarlo ciertos datos, mucha debió ser la intimidad de Cervantes con los principales personajes que en el drama intervienen, o por lo menos supo los pormenores de la prima de Isabel, esa monja cantora del convento de Santa Paula, de Sevilla, de quien se supone enamorado a Cervantes, y sería de la voz, pues nada se dice de su hermosura. En este caso hay notable paridad con la pasión que sintió Shakespeare por una mujer vulgar y aun fea de rostro, pero de extraordinaria gracia y habilidad en el canto y en la música.

Existe en la literatura inglesa una balada con el título de

El amor de la dama española, que evidentemente se refiere a una prisionera hecha en el cerco y saco de Cádiz, cuyo amante se llama **Ricardo Levisson**, y en la cual se hace mención particular de un collar de perlas, y como el pretendiente en nuestra novela tiene el nombre de **Ricaredo**, y también se menciona en ella un collar de perlas, acaso sea la balada reminiscencia de esta misma historia de amores. Hay otros indicios de ser relato auténtico, entre ellos el de designarse el nombre del banquero florentín Roqui, con casa de giro en Sevilla; pero si a dicha fuese invención de Cervantes el dramático incidente del envenenamiento de Isabel por la camarera de la reina Isabel, y que de resultas de ello, perdió la tez y la belleza, no sabríamos cómo ponderar la intuición de nuestro novelista y su acierto en elegir la nación apropiada al carácter de sus personajes. He dicho que me parece el nervio de esta novela el mostrar que el verdadero honor de un amante no es la vana palabrería del galanteo ni las finezas o las locuras si la mujer es hermosa, sino la constancia en la palabra cuando la hermosura se pierde por accidente fortuito o voluntario. Sabido es, que en nuestra historia hay más de un caso en que la mujer, para conservar su honra o su reposo ha atentado contra su hermosura y destruido los atractivos de su rostro con sus propias manos, sabedoras de cuán poco se internaba el fuego de la pasión en nuestros galanes, que por lo general estaba en los labios, y quitada la ocasión se quitaba el peligro. Por lo tanto, haber puesto la escena de esta novela en España o en Italia, diera lugar a creerse un suceso casi inverosímil.

No lo es así localizando el drama en Inglaterra, pues la historia nos conserva más de un ejemplo de ese alto honor en los amantes. El famoso Guillermo Temple, enamorado desde corta edad de la célebre Dorotea Osborne, hija del gobernador de Guernesey, después de mil obstáculos y contratiempos verdaderamente románticos, vio desaparecer la belleza de su amada a quien atacó la enfermedad de la viruela, y sin embargo, se mostró constante y leal, y fea y desfigurada la recibió como esposa. El coronel Hutchinson había dado antes este noble ejemplo, que refiere su misma esposa diciendo: que le dio su mano apenas la convalecencia la permitió salir de su aposento, y que estaba tan fea, que puso espanto al mis-

mo sacerdote. «Dios, sin embargo, continúa, recompensó su justicia y su constancia, restableciéndome como yo estaba antes.»

El no haber visitado nuestro autor a Inglaterra ni visto la capital, le hace incurrir en un error al reseñar la entrada de Ricaredo con la nave chica y la grande portuguesa cargada de frutos coloniales. Dice que esta se quedó en el mar, porque el río no tenía bastante fondo para su calado; y que desde palacio se la veía a lo lejos. Ahora bien, esta es una inexactitud, puesto que el Támesis corre muchas leguas antes de atravesar la ciudad de Londres.

Suponiendo que Cervantes oyese el relato de boca de estos amantes, o de la monja prima de Isabel, la época en que debió escribirla fue en los primeros años del siglo XVII.

CAPITULO XXIV

El falso Quijote o Quijano el **Malo**. — Maniobras puestas en juego. — El Sancho de Avellaneda y el de Cervantes. — Indicios del nombre del autor oculto. — **Viaje del Parnaso**. — Capacidad crítica del autor del **Quijote**. — El poeta Roncesvalles. — Comedias y entremeses.

Conocidos como eran, varios de estos desahogos de su ingenio, su publicación en forma colecciónada tuvo un éxito singular y avivó el malquerer de sus enemigos, que se vieron señalados en el prólogo, en **El licenciado Vidriera y Coloquio de los perros**, de una manera bastante significativa. Esto haría arreciar los efectos de la envidia, y apresurar la ocasión de salir al público y hacer frente a Cervantes con todo el grueso de las fuerzas, lastimándole por donde más creían que podía dolerle, que era componiendo y publicando una segunda parte del **Quijote**, como para dar a entender al público que había ingenios tan capaces como él y aun superiores, pues podían hacer una obra en la forma y en el fondo superior a la suya.

En efecto, hacia fines de 1614 y mientras se hallaba en prensa el ingeniosísimo poema intitulado **Viaje del Parnaso**,

se imprimía en Tarragona una continuación del **Quijote** por un escritor de Tordesillas con el nombre de Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda y evidentemente fraguada en secretos conciliábulos de Madrid. Semeja esta obra en mucho a esas grúas o maquinarias que se construyen para mover pesos enormes con sólo la aplicación de un dedo a un manubrio. El sanedrín de donde parte la inspiración superior está en la corte. Se da un rodeo para buscar a un autor supuesto en Tordesillas, toma el pseudónimo de Avellaneda, y se acude a imprimirla nada menos que a Tarragona, y realmente quien sólo con un dedo mueve toda esta maza contra Cervantes, es un fraile dominico llamado Andrés Pérez. Reflexionen los que creen que el **Quijote** tuvo por principal objeto desterrar la perniciosa lectura de libros caballerescos, si tan santo fin merecía que el clero, y en especial los frailes, se alterasen de tal modo y preparasen tan traídora venganza al autor de tan buen propósito.

A pesar del sigilo con que se fraguó este anti-Quijote, no dejó de llegar a oídos de Cervantes, toda vez que en el **Viaje del Parnaso** carga la mano, entre todos los malos poetas y escritores, sobre el fraile o capellán lego que se encubre sin duda alguna bajo el nombre de Avellaneda, y este es otro dato curioso para juzgar sobre el verdadero origen de este oculto manejo. Todos los designados como probables autores de este libro, son religiosos. Aliaga, confesor del rey, fue el primer presunto reo. Designóse después a Blanco de Paz, dominico; a Lope de Vega, familiar de la inquisición, y finalmente a Andrés Pérez, religioso de la orden de Santo Domingo, y el cual, mientras no se destruya el cúmulo de argumentos y pruebas que he presentado en **El Mensaje de Merlin**, y otros trabajos críticos, merece estar por ahora en el banquillo de los acusados (1). Acaso el mismo Cervantes tuvo que conjeturar quién fuese el que tomó la pluma; pero bien conocía a los que guiaron la intención, gente aunada y poderosa.

Este libro vale poco o nada como sátira literaria. Ni el manchego que pinta es hidalgo, ni el andante es caballero, ni su dolencia es locura; ni en suma tiene otro mérito que ser

(1) Alonso Fernández de Avellaneda, artículo inserto en **La Revista Contemporánea**, 1877, Madrid.

Quijano el **Malo**, ya que nada conserva de Quijano el **Bueno**. Por Sancho corre otra cuenta. Como pintura de un rústico, soez, bellaco y bufón con sus ribetes de sucio y collares de obsceno y desvergonzado, es inmejorable, y por esto ha habido autores que lo creen superior al **Quijote** de Cervantes. Mas por lo mismo que es retrato de un zafio, carece de la diversidad de matices que hacen en el Sancho legítimo la verdadera representación de la clase popular y común en España, desde el simple gañán que firma con una cruz, hasta el criado que razona discretamente con su señor sobre gobernación de Estado. En el Sancho de Avellaneda, sólo se ve al criado de Martín Quijada; en el de Cervantes se halla el tipo de todos los servidores, vario en manifestaciones y uno en la sustancia. En suma, el libro no tiene más que un objeto: bautizar a don Quijote, entrarle en la iglesia, colgarle el rosario, hacerle oír misa, y sustituir a Dulcinea con la patrona de su orden. Pero todo esto bajo la apariencia y pretexto de que no se trata más que de atacar la caballería andante. Confesar otra cosa habría sido anti-político, y llamar la atención del público hacia el sentido esotérico del **Quijote**, que ellos y sólo ellos pudieron, aunque no del todo, vislumbrar. En esto, ambos autores siguieron igual camino con distintos fines.

Resultado, Cervantes, lego, compone un gran libro, de lectura moral, y texto para infinitos sermones según un escritor francés, mientras que el contrario bando religioso hace un libelo, de lectura inmoral, que escandaliza aun en cuarteles y lupanares. El uno triunfa andando el tiempo y la humanidad aplaude el fin propuesto y los medios empleados. El otro se hunde en el olvido y muestra la poca vida de su causa. Si así no fuese, el **Quijote** espureo debía estar hoy en manos de todos y el de Cervantes hundido en el polvo de las bibliotecas, porque no viven en los siglos los que en sí no encarnan ideas destinadas a vivir en la humanidad.

Diré para concluir con este aborto, que a más de la evidencia que parece resultar en contra de Andrés Pérez, en lo mal que le pinta nuestro autor en la guerra de los poetas, siendo este autor de **novelas** y **obras en prosa**, tan luego como escribiendo el capítulo LXXII de la segunda parte del **Quijote**, supo que tal libro había salido a luz, entre otras muchas referencias a esa felonía, imagina la aventura de la cabe-

za encantada y saca a la escena a un misterioso personaje amigo de don Antonio Moreno, acerca del cual conviene recordar el siguiente pasaje del **Quijote**.

«Este tal, pues, amigo de don Antonio Moreno, se llegó a la Cabeza y preguntóle: **¿Quién soy yo?** Y fuéle respondido: **tú lo sabes.** No te pregunto eso, respondió el caballero, **sino que me digas si me conoces tú.** Sí conozco, le respondieron, que eres Pedro Noriz.»

Sobre esto escribía yo en 1875, en **El Mensaje de Merlin:** ¡Singular y notabilísimo ejemplo de introducirse una figura en el **Quijote**, sin otro objeto que declarar su nombre! ¿Y quién es este don Pedro Noriz, ni qué le importa al lector este personaje? Llama asimismo la atención esta respuesta misteriosa, extraña, rebosando melancólico sarcasmo: esa respuesta, en fin, que dice un volumen en el sentido alegórico del **Quijote** y nada vale en el sentido literal. ¿Qué razón pudo haber para introducir ese apellido de **Noriz**, que ni aun tiene aire de español? Sólo en Inglaterra es común el sobrenombre de **Norris**. En España no recuerdo haber leído ni oído el Noriz más que en el **Quijote**.

A salvo una leve modificación, con las letras que forman los nombres de **Andrés Pérez**, resultan los de **Pedre Narez** que no distan mucho de **Pedro Noriz**. Curioso fuera, que cuando tantos fundamentos hay para creer que este dominico fue el encubierto Avellaneda, saliesen de ese nombre y apellido las palabras **Ondro Periz**, semejanza y eco que nos está atrayendo a los de **Andro, André, Andrés, y Periz, a Pérez**. Esto no es cuestión de acertijo, porque no es la letra, sino el espíritu del **Quijote** el que nos trae a suponer tal revelación, y todo anagrama tiene que pasar por esta severa prueba y piedra de toque para que se crea formado expresamente por el autor (1). Si esto falta, son coincidencias casuales y por eso estoy muy lejos de adoptar los supuestos ecos y semejanzas que halla un crítico en los nombres de Alifanfarron, Pentapolín y sus respectivos caudillos y caballeros.

(1) ¿Será también azar, casualidad o acertijo el haber llevado a Don Quijote a que le venciese el de la **Blanca Luna**, en Barcelona, que lleva el anagrama de **Blanco era?** ¡Quizás piensen así los que creen, que la Creación es efecto del acaso!

El Viaje del Parnaso, publicado a continuación del tomo de las novelas, es una de las composiciones más satíricas e ingeniosamente epigramáticas que pueden inventar la fantasía de un poeta. Apenas hay una línea que no sea un dardo, una punzada, una ironía: y hasta aquellas que parecen inofensivas, llevan algo de zumba y socarronería. Campea en esta composición, traviesa por extremo, el arte especial y único de nuestro escritor en disponer la traza de la invención de manera, que dice lo que quiere, da en el blanco a donde apunta, hierre hasta el tuétano y sin embargo, parece que apenas mueve la mano con que azota. En el arte literario tiene lugar lo que en el pictórico. Hay artistas que usan mucho color negro y apenas producen efectos de claro oscuro, y otros como el gran Velázquez, que emplean una media tinta y llegan a efectos asombrosos, y es que en el **Viaje del Parnaso**, como en el **Quijote**, gran parte de la sátira está en la invención, en el plan, en la estructura, y hecho esto, basta una leve pincelada, un toque de la pluma para que resulte un efecto extraordinario y una herida profunda.

A haberle puesto un prólogo pudiera con razón decir que no le fue muy bien con el canto de Calíope, enclavado en su **Galatea**. Este es uno de los pensamientos que más descuellan en los cantos del **Viaje**, pensamiento fruto de la experiencia que viene cuando el hombre se va. Escribía el de Calíope en su juventud, con buena fe, con amor, deseoso de estimular, honrar y venerar a cuantos se dedicaban a las letras y a la poesía, extraño a la envidia y ajeno de los celos de profesión. No creo fuese otro el móvil de tantos panegíricos, incluyendo verde, maduro y seco, de toda chamiza, y celebrando al lado de hombres de valer, escritores y poetas de escasísimo o de ningún mérito.

De aquí el asombro y extrañeza de algunos escritores modernos y su idea sobre la capacidad crítica de Cervantes. ¿Es que los genios de gran imaginación y grandes facultades son incapaces para la crítica? Tal pregunta se ha hecho y no deja de haber ejemplos que la justifican. Yo diría que nuestro autor entra en ese número si no viese que a vueltas de esas hiperbólicas alabanzas, es el más riguroso y severo en otras partes de sus obras para conceder el título de poeta. En su escrutinio hay críticas muy discretas, y por su buen juicio

resplandece la de su propia **Galatea**, sin contar con el famoso diálogo sobre preceptiva del arte y del que se ha ocupado recientemente el señor don Luis Vidart en un breve y curioso opúsculo. Pueden explicarse también esos elogios al por mayor, por la conciencia del valor propio en los hombres de gran genio, y puede ser en parte efecto de haberse desvirtuado mucho en su época el valor de las palabras en fuerza de hábitos de lisonja y de exageraciones continuas. Gran número de aquellas frases corresponderían entonces a las que ahora usa la prensa de «nuestro entendido, ilustrado, o eminente amigo», aplicadas a reconocidas nulidades, toda vez que aún se conservan las expresiones de «**mi pobre opinión**», dichas por críticos inflados de soberbia y «**mi humilde juicio**» por opinantes que revientan de orgullo.

Mas estas consideraciones generales parece que pierden toda su fuerza en el caso concreto de Cervantes, cuando le vemos en el canto IV de este significativo y misterioso **Viaje**, no sólo reconocer su error o su imprudencia, sino confesar y señalar los temibles efectos de tanta benevolencia en sus juicios. El mismo se llama ciego, magancés, cronista mentiroso y prodigo de alabanzas; él mismo contempla el daño de estos elogios sin medida cuando dice:

«Estas quimeras, estas invenciones
Tuyas, **te han de salir al rostro un día,**
Si más no te mesuras y compones.

y más claramente lo expresa en el mismo canto en los siguientes tercetos, dirigiéndose a Apolo lleno de temor:

..... «Con bien claros desengaños
Descubro que el servirte me granjea
Presentes miedos de futuros daños.

.....
Unos, porque los puse, **me abominan**,
Otros, porque he dejado de ponerlos,
De **darme pesadumbre** determinan.
Yo no sé cómo me avendré con ellos:
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, yo tiembla de estos y de aquellos.
Tú, Señor, que eres Dios, dales los puestos

Que piden sus ingenios: llama y nombra
Los que fueron más hábiles y prestos.
Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda
Cúbreme con tu manto y con tu sombra,
O ponme una señal por do se entienda
Que soy hechura tuyá y de tu casa
Y así no habrá ninguno que me ofenda.

En efecto, sólo un Dios sería capaz de discernir y valorar talentos, y aun no se atrevería a dar diplomas por miedo de que blasfemases o renegases los descontentos. Entonces, como ahora y siempre, el que menos vale cree llegar a la cumbre y el que en ella está piensa que todo elogio es pequeño. El daño que se causó Cervantes por la absolución general de los pecados de los poetas y quererlos llevar a todos a la cumbre y aun dos leguas más allá del Parnaso, lo empeoró con las sátiras que siempre dirigió a los rimadores, trovistas, poetas de gramalla y **consumidos** en vez de **consumados**. Vieron los más ciegos que aquellas alabanzas eran epigramas y no pudieron perdonarle la broma. Era ya tarde cuando Cervantes lo confiesa y reconoce, y como ya viejo, hizo en este **Viaje del Parnaso** lo que se llama remachar el clavo, y poner en práctica lo que Juan Haldudo con el muchacho Andrés, que después que le tenía medio desollado a golpes, le ató de nuevo, diciendo: que quería acrecentar la **deuda** por **acrecercentar la paga**.

En este **Viaje del Parnaso** apenas se salva uno de la condenación general. Allí llueven enjambres de una nube y de cada gota de agua, a modo de sapo o rana, surgen poetas. En seguida, emprendiéndola de nuevo con Lope, dice:

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, a cuyo verso o prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega.»

con cuyo segundo riego **creció la poetambre** de manera que tuvo Mercurio que azotarles con una zaranda. Muchos habrán creído que ese terceto es un gran elogio del Fénix de los Ingenios; pero estúdiuese la estructura del pensamiento, la ocasión y modo en que le llovió la nube y la cosecha que de ella sale, y se verá que fue un elogio que le hirió las mismas entrañas. Cervantes pudo sufrir enemistades y envidias; pero

cada vez que tomaba la pluma para castigar a alguno de sus émulos, con la mayor suavidad y finura de ingenio le hacía sentir la clava de Hércules en sus espaldas.

Fue esta obra dedicada, no al conde de Lemos, ni al Cardenal, sus protectores, sino al joven don Rodrigo de Tapia, y lleva una dedicatoria de cuatro a cinco líneas, que aun con ser corta, es demasiado larga comparada a la brevedad de la que destinó al duque de Béjar. Cuando en tales documentos no interviene pago de deuda de gratitud, como seguramente no se vislumbra en esta del *Viaje del Parnaso*, ni en la otra de la primera parte del *Quijote*, muchas veces puede llevar el autor hasta idea de satirizar al Mecenas. Digo esto recordando una de las ordenanzas que para los poetas y escritores puso Cervantes en boca de Apolo, en su **Adjunta al Parnaso**, donde dice: «Si algún poeta quisiere dar a la estampa algún libro que él hubiere compuesto, no se dé a entender, que por dirigirle a algún **monarca**, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la dirección, aunque sea hecha al Prior de Guadalupe».

Este trozo, como sucede muy a menudo con las sátiras de nuestro autor, dispara a varios terreros, como lo juzgará quien conozca la historia literaria de aquel tiempo. Pero no es dudoso que en él alude a sí mismo y a su dedicatoria del *Quijote*, donde se ve algo de burlesco en comparar al Duque con **Alejandro Magno** y llamarle fruto de **árbol real**. El ser mencionado en los versos por excelencia cómicos e irónicos de Urganda da mucho que sospechar.

Esta **Adjunta al Parnaso**, a más de ser ingeniosísima, y como miel sobre hojuelas para los escritores malos, tiene tal intención satírica en medio de su aparente suavidad, que con ser brevíssima, aunque fuera anónima pregonaría a voces a Cervantes. El papel que hace el pobre don Pancracio de Roncesvalles, haciendo a su costa un viaje al Monte Sacro, y trayendo una carta de Apolo para Cervantes, en donde dice el dios que, «pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta», recuerda los versos de:

A mí me llaman **Peneque**,
Señor alcalde, ¿qué haré?
Vaya usted con Dios, **Peneque**,
Que yo lo remediaré.

El decir Cervantes que en su cuello se le sepultaba el rostro, el hablar del prior de Guadalupe, famoso convento de México, y la circunstancia de leerse en el apellido de Roncesvalles: «**es Alercon**», unido a que no incluyó a este poeta ni en el ejército de los malos ni de los buenos, con otras frases que en la **Adjunta** se ven, y el proceder del joven poeta americano con el Adán de los poetas, cuando le vio en una academia literaria de Madrid, son circunstancias dignas de estudio, y que no me parece debo pasar en silencio. También me llama la atención que hable tan particularmente con Roncesvalles del soneto que recibió bajo un sobre en Valladolid.

A la mención de sus comedias, hecha en esta postdata, siguió la impresión de ocho de éstas y ocho entremeses, sobre los cuales han sido muy varias las opiniones de los críticos, aunque creo que el principal objeto del autor fue publicarlas por lo que en unos y otras hay de narración autobiográfica, principalmente en **La Guarda cuidadosa** y en **El Gallardo Español**. Como obra maestra, digna de ser puesta al lado de la aventura del Clavileño, merece gran atención **El Retablo de las Maravillas**, cuyo argumento imitó seguidamente el Ramón de la Cruz de aquel tiempo Luis Quiñones de Benavente.

En nuestros días se han achacado a Cervantes tres entremeses más, hallados en códices manuscritos, y que en mi opinión no proceden de su pluma. Estos son el **Entremés de los Refranes**, más bien propio de Lope de Vega, que ya hizo un ensayo de esta clase de diálogos en su **Dorotea: La cárcel de Sevilla**, que aunque bueno carece de sabor y de pinceladas verdaderamente cómicas, y **El hospital de los podridos**. Sobre este último, en particular, se me ocurre decir que, siendo Cervantes el pintor del podrido por excelencia, en el sentido de que Don Quijote se afanaba por el bien o mal de los próximos, no es creíble dejarse de hacer en él una alusión a su gran tipo, si le escribió después, o marcar en él su tendencia, si le escribió antes que el **Quijote**, hacia una personificación grandiosa de esos enfermos o apenados por las obras, gustos o errores de otros. Es más, creo que no se menciona en él una sola vez la palabra **podrirse**, cuando era natural que Sancho se la estuviese echando en cara a cada momento. Como el abad de lo que canta yanta, el poeta de lo que piensa escribe. No podía haber en Cervantes solución de continuidad en este giro

de pensamiento, habiendo sido antes o siendo después autor de **Don Quijote**, sobre todo cuando se observa lo mucho que se apasionaba de ciertas frases y pensamientos propios suyos. En todas sus obras hay ligazón, siquiera sea por pequeños detalles, y estas pueden sacarse del cuerpo sin que sienta el alma su amputación. En todo caso, mejor llevarían el nombre de hijos el de la Cárcel y el Hospital que el de los Refranes.

CAPITULO XXV

Segunda parte del **Quijote**. — El bachiller Sansón Carrasco. — Juicio sobre la continuación de la fábula, o tercera salida de Don Quijote. — El **Persiles**. — Obras perdidas de Cervantes.

Alternando con estas ocupaciones y las de ocasión, como sonetos laudatorios para autores de libros, poesías para justas literarias, certámenes, canonizaciones y otros objetos que piden el brillo y concurso de los ingenios, iba muy adelante nuéstro autor en el trabajo grave y concienzudo de la segunda parte de su famoso libro, que apresuró, sin duda, a la aparición del **Quijote** tarragonense, según claramente lo expresa en el prólogo de la misma, y en la dedicatoria de sus comedias al conde de Lemos.

Esta segunda parte del Quijote es, a nuestro parecer, más notable e importante que la primera bajo varios conceptos, mostrando esta singularidad cuán ingénito y perfectamente desarrollado fue en Cervantes el carácter del protagonista y el argumento de su poema. Otro escritor que no él, habría seguido hacinando aventuras y pintando locuras del hidalgo, cual más, cual menos caracterizadas o saturadas de caballeresco frenesí, como hizo el imitador anónimo, y en efecto, así lo habría hecho Cervantes mismo, si su objeto se limitara o fuese principalmente el acabar con la lectura de los caballerescos libros, siguiendo el orden natural en estas dolencias del cerebro de que las recaídas son peores que las caídas.

En la segunda parte, sin embargo, vemos presentarse nuevas fases, donde cada vez van acentuándose aquellas cualidades que a la larga descuellan sobre la insensatez y concluyen por hacer amable, elevado y nobilísimo el tipo de don Quijote. Siete capítulos consecutivos, llenos de interés y de gracejo, nos lo muestran, no en el campo, armado de todas armas, calada la visera y lanza en ristre, sino quieto en su casa, en **deshabillé** o en **farsetto**, y con todo, el manchego hidalgo, siendo el mismo en el fondo, seduce y cautiva más, si cabe, en esta nueva forma. Aumenta asimismo el interés de la continuación de sus aventuras, la introducción de un nuevo personaje, cuya manera de aparecer en la escena, llena a los lectores de curiosidad, por verle muy enclavado en la historia, aun antes de presentarse en ella, y por esperar mucho y extraordinario de un hombre, que, llamándose amigo, toma el camino opuesto al que siguen todos los que naturalmente debían interesarse por la salud y bienestar de Quijano: esto es, que el bachiller San-són Carrasco, es el único que aconseja al hidalgo se disponga a nueva salida en busca de aventuras, cuando todos trabajaban por quitarle del magín tamaño disparate.

En este personaje quiso representar Cervantes a su enemigo Blanco de Paz, y esta transparencia es la que da margen a que, debiendo ser un carácter simpático, sea sospechoso y algo repulsivo.

Sobre esto decíamos lo siguiente en el opúsculo el **Correo de Alquife**.

«La importancia que quiso dar Cervantes a esta figura, ha de corresponder en buena lógica a una importancia análoga en su carácter moral. Si la locura del honrado Quijote era considerada y sentida, por cuantos le conocían, como una gran calamidad, júzguese cuál debe ser el carácter moral de su médico, del hombre generoso que, movido de compasión y exponiéndose a grave peligro, acomete la empresa de curarle y reducirle al sosiego de su vida privada.»

»En el orden de los caracteres la alteza moral del asignado al bachiller es notoria y descuello entre todos. No lo hay más noble, más heroico, entre los personajes secundarios. El discreto cura y el buen barbero sienten el mal de su vecino, pero se divierten con él al mismo tiempo; mientras que San-són, recién llegado, de mano armada y en un punto, forma la

resolución de curarle tan eficaz como peligrosamente, pues es a riesgo de su vida. ¡Generoso intento, propio de un alma noble! ¿Por qué no es el bachiller el personaje acabado de la historia, el verdadero representante del buen sentido, el retrato del verdadero hombre de bien? ¿Qué es a su lado don Diego de Miranda, ese perfecto caballero honrado, sino un hombre indiferente y egoísta? Si la idea de personificar en Sansón a su enemigo no hubiese existido en Cervantes, no habría en la novela figura más simpática que la del bachiller. Los lectores no verían en él más que rectitud de miras, nobleza de corazón. Cervantes no tenía necesidad de elogiarle: sus hechos mismos formarían su elogio.

»Y sin embargo, ¿sucede ésto? ¿Aparece Sansón a los lectores en tan elevado concepto? ¿Aparece siquiera **recomendable**? ¡Caso raro! Sucecede todo lo contrario. El bachiller es un actor, que, a pesar de su buen intento, no logra cautivar del todo; una figura sospechosa desde el momento en que sale a la escena, un personaje antipático. No hay proporción ni correspondencia entre el concepto que forma el lector, de su carácter, y el papel elevado que tiene en el poema. ¿En qué consiste ésto?

»Desde luego debe responderse, que los lectores no pueden formar otra idea del carácter de un personaje, sino aquella que el autor quiso que formasen. Cuando vemos que el hidalgo, a pesar de sus sandeces y locura, a pesar de cuanto acumula el autor para presentarlo en ridículo, es una figura sublime y simpática, débese creer que, no obstante el papel que reserva a Sansón Carrasco, quiso rebajar su carácter moral y hacerlo antipático y sospechoso; y la razón es, que es persona de dos fases; una en el sentido literal de la fábula, y otra en el alegórico. Y como Cervantes atiende a estas dos personalidades, no se puede evitar que el reflejo de la maldad de la una, empañe el brillo de la bondad de la otra, y que se vislumbre la hipocresía entre la sinceridad, la intención dañada en su aparente sana intención, al envidioso en el caritativo y al enemigo pérvido en el amigo leal y sincero.»

Es también de notar, y muy acomodaticio sería el achacarlo a casualidad, que las tres palabras Bachiller Sansón Carrasco, contienen por orden riguroso dos letras cada una, que juntas forman el nombre de **Blanco**.

En el combate en Sierra Morena, Sancho dice a su amo que mate al caballero de los Espejos, quizás matará en él a **alguno de sus enemigos**.

Hacer una comparación, aventura por aventura, entre esta y la primera parte para decidir literariamente de sus respectivos méritos, sería trabajo impertinente y ocioso, y sin embargo, tal tarea debe haberse hecho **in mente** por aquellos que ya consideran la una, ya la otra superior en mérito. La verdad es, que no hay comparación posible porque ambas tocan al punto de la perfección y de la excelencia, y cada cuadro o escena está completo y acabado, mostrando siempre un aspecto nuevo de la locura y de la discreción, del ideal y del sentido común representados por amo y mozo.

En lo que realmente lleva la ventaja la segunda parte, es en el mayor y más frecuente empleo del artificio alegórico, y en revelarse más claramente en ella el sentido oculto que quiso dar a esta su ingeniosa fábula.

En esta postrera salida va apareciendo el hidalgo cada vez más tranquilo, más cuerdo, menos acometedor, más razonador, menos **quijotista**, más **Cervántico**. Es que se van descorriendo sutiles velos, retirándose al fondo el simple batallador a espada y lanza, y mostrándose en primer término el guerrero de la idea; en una palabra, acentuándose por grados el cambio de figuras y de intención. Personajes en su forma real le trastornan en sus primeros pasos. Ahora se le ve en calma ante la carreta de la muerte. La controversia intencionada y la disputa irónica se repiten y menudean. Coloquios intencionados de Don Quijote con el cura, el barbero, el bachiller, Sancho, el ama y la sobrina: coloquios con el caballero del Verde Gabán, caballero de los Espejos y Duque y Duquesa. Coloquios de Sancho aparte con Tomé Cecial y entrevistas o conferencias secretas de la Duquesa con el escudero. Parece su demencia una locura dialéctica, epigramática, que se traduce más en ideas que en hechos, más en esgrima del pensamiento que en lucha del brazo. Dulcinea es en la segunda parte el verdadero sol y centro, el alma del argumento en torno del cual gira el interés de la historia desde que el enamorado toma el camino hacia el Toboso y realiza el encanto de su señora el malicioso Panza. Aldonza Lorenzo, la aldeana, la moza rolliza, va cada vez perdiendo sus carnes y espiritua-

lizándose hasta concluir en una esperanza, en una profecía, en un bien espiritual, que conocido por Don Quijote, quiere que su conocimiento se universalice y extienda a la humanidad entera.

Todas las aventuras tienen aquí más de lo ideal que de lo plástico, y Don Quijote más de crítico, censor, predicador, moralista y político, que de caballero andante batallador. El designio oculto se transparenta en mayor número de pasajes y accidentes: el artificio simbólico es más completo y delicado, y la transfiguración de Cervantes mucho más visible en Don Quijote. Finalmente, el elemento de interés nuevo que presenta la figura de Sansón Carrasco, cuya empresa es precedencia de hermosura entre Casildea, dama tiránica, y Dulcinea, dama-libertad; la victoria material de Sansón, que pone término al poema, mientras que moral e idealmente el triunfo es de Don Quijote, que cae de Rocinante, pero no de su ideal, y la lucha entre la sencillez del hidalgo y la intriga maliciosa del escudero sobre el encanto de Dulcinea, en la red de cuyo juego se enreda y envuelve Sancho hasta costarle una penitencia de azotes el desencanto, son en conjunto y en detalle los monumentos más insignes que posee historia alguna de literatura en el arte de profunda y trascendental alegoría.

Pero sobre todo, existe en el prólogo de esta segunda parte una indicación demasiado transparente de la intención que el autor se proponía en la fábula de su Ingenioso Hidalgo, cual es la que va envuelta en el cuento del loco de la piedra, y el perro del bonetero. Cuento es este como especie de enigma o libro cerrado para todos los anotadores y comentadores del **Quijote**, bajo el estrecho y mezquino punto de vista de la letra, y uno de los pasajes más claros, si se coloca la crítica en el verdadero observatorio. Cervantes había dejado caer el azote o piedra de su sátira sobre todos los abusos, errores, embelecos, mentiras y preocupaciones, sin distinción de gremios, clases o castas. Sin embargo, una que se creía inviolable y privilegiada, alzó el rebenque de la injuria y la calumnia, y quiso lastimar a Cervantes con el mismo pretexto que tomó el bonetero para hacer alheña las costillas del loco. Pues qué, dice implícitamente Cervantes, cuando el hombre de genio castiga corrupciones, corrige errores, señala vicios, en una palabra, deja caer el pesado canto de la sátira discreta sobre

los canes que afligen a la sociedad, ¿va a ponerse a mirar la casta a que pertenecen? Este cuento ingeniosísimo, como todos los de Cervantes, da en el blanco de una manera directa y le excusa largas disertaciones. El lector discreto hará sus comentarios.

Sin duda alguna que, para tan gran batalla y tales enemigos, en general gente de poco valer por sí, pero de mucho poder por la esfera en que se movían, debieran ser cortas y flacas las fuerzas de un hombre desvalido y pobre, si no ocurriese la providencial casualidad de ser Cervantes admirado y protegido por el cardenal arzobispo de Toledo, que era al mismo tiempo inquisidor general del reino. Nuestro autor declara públicamente que mereció la consideración de este Príncipe de la Iglesia, sin solicitarla con adulación alguna; antes bien, indica que la virtud llega a resplandecer y a ser estimada, si quiera esté envuelta y oscurecida por la estrechez de la pobreza, lo cual nos lleva como por la mano a fijar la atención en el peregrino relato que hace el licenciado Márquez Torres en la aprobación que firmó de esta segunda parte del *Quijote*. Hábllase allí de la visita que hizo el cardenal al embajador francés que vino a tratar del doble casamiento de los príncipes de España y Francia, y de cómo unos caballeros franceses que en la comitiva venían hicieron grandes elogios de Cervantes, a quien en Francia conocían por sus obras, y mostraron deseos de conocerle, por donde se ve que tal observación del prólogo tenía un hecho real en que fundarse. El ser favorecido, además, por el conde de Lemos, a pesar de la falange de literatos y aduladores que a este rodeaban y de hallarse ausente, fue otro dique al malquerer de los émulos y envidiosos. En suma, fuerte debió ser la protección que en sus últimos días obtuvo Cervantes cuando no sucumbió al peso de tantos enemigos despechados y nada benévolos por naturaleza.

En la misma dedicatoria de esta segunda parte al conde de Lemos, anuncia ya Cervantes la próxima conclusión de su obra, *Persiles y Segismunda*, de que ya había hecho mérito al publicar sus novelas considerándola su obra por excelencia. Unos, como Navarrete, dicen que este libro es de mayor invención y artificio, de estilo más igual y elevado que el *Quijote*. Otros creen que la preferencia es resultado del mayor trabajo que debió costarle y del natural amor, como al último fruto

de su entendimiento. No faltan quienes la juzguen impropia de la elevación de su genio, mala imitación de un clásico modelo, y hasta se ha dicho que puede contarse entre las aberraciones del humano espíritu. Todas son opiniones en el aire, exageraciones y contradicciones.

El Persiles representa ser una alegoría de la peregrinación de la humanidad desde los primitivos tiempos salvajes, cuya primera escena se coloca en los antros de la tierra y en las oscuridades de la ignorancia hasta llegar por medio de sucesos los más extraños y varios a la cúspide de la luz que busca, y en torno de la cual ha girado como buscando su centro y su reposo. **Peri-andro** y **Auri stella**, son nombres simbólicos que bien expresan esta idea, y ambos personajes son uno realmente. La estrella y centro que la humanidad busca, es al fin, la fe, y por eso la peregrinación termina en Roma, asiento y estrella del catolicismo.

Llegada la caravana a la capital del mundo cristiano, profesada la religión, hecha confesión general y besado el pie al Pontífice, todo está alcanzado, los deseos satisfechos, el ideal conseguido, y ya no hay más que dejarse ir, como vulgarmente se dice.

Bajo cierto aspecto, esta obra pudiera considerarse como el **anti-Quijote**, hecho por el mismo autor que concibió el espíritu y pensamiento independiente del caballero andante, enamorado de la razón y prendado de su ideal individual Dulcinea; pero como no es posible imaginar antítesis tan notoria, preciso es suponer, o que es un desenlace, por decirlo así, impuesto por los hechos históricos en que el autor no hace más que consignar el hecho, o que Cervantes, ya en los últimos años de su vida y aleccionado por la prueba y experiencia que había tenido en la expresión de sus ideales, no quiso afrontar en el declive de su vida los peligros de la exposición de su ideal en una nueva producción literario-filosófica. Las proporciones y trascendencia del plan de esta obra, son colosales, como no podía menos de esperarse del autor del **Quijote**, y por lo mismo hay que suponer, que motivos poderosos influyeron en darle un desenlace que dista mucho de la idea y de la independencia que caracterizan su genio elevado y superior. ¿Será que esta solución envuelve la sátira en su enunciación misma? Cuestión es esta para tratarla en

otro lugar, y aquí sólo indicamos observaciones generales sobre el espíritu y contexto de la obra. Pero no se pierda de vista que el autor del **Persiles** es el mismo sutil, ingenioso y profundo que hoy cada día más nos sorprende y admira con sus invenciones.

Concluida a principios del año de 1616, los achaques y enfermedades propios de la vejez, en una vida tan activa y trabajosa le impidieron concluir el prólogo y la dedicatoria; tanto que el 2 de abril del mismo año, y por no serle posible salir de su morada, profesó en ella la venerable orden tercera de San Francisco, cuyo hábito había tomado tres años antes en Alcalá de Henares. Intervalos de mejoría hubieron de permitirle el probar un cambio de residencia emprendiendo un viaje desde Madrid a Esquivias, con ánimo de reponer su salud; pero al poco tiempo regresó a la corte, ocurriéndole en esta corta peregrinación el encuentro con el estudiante, cuyo diálogo constituye el prólogo del **Persiles**, y en donde se ve, que ni los años, ni las enfermedades pudieron cambiar su humor donoso y festivo, ni debilitar la inventiva y energía de su entendimiento. Ya en el último extremo de su vida, y recibida la extrema unción, compuso la verdaderamente admirable y sublime dedicatoria al conde de Lemos, dejándola por monumento de su gratitud y nobleza de alma, bajo cuyo respecto y el de la dignidad en estilo epistolar, no tiene semejante en ninguna literatura. Cumplido esto en lo que tocaba a su obligación para con las letras y su patrono, y hecho lo que como a esposo, padre y cristiano convenía, dio término su peregrinación en esta vida, el sábado 23 de abril de dicho año de 1616, aún no cumplidos los sesenta y nueve de edad, siendo enterrado en el convento de las monjas trinitarias, según su deseo expresado en su testamento, donde dejaba por albaceas a su esposa doña Catalina de Salazar, y al licenciado Francisco Núñez, que habitaba en su misma casa, calle del León.

Muchos biógrafos y escritores lamentan que su funeral fuese pobre y oscuro, y que ninguna lápida o inscripción haya conservado la memoria del lugar en que yace; mas como quiera que estos honores se han repartido siempre con suma desigualdad y las verdaderas exequias y honras de los hombres de valer, se tributan por la posteridad y acrecen con el transcurso del tiempo, no hay para qué lamentar semejante ausen-

cia de testimonios. Más es de sentir, y las generaciones venideras no podrán menos de lanzar un severo cargo a sus albaceas, que éstos no hubiesen recogido y procurado dar a la estampa las obras que en manuscrito dejó Cervantes, algunas de las cuales debieron estar poco menos que concluidas, como son segunda parte de la **Galatea**, el **Bernardo**, las **Semanas del jardín**, y la comedia **El engaño a los ojos**. Apenas puede imaginar el humano discurso, que la esposa de un escritor de tal valía mirase con indiferencia un caudal que en estimación excede a todas las riquezas dejadas por un opulento, hasta el punto de no volverse a hablar ni saberse a dónde fueron a parar estos tesoros, que tales debían ser, como obras escritas en la madurez del entendimiento de Cervantes, no vacilando yo en calificar esta pérdida, como la mayor desgracia que avino a nuestro escritor tan versado en desventuras. No podemos, sin embargo, acusar sin reserva en este punto a los que tomaron a cargo la corta hacienda de Cervantes, pues siendo tantos sus envidiosos y enemigos, posible es, que si doña **Catalina** o el **Licenciado** las dieron a alguno que las concluyese o dispusiese para la estampa, o a algún impresor para que las leyese con el objeto de comprarlas, interviniese la mala fe de algún malsín para hacerlas desaparecer o destruirlas. Todo es posible y no han faltado ejemplares de estos crímenes tan imperdonables como impunes.

Esto es lo lamentable, y no el dejar de poseer sus cenizas, pues acomodando a su muerte las frases con que pinta la de su héroe, bien podemos decir: «Dio su espíritu a la humanidad, y el cuerpo a la tierra». Y por esto, según la bella expresión de Grilo:

«Mientras más se busca al muerto,
La tierra le esconde más.»

Dejemos en paz su cuerpo y gloriémonos con poseer su espíritu, cada día más vivo, más glorioso, más triunfante, guiándonos con su ejemplo a esperar la luz tras las tinieblas en medio de las batallas contra el mal, el vicio y los errores.

F I N

Í N D I C E

Págs.

CAPITULO I

Patria y familia de Cervantes. — Profecías cumplidas. — Disputa entre Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan. — Su infancia. — Su temprana lectura de libros de caballería. — Influjo de estos libros en su imaginación. — Su encuentro y conocimiento con el representante Lope de Rueda . . . 9 a la 17

CAPITULO II

Estudio del maestro Hoyos. — Filena, supuesto poema de Cervantes. — Sus primeros ensayos literarios. — El cardenal Aquaviva. — Opiniones sobre la causa que movió a Cervantes a marchar a Italia. — El Saavedra del «Gallardo Español». — Consecuencias de un lance de honor. — Probabilidad de que huyese a Salamanca. — Don Diego de Valdivia. — Materiales para la biografía en «El Licenciado Vidriera». — Salida de Cervantes del servicio del cardenal . . . 17 a la 31

CAPITULO III

Estímulos a la gloria. — Sienta nuestro héroe plaza de soldado. — Batalla de Lepanto. — Relación de esta jornada debida a su pluma. — Mención que tuvo que hacer de sus servicios. — Estimación y recompensas que mereció de don Juan de Austria. — Se embarca para la conquista de Túnez. — Reminiscencias de sus viajes. — Su regreso a España en la galera **Sol**. — Combate con los moros y cautiverio de los españoles vencidos 31 a la 39

CAPITULO IV

Condición misera de los esclavos en Argel. — Cualidades extraordinarias de nuestro cautivo. — Se fuga a Orán. — Empeora su condición. — Rescate de don Rodrigo y proyecto de evasión. — La cueva de Agi-morato. — Arribo de la fragata. — Es apresado por los moros. — Delación del Dorador. — Resolución de Cervantes en el peligro 39 a la 46

CAPITULO V

Carta a Mateo Vázquez desde las prisiones de Argel. — Nuevo y frustrado intento de una fuga a Orán. — Renombre de Cervantes entre moros y cautivos. — Celos de Blanco de Paz. — Probable origen de su malquerencia. — Nuevo proyecto de fuga. — Delación de un renegado y del dominico. — Conducta heroica de Cervantes 46 a la 53

CAPITULO VI

Indignación contra Blanco de Paz. — Venganza que tomó. — Delación secreta que hizo al Santo Oficio. — Planes de Cervantes para apoderarse de Argel. — Esfuerzos de su familia para rescatarle. — Consíguenlo al fin los Padres Redentores 53 a la 61

CAPITULO VII

Información de testigos ante los Padres de la Merced. — Entretenimientos literarios de los cautivos. — Probables ocupaciones lucrativas de Cervantes. — Sus esperanzas e ilusiones. Primeros gérmenes del **Quijote**. — Su regreso a España 61 a la 67

CAPITULO VIII

Nuevas campañas militares. — Publicación de la **Galatea**. — Elementos del amor Quijotesco. — Observaciones sobre la crítica de este poema 67 a la 74

CAPITULO IX

Celebración de su matrimonio en Esquivias. — Composiciones probables para el teatro en esta época. — Establécese en Sevilla en 1588. Conjeturas sobre los motivos de este viaje. — Nuevo teatro de sucesos. — Conocimiento con Sancho o reverso del Quijotismo 74 a la 80

CAPITULO X

Primeras comisiones de Sevilla. — «Con la Iglesia hemos dado». — Recuerdo de una excomunión en la aventura de los clérigos 80 a la 83

CAPITULO XI

- Estudio de Pacheco. — Ateneo sevillano. — Retrato de Cervantes hallado en un cuadro del convento de la Merced. — Opiniones varias sobre su autenticidad 83 a la 88

CAPITULO XII

- Excusiones de Cervantes por Andalucía. — Estudios del natural. — Descripciones campestres. — Tipos pastoriles. — Tipos picarescos. — Probable visita a la almadraba de Zahara 88 a la 94

CAPITULO XIII

- Entretenimientos literarios. — Contrato de seis comedias con el actor Osorio. — Restos del Documento. — Viaje de Cervantes a Madrid. — Pequeñas sátiras. — Soneto al túmulo de Felipe II. — Su prisión en Sevilla. — Opiniones sobre su estado en la Mancha 94 a la 103

CAPITULO XIV

- El Quijote.** — Opiniones sobre las causas y época de su generación. — Elementos subjetivos o personales. — Espíritu cervantino. — Probablemente fue escrito en Sevilla. — Cervantes y el duque de Lerma. — Dedicatoria del **Quijote** 103 a la 111

CAPITULO XV

- Escudo de la primera edición. — Anécdota referente a ciertas sátiras del poema. — Opinión de Clemencín. — **El Buscapié.** — Increíble acogida de este manifiesto-contrabando 111 a la 116

CAPITULO XVI

- Objeto del **Quijote.** — Maravillosa sencillez de sus elementos. — Interés suscitado en Europa por su lectura. — El alma del hidalgo. — Alteza del plan propuesto en el **Quijote.** — La locura y el buen sentido. — Elogios de extranjeros . 116 a la 122

CAPITULO XVII

Materiales y elementos de la crítica contenida en el **Quijote**. — Simbolismo de lo ideal y lo real. — Calidades espirituales y de carácter en los comentadores. — Sátira principal y sátira secundaria o de telón. — Conciencia de esto en el autor. — Causas del mayor aprecio del **Quijote** con el transcurso del tiempo. — Genialidad de Cervantes. — Interpretación de la aventura del cuerpo muerto. — Sentido anágógico 122 a la 138

CAPITULO XVIII

Más sobre la dedicatoria del **Quijote**. — Supuestas alusiones en la aventura de los carneros. — Guerra sorda entre los literatos. — Lope y Cervantes en Sevilla. — **El Curioso Impertinente**. — Juicio de esta novela. — Soneto burlesco contra Lope de Vega. — Relación de las fiestas en Madrid . 138 a la 148

CAPITULO XIX

Suceso de Ezpeleta e injusta prisión de Cervantes. — Sus amores. — Doña Isabel. — Conjeturas fundadas en pasajes autobiográficos. — Textos de Avellaneda y de Cervantes . 148 a la 156

CAPITULO XX

Nueva visita a Andalucía. — Conocimiento con Ruiz de Alarcón. — **El Quijote** en las altas regiones. — Regreso de Cervantes a Madrid 156 a la 160

CAPITULO XXI

Las novelas ejemplares. — Observaciones sobre esta colección. — El conde de Lemos. — Los Argensolas. — Conducta de Cervantes. — Opinión de célebres escritores . 160 a la 166

CAPITULO XXII

Variedad de juicios en los críticos. — Paralelo entre el **Curioso Impertinente** y **Rinconete y Cortadillo**. — El argumento del **Curioso** 166 a la 172

CAPITULO XXIII

El Licenciado Vidriera. — La Gitanilla. — La Española Inglesa 172 a la 176

CAPITULO XXIV

El falso Quijote o Quijano el Malo. — Maniobras puestas en juego. — El Sancho de Avellaneda y el de Cervantes. — Indicios del nombre del autor oculto. — Viaje del Parnaso. — Capacidad crítica del autor del Quijote. — El poeta Roncevalles. — Comedias y entremeses 176 a la 185

CAPITULO XXV

Segunda parte del Quijote. — El bachiller Sansón Carrasco. — Juicio sobre la continuación de la fábula, o tercera salida de Don Quijote. — El Persiles. — Obras perdidas de Cervantes 185 a la 193